

AINA CASTILLO



*Secreto*  
OSCURO

COLECCIÓN DE 3 NOVELAS DE BDSM



---

# SECRETO OSCURO

---

*Colección de 3 Novelas de BDSM*



Por **Aina Castillo**

© Aina Castillo, 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

*Dedicado a Carol y Amy*

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> **[Haz click aquí](#)** <--

## **La Bestia Cazada**

**Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero**



~~2,99€~~

***Gratis***

--> **[www.extasiseditorial.com/amazon](http://www.extasiseditorial.com/amazon)** <--

*para suscribirte a mi boletín informativo  
y conseguir libros el día de su lanzamiento*

**GRATIS**

# Índice

**Su Secreto** — *Sumisa Rota y Amo Millonario Alfa*

**Esclava en las Sombras** — *Delincuente Juvenil*

*Sometida por el Alfa*

**Eres sólo una Esclava, Reina** — *Romance Oscuro*

*Sometida por el Alfa*

**Bonus** — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

# Su Secreto

## *Sumisa Rota y Amo Millonario Alfa*

### I

-Hola, buenos días. Por favor, me da un café negro bien cargado, un bollo dulce y un agua mineral con gas.

-Hola, buenos días. Bien... A ver... Perfecto. ¿Desea algo más?

-Uhhh. A ver. Ah, también agrega un cappuccino pero bien suave, con crema. Si es de soya, mejor.

-Bien, un capuccino suave con crema de soya. ¿Algo más?

-No, está muy bien.

-Vale.

Ella escribió rápidamente la orden en esa pantalla con habilidad. El tiempo le había ayudado a adaptarse rápidamente. Era necesario puesto que le daba un plus a su desempeño laboral.

-Bien, son 12,50, por favor.

Recibió un billete de 20, introdujo la cuenta y volvió a tocar la pantalla con su índice. Con cuidado, con calma. Se escuchó un ligero “clinc” y se abrió la caja registradora. Extrajo el cambio y lo extendió a la mujer que tenía en frente. Disolvió la sonrisa forzada para volver a repetir el mensaje de bienvenida a la persona que estaba detrás... Y así fue hasta cuatro horas más, entre el cansancio en los pies, los gritos de los niños y la queja de la gente. Entre tanto suspiraba y pensaba para sus adentros si la vida era un compendio de cosas que debía soportar.

La mañana transcurrió y Mar finalmente le cedió el puesto a una de sus compañeras.

-¿Estás durmiendo bien?

-Más o menos. Estoy en exámenes.

-Vaya... Podemos cambiar de horario si quieres. A lo mejor así te resulta conveniente. ¿Qué dices?

La oferta era tentadora pero ella la rechazó. Lo cierto era que prefería eso de esa manera porque le daba la oportunidad de tener el resto del día tan organizado como podía. No, no, mejor no.

Se quitó el delantal y fue a limpiar las mesas que estaban vacías. Hacía ese movimiento mecánico que le habían enseñado, supuestamente, porque así la superficie quedaba mejor de esa manera. Cada vez que pasaba el paño húmedo de desinfectante especial y agua, reflejaba el desánimo que tenía encima. A veces le daba risa eso porque se recordaba a sí misma que tenía 19 años. “Una vida por delante”, podría decir cualquiera pero, ¿qué hacer cuando apenas con esa edad lo único que quería era desaparecer?

Miró el reloj en la pared y fue hacia la cocina para cambiarse. Ya era hora de ir a la universidad y repasar los apuntes para el examen de más tarde.

-¿Puedes venir mañana a la misma hora?

El gerente la interceptó cuando estaba a punto de salir. Gruñó internamente porque era su día libre.

-Sí... Sé que es tu día libre pero resulta que María no puede venir, justamente me llamó para avisarme.

Él la miró con cara suplicante mientras que ella estaba segura que tenía esa expresión de piedra.

-Venga, Mar. Sabes que son horas extras y te pegaré mañana mismo. ¿Te parece?

Cuando estuvo a punto de decir que no, pensó que un poco de dinero no le caería mal puesto que tenía que hacer unos cuantos gastos que había retrasado demasiado. Echó la cabeza hacia un lado y le dijo un “sí, está bien”, con desgano.

-Sabía que podía contar contigo.

No respondió, salió corriendo porque llevaba prisa, además, ya no quería estar allí.

Estaba trabajando en ese café desde hacía tiempo. Fue el único trabajo que le daba cierta flexibilidad con los horarios. No se pondrían gilipollas con ella si tenía algún examen, y si se retrasaba, podía compensar las horas sin que aquello representara una tragedia. Nada mal.

También aceptó el trabajo porque necesitaba el dinero para sus gastos aunque tenía una posición más o menos acomodada. Pero, siendo sinceros, eso fue básicamente para tratar de buscar desesperadamente una excusa para tener una vida un poco más interesante.

Por un tiempo las cosas le resultaron un poco emocionantes, sin dejar de lado que recibía dinero por ello. Estaba experimentando las mieles de la independencia y a pensar verdaderamente que estaba encaminándose hacia una existencia que valía la pena... Pero no fue así, no para su mayor preocupación.

Cayó de nuevo en esa rutina intensa y desesperante, aunque fue un poco peor porque tenía que lidiar con el estrés de la universidad y el trabajo. Todo junto.

Pero eso formó parte de la decisión que había tomado. Eso fue algo que quiso para sí misma y no le quedaba otra opción que aceptarlo con dignidad. Nada más. Por otro lado, pensó que sería interesante porque así no tendría que pensar en lidiar con los problemas que tenía en casa.

Si bien tenía un estilo acomodado, sus padres eran las típicas personas que esperaban demasiado de sus hijos. Mar era la última y por suerte no tuvo que enfrentarse a la presión de sus dos hermanas mayores. Sin embargo, las dos habían sido exitosas en sus campos y de cierta manera se habían librado un poco de todo. También ayudó el hecho de irse de casa, por lo que Mar no le quedó más remedio que vivir en la sombra de ellas.

Su madre era pediatra y su padre cardiólogo, era de esperarse que los dos quisieran que su descendencia siguiera la misma inclinación de ellos hacia la medicina. Laura, la mayor, lo hizo, mientras que Helena, se dedicó a la ciencia al convertirse en ingeniera química. Eso sí, las dos destacaron como seres brillantes e inteligentes, recibían reconocimientos por sus calificaciones y por su buena conducta.

El caso de Mar era un poco más complicado, ella era amante del arte y especialmente, del dibujo y la pintura. Siempre tomaba un lápiz y un papel para hacer un garabato. Sus padres no lo consideraron como algo serio puesto que supusieron que se trataba de un pasatiempo.

No obstante, se percataron que esa aparente inquietud comenzó a tomar fuerza a medida que iba creciendo. Ya no sólo eran lápices, colores y hojas blancas, también estaba la insistencia de comprar acrílicos, lienzos y pinceles. Estaba tan entusiasmada que ya había organizado una serie de obras que había guardado en su habitación para mostrarlas después.

-Querida, tu padre y yo nos hemos dado cuenta que esto de pintar quizás esté yendo demasiado lejos. ¿No crees que deberías dedicarte a algo, digamos, un poco más productivo?

La joven Mar, en medio de su inocencia, no tenía idea de lo que su madre quería decirle. Sólo podía pensar que era feliz cuando pintaba y que quería perpetuar esa sensación todo el tiempo que fuera posible.

Así que se quedó mirándola, con los ojos fijos y con la sensación de no saber bien de lo que estaba hablando.

-¿A qué te refieres? –Logró responder con secamente.



-Que creemos que perderás el tiempo en ello, hija, es mejor que te dediques a algo más interesante y retador, algo que vaya a la vanguardia del mundo actual y que te permita tener una vida como la que has tenido hasta ahora.

A pesar de ser tan joven, ella comprendió perfectamente el contenido de esas palabras. Esas mismas que cayeron sobre ella como si fuera un peso directo al pecho. Esa sensación tan cruel y cruda que la hizo entender que tenía que reprimir una de las cosas que más amaba en el mundo para complacer a otros. Estaba decidida a cambiar la situación cuando tuviera una mínima oportunidad.

Después de ese día, ya no pudo refugiarse en lo que más quería en el mundo, sino que, según recomendación de sus padres, debía buscar algo acorde a sus aptitudes y capacidades mentales.

Así pues, dejó los pinceles, lápices, hojas blancas que siempre tenía por allí, los lienzos –que tuvo que desechar-, las cajas de colores y la tinta china que había adquirido para un proyecto, con el fin de “concentrarse” en los deseos de sus progenitores.

Resultó que dentro de todo era buena con los números y que tenía una inclinación natural a comprender el mundo de los negocios. Así que mostró interés en la Administración y en Economía, puesto que sabía que podría ayudarla eventualmente.

La familia estaba contenta pero ella no tanto, sobre todo porque empezó el camino de su juventud adulta de la peor manera posible. Sus hermanas trataron de alentarla desde sus trincheras, así que pensó que después de todo no estaba sola. Había gente que sabía muy bien por lo que estaba pasando, así que comprendían su situación.

De resto, Mar se postuló a una de las mejores universidades de Negocios mientras pensaba qué hacer sobre su verdadera pasión. Le dio el beneficio de la duda a sus padres y supuso que lo mejor para ella era ciertamente el desechar la pintura.

Así que un día, después de recibir la carta con la admisión de la universidad, pensó que era buen momento de botar las cosas del colegio. Entre bolsas negras, se topó con dibujos y pinturas pequeñas, además de los lienzos olvidados. La nostalgia la golpeó de frente y se sinceró consigo misma, nunca sería capaz de renunciar a ello por completo, por más que quisiera.

Recogió esas cosas y las colocó en un lugar en donde sólo ella tendría acceso. Volvió pintar desde la oscuridad y el desconocimiento de sus padres.

Aunque pensó que había tenido una victoria frente a sus padres, aún persistía esa sensación de asfixia y desolación. No sabía qué hacer ni cómo motivar para sentirse mejor.

Apenas entró a la universidad, se dio cuenta que el mundo era completamente diferente a lo que había conocido antes. Un mar de gente con todos los estilos y todas las líneas de pensamiento posibles. Todos con aspiraciones como ella y con ganas de vivir también ese impulso de la espontaneidad gracias al vigor de la juventud.

Para una persona un poco tímida y retraída, todos esos cambios le resultaron un poco intimidantes. No era para menos. Era un entorno completamente diferente y no sabía cómo resultarían las cosas.

En contra de la opinión de sus padres, se mudó a una residencia estudiantil no muy lejos del campus. Quería libertad o al menos un poco de ella, en cambio prometió que daría las mejores calificaciones para probar que no descuidaría los estudios. El pacto se hizo y ella de inmediato comenzó a trabajar en ello.

Durante los pocos ratos de ocio, a veces se sentaba en la fuente central para comer un bocadillo o tomar un poco de sol en esa ciudad que a veces podía ser muy gris. Aprovechaba el tiempo para relajarse y también para mirar a la gente. No podía quitar su curiosidad sobre esas parejas que andaban juntas, tomadas de la mano y como concentradas en sí mismas, como si en el mundo no hubiera nada más.

Eso, al menos para ella, resultó ser todo un enigma. Había pasado largos años en una batalla personal que le impidió saber con certeza lo que era el intercambio afectivo con la gente, sobre todo con el sexo opuesto.

Había observado a sus hermanas con sus novios y trató de comprender la dinámica que había allí. Los besos, los abrazos, esas muestras de cariño que a veces se escapan cuando no había contacto físico implícito. Todo eso que estaba allí y que le parecía tan llamativo, tan atrayente.

Ahora lo volvía a ver sentada en ese lugar, con esa misma expresión curiosa de cuando era niña. Quería comprender lo que era eso, quería experimentarlo pero también tenía la sensación de que ella no era como las demás, o al menos no como el común de las personas.

Lo cierto es que no faltó demasiado tiempo para que la dulce Mar comenzara a salir con varios chicos de la facultad. Al principio estaba temerosa porque era un mundo completamente ajeno al suyo, diferente a lo que había vivido antes, pero se dijo a sí misma que estaba en la mejor época de su

vida así que tenía que aventurarse un poco.

Pasó por una serie de citas sencillas, nada estrafalarias con jóvenes más o menos parecidos a ella: tranquilos e inteligentes. Unos cuantos no fueron tan malos, pero lo cierto es que sentía que faltaba algo más pero no estaba segura de qué exactamente.

Su primer contacto con el sexo lo tuvo con un compañero de su clase que empezó a mostrar real interés en ella. Por un momento, Mar no le prestó demasiada atención pero luego pensó que sería realmente conveniente por si quería darse la oportunidad de explorar el mundo de la carne y la pasión.

En términos generales, él era alguien agradable y fácil de hablar, tenían temas en común y era uno de los chicos más inteligentes de su clase, así que al menos podía contar con un poco de sapiencia al respecto.

Ambos decidieron salir a cenar después de presentar la evaluación al final del semestre, por lo que fueron a un restaurante italiano que estaba cerca del campus y en el que solían ir varios de sus compañeros.

Tomaron una silla en las afueras del restaurante a pesar de la brisa fría de la noche. Mar pretendía escucharlo y asentía de vez en cuando al decir algo que necesitaba aprobación, sin embargo, estaba concentrada en lo que sentía por él en ese momento y en cómo quería manifestar su deseo de estar a solas con él.

Pidieron una pizza y el tío seguía con esa verborrea imparable. Así que continuó asintiendo y comiendo los bocados ya fríos de pizza mientras que él insistía en compartir números y cálculos.

-Sabes que el profesor me entregó las notas del anterior proyecto y vi que me corrigió mal uno de los ejercicios. Creo que tendré que ir a la facultad para preguntarle porque creo que está correcto. Esto me hace sentir, ya sabes, un poco tonto porque...

-¿Por qué no cogemos?

Dijo ella secamente. A verdad estaba cansada de escucharlo sin tener una propuesta clara. Sabía que le gustaba así que acertó el camino porque de seguir así, no llegarían a ninguna parte.

Él se quedó mudo y luego se sonrojó violentamente. Ella se mostró un poco impaciente pero sabía que tenía que tener un poco de paciencia, así que se quedó unos minutos callada, esperando a lo que él tenía que responder.

-Ehm... Oye, esto me ha tomado por sorpresa como te diste cuenta, pero... Ehm...

-¿Te parece? La verdad es que ya hemos salido varias veces y me da la

sensación de que siempre estamos dando vueltas en círculos. Quiero saber si estás interesado, de lo contrario, no hay problema. Podemos dejarlo hasta allí.

El chico se quedó en el sitio, no supo qué decir y menos con la propuesta tan inesperada. Trató de calmar el rubor de las mejillas al beber de un solo golpe el resto de cerveza que aún tenía en el vaso que tenía frente a sí.

Respiró profundo y la miró fijamente. Asintió lentamente y le hizo un gesto al mesonero para que le llevara la cuenta. Después de pagar, salieron juntos.

Mar estaba un poco emocionada y dispuesta a experimentar un poco más la situación, su acompañante le había abierto la puerta del coche para ambos fueran a un lugar un poco más privado y tranquilo.

Optaron por ir a un hotel no muy lejos del centro de la ciudad, uno que según algunas reseñas de otras personas, era un sitio limpio y cómodo.

Ella se encargó de pagar por las horas y ambos subieron las escaleras lentamente. El silencio del lugar los hizo sentir nerviosos y con ansiedad. Mar extendió la mano en donde tenía la llave de la habitación. Los recibió la oscuridad y ese ligero olor a humedad. Mar pensó que se trataba del frío intermitente de la estación.

Ambos entraron y él encendió la luz del techo. Ese tono de luz frío y azulado no la hizo sentir cómoda, así que le preguntó si podía apagarla en cambio de usar una de las lámparas de las mesas de noche. Él accedió.

Se quitaron los abrigos, los bolsos y se sentaron juntos en la cama. La cerveza había hecho efecto en ella por lo que estaba un poco desinhibida. Se acercó a él y lo miró fijamente, con su mano tocó su rostro y se acercó con lentitud. La tensión se hizo palpable hasta que por fin se habían besado.

Los labios de los dos se juntaron juntos y de inmediato comenzaron a jugar con sus lenguas. La sensación fue agradable, placentera e ideal para acrecentar la excitación. Mar, a diferencia de lo que había pensado, no estaba angustiada ni preocupada. Más bien se encontraba ansiosa por experimentar las mieles del sexo.

Entre los besos y las caricias, ambos terminaron sobre la cama. El tío demostró que era un poco torpe al respecto porque parecía que le costaba quitarle la ropa a ella. Mar agradeció estar alcoholizada porque de lo contrario era posible que hubiera terminado de mal humor.

Lo cierto es que al final los dos quedaron desnudos y comenzó la odisea del sexo. Unas cuantas caricias insulsas y besos apresurados dieron pie a una penetración un tanto dolorosa para ella, quien pensó en la suerte de no haber estado con alguien a quien le tuviera particular afecto.

Mientras él estaba sobre ella, mirándola con deseo, Mar sabía que ella no tenía esa misma sensación que él porque lo usaba para dar fin a su virginidad y como afán de descubrir aún más de sí misma. Incluso, en cortos periodos de tiempo, sentía un inmenso placer y trató de entender mucho más esas sensaciones para encontrarles algún sentido.

Luego de unas horas, ambos salieron de ese lugar sin decir demasiado. Para Mar había sido más que suficiente y quizás fue lo mismo para él, no lo supo realmente porque decidió que sería la primera y última vez que estaría con él. Había sido demasiado para una noche.

Aunque la llamó de manera insistente por varios días, Mar optó por abrazar la soltería y las relaciones casuales. Así que la experiencia sexual cobró un poco más de sentido con el paso de sus compañeros.

Unos eran muy buenos y les permitió entender mejor sobre el tema. Conoció el mundo del sexo oral, el gusto por recibirlo, el placer que le daba el que le apretaran el cuello durante la penetración y las nalgadas. Quizás su parte favorita durante todo el acto.

Sin embargo, la sensación persistía: podía salir con hombres atractivos, podía tener sexo con ellos y divertirse un rato y aun así sentir que algo faltaba, algo que no estaba del todo bien.

Un día fue a la biblioteca para buscar unos libros sobre ejercicios que debía resolver. Entre todo el desgano y el cansancio que sentía debido a la universidad y al trabajo, Mar se sentó en una mesa compartida con un par de chicas que parecían hablar muy animadamente.

-Venga, tía, ¿pero qué hizo? Mejor dicho, ¿qué te hizo?

-No hables tan duro, eh, que nos pueden escuchar.

-Aquí cada quien anda en lo suyo, así que no te preocupes. A ver, cuenta, cuenta.

Mar quiso verdaderamente no escuchar pero las voces eran agudas y muy penetrantes, así que no le quedó más remedio que enterarse de todo. No obstante, no sabía que las palabras que estaban a punto de escuchar la ayudarían a iluminar más sobre ella.

-Lo que pasa es que me llevó a una de esas tiendas sadomasoquistas. Estaba asustadísima porque el tío es Dominante, pero él estaba dispuesto a enseñarme todo, TODO. Así que entramos y me mostró cadenas, látigos, consoladores y hasta máscaras. Tía hay tantas cosas que te cagas, es increíble. Con decirte que hasta la vendedora estaba vestida como un poni.

-¿Un poni?

-Sí, tía, un poni. La chica nos contó que después de trabajar debía pasear a su Amo porque era el castigo por no haberle hecho caso en una orden que le había pedido. ¿No es una locura?

-Pero es para flipar todo esto. Yo hubiera puesto la quijada en el suelo, todo es tan diferente.

-Demasiado. Pues, te digo, me compró una máscara de cuero y unos látigos, unos pequeñitos que si los ves, piensas que son cosas súper tiernas. Ja, ja, ja, ja. Pero sí, estoy saliendo con un tío sádico y creo que me encanta.

Las risas hicieron eco en el gran salón mientras que una mujer de lentes le llamó la atención por el ruido que habían hecho. Al otro lado de la mesa, Mar fingió en todo momento gracias a los audífonos que tenía puestos.

Escuchó todo y mucho más de lo que hubiera querido, pero lo cierto es que se sintió intrigada por todo aquello así que se dispuso a investigar.

Se quedó en la biblioteca por un poco más de tiempo, de hecho, no se había dado cuenta que ya era de noche y todo por el afán de curiosidad que tenía sobre lo que estaban hablando esas desconocidas.

Pidió una computadora un poco alejada de la sala principal y se sentó allí con cara de concentración. Miró hacia todos lados como para asegurarse de que no la fastidiaran, entonces, respiró profundo e introdujo la primera palabra que recordó de esa conversación: “Dominante”.

Por alguna razón infirió que se trataba de algo relacionado al sexo y al control y cuando miró las primeras imágenes al respecto, sintió ganas de celebrar. Primero, quiso ver fotos y todo contenido visual primero para tener un buen avance sobre el tema. Se topó entonces con mujeres con máscaras de látex y cuero, látigos, mordazas, vendas, cadenas, cuerdas y una interesante variedad de poses y de material que le ayudó a entender en primera mano algunas cosas que había escuchado.

Ahora, con el panorama un poco más claro, se dedicó a leer con calma sobre esos preceptos sexuales. Escogió como entrada un largo artículo de Wikipedia que le sirvió para entender todo el contexto. Sencillo y conciso, todo lo que quería saber de una manera clara.

Después se decantó por blogs y páginas más especializadas y más tarde, optó por los foros. La intervención de la gente en una interacción atrevida y con un lenguaje explícito casi la hizo sentir tan excitada como nunca.

El palpito de su coño se hizo extraordinariamente fuerte y pareció entender que durante mucho tiempo era como si hubiera despertado algo dentro de sí: esas ansias de ser poseída por alguien, de ser controlada, de ser tomada de la

manera más brusca posible.

Al satisfacer toda esa hambre de conocimiento, Mar cerró las páginas y echó su espalda para atrás, respiró profundo y se dio cuenta que acababa de vivir un momento crucial: por fin había definido una parte esencial de ella misma, por fin se dio cuenta que su alma, cuerpo y espíritu pertenecían a la misma cosa: al BDSM.

Salió de la biblioteca ya de noche. Caminó con cierta prisa porque estaba ansiosa por tocarse. Cada paso era tortura y acto de paciencia porque tenía que esperar. Sin embargo, no tardó demasiado y arribó al pequeño edificio en cuestión de minutos.

Entró al mini piso y echó su morral a un costado de la puerta. Cerró y comenzó a desvestirse como si la ropa la molestara, estaba desesperada por tocarse con urgencia. No alcanzó siquiera a ir a la habitación, sólo pudo echarse sobre el sofá, abrir la piernas y palpar con un par de dedos lo empapada que estaba.

Primero soltó un largo y fuerte gemido, y después se dispuso a tocarse como había deseado por tanto tiempo. Una de sus manos fue hacia su pecho y la otra se concentró en el clítoris. Dio círculos pequeños, suaves, hasta que lo hizo con mayor fuerza, tanto que experimentó una serie de espasmos y de sonidos fuertes que trató de reprimir para no ser demasiado ruidosa.

Luego de estimularse lo suficiente, metió un par de dedos y allí sintió que lo bueno apenas estaba comenzando. Regulaba la intensidad dependiendo de lo que estuviera pensando, pero era obvio que tenía que ver con todo ese tema que acaba descubrir.

Imaginaba a un tío grande que la sometía a cualquier tipo de torturas, que la amarraba y que le embestía de todas las maneras posibles. Que la llenaba de su semen, de sangre y sudor y aun así, a pesar de la desesperación, el dolor y el cansancio, siempre quería más, mucho más.

Ese momento sirvió para hacerla sentir que había pasado una especie de interruptor, como que si la información de la cual había sido privada, por fin había invadido sus neuronas para darle un sentido más importante a su vida. Era lo que había querido siempre.

Siguió tocándose, pensando en las texturas de las cuerdas sobre su cuerpo, el suponer el dolor de sentir los latigazos y de la apariencia de la piel abierta para finalmente explotar en sus dedos y quedar exhausta.

Tras unos minutos después, tras darse cuenta de que había tenido un orgasmo tan intenso, se convenció a sí misma que estaba en el camino correcto

pero que no sabía muy bien cómo continuar allí.

El alivio que se daba a sí misma era ese, tenía más o menos claro lo que le gustaba pero sabía que tenía que esconder todo aquello por las opiniones sobre el tema. Incluso, hizo la prueba de mencionar ligeramente el tema a amigos y un par de amantes lo que fue suficiente para darse cuenta que no era de mucho agrado. Incluso, recibió opiniones muy extremas:

- ¿Pero de qué hablas? Eso es para pervertidos.
- El mundo está así porque gente así. Ni hablar.
- Creo que no deberían existir ese tipo de prácticas. Son deplorables.

Externamente, Mar mostraba cierto grado de afirmación ante ello aunque no era así en su interior. De hecho, de hecho, comenzó a sentirse más culpable por tener dichas inclinaciones y por no tener la posibilidad de manifestarlas como quisiera.

Las pocas veces en las que accedía tener sexo, a veces lo hacía por la posibilidad de encontrar un chispazo de buena suerte o al menos una mínima oportunidad en donde pudiera ser libremente como quisiera. Pero no era así, por lo tanto debía conformarse con un sexo aburrido, un trabajo aburrido, una carrera aburrida y una vida aburrida en general.

Pensaba que estaba lo suficientemente distraída como para pensar en otra cosa. El aceptar diferentes turnos en el trabajo, o el de hacer trabajos a otros compañeros para hacer algo extra de dinero, estudiar e incluso pintar. Pensó que todo eso serviría para darse cuenta de que era mejor enterrar esas ideas sobre el masoquismo y toda la cosa, pero fue imposible. La idea le carcomía las neuronas, la volvía loca y no sabía cómo detener esos pensamientos sin quedar al borde del abismo. Debía haber alguna forma para solucionar eso.

De vez en cuando entraba a esas mismas páginas y a esos mismos foros para instruirse más sobre el asunto. Sentía que cada vez que lo hacía, era como alimentar la ansiedad de experimentar esas situaciones. Lo que realmente le molestaba era que no sabía cuándo podría suceder o si al menos tendría la oportunidad de hacerlo.

La frustración estaba en un punto álgido, pensó que lo mejor que podía hacer era alejarse de todo y renunciar, no seguir más... Y allí pareció encontrar algo que podría darle alivio. En esos famosos foros descubrió que se haría una reunión para principiantes muy cerca del Central Park.

Si bien era un poco lejos de la residencia, no pareció molestarse demasiado con ese hecho. Además, Nueva York era una ciudad activa e intensa, así que tendría que esperar lo inesperado.



Leyó las instrucciones y el código que debía decir para que la dejaran entrar. Sonrió para sus adentros al mismo tiempo que experimentó un poco de miedo. No sabía cómo resultarían las cosas, así que se limitó en no tener expectativas de algún tipo, quizás se trataba de alguna fiesta de disfraces y nada más.

Según las indicaciones, todos los interesados debían ir de negro para preservar el ambiente ceremonioso de la situación. Después de un largo día en el café, llegó al piso directamente a tomar un baño. Al salir, se dispuso desnuda sobre el clóset y lo abrió de par en par.

Se dio cuenta que no tenía demasiada ropa por lo que escogió lo más obvio: un par de jeans, botas estilo militar y un suéter tejido negro de punto que acaba de comprar en una tienda de descuento, pensó que esa era la oportunidad perfecta para aprovechar para estrenarlo.

Mientras se colocaba las prendas, se miró a sí misma en el espejo de la puerta del baño. Se miró los muslos anchos, la cintura estrecha y los pechos pequeños. Detalló la marca de nacimiento que tenía en uno de sus muslos, las estrías de los brazos y el largo cabello rizado y negro.

Se miró el rostro y se fijó en sus ojos cafés oscuros, en la nariz un poco ancha y en sus labios gruesos, incluso en las diminutas pecas que tenía cerca de los pómulos que, de alguna manera, servían para distraer las grandes bolsas negras producto de las faltas de hora de sueño.

Luego de suspirar y de atarse el último cordón, se colocó de pie y buscó un pequeño bolso en donde guardó lo esencial: su identificación, las llaves, un labial, un poco de efectivo y el móvil con toda la batería cargada. Se deseó suerte a sí misma y salió.

Como ya había pasado la hora pico, el transporte público estaba más amable que de costumbre, así que no tardó demasiado en llegar al Central Park. Notó que había mucha más gente de lo que esperaba, algo que no le resultaba demasiado agradable, sobre todo porque prefería la soledad y la introspección.

Tomó el móvil y siguió las instrucciones en Google Maps. Se guió con cuidado y se adentró por unas calles que estaban cerca. Miraba cada tanto para recordar la ruta cuando le tocara regresar. Finalmente, se topó de frente con una puerta roja, como de metal, con ciertas marcas de óxido.

Se echó para atrás y se percató que allí era el lugar en donde debía estar, así asumió que debía tocar. Recordó el código y esperó ansiosamente.

-Black Keys.

Pronunció con voz baja cuando se abrió una pequeña rendija que dejaron al descubierto un par de ojos. Se volvió a cerrar y pensó que lo había hecho mal. Sin embargo, escuchó cómo se abrió la puerta y una figura oscura la dejó entrar. Para cualquier persona hubiera sido descabellado pero ella se aventuró porque estaba necesitada de algo que realmente la emocionara.

Al entrar, se percató que unas luces muy tenues iluminaban el suelo, así que las siguió hasta que escuchó unos murmullos. Se sintió un poco más confiada hasta que se encontró con una gran sala dividida en diferentes estancias. En medio de esta, se encontraban unas sillas ocupadas por un grupo de gente bastante variopinto.

Mar se sintió un poco intimidada pero miró que la persona que hablaba le daba la bienvenida y le invitaba a sentarse. Sonrió un poco y tomó la última silla. Luego, prestó atención lo que el hombre decía.

-Pues, bienvenidos a todos. Estamos muy contentos de tener una buena cantidad de gente esta noche. Créanme, hemos sido muy pocos al principio y nos alegra contar con un este número. Primero, quiero decirles que es esencial que se tome en cuenta algo importante.

Aquí se respeta la identidad y la privacidad de todas las personas, así que no se develara información sensible puesto que todos tenemos una vida allá fuera que queremos y debemos respetar. Ahora bien, teniendo claro esto, procederé a contarles un poco los lineamientos básicos del BDSM.

El hombre alto y de sonrisa amable, explicaba a los presentes todo lo pertinente al BDSM. Era de suponer que se sabían algunas cosas elementales pero que no estaba demás tenerlas claras sobre todo cuando se está empezando.

Siguió hablando y aunque ella ya sabía de todo aquello gracias a la información que había revisado, se detuvo en un punto que le pareció particularmente importante.

-La clave de esto es el consenso. Nada se hace por obligación o coacción, bajo ningún motivo. Supongamos que estamos en una negociación y nosotros colocamos nuestras condiciones y la otra parte hace lo mismo.

Así debe funcionar la dinámica, sin importar si eres Dominante o sumisa, si sólo haces juegos de rol o no, si eres Sádico o masoquista, cada quien debe tener la libertad de exponer lo que le gusta y los límites que tiene para poder establecer una relación sana y equilibrada.

Si alguno de ustedes siente que no está en este tipo de relación, debe alejarse lo más rápido posible. Si hay violencia, hacer entonces la denuncia

correspondiente. En conclusión, todo se hace porque es un acto consensuado y así tiene que ser.

Mar tenía los ojos bien abiertos cuando escuchó todo eso y supo que entonces no se trataba de un movimiento improvisado, sino que había una interesante organización en todo ello.

-... Si tienen más preguntas al respecto, aquí estamos para ayudarlos. Cada uno de nosotros tenemos tiempo de experiencia y sabemos bien de lo que estamos hablando. No teman en preguntar, en consultar, si hemos hecho esto es porque sabemos lo importante que es expresarnos libremente sin sentir el temor de no tener una vida plena. ¿Vale? Bien, ahora vamos a lo divertido.

>>En varias estancias que tenemos aquí, se desarrollarán diferentes actividades para que conozcan un poco más al respecto, habrá una venta de esclavas y esclavos ahora mismo, y poco después se llevará a cabo una sesión de shibari y de spanking. Lo último que me queda por decir es que, por favor, dejen sus datos de contacto para que reciban más información sobre reuniones y convenciones. De resto, ¡bienvenidos!

Mar sintió que realmente pertenecía a algo después de mucho tiempo, así que se levantó de la silla con cierta timidez y fue directo al bar para pedir una cerveza con el fin de quitarse un poco el miedo que tenía a flor de piel. Después de pagar, dio un largo sorbo y se preparó para caminar por ahí con el fin de explorar ese mundo que tenía en frente de ella.

Ese ambiente con luz tenue y muy suave le daba cierta intimidad, sensación que parecía acentuarse gracias a los efectos del alcohol. Luego de mucho pensar, se decidió por ir a la sesión de spanking.

Apenas entró a esa habitación, miró que un grupo de personas estaban allí. Ella se sentó al final y miró sorprendida a una mujer desnuda que se colocaba en silencio sobre una estructura de madera, de tal forma que su culo daba hacia la gente.

Al poco tiempo, se apareció el mismo hombre de rostro amable pero esta vez con una expresión notablemente diferente. Estaba concentrado y muy dentro de su rol. En una de sus manos se encontraba un látigo o al menos eso pensó ella. Un fuste quizás.

Lo usó como un instrumento para acariciar la piel de la mujer con suavidad. Desde la espalda, pasando por las caderas hasta detenerse en esos glúteos grandes y hermosos. Se quedó allí hasta que alzó la mano y le dio un prime azote con una fuerza tan contundente que hizo gemir a la mujer de inmediato.

Mar notó que las manos de ella se aferraron fuertemente sobre la madera, mientras que su piel había quedado marcada por una fina sombra por el fuate. Pero eso no quedó allí, era obvio que seguiría. Y así fue... Una y otra vez.

El hombre alto seguía agitando su brazo contra el cuerpo vulnerable de esa mujer a un ritmo constante y casi enloquecido. En su cara se dibujó una mueca tan expresiva que hizo que el interior de Mar se estremeciera por completo. Era como si mirara a una persona completamente diferente y eso lo vio como algo fascinante.

Siguió así hasta que se detuvo producto del cansancio. La piel de la mujer ya no era blanca, sino roja y rosada en algunas partes, incluso, con algunos hilos de sangre abiertos. Pero ella no parecía sufrir. No, más bien todo lo contrario.

Al cabo de un rato, el hombre la desató y la tomó entre sus brazos para darle un fuerte abrazo. Ella respiraba agitadamente pero, aun así sonrió para él, quien le tocaba el cabello con una suavidad casi conmovedora.

Todos los demás se fueron menos Mar. Se quedó allí, sentada pensando en todo lo que había pasado. En ese momento, salió la mujer ya vestida y se dio cuenta que había alguien allí.

-Ah, ya me voy, lo siento.

-Eh, querida, no te preocupes que nadie te está corriendo. ¿Todo está bien?

-Pues, sí, sí. Sólo que me quedé muy impresionada.

-Es normal para una primera vez, ¿qué tal si tomamos algo?

La chica le sonrió con amabilidad y esperó a Mar para ir a la improvisada barra de ese lugar. Cuando salió, se dio cuenta que la animosidad del sitio estaba en su punto. La gente hablaba más y hasta reía más. Era obvio que el miedo inicial había pasado.

-Hola, José. Por fa, dos cervezas y que estén bien frías, ¿vale?

-Claro, Val.

Ella dejó un bolso con sus cosas y luego se fijó en la mirada curiosa de Mar.

-Algo me dice que tienes muchas preguntas que hacer pero que no sabes por dónde comenzar. ¿Me equivoco?

-Ja, ja, ja. Tienes razón. Pero es que me da un poco de pena porque no sé cómo abordar esto y no quiero que sea ofensivo.

-Querida, me viste desnuda y recibiendo nalgadas. No te preocupes.

Chocaron las botellas y comenzaron a hablar.

-¿Cómo diste con todo esto?

-Por él... -Hizo un gesto al hombre que les había dado la bienvenida- Había salido de una mala relación y él me ayudó mucho. Con el tiempo, me presentó esto y quedé enganchada. No pensé que me gustaría mucho.

>>Eso sí, al principio pensé que se trataría de una moda o de un conjunto de raritos que hacían estas cosas, pero después te das cuenta que no es tan sencillo como la gente podría creer. Es más, si te fijas bien, esta es una de las pocas oportunidades que tenemos para ser como queremos ser sin ser juzgados por los otros, porque hay otros como nosotros.

Mar comprendió a la perfección lo que ella quería decir, sobre todo por esas experiencias pasadas en donde trató de demostrar que tenía este tipo de afición. Asintió ligeramente y siguió escuchando las palabras de esa mujer.

-Si estás aquí quiere decir que has hecho todo lo posible por encontrarte a ti misma. Estás en camino, créeme, no tienes por qué asustarte por ello, pero tienes que tener en claro que debes preservar tu tranquilidad y tu paz mental. Es lo que debe prevalecer siempre.

Las dos se quedaron allí por un largo tiempo hasta que Mar se despidió. Al cerrarse esa puerta metálica roja, comprendió que había encontrado algo que realmente le gustaba y que le ayudaba a sentir que su vida tenía cierto sentido.

Regresó a la residencia, entró a su piso y se echó de nuevo en sofá. Cerró los ojos con fuerza y se recordó a sí misma en el momento en cuanto observó los fuertes latigazos que hacían eco en la habitación y en la gente que estaba allí.

Se detuvo un momento y deseó fervientemente tener algo así, por muy pequeño que fuera. Se quedó un rato allí hasta que se quedó dormida.

Los días siguientes de ese evento sólo sirvieron para alimentarle las ganas a Mar sobre saber aún más sobre fantasías recreadas en ese mundo. Para ello, se valía de videos y pornografía como para entender aún más lo que quería experimentar.

En una de esas veces, se topó con un material que recreaba una sesión en una especie de mazmorra. Al principio le pareció un poco extraño pero la curiosidad era demasiado fuerte como para dejar ir ese primer impulso que había sentido, así que se preparó para ver con mayor detenimiento lo que tenía frente a sus ojos.

La mujer estaba encadenada y atada con pesadas cadenas, el hombre tenía la cara cubierta con una máscara y se paseaba por el lugar con cierto andar amenazante. La expectativa fue mucho más fuerte hasta que él se encontró con

la mujer y la tomó por el cuello para cortarle un poco la respiración.

En ese momento, justo en ese momento, los ojos de Mar se iluminaron, y su cuerpo también reaccionó al sentir un palpito violento en su coño. Se excitó tanto que había mojado su ropa íntima de un solo golpe.

Siguió mirando y notó que el hombre le quitó las cadenas para atarla a una especie de estructura de madera para proceder a verterle cera caliente en la espalda. Los quejidos de la mujer eran intensos y parecían una mezcla de dolor y placer.

Mar no se había percatado pero tuvo la sensación de que estaba viendo aquello que pareció desear por mucho tiempo. La sumisión completa, el dominio y la brusquedad por parte de una persona que parecía no tener ningún tipo de clemencia, las expresiones y los gestos de excitación de ambos. Era la sincronización perfecta de estímulos.

Al terminar el video, ella volvió en sí rato había quedado tan impresionada que luego pensó que lo que acaba de ver era algo que deseaba experimentar con locura. La intensidad del momento, el sólo ser testigo de aquello le había hecho sentir que estaba más viva que nunca, ¿acaso existía una mejor sensación que aquella?

Se encontró pensativa y también un poco asustada por los deseos de su cuerpo y corazón. Ahora deseada estar con alguien que pudiera doblegar su voluntad para darle todo y más, deseaba estar encerrada en una mazmorra a la espera de todos los castigos posibles con el fin de dejar su piel en él. La sola idea la volvió loca otra vez.

... Eran ansias extremas que las dejó dentro de sí y las guardó como si fuera un gran secreto. Sólo para ella.

## II

La operación fue más agotadora de lo que había pensado, pero por suerte se había preparada para ello lo suficiente. Recibir un corazón con 15 horas de retraso y hacer un trasplante a una niña de 12 años que ya estaba bastante enferma y casi ya no tenía fuerzas para andar. Un escenario poco alentador.

Sin embargo, a pesar de los retrasos con el órgano y con el cuerpo débil de la niña, él hizo todo lo posible para movilizar a los mejores asistentes para contar con ellos en lo que sería una operación de alto riesgo. Concentró todas sus energías y todo su esfuerzo para dar lo mejor de sí mismo, como siempre hacía.

Revisó la pantalla y el nuevo corazón comenzó a latir suavemente. Poco a poco, el color rojizo de la nueva vida irradió la palidez del rostro de la niña. Parecía que las cosas saldrían bien después de todo.

Daniel se sentó en uno de los bancos en el exterior del hospital para relajarse un rato. El día estaba despejado, un poco frío, pero despejado. Veía las nubes mientras se comía un panecillo y bebía un jugo de un envase de cartón. Por fin sabía lo que era la tranquilidad después de una semana agitada.

Al terminar de comer, permaneció un rato allí y escuchó el sonido de su localizador de personas. De seguro se trataba de un paciente o una consulta que había pautado para horas después. No tenía ganas de levantarse aún, deseaba quedarse allí un rato más para disfrutar un poco de ese día. Pero el deber era mucho más importante, así que se levantó con cierta pesadez y volvió a entrar.

Se paró justo en las puertas corredizas del hospital y se quedó mirando su reflejo por un rato. Alto, moreno, con el cabello negro corto con esa textura espesa, las manos grandes y las piernas largas. Además, esos ojos grandes y negros marcados por esas bolsas debajo que le recordaban que debía dormir pronto porque si no, se desplomaría en el consultorio.

-Doctor, un paciente lo está esperando para el chequeo mensual.

-Ah, vale. ¿Tengo más consultas después de esta?

-No, doctor. Sólo esta.

Daniel respiró de alivio porque por fin podría dormir unas cuantas horas y así volver a ser un humano otra vez.

-Vale, gracias.

Se dirigió al consultorio y de inmediato se encontró con el paciente que parecía haberlo visto con una alegría inmensa. Se sentó en la silla y comenzó a

examinarlo, ese mismo procedimiento mecánico el cual ya estaba acostumbrado y que prácticamente era ya como un ritual.

-Todo bien. Tiene buenos números y no detecto ninguna anomalía importante. De resto, le recetaré estas medicinas para que cambiemos el tratamiento. Ya pasamos el periodo de control, así que podemos celebrar eso.

Luego de un afectivo apretón de manos, despidió a su paciente y luego se volvió a sentar en la silla del consultorio del hospital. Echó la cabeza para atrás y cuando pensó que se quedaría dormido, se recordó que podía hacer eso si iba a su casa y dejaba todo el tema atrás.

Comenzó a recoger algunas cosas y luego salió caminando con cierto entusiasmo. La idea de descansar era lo más atractivo que le parecía en ese momento.

Salió y se encontró con el sol de la mañana, parecía una señal inequívoca de que las cosas saldrían mejor que nunca, así que se apresuró para acercarse a su coche, un Camaro del 79 de color negro mate, con los neumáticos relucientes y con la pintura impecable. Era uno de sus caprichos que denotaba su gusto por lo bueno y lo lujoso.

Daniel era reconocido como el quizás mejor cardiocirujano de Nueva York. Un título bastante importante para cualquier persona, y sobre todo tratándose del ámbito médico. Lo cierto, es que a pesar de sentir una enorme presión debido a su fama y reconocimiento, era una persona que había cultivado éxitos gracias a su trabajo constante.

Le interesó la medicina desde muy chico, de hecho uno de los recuerdos más recurrentes sucede cuando tenía unos cuatro años, mientras jugaba con su hermana mayor. Ella había adquirido recién un juego de mesa en donde se veía a la figura de una persona en cuyos espacios había partes del cuerpo. La finalidad, era “operar” con una pinza de metal sin que esta rozara los bordes de metal del tablero.

En el primer momento en que lo vio, el pequeño Daniel se sintió intrigado, a tal punto que se detuvo a observar a su hermana con cuidado para analizar sus movimientos.

Ella le permitió jugar y le explicó lo que tenía que hacer. Sus maños pequeñas sostuvieron la pinza con firmeza y se dispuso a extraer las pequeñas piezas de plástico con sumo cuidado. Su hermana estaba tan impresionada que llamó a su madre y ambas permanecieron en silencio observando la destreza de ese pequeño niño.

Desde ese momento, Daniel comenzó a desarrollar una sensibilidad por la



anatomía, la química y la física. Eran señales muy tempranas pero que sus padres supieron aprovechar para comprender el comportamiento de su hijo.

El entorno familiar de Daniel era acogedor a pesar de las dificultades económicas que podrían tener en ciertas ocasiones. Aun así, ambos padres estuvieron de acuerdo para que sus hijos recibieran la mejor educación posible.

Lo cierto es que, además, el chico le gustaba estudiar. Podía hundir la cabeza en un libro y quedarse allí horas y horas sin que le importara algo más. Era increíblemente feliz en ese entorno y podía quedarse dentro de esa burbuja durante todo el tiempo que quisiera.

Sin embargo, a medida que crecía, también desarrolló la afición a los deportes. Entonces, no sólo era brillante, sino también un deportista nato. Era la figura a seguir entre sus compañeros y en los demás miembros de la comunidad.

Gracias a su dedicación, ganó varias becas de estudio que le permitieron hacer cursos y talleres de todo tipo. Las mismas, por cierto, relacionadas a las ciencias. Era su pequeño paraíso.

Era un chico curioso, atento y dulce. Sus maestros hablaban muy bien de él y sus compañeros también, sin embargo, de vez en cuando sentía que tenía una especie de oscuridad muy dentro, una que no podía explicar muy bien pero que siempre había estado allí.

Su afición a la medicina se volvió más fuerte durante su adolescencia. Lo que había pensado que había sido un pasatiempo, realmente se trataba de una pasión, de un dese ferviente que no quería dar marcha atrás.

Trató en lo más posible de ignorarlo y concentrarse en lo que tenía por delante: lo que parecía ser una carrera exitosa. Claro que eso no era todo lo que él tenía en mente, de hecho, deseaba poder explorar otros aspectos de su vida personal como un ejercicio para conocerse mejor a sí mismo.

Gracias a su buen carácter y atractivo físico, Daniel era un imán para las chicas. Muchas quería estar con él y la atención a veces le abrumaba un poco, sobre todo porque no siempre le gustaba ese tipo de situaciones.

De hecho, podría disfrutar plenamente de su soledad sin molestarse por ello en lo absoluto, disfrutaba la tranquilidad y en silencio que le ayudaba a poner cierto orden a sus pensamientos.

En cuestión de tiempo conoció una chica y salió con ella, su familia demostró un entusiasmo real sobre todo porque lo habían visto como alguien particularmente introvertido y muy poco dado a las relaciones.

Allí comenzó a experimentar el cosquilleo por los asuntos del cuerpo. Incluso, internamente, él se prestó para esas cosas porque tenía la necesidad de saber aquello que todo el mundo hablaba.

Su primer beso fue en la sala de su casa mientras veían una película de terror clase B. En medio de los gritos de la mujer atacada por el monstruo, Daniel y su cita se besaban como un par de inexpertos en medio de la sala oscura.

Convencido de que podía hacerlo mejor, detuvo el gesto para comenzar otra vez, la chica casi se desmayó entre sus brazos porque no pudo soportar demasiado la intensidad de ese momento.

Las cosas funcionaron relativamente bien durante un tiempo pero para Daniel esas demostraciones de cariño sutiles le hacían sentir como si no sería capaz de hacer algo más interesante. Después de unos meses, dejó la relación y pensó que lo suyo más bien era la libertad, las ciencias y el deporte.

En aquel verano en donde había cumplido 18 años, cuando ya faltaba poco para presentar exámenes y graduarse, él conoció a una mujer atractiva y que le había quitado el aliento por completo.

Morena, alta, de cabello liso y negro, curvas pronunciadas y siempre en tacones, andaba por allí provocando miradas de impacto y de envidia en las chicas. Era la mujer más hermosa que había visto y se sentía aún más impactado por ella cuando la miraba sonreír. Era preciosa, preciosísima.

No se sabía exactamente quién era pero había algo seguro, distraía a todo el mundo con o sin intención. Esos labios gruesos siempre pintados de rojo, el cabello que le caía a los lados y su forma de vestir, siempre de falda o vestido, como para que la gente se deleitara con sus hermosas piernas. Era un espectáculo a la vista.

Desde el primer momento en que la vio, Daniel experimentó una sensación muy intensa por primera vez, fue como si algo le quemara por dentro pero no tenía la certeza de lo que era. Cuando sucedía, trataba de entender la situación pero no lo lograba por más empeño que le pusiera, era prácticamente imposible.

Pero bien, se permitía soñar con ella, fantasear con ella. Cerraba los ojos y se dibujaba su cuerpo, su bella cintura, sus anchas caderas o sus pechos redondos y firmes ante él. Con sólo aparecerse le provocaba una magia indescriptible, como si no pudiera cansarse nunca de esa imagen.

De inmediato sentía que su pene se volvía duro, tan duro como una roca, y con eso, la necesidad de tocarse salvajemente. Así que terminaba echado en su

cama, mirando el techo, pensando que era ella quien estaba sobre él, dándole todo el placer del mundo posible.

Se masturbaba y al final, cuando se corría, se sentía un poco tonto porque tenía la sensación de que esa mujer y él no tendrían ningún tipo de contacto. De hecho, pensó que era una pérdida de tiempo seguir anclado en esa situación... Sin embargo, era algo demasiado adictivo.

Pasaron los días y comenzó a notar que la escuela iba vaciándose de a poco. Él permanecía allí porque solía usar el laboratorio de química junto a su profesor quien a veces le pedía asistencia como ayudante para hacer experimentos. De resto, gracias a su comportamiento y a sus logros, podía andar en el lugar prácticamente a sus anchas.

Ese verano aprovechó el silencio del lugar para estudiar para los exámenes de admisión de la universidad. Por suerte, le confiaron los laboratorios y la biblioteca para que pudiera estudiar a gusto. Lo cierto era que resultaba una relación ganar-ganar puesto que él era la figura importante de la institución.

Se encontraba en un pequeño salón en donde se solían hacer prácticas de física. Se dispuso a desplegar un problema cuando sintió que alguien empujaba la puerta. Sin voltear, pensando que se trataba de un profesor, exclamó:

-Ya me voy, sólo necesito esto 10 minutos máximo y lo dejo en orden.

Al no escuchar respuesta, giró la cabeza y comprendió que se trataba de esa mujer. Ella, estaba más hermosa que nunca. Permanecieron en silencio por un rato hasta que él trató de iniciar la conversación con cierta timidez.

-Lo siento, ya estoy a punto de dejar el salón, yo...

-No, no. Discúlpame tú. Es que... Oh, bueno.

Se quedó callada y Daniel no supo qué decir, los nervios lo estaban volviendo loco. A pesar que era un chico jovial y con el habla un poco suelta, estaba mudo, los labios estaban sellados y la garganta apelmazada.

Aunque trató de tomar un poco de fuerza, sólo pudo darse cuenta que esa mujer fue hacia él como paso decidido hasta que se colocó de frente, tanto, que puso percibir el dulce aroma del perfume que tenía puesto.

Daniel comenzó a respirar agitadamente y sintió que algo le gritaba que debía continuar, que no podía quedarse allí con esa cara de tonto. Así que estiró sus manos y las colocó sobre el rostro de ella, sujetándolo con cierta delicadeza para que al final acercara su rostro con el de ella. Finalmente se besaron rodeados de marcadores, balanzas, artefactos viejos y el silencio de

la ausencia de gente.

En un primer momento él sintió miedo porque no podía creer lo que le estaba pasando. No quería que todo fuera producto de la fantasía, por lo que trató de tomarla entre sus brazos y apretarla junto a sí. Ella, de inmediato exclamó un suave gemido que pareció acelerarlo de una manera impresionante.

Sus bocas estaban uniéndose entre sí casi de manera salvaje. Desesperado, sacó su lengua con el afán de buscar la de ella y la encontró. Así que ambas comenzaron una danza de placer y seducción.

Daniel la succionaba, mordía y apretaba aún más. Esa mujer altiva y sensual caía cada vez más en ese vórtice de placer, así que tenía que hacer un gran esfuerzo por reprimir los quejidos y sonidos porque no querían que los descubrieran.

Quizás fue eso, quizás fue otro pequeño detalle, pero lo cierto fue que Daniel recibió una especie de impulso que provino de lo más bajo de sus entrañas. Una especie de corriente que produjo un cambio extraordinario en él.

Como si estuviera poseído por esa misma fuerza, la tomó de la cintura y la subió sobre ese largo y macizo mesón de madera que tenía cerca de él. Ella siguió dándole besos hasta que hubo un cambio de planes. Daniel hizo algo que nunca pensó.

Metió su mano debajo de ese vestido rojo y ajustado que tenía ella. La mujer lo miró sorprendida pero también sumamente excitada. Así que abrió más las piernas y buscó su boca para besarlo con más fuerza y también para hacerle escuchar los gemidos que estaba experimentando en ese momento.

La mano suave y grande de Daniel acarició la parte interna de los muslos. Fue más y más adentro hasta que se topó con un calor intenso, gracias a ello, asumió que estaba cerca de llegar al sitio que más deseaba llegar en todo el mundo, el coño de esa hermosa mujer.

Antes de siquiera tocarla, la buscó con los ojos para mirarla fijamente, se quedó perdido en ella unos minutos y después juntó un par de dedos para acariciarla finalmente. Se topó con el clítoris, el cual supuso que ya estaba bien hinchado de placer. Lo acarició lentamente y se sintió tan bien porque pudo percibir la humedad producto de su excitación.

Ella apoyó las manos sobre el mesón para no morir ahí mismo, sin embargo, no paró de gemir ni por un segundo. Se mordía los labios, cerraba los ojos y exclamaba esos suaves sonidos que le alimentaban el morbo de él.

Al principio la masturbó suave porque no tenía demasiado conocimiento

de cómo hacerlo, pero como se trataba de un chico tenaz, empeñado en hacerlas cosas debidamente, se esforzó aún más para darle el placer que ella, sin duda, merecía.

Esa cortina de cabello negro quedó toda hacia atrás, lo que también servía como marco para esa hermosa espalda curva y sensual. El apetito de Daniel, no obstante, parecía crecer más y más.

Se apoyó de la cintura con la otra mano mientras que seguía masturbándola con la otra. Iba más fuerte, más firme, mientras ella no podía controlarse del todo. Daniel trataba de callarla con besos, hasta que sintió la necesidad de cortar la respiración ahorcándola un poco. Cuando lo hizo, experimentó una especie de sensación que casi lo arrastró a la locura.

De repente, quiso cambiar la situación al sentir la necesidad de probar los fluidos de tal exuberante mujer. Así que terminó por alzar la falda por completo y se agachó con suficiente cuidado para que su cabeza quedara justo entre esas preciosas piernas.

Respiró profundo y tomó un poco de aire, luego la miró con picardía, apartó ese hilo húmedo y llevó su boca hacia ese maravilloso lugar. Primero, saboreó su clítoris el cual estaba más que estaba hinchado, listo para él.

Sus labios apretaron esa zona ejerciendo cierta presión. Cuando lo hacía, podía escuchar gritos desgarradores que ella intentaba reprimir con todas sus fuerzas. Luego, llevó su lengua hacia sus labios. Tan deliciosos y gruesos que no pudo evitar morderlos con cierta malicia. Le gustaban tanto que se quedó allí por un largo rato.

Chupó y chupó tanto que se dio cuenta que su rostro estaba empapado de los fluidos de esa mujer. Dejó que su propio instinto fuera un poco más allá y se atrevió a masturbarla un poco al mismo tiempo. Ella, casi entregada sobre esa superficie de madera, estiró su mano para colocársela sobre el cabello negro y abundante de él. Se miraron por un momento y fue como si volviera a experimentar esa fuerza natural que lo hacía sentir cada vez más vivo.

Un dedo en su coño y su lengua sobre su clítoris. La sinfonía de jadeos y gemidos era simplemente gloriosa. Siguió haciendo porque se percató que no podía, se había vuelto un completo adicto a pesar de haber sido su primera vez.

Al follarla con su lengua en esas tantas veces, percibió los temblores de sus piernas hasta que por fin sintió un poco de más fluidos calientes sobre su boca. Ella había eyaculado sobre él lo cual además le hizo sentir un poco extraño al respecto.

Ella, sin embargo, aún en medio de los temblores, se acercó hacia él y le dio un largo y delicioso beso. Luego, encontraron sus miradas y sus frentes hasta que pudieron recuperar la respiración.

Aunque hubieran sentido que había pasado todo el tiempo del mundo, realmente no fue de esa manera. Salieron de salón fingiendo que todo estaba bien, disimulando que tenían una conversación banal, no obstante, Daniel aún podía percibir el olor del coño de la mujer que acaba de comer. Por dentro estaba más feliz que nunca.

Antes de despedirse, intercambiaron números y quedaron que se encontrarían para verse más tarde. Él, mientras caminaba a casa, ya estaba ideando la excusa perfecta para que no lo molestaran demasiado.

Se hizo de noche y Daniel estaba como un lobo enjaulado, dando vueltas de un lado para el otro porque estaba ansioso por verla. “Espérame en cinco”, leyó un mensaje poco después de sentarse en su cama.

Preparó una mochila con un poco de ropa y agua, pensó que había exagerado con ello pero era un chico un poco ansioso y más al respecto. Cerró la puerta de su habitación, se despidió de su madre con rapidez y salió a la calle silenciosa en esa noche un poco fría. Acordaron que ella aparcaría a unas cuantas casas para no levantar sospechas, en cuanto la vio saludándolo, no pudo evitar dar unos cuantos pasos apresurados para encontrarse por fin con ella.

Abrió la puerta y se subió. La miró fijamente por unos segundos y luego estiró sus manos para tomarle el rostro y besarla con desesperación. Había ansiado tanto el momento que no le importó el lugar en donde estaban. Estaba con ella y nada más.

-Tenía tu olor en toda mi cara. Me encantó.

Ella sonrió muy sensualmente y siguió besándolo también con ese ímpetu casi adolescente. Luego de un rato, ella miró hacia adelante, hizo el cambio de velocidad y pisó el acelerador, los neumáticos chillaron un poco sobre el asfalto y ambos se dirigieron a un lugar en donde pudieran hacerse suyos sin problemas.

Estuvieron en el camino hasta que salieron a la vía principal, el tráfico estaba un poco denso pero eso no pareció molestarlos demasiado, estaban bien porque iban juntos. Hubo un momento en donde ella tuvo que detenerse y él entendió aquello como la perfecta oportunidad para jugar un poco.

Se acercó a ella y comenzó a respirarle suavemente en el oído. Ella trató de hacerle entender que lo más conveniente era esperar hasta llegar a un motel.

Pero no, Daniel era un chico impulsivo y el estar con ella era la materialización de su fantasía.

Así que siguió seduciéndola poco a poco, hasta que introdujo su mano debajo de su falda vaquera. Como era corta, resultó ser mucho más fácil el llegar a ese sitio tan hermoso y tan decadente. Se detuvo un poco antes porque deseaba desesperarla un poco.

Acarició esos muslos firmes y deliciosos una y otra vez, hasta que ella, en medio de su excitación, le rogó un poco que la tocara.

-Por favor, hazlo, por favor.

Él comprendió que aquello había sido una especie de mensaje claro que debía acotar puesto que también sentía lo mismo. Entonces, de un momento a otro, introdujo dos dedos dentro de su coño para hacerla estremecer como nadie.

Ella abrió la boca un poco más y Daniel siguió follándola con los dedos con una increíble destreza. Él le acariciaba los labios y clítoris de manera tan deliciosa, que la mujer sentía que iba a desvanecerse de un momento a otro. Su cuerpo y su espíritu de juntaban y luego se desintegraban gracias a que él hacía las cosas a su antojo. Era simplemente increíble.

Lo hizo de suave a lento hasta que sacó los dedos y los miró por unos segundos, hizo que ella lo mirara chuparlos porque, claro, estaba obsesionado con su sabor.

-Muerdo por comerte toda.

Como si hubiera recibido una descarga de energía, ella aceleró el coche hasta finalmente llegar a un motel. No tenía un aspecto demasiado increíble pero eso no era lo importante sino que ambos pudieran estar finalmente solos.

-Quédate aquí. –Le ordenó ella, por lo que Daniel se quedó en el coche, mirándola, admirándola.

Tenía un aspecto menos formal que las veces que había visto. Esa faldita vaquera, unas sandalias y un suéter de punto. De resto, tenía ese cabello negro, largo y liso que ondeaba por el viento como si fuera la cosa más delicada y sublime del mundo. Estaba ahí, sentado con una cara de tonto que no quería ni podía ocultar.

Tras unos minutos, ella regresó con una amplia sonrisa, hizo que él saliera del coche y se fueron tomados de la mano hacia una de las habitaciones que estaban en el piso superior. Todo estaba tan tranquilo, que él podía escuchar el sonido del roce de la gravilla debajo de sus pies.

Abrió la puerta y encendió la luz, la habitación era más o menos amplia y

en el medio de esta se encontraba la cama. Un poco más alejado, un televisor y más allá un baño. Un par de mesas de noche y un clóset con unas cuantas frazadas. Por suerte, la luz era tenue y eso le daba un cierto aire de calidez.

Él fue hacia ella para fundirse en un abrazo. La tomó con tanta fuerza que ella exclamó un delicioso gemido, Daniel, además, comenzó a besarla por el cuello lentamente hasta que notó que su amante procedió a quitarse la ropa. Al final, él se apartó un poco mientras la miraba como si estuviera hipnotizado.

Esos pechos grandes y redondos se descubrieron para él, su cintura estrecha, sus caderas anchas y esas piernas de infarto. Era una Venus. Por si fuera poco, también se detuvo a ver su coño.

Los labios sobresalían un poco, por lo que sintió de inmediato esa necesidad de devorarla otra vez. Entonces, la dejó sobre la cama, hizo que abriera las piernas y enterró su cabeza como la primera vez. La diferencia estaba en que sí oíría con más claridad todos esos ruidos que había clamado por escuchar.

Se percató de que ella sostenía las sábanas con sus manos o a veces las extendía para tomar su cabello. Estaba tan excitada que tenía espasmos cada vez más fuertes. Era increíble, era delicioso.

Sin bien él pudo sentir la necesidad de quedarse allí, saboreándola una y otra vez, su cuerpo también le exigió unirse a ella. Dejó de pensar que no sabía del asunto y se permitió disfrutar de lo que su instinto le decía.

Entonces comenzó a quitarse la ropa como si esta lo molestara demasiado. Al cabo de unos minutos, quedó completamente desnudo ante ella. Parecía un animal, a punto de dejarse llevar por esos instintos tan fuertes y poderosos.

Se encontró con ella quien estaba sobre la cama, mirándolo concentrada y casi como si no tuviera control de sí misma. Deseaba sentir tanto su carne, esa carne dura, gruesa y larga, esa verga que se veía tan apetecible.

Lo recibió entre sus brazos y procedió a abrir sus piernas para acomodarse sin problemas. En ese momento, entonces, notó que él estaba un poco ansioso. Así que infirió que se trataba de su primera vez. Le acarició el cabello suavemente y lo miró a los ojos.

-Está bien. Todo estará bien.

Daniel suspiró con un poco de tranquilidad aunque no quería fallarle a esa escultural mujer. Entonces, volvió a sentir que su instinto se relajaba para hacerle caso. Que la pasión tomara el protagonismo y ya está, lo demás sería lo de menos.

Dejó que su verga buscara la entrada de su coño. De inmediato sintió que



estaba caliente, deliciosa, húmeda. Sabía que era el paraíso así que empujó lentamente para abrirse paso. Ella de inmediato hizo algunos gestos de dolor pero él no se detuvo, más bien fue como si tuviera el impulso de seguir. No le pareció posible la combinación de dolor y placer pero ese sí fue el caso y estaba más que feliz por ello.

Empujó aún más y él también sintió la presión de las carnes de ellas, ese calor abrasador que lo envolvió por completo y que le hizo desear ir más y más allá porque tenía la sensación de que no podría más... Pero claro que sí podía.

Colocó sus manos sobre la cama y llevó su boca hacia esos pechos grandes y redondos de ella. Mordió esos pezones erectos y duros, lamió y chupó tanto como pudo. En momentos en donde se sentía que había entrado en un trance, podía sentir las manos de ella sobre su cuello y cabello, le enterraba las uñas, le hacía sentir que no podía más, era increíblemente exquisito.

Siguió haciendo las embestidas aunque hubo momentos en donde no podía mantener el ritmo por demasiado rato. Sin embargo, estaba empezando a entender cuál era la mejor forma de hacerlo sin cansarse en extremo. El sexo ya estaba cobrando un sentido que no pensó que podría entender.

Eso de lo que hablaba la gente, esas cosas que había leído en Internet por fin tuvo sentido. Y lo fue aún más cuando se percató que esa extraña sensación que había sentido dentro de sí era como una pregunta que por fin había encontrado una respuesta con sentido.

Su mente y su cuerpo por fin se unieron en uno solo y siguió sintiéndose como si fuera la persona más exitosa del mundo. Luego de un largo rato embistiéndola, la tomó por el cuello con fuerza, apretó suavemente hasta que le cortó un poco la respiración y la miró sonreír como si estuviera más complacida que nunca. Se mordió la boca y también lo besaba. Le encantaba entregarse así con él.

Se fundieron en un abrazo pero el afán de control que sentía Daniel se hizo mucho más grande. Así que se separó un poco y la penetró con más fuerza hasta que detectó ciertos ruidos de dolor, eso era lo que quería lograr, un grado tal de desesperación que le impidiera pensar con claridad.

Siguieron jadeando y gimiendo tan sensualmente que notó los espasmos de ella. Recordó que era posible que se tratara de un orgasmo y, gracias a su adicción recién descubierta hacia el sexo oral, sacó su verga para inclinarse y volverla a comer. Notó la humedad exquisita de sus fluidos.

Notó que el clítoris estaba rojo e hinchado, por lo que aprovechó el

momento para morderlo y apretarlo con sus labios y dientes. Ella se estremeció aún más sobre la cama y Daniel siguió el impulso de seguir sin importar nada más.

Entonces, al cabo de un rato, no la escuchó más, situación que le preocupó. De manera que se acomodó, se colocó erguido y la miró que estaba como perdida de entre sus sensaciones. Él le introdujo un dedo como para terminar de llevarla hacia la locura y entonces experimentó de nuevo ese caudal de flujos que había quedado en gran parte de su mano. Ella había tenido un orgasmo.

A pesar de lo cansada que estaba, se incorporó hacia donde estaba él y le dio un largo beso. Daniel sintió que estaba comprendiendo mejor las cosas al conocer aún más en cuerpo femenino en todo su esplendor.

Permanecieron así por un largo rato hasta que volvieron a comerse como un par de locos. Esta vez, ella le daría un poco de placer con su boca, por lo que se arrodilló prontamente y comenzó a besarle el glande con una extraordinaria paciencia y dedicación.

Nunca en su vida se vio a sí mismo experimentando todo aquello, pero tenía la certeza de que era una de las sensaciones más increíbles que debían existir. Echaba su cabeza para atrás y luego regresaba a concentrarse en ella para mirarla concentrado en sus habilidades.

Hubo un punto en el cual, incluso, volvió a experimentar esa necesidad de tocarla, de dominarla como si fuera un salvaje. Así que le tomó por ese largo cabello negro, ese mismo que le tenía loco porque lo había imaginado tantas veces como si fuera una rienda.

Hizo que lo mirara, que también se concentrara en él con esos ojos grandes y seductores que tenía. Estaba tan maravillado, tan extasiado que siempre quería más y más de ella.

En esa sesión con ella, en ese sexo que no esperó tener, se percató que lo suyo era el control y debido a la habilidad de la lengua de ella, sintió la necesidad de querer explotar lo más pronto posible, ya había aguantado demasiado y eso a pesar de ser su primera vez.

La haló de nuevo como para darle a entender que estaba próximo a darle una fuerte descarga. A medida que estaba más cerca, sentía que su cuerpo estaba cada vez más cerca de convertirse en un conducto de energía, que su cuerpo y su espíritu se habían unido para formar una especie de fuerza que lo llevaría al centro de la tierra y que lo trasladaría a un lugar desconocido, único.

Finalmente, todo se volvió oscuridad para él y se quedó privado de sus sentidos por un largo rato, hasta que hubo algo que pareció traerlo de nuevo hacia la vida. Eran los besos que ella le dio por todo el cuerpo, con una lentitud, con un paso delicado, suave.

Cuando abrió los ojos estaba sobre la cama junto a ella. Los dos intercambiaron miradas y se rieron como si fueran un par de adolescentes.

-¿Estás bien?

-Sí, nunca había experimentado algo así.

-Yo tampoco... Y tengo la sensación de que ahora nos queda momentos increíbles por vivir.

Daniel se sintió feliz y también aliviado. A pesar de su inexperiencia, ella aún estaba dispuesta a estar con él. Tenía la sensación de que aprendería cosas interesantes.

Después de unos cuantos polvos más, Daniel caminó unas pocas calles hacia su casa con una sonrisa que no se la quitaba nadie. Estaba tan contento que ni siquiera pensó en las preguntas necias que podría hacerle su madre. Era como si acabara de descubrir el sentido de las cosas.

Abrió la puerta y se encontró con que todo estaba oscuro. Sintió un tremendo alivio porque sólo deseaba echarse sobre su cama y ponerse a pensar en todo lo que acaba de pasar. Subió las escaleras con sigilo y se refugió en su habitación. Uno de sus lugares favoritos.

Cansado y con las piernas doloridas, Daniel sonrió para sí mismo. Tuvo la sensación de que las cosas estaban sólo comenzando.

La relación que ambos establecieron fue mucho más intensa de lo que había pensado. Ambos acordaban verse en cualquier punto de la ciudad y aprovechaban para verse o para tener sexo. Lo bueno de vivir en un sitio tan grande y tan diverso como ese, los dos podían pretender ser personas diferentes cada vez. Las coincidencias eran casi nulas por lo que tenían experiencias geniales cada vez.

Daniel estaba más consciente de su potencia sexual y de lo que realmente quería de una compañera. Por suerte, esa mujer de cabello negro y largo le daba todo el placer del mundo... Y más.

Se concentró en más sobre experimentar con situaciones y con objetos que le permitiesen jugar aún mucho más. Estaba ansioso por experimentar con sesiones más intensas con el fin de probar sus propios límites.

Sin embargo, si bien sentía que tenía una especie de carta blanca en el asunto, tenía la necesidad de encontrar un poco de sentido en todo lo que

estaba pasando. Requería un término que le permitiese entender lo que ocurría en su interior.

Era bien claro que se trataba de una persona bastante tenaz y clara en sus objetivos. Por ende, estaba decidido en encontrar eso que tanto le urgía. Así que se dedicó a investigar tanto como pudo.

Colocó las palabras: “control”, “dominio”, “poder” y “asfixia erótica”. Esta última con el fin de tratar de encontrar una conexión con todo aquello que había experimentado. Por dentro, imaginó que no encontraría el nexo hasta que se topó con un acrónimo potente: BDSM.

Abrió bien los ojos y se dedicó a leer y releer toda la información que tenía disponible frente a sí. Se encontró con un largo artículo que le hizo pensar sobre todo lo que había vivido antes. La conducta y la actitud, todo pareció encajar a la perfección como si fuera un enorme rompecabezas.

*“El Dominante es la persona que tiene el control de la situación durante una sesión. La sumisa o sumiso, le entrega toda la voluntad y el deseo con el fin de que este lleve el ritmo como se le antoje. No obstante, el Dominante, debe estar consciente de ejercer la cantidad suficiente de dominio porque de lo contrario, la interacción se interpretará como violenta”.*

Ese párrafo le sirvió para entender una parte de las cosas pero, dentro de todo, le ayudó a entender bien la postura en la que se encontraba, esa misma que había experimentado a lo largo de su vida.

Tragó fuerte y se quedó pensativo, más dudas aparecieron en su cabeza, por lo que siguió pensando y analizando la situación lo mejor que podía. El panorama se veía más claro a medida que seguía leyendo al respecto.

Al final, después de haber consumido esa gran cantidad de información, se echó para atrás y dejó que su mente descansara. Había sido demasiado para una sola persona y necesitaba sentirse un poco tranquilo para poder procesar todo aquello.

-Por fin... -Se dijo a sí mismo.

No tardó demasiado en explicarle a ella el tipo de persona que era, por lo que hablaron largo y tendido. Temía el rechazo pero percibió que las cosas estaban bien porque se dio cuenta que ella pareció recibir con cierto entusiasmo eso que escuchaba. Fue una parte que le resultó bastante interesante. Desde ese momento, pensó que podía dar rienda suelta a su verdadera esencia.

Comenzaron a experimentar con cuerdas, vendas y mordazas. Daniel leía sin parar y se daba cuenta que tenía prácticamente un mundo nuevo por

delante. Había tantas opciones que cada vez más tenía ideas nuevas.

Todo pareció ir de maravillas, estaba con una mujer increíblemente guapa y estaba explorando su sexualidad, ¿qué más podía pedir?

Aunque pasemos por situaciones diversas en la vida en donde nos topamos con momentos que nos hacen increíblemente felices, es cierto que se llegará a un punto en donde todo tendrá que terminar. Daniel no estaba preparado para ello.

Sí, el sexo era increíble pero también estaba sintiendo cierto afecto por ella, pero en su interior tenía claro que eso no podría caminar demasiado por una serie de factores que prefería ignorar.

-Vine para aquí porque tenía que cubrir unas vacaciones a alguien. Mi tiempo se acabó y debo regresar a otro lugar... Con mi esposo.

-¿Esposo?

-Sí, estoy casada.

La cara de sorpresa de él fue tal que ella comprendió de inmediato el daño que había provocado.

-Lo siento, no pensé que fuera necesario decirlo... No pensé que las cosas terminaran así.

Daniel había experimentado todo tipo de emociones con ella: desde la pasión extrema, el cariño profundo y ahora eso. No estaba seguro si se trataba de desengaño, traición o algo así, no lo tenía demasiado claro pero sabía muy bien que era algo desagradable.

Estaban en un parque y él comenzó a mirar hacia todas partes, como si estuviera buscando las respuestas a una situación incomprensible y fuera de lugar. Se percató de los niños corriendo, de la fuente en el centro, del ruido de los vendedores de helado y de las risas. Todo le pareció demasiado fuera de lugar.

-Debo irme.

-Lo siento, de verdad. No pensé que esto terminara de esta manera...

-Es mejor que no nos veamos más.

Ella sólo alcanzó a agachar la cabeza y dejar que se fuera. Cada paso que dio, Daniel supo que la vida no era así de fácil, así que tenía que resignarse por completo.

Lo que sacó de toda esa experiencia fue el tener más claro lo que era sí mismo: un chico Dominante que por fin había encontrado un poco de sentido en toda la situación. Por otro lado, también debía reconocer que estaba en una de las etapas más emocionantes de su vida: había sido admitido en uno de las

universidades más prestigiosas del país, gracias a su esfuerzo personal y a su constancia.

Esa etapa de su vida fue increíble, tuvo la oportunidad de conocer gente increíble. También le gustó darse cuenta que podía desechar por un momento su timidez porque no quería sentir que tenía ataduras al respecto.

Iba a fiestas después de esas exhaustivas clases de Anatomía y luego regresaba a estudiar a su habitación compartida aunque aún no había pasado la cruda. No obstante, también dividió su vida al formar parte del club de natación y al destacar como uno de los estudiantes de medicina más importantes de la universidad.

En ese mismo periodo, se dio la oportunidad de explorar aún más sus necesidades como Dominante. Por supuesto, tenía que ir con cuidado porque tener una inclinación como esa podría meterlo en problemas. Comprendió rápidamente que la vida en ese mundo y el vainilla debían permanecer separados por si no quería tener problemas al respecto.

En el ínterin, disfrutó salir con cualquier tipo de mujeres y conoció algunos otros secretos sobre el placer sexual. Ciertamente no todo debía limitarse a meterlo y ya, había un mundo de cosas que no podía dejar de lado.

Esto también le sirvió para desarrollar su sentido de observación, cualidad que le fue perfecto para sus años de estudio.

Un día, después de una dura práctica de Neurología, se encontró en la habitación de su piso y miró algo que le llamó la atención: se haría una reunión de BDSM en las cercanías. Se enteró gracias a que se había corrido la comunicación entre los miembros que se encontraban en la ciudad.

Por un momento dudó por sus obligaciones, sin embargo, era una persona joven y tenía que aprovechar al máximo su juventud. Así que confirmó su asistencia.

Había ignorado esas invitaciones en veces anteriores porque le parecía un poco incómodo ese tipo de encuentros, sin embargo, algo le decía que debía retomarlas puesto que no estaba demás refrescar algunas cosas. Todo eso, a la larga, se podría traducir en beneficios y eso era lo que realmente buscaba.

La cita era en un local cercano en Central Park. Le pareció curioso sobre todo por tratarse de un lugar bastante concurrido y con presencia de todo tipo de personas. Fue al lugar e incluso estuvo de echarse para atrás porque el cansancio lo arrastraba cada vez más. Pero apenas le dejaron entrar, se encontró con ese ambiente que sintió tan suyo, tan personal.

Las mujeres vestidas de cuero o como doncellas, mostrando sus piernas o

escotes pronunciados, hombres luciendo trajes negros, impolutos, y otros semi desnudos, arrodillados, siendo objeto de humillación. Había máscaras, cadenas, cuero, látigos, ponis y gatas, esposas y velas encendidas a pesar que había una luz roja densa que servía para iluminar todo.

Ese lugar reinaba la perversión y la lujuria, la libertad y la esencia de cada persona que estaba allí. No había lugar para la vergüenza o para pretender lo que no se era. Todos se encontraban en ese microuniverso perfecto. Daniel recordó lo bien que se sentía y que dentro de todo debía permitirse vivir más de eso.

Terminó la universidad y en seguida se decantó por la cardiología como especialización. Estaba tan fascinado por el sistema circulatorio que tuvo sentido seguir ese impulso. Estudió y se entregó por completo a ese postgrado mientras hacía prácticas en hospitales y clínicas. Gracias a su constancia, comenzó a hacerse nombre no sólo en el ámbito médico sino también en la ciudad. El brillante Daniel Lewis, joven promesa que sólo cosechaba éxitos.

Para cualquiera era imposible que una persona con tantas responsabilidades tuviera energía para estudiar, trabajar y seguir con otros proyectos. Pero para él, era de lo más natural, había nacido con esa cualidad y quería aprovecharla al máximo. Además, nadie sabía que el BDSM le ayudaba a encontrar ese equilibrio perfecto de las cosas.

Entre los azotes y las sumisas de turno, entre las torturas y el deseo de sexo duro, él estaba determinado a darse a sí mismo la estabilidad que tanto necesitaba para encontrar paz y tranquilidad financiera, siempre bajo sus propios medios y sin la ayuda de nadie. No quería deberle favores a la gente, por eso trabajaba duramente.

Gracias a ello, antes de graduarse, fue contratado por un hospital especializado en cardiopatías y demás enfermedades del corazón. Comenzó a trabajar allí como residente, hasta que poco a poco comenzó a escalar rápidamente.

También siguió prestando apoyo en clínicas como cirujano y como médico consultor. Fue tanto su éxito, que incluso le habían ofrecido una cátedra en la misma universidad en donde había estudiado. No la aceptó porque se consideró a sí mismo aún sin demasiada experiencia para afrontar algo de ese calibre.

Entonces siguió haciendo trabajos y asistencias en cuando podía. La ambición de hacer más lo había llevado al punto de querer el éxito a toda costa.

Poco a poco también fue escalando en esa lista de personalidades millonarias hasta que hubo un año en donde la revista Forbes lo había colocado entre los multimillonarios más influyentes de la sociedad y la comunidad médica. Sus padres y sus amigos íntimos estaban más que orgullosos.

Por un lado, parecía que Daniel tenía todo. Una carrera que amaba, dinero, influencia y la posibilidad de tener a todas las mujeres que quisiera. Eso, sin dejar de lado, que era sumamente encantador y atractivo. La gente parecía caer rendida a sus pies.

Sí, en apariencia parecía tener todo lo que quisiera pero lo cierto es que a veces tenía la sensación de que faltaba algo más. Quizás la compañía de alguien con la que pudiera compartir plenamente su situación sin sentir miedo, sin tener que preocuparse por si alguien tuviera que enterarse.

Eso mismo estaba pensando mientras manejaba su Camaro del 79. Al pararse en un semáforo en rojo con ese tráfico infernal, comenzó a tararear cuando sonaba Lofticries en la radio. No era su canción favorita de Purity Ring, pero al menos lo hacía sentir un poco mejor.

Mientras veía a la gente cruzar de un lado al otro, miró algo que le llamó la atención, una melena rizada y negra. Enfocó bien la mirada y se dio cuenta que era una chica preciosa, preciosísima.

Detalló su perfil, la nariz y los labios gruesos pintados de rojo, los lentes oscuros, el movimiento del cabello y el resplandor del sol sobre su piel morena. Increíblemente, sintió que el tiempo pasaba con lentitud, como si este le estuviera permitiendo que pudiera verla en todo su esplendor.

Entre sus tantos movimientos, se quedó embobado cuando la vio recogerse un mechón de cabello para echárselo detrás de la oreja. Ese gesto delicado y dulce, le pareció tan conmovedor que no se dio cuenta siquiera que había cambiado la luz a verde y que varios coches estaban tocando la corneta como desesperados.

-JODER.

No quiso acelerar, no quiso moverse de allí, deseó congelar ese momento para siempre, quedarse en ese recuerdo y guardarlo por más tiempo. Quizás hubiera sido útil saber si se dirigía hacia un lugar en específico pero no tuvo oportunidad de notarlo. Tuvo que avanzar y quedarse con el recuerdo de esa chica que parecía triste y a la vez hermosa.

-Buenas tardes, doctor... ¿Doctor?

Daniel llegó a la clínica aún con el pensamiento en esa mujer. ¿Quién era?



¿Cómo podría saber de ella? Tendría que saber más al respecto porque no le pareció lógico quedarse así de enganchado con una desconocida.

-Ah, sí. Eh, buenas tardes.

Aunque se lamentó no haber reaccionado con mayor rapidez, pensó que quizás se volverían a ver. Tenía la ligera impresión de que sería así.

### III

Era otro día como cualquier otro en la cafetería. A pesar del cansancio, Mar pudo salir victoriosa de los exámenes y había recibido la notificación de que había sido la primera en su curso. Para tratarse de una carrera que no le gustaba demasiado, no estaba mal.

Además, había recibido el pago por haber hecho horas extras, otra buena noticia. Entonces tenía vacaciones y dinero, pensó que lo que haría inmediatamente sería ir a la residencia estudiantil, y echarse sobre ese sofá viejo pero infinitamente cómodo. Ansiaba demasiado ese momento.

Siguió registrando órdenes de café y galletas, de agua mineral y de bollería dulce para quien quisiera desayunar o hacerse una rápida merienda. No importaba demasiado porque estaba particularmente de buen humor, a pesar que no siempre estaba así.

Durante su hora de almuerzo, en donde pudo descansar por fin sus pies, recibió un correo que la entusiasmó aún más:

*“Informamos a nuestros queridos miembros que se hará una próxima reunión en día viernes con motivo del aniversario de nuestro grupo en la ciudad. El lugar es el mismo de siempre. Podrán llegar a partir de las 9:00 p.m. Esperamos contar con su asistencia”.*

Ella sonrió mientras terminaba de comer un sándwich de pavo. Resulta que era en esa misma semana, así que ya estaba pensando en lo que se pondría para esa noche, e incluso en las cosas que vería.

Lo cierto es que estaba ansiosa por ir porque desde hacía tiempo añoraba ese ambiente y también porque sentía que la fantasía de ser recluida en una mazmorra para ser sometida a todo tipo de placeres, la estaba volviendo loca. Algo nuevo por hacer. Nada mal.

Él estaba terminando de escribir un informe médico cuando escuchó un ligero sonido en el móvil. No le prestó demasiada atención y siguió hasta que terminó al cabo de poco tiempo. Se quitó los lentes para relajar la vista un poco y luego se los volvió a colocar para buscar el aparato y ver de qué se trataba. Era un mensaje a su correo personal.

Levantó la ceja y comenzó a leer: una reunión del grupo BDSM de la ciudad para el viernes. El mismo sitio de la puerta roja oxidada. Pensó en no asistir pero después se dio cuenta que quizás no iba a resultar una pérdida de tiempo después de todo. Iría a un lugar que ya conocía y posiblemente vería gente nueva. Entonces, ¿por qué no darle una oportunidad? Fue allí cuando

cambió de opinión.

Los días transcurrieron rápido. Una Mar descansada y de buen humor, estaba de frente a su clóset dispuesta a escoger la ropa adecuada para el evento de esa noche. Aunque sabía que no era demasiado formal, quería verse bien.

Escogió entonces un vestido de mangas largas de color negro, medias negras y unas zapatillas Adidas. Se colocó una bufanda gris y un abrigo del mismo tono. Se maquilló con sencillez y se sonrió a sí misma en el espejo. Por primera vez, se quitó esa nube negra que tenía sobre su cabeza. Bajó corriendo y se fue para tomar el subterráneo con entusiasmo.

En otro lado de la ciudad, un Daniel también estaba preparándose para la reunión. Esta vez había cancelado todas las citas para tener al menos unas cuantas horas de tranquilidad.

En su elegante loft en Manhattan, él terminó de colocarse el saco negro para darse cuenta que en efecto se veía muy bien. Se sonrió a sí mismo y luego bajó las escaleras para ir a la cocina, tenía la necesidad de tomar un buen whisky así que se tomó todo el tiempo del mundo. No tenía prisa.

Mientras vertía poco de hielo sobre el vaso que tenía frente a sí, recordó de repente a la chica que cruzó la calle hacía días atrás. Se sintió como un tonto porque no podía creer que la imagen de esa mujer todavía estuviera allí, en su mente para perturbarlo.

Esa piel y ese pelo lo tenían casi al borde de la locura y esa peor porque no tenía ni la más remota idea de dónde podría dar con ella. Se sintió un poco impotente pero luego recordó que iba a una reunión de una de las cosas que más le gustaba en el mundo, así que no tenía caso volverse esclavo de eso.

Una de las cosas que nosotros, los humanos, olvidamos es que las coincidencias de la vida son impresionantes. Estamos atados a una serie de situaciones que no imaginamos y resulta que en el momento menos esperamos, coincidimos como si fuéramos dos cuerpos celestes que colisionan entre sí. Mar y Daniel estaban a punto de experimentar un encuentro que los haría sentir que la vida era eso, instantes mágicos.

Después de llegar, Mar salió de la estación y caminó un poco. Pasó por el parque y se encontró con ese lugar repleto de gente, imaginó por un momento cómo serían las cosas si fuera como alguna de las personas que estaban allí.

Con un gusto común y no con esa tendencia loca que la llevaba a desear situaciones extremas en donde se conjugaban el placer y el dolor. Pero, de ser así, ¿qué sentido tenía? La diversidad significaba eso, variedad de

pensamientos y resultaba que ella tenía una que al menos compartía con otros.

Tocó la puerta roja, dijo la frase y le abrieron. La recibieron con animosidad y de inmediato se sintió como si estuviera en casa. El estar de vacaciones le hizo sentir un poco más festiva, por lo que optó por ir a la barra de siempre y pedir una cerveza.

-Bien fría, por favor.

Dejó el billete sobre la madera, recibió el vuelto y luego se concentró en el medio de esa gran sala. Había gente de todo tipo y parecía que justo estaban reuniéndose porque uno de los líderes, ese hombre de rostro amable que había visto la primera vez, se preparaba para decir unas palabras. Ella optó por sentarse en uno de los bancos y se ver lo que tenía a su alrededor, estaba a la expectativa de lo que la noche le iba a ofrecer.

Daniel pasó por ese pasillo para encontrarse de nuevo con el brillo de esa luz roja densa. Pensó que, por suerte, las cosas no habían cambiado ya que eso le daba cierta sensación de familiaridad. Desde la distancia se dio cuenta que la gente estaba congregada en el espacio central así que supuso que se pronunciarían algunas palabras de bienvenida. Esas cosas que le parecían tontas y un poco ridículas.

Se acomodó al otro lado del salón luego de saludar a unas personas, mientras lo hacía, tuvo la sensación de que alguien lo estaba observando, pero no le prestó demasiada atención sino hasta que se pudo acomodar por fin a un lado de la sala. Conversó un rato con una de las organizadoras, una pelirroja despampanante de carácter dulce. Detrás de ese exterior se le consideraba como una de las Dominatrix más duras dentro del grupo.

-Hay mucha gente hoy, ¿no?

-Uy, sí. Pensamos que no vendrían muchos, pero por suerte nos equivocamos. Ya estamos moviéndonos con los eventos y las bebidas. ¿Te prestas para hacer unos cuentos ejemplos?

-Ja, ja, ja. Gracias por el ofrecimiento, pero esta vez me quiero quedar como un espectador más. Necesito un descanso.

-Aw, nuestro Dominante favorito necesita un respiro.

Ambos comenzaron a reír y en ese momento el hombre de negro con cara amable, se preparó para hablar. Daniel aprovechó para mirar a las personas que estaban alrededor. Se percató de que había gente conocida y cuando se dispuso a prestar atención al discurso, se topó con esa imagen que le resultó tan familiar. Era la misma chica de melena rebelde.

Pensó que había visto una especie de espejismo producto de su misma

ansiedad de verla, pero no, estaba equivocado. Se dio cuenta la sensación de que ella también lo estaba mirando pero que esquivó los ojos. Sonrió porque le pareció tierno todo aquello.

Miró al frente durante unos segundos pretendiendo que no le había importado cuando realmente no era así, de hecho, la seguía observando por el rabillo del ojo. Ese pelo, esa piel que parecía brillar bajo el resplandor rojo, los labios y esas piernas... Divinas.

En ese momento, él se puso en modo de cazador, principalmente porque pensó que no se encontraría con ella, pensó que había sido una especie de obsesión que debía rechazar rápidamente. Luego, reflexionó un poco y también se percató que no había sentido nada tan poderoso desde hacía tiempo. Quería encontrar una explicación y la única manera que se le ocurría era acercándose a ella.

-Estimados amigos –Dijo el hombre-, hoy estamos de fiesta porque vemos caras amigas y nuevas que se han reunido en el aniversario de este grupo. En lo personal, no pensé que seríamos capaces de llegar tan lejos pero me alegra ver que me he equivocado al respecto. Hemos organizado una serie de exhibiciones y presentaciones para todos ustedes. Así que espero que disfruten la noche. ¡Ah! Por favor, acérquense a la barra que hay cosas deliciosas también. ¡A divertirse!

Mar trató de concentrarse en la mayoría de las palabras que se decían pero lo cierto es que no podía quitarle la mirada ese moreno que estaba al otro lado de la habitación. Era un hombre increíblemente guapo. Desde el primer momento en que lo vio, sintió un fuerte impacto en el pecho, como si hubiera recibido un golpe contundente y se hubiera quedado sin aire.

Trató de no mirarlo demasiado pero se le hizo casi imposible porque apenas había entrado a al lugar, fue como si hubiera irrumpido sin tener ningún tipo de vergüenza. Sonrió y luego de darse cuenta que parecía una tonta, trató de mirar hacia otro lado.

Siguió sin poder y fue cuando él se dio cuenta y en ese momento se sintió como la más tonta del mundo.

-Joder. –Se dijo para sí misma, cada vez más avergonzada.

Por ello sintió un enorme alivio cuando el anfitrión comenzó a hablar para dar la bienvenida. Esas palabras casi se las sabía de memoria pero no importaba. Por nada del mundo la agarrarían como la tonta que había sido. Bajo ningún concepto.

Al término, se dispuso a levantarse del banco y huir hacia alguna de las

actividades que se habían pautado pero no tuvo oportunidad. Él se acercó hacia la barra como si fuera una pantera, con un andar lento y sensual.

-Dios mío...No, no, ehm. Mejor me voy de aquí. Sí, sí.

Volvió a decirse a sí misma y pareció que su plan se había cumplido a la perfección hasta que sintió que una mano le había tomado el brazo con delicadeza.

-Hola, disculpa, algo me dice que no nos conocemos y, pues, me gustaría presentarme. Me llamo Daniel.

Apenas terminó esas palabras, él sonrió y ella sintió que el mundo se le había movido debajo de los pies. Esa sonrisa blanca y perfecta, tan bella y aplastante. Por supuesto también quedó intimidada por su altura, el color de su piel y ese cabello negro que brillaba. Sí, en efecto era un hombre guapísimo.

Los nervios la atacaron por un momento, Mar se sintió incapaz por un momento de decirle algo, era si sus labios se hubieran sellado. Luego, trató de respirar profundo y luego lo miró.

-Mucho gusto, me llamo Mar.

Estiró la mano y él hizo lo mismo, se apretaron ambas palmas pero Daniel fue un poco más allá, así que la haló levemente hacia él y le dio un par de besos, uno en cada mejilla. Ella sintió que se había ruborizado violentamente por lo que agradeció la luz roja, al menos él no se daría cuenta... O al menos eso creía.

-Pues, ¿qué te parece la reunión? Parece que promete, ¿no?

-Sí, sí. Sin duda. No me había fijado que había venido bastante gente. Es agradable porque me da la sensación de que somos unos cuantos aquí...

Se quedó callada cuando se dio cuenta de que él no le quitaba la mirada de encima. Tenía un poder extraordinario para hacerla sentir así, intimidada, minúscula pero también fascinada. Una mezcla increíble.

-¿Te gustaría venir conmigo? Por aquí harán un show de ponis y si te soy sincero, es la primera vez que veré uno y la verdad es que me gustaría compartirlo con alguien.

Mar dudó por un momento pero luego asintió como si careciera de cualquier tipo de voluntad. Así que los dos caminaron hacia una de las estancias de esa parte de la sala para encontrarse con un grupo de gente que ya se encontraba sentada y esperando el espectáculo que estaba a punto de suceder.

-¿Qué te parece si nos sentamos por aquí? Esto promete, eh.

-Sí, eso parece. Por cierto, ¿tienes idea de lo que se trata?

-La verdad es que muy poco. Sé que una de las tantas variantes de dinámicas que hay pero no he tenido la oportunidad de toparme con algo como esto. La verdad es que me llama la atención porque me genera mucha curiosidad.

Justo en ese momento, una mujer con un largo vestido de cuerpo y con botas altas tenía un par de riendas en su mano, las cuales estaban atadas a otra mujer vestida de poni. Mar abrió los ojos y llevó su cabeza hacia el frente. No había visto nada remotamente parecido.

El escenario estaba dispuesto como un círculo y la Dominatriz tomó un pito que colgaba de su pecho, hizo el ruido correspondiente y la chica vestida de poni comenzó a “galoppear” despacio. Luego de otro pitido un poco más largo, los pasos se hicieron más de prisa. La gente, al ver el espectáculo, procedió a aplaudir como fascinados por el espectáculo que tenían en frente.

Mar seguía confundida pero luego recordó en la variedad de estilos de vida que permitía el BDSM, así que luego de un rato sonrió gustosa y hasta se prestó también para aplaudir. Por otro lado, Daniel no paraba de detallarla. Ciertamente era una mujer bella y algo tímida, tenía la sensación de que quizás era de ese tipo de personas que no confiaban demasiado en sí mismas.

Pero bien, se decidió por darle su espacio... En la medida de lo posible porque tampoco permitiría que se le escapara tan fácilmente. Ella había sido protagonista de sus fantasías y sus deseos por demasiado tiempo.

Mar estaba impresionada pero poco después se espabiló porque sintió que él la miraba con insistencia, así que su curiosidad hizo que girara la cabeza y se encontraran con los ojos. Los suyos eran grandes y brillantes y sentía que era capaz de perderse en ellos. Él le sonrió dulcemente y ella le respondió igual. Incluso hubo un momento en que sintió que iba a perder las fuerzas de un momento a otro.

-¿Qué tal si nos vamos de aquí?

-Eh, sí, sí, me parece buena idea.

-Pero me refiero de este lugar. No sé, siento la necesidad de ir a un lugar, digamos, menos agitado. ¿Qué te parece?

Mar no estaba acostumbrada a esas cosas. Si bien había salido con chicos anteriormente, esto ya representaba un juego completamente diferente. Siempre tuvo que lidiar con hombres babosos o muy aburridos. Se había acostumbrado a ese tipo de trato y ahora, que tenía algo completamente diferente frente a sí. Daniel seguía observándola, así que no tenía ni siquiera opción de huir.

-Está bien. Creo que será estupendo.

Esbozó una sonrisa como fingiendo que todo estaba tan natural como siempre. Lo cierto es que estaba nerviosa y no estaba segura de cómo funcionarían las cosas. Daniel, como buen observador que era, se había dado cuenta de ello, pero le resultaba divertido porque estaba contento de tenerla consigo. Al fin sabía quién era.

Ambos se levantaron del poni show y caminaron hacia la salida, se despidieron de unas cuantas personas y después se encontraron con el exterior. La noche, para variar, estaba más viva que nunca. La gente iba y venía, el ruido de los coches y las luces de neón les hizo darse cuenta que habían cruzado una especie de portal hacia un mundo completamente diferente. Entonces se rieron y comenzaron a caminar.

Mientras lo hacían, Mar se percató que muchas mujeres y hombres se giraban para ver a Daniel. Miradas de impresión, lujuria y de alguna otra cosa más que no pudo identificar rápidamente. Primero se sintió un poco confundida porque no había estado con alguien así, tan guapo y elegante, con un porte que era capaz de intimidar a cualquier persona.

-Ah, este café-bar es estupendo, ¿te gustaría entrar?

-Claro, confío en tu criterio.

Él sonrió un poco y la entraron en el lugar que ya de por sí estaba concurrido. El sonido de los vasos y botellas, las conversaciones y esa música de fondo que extrañamente no parecía interrumpir el ambiente.

Daniel saludó afectuosamente a unas personas que estaban en la barra e hizo señas hacia donde estaba Mar, uno de ellos asintió y los miró para que lo siguieran. Atravesaron a ese mar de gente hasta que se encontraron con unas escaleras de madera. Subieron lentamente y luego se encontraron con una estancia completamente diferente.

-Guao, qué hermoso esto.

Era una sala más o menos pequeña, con mesas de madera oscura y con velas encendidas junto a pequeños arreglos de flores blancas. Mar se sintió casi conmovida por el lugar.

-Bienvenidos, chicos. Este es un lugar para clientes especiales. Así que podrán olvidarse del ruido de abajo porque aquí todo es bien tranquilo. Espero que les guste. Ya les traerán la carta.

Ella aún tenía los ojos abiertos como platos hasta que él apartó una de las sillas para que se pudiera sentar.

-Este lugar es increíble. No pensé que existiera algo así.

-Nueva York siempre te sorprende. Crees que lo conoces todo pero resulta



que no es así. ¿Cierto que es encantador?

-Sí, pero debo preguntarte, ¿cómo descubriste eso?

Daniel no le gustaba hablar demasiado de sí mismo porque pensaba que en cualquier momento sonaría pretencioso. Lo cierto es que se quedó un rato callado hasta que encontró las palabras adecuadas.

-Pues, me gusta mucho comer y conocer lugares nuevos, es un gran ejercicio porque esta ciudad puede ofrecerte de todo prácticamente todo el tiempo. Pero sucede que me gustó mucho este lugar y me he vuelto casi que un fanático. De hecho, he traído a varios de mis compañeros de trabajo porque siento que tengo que llevar la buena palabra.

-Ya veo... Pues, está genial, impresionante. Para mí esto es algo nuevo porque suelo comer cualquier cosa que me permita tener tiempo para luego estudiar. Ah, y que sea barato.

-¿Estudias?

-Sí, Economía y Negocios. Pero ahora me encuentro de vacaciones así que creo que no me puedo quejar de demasiado.

-Supongo que has dormido un poco. –Dijo sonriendo.

Ella asintió levemente y por unos segundos tuvo la sensación de que estaba punto de perderse en ese rostro. Sin embargo, en ese momento les llevaron cervezas y unas cuantas cosas para picar un poco.

Daniel tuvo la sensación de que ella se sentía atraída por él. Deseó que fuera de esa manera puesto que realmente estaba entusiasmado. Más de lo que había pensado.

Después de unos cuantos tragos, Mar se sintió un poco más suelta, de hecho comenzó a hacer chistes y comentarios graciosos.

-Parece una persona completamente diferente. –Se dijo él para sus adentros.

Se descubrió mirándola, como si estuviera fascinado. Comenzó a detallar algunos aspectos de su rostro, además de los gestos que hacía cuando se expresaba. Los saltos de los rizos a los lados de su cabeza, los ojos cafés oscuros, los labios gruesos y la nariz ancha, esa misma que tenía un lunar en la punta. Además, las pequeñas pecas que parecían enmarcar los pómulos no demasiado prominentes.

Justo en ese momento también se le despertó su parte más carnal. Más allá de su belleza, también estaba el hecho de que le atraía mucho físicamente. Esas piernas, esas caderas y la cintura. No podía esconder el hecho de que esas partes siempre le causaban debilidad y sólo pensaba en la necesidad de

tocarlas.

La dejó hablar por largo rato mientras internamente se preparaba para decirle un montón de cosas. No sabía por dónde empezar.

-Sí, trabajo en un café por aquí cerca pero de verdad que...

-Disculpa que te interrumpa pero tengo que decirte algo que he estado pensando desde hace rato.

Mar cobró una expresión fatalista en el rostro. Pensó lo que casi siempre solía pensar, que era aburrida y que la diversión había acabado gracias a su verborrea. De inmediato se quedó en silencio, encerrada en sí misma.

-... Hey, no te pongas así. Es que siento que debo decirte algo y he estado pensando en cómo. Pero bueno, supongo que no eres una chica que le gustan los rodeos y a mí, menos. Lo cierto es que me pareces una chica hermosa y muy agradable, y me encantaría poder conocerte mejor.

En ese momento, él se acercó más a ella de manera de que sus rostros quedaron muy juntos. Mar, sin saber muy bien si se sentía así por el alcohol o por la obvia atracción que sentía por él, permaneció allí, incólume.

Daniel sonrió muy coquetamente y después procedió a acercarse un poco más. Al final, sólo le tomó un pequeño impulso para darle un suave y dulce beso. Mar inmediatamente cerró los ojos y sintió que su cuerpo estaba flotando por las nubes. Esa sensación de bienestar y placer la embargó por completo y casi la hizo sentir que el miedo que experimentó al principio era algo risible.

De inmediato sintió las manos de él sobre su cuello, rozándolo suavemente mientras que ella sentía que estaba muy lejos de ese lugar. Lo más curioso de todo fue que ese beso y esas caricias la estremecieron al punto de cuestionarse si era real todo aquello. Nunca sintió nada remotamente parecido.

Lentamente, los labios de Daniel se despegaron de los suyos y fue la única forma que ella pudo reaccionar y hacer contacto con la realidad. Luego se miraron fijamente y él se le quedó mirando hecho un tonto, sin embargo, había también una intención detrás de todo ello y era palpable.

-Aquí va mi segunda oferta de la noche: ¿qué tal si nos vamos a un lugar más cómodo?... Digamos, mi casa.

Mar se quedó tan impresionada que esa sensación de placer y bienestar se le pasó de golpe. Abrió los ojos como platos y luego llevó la mirada hacia la madera oscura y a las marcas de los vasos fríos. Se quedó pensativa porque no sabía qué hacer. Ya de por sí era bastante extraordinario que un hombre como él demostrara ese interés hacia ella, pero Mar era una mujer insegura.

-Probablemente lo hace porque me tiene lástima. –Se dijo para sus adentros.

Sin embargo, Daniel sonrió una vez más y le tomó el rostro suavemente.

-Oye, no tienes por qué decir que sí. Igual lo podemos dejar para otro día. Sucede que no quiero perder la oportunidad de seguir hablándote. Viéndote. Me gusta mucho. Sí... Sé que es un poco apresurado pero la vida es corta, ¿no?

Ella asintió levemente y tomó un poco de aire para responderle que debía irse porque le tocaba un turno fuerte en el trabajo.

-Bien, no hay problema. ¿Qué tal si nos vemos mañana después de que salgas? Tengo unas cuantas citas pero no creo que me quiten mucho tiempo. ¿Te parece?

-Vale, perfecto.

Salieron del lugar y luego de despedirse, caminaron unas cuantas calles. A pesar que era cerca de la madrugada, la noche estaba más activa que nunca. Así era Nueva York y es por eso que muchos se enamoran de ella.

-Mi coche está por aquí. ¿Quieres que te lleve a casa?

-Oh, no, vivo prácticamente al otro lado. En una residencia estudiantil. Creo que te desviarías demasiado.

-Eh, no tengo problema. Hay muchos locos sueltos a esta hora y me haría sentir mejor que te fueras conmigo.

-Vale. –Respondió ella sonrojándose un poco.

Caminaron un poco más hasta uno de los lados del Central Park, a esa hora, sólo había grupos de adolescentes ebrios escuchando música o señoras paseando a sus perros. Poco a poco se acercaron a un increíble Camaro negro y allí Mar se dio cuenta de que quizás él realmente era una persona importante en la ciudad. Cuando llegara a su piso, se encargaría de investigar al respecto.

Se subieron y se enrumbaron hacia otra parte de la ciudad. Mar reclinó la cabeza sobre el asiento porque de repente sintió que todo le daba vueltas. Estaba cansada y estaba un poco afectada por las cervezas, pero eso sí, no demasiado. Lo suficiente como para tener un poco más de soltura social.

De vez en cuando, Daniel la miraba para asegurarse de que estuviera bien, de resto, le gustaba verla así. Un poco más libre y despreocupada, una imagen que contrastaba mucho con la apariencia de mujer nerviosa que ya tenía.

-¿Estás bien?

-Sí, sí. Lo siento si estoy muy callada. Sucede que tenía un poco de tiempo sin sentirme así de bien. A veces creo que tengo una especie de nube negra en

la cabeza y hoy me la quité un poquito.

Sonrió como una niña y volvió a concentrarse en el camino. Daniel, por otro lado, le pareció tierno pero también estaba ansioso por probar su boca de nuevo y por tomarla con fuerza.

Pero se calmó un poco, hizo un gran esfuerzo, sobre todo porque aún estaba manejando y un poco de charla tampoco caía mal. Poco a poco, se estaban acercando al lugar.

-Sí, bien por aquí ... Y luego cruza por aquí.

-¿Está bien aquí?

-Sí, más bien, unos cuantos pasos más y llego sin problemas.

Daniel respondió con una sonrisa y las defensas de Mar se desplomaron por completo. Era débil porque no podía resistirse a él. Entonces cayeron en un silencio tenso en donde lo único que se escuchaba era esa respiración acelerada de ella. Él la volvió a tomar por el cuello y se acercó para darle un beso.

A diferencia de la primera vez, no hubo gestos suaves ni delicados. El deseo se manifestó con mucha más fuerza ya que las manos de ella prácticamente lo abrazaron por completo, mientras que las manos de él se encargaron de tomarle la cintura con determinación. Estaba excitándose y sabía que ese animal que vivía dentro de su cuerpo iba a salir en cualquier momento.

Por más intentos que hizo para evitarlo, la boca de Daniel descendió un poco más hasta quedarse anclada en el cuello suave de ella. Sus labios se movían con una mezcla de sutileza y pasión que le emocionaba cada vez más.

Se sentía tan bien, esas texturas y esa intensidad que se pasaba a la piel del otro una y otra vez. Mar dejó de pensar y él sólo quería sentir cada vez más. Si ella antes había perdido ligeramente la noción del tiempo, en esta ocasión casi se desconoció a sí misma.

Pero había que despertar, había que espabilarse y reaccionar de una vez. Entonces Mar se separó un poco porque si no iba a perderse allí. Los dos se miraron y se quedaron muy juntos durante un largo rato, como si fuera un impedimento el separarse. Entonces él se acomodó lo mejor posible, permitiéndole a ella hacer lo mismo.

-Lo siento... Creo que me emocioné demasiado.

-No, discúlpame tú a mí por haberte retrasado un poco, no era mi intención.

-No digas eso. Si fuera por mí me quedo anclado aquí todo el rato que sea

posible. Créeme.

Ese hombre tenía esa fuerza hasta en el modo de hablar, por eso sintió que había temblado de pies a cabeza.

-Vale, vale.

-Quiero que nos veamos mañana. Quiero verte.

Mar estaba confundida. Nadie había mostrado tanta efusividad en verla como Daniel. Seguía dudando y seguía temiendo que realmente existiera una conexión así de fuerte. Entonces asintió y los dos quedaron que se verían después de que ella saliera del trabajo.

Antes de salir, Daniel se volvió a acercar y le estampo un intenso beso en los labios. Se sintió tan poderoso que ella experimentó de nuevo esa caída al abismo del placer. Era delicioso, exquisito y quería más. Simplemente le encantaba.

-Vale... Nos, nos vemos mañana.

-Nos vemos mañana.

Ella dejó salir y esperó a que entrara, luego, encendió el coche y comenzó su camino de regreso a su lujoso loft de Manhattan.

-Esta vez no te escaparás de mí. Lo puedes apostar.

#### IV

Cerró la puerta tras sí y se quedó en completo silencio. No pudo creer lo que acaba de pasar. La oscuridad de ese piso tan pequeño, no mostraba que sus mejillas estaban tan sonrojadas por ese encuentro tan fuera de serie.

Mar se echó en el sofá a reflexionar sobre lo que había pasado. Su vida, en cuestión de días, había dado un estrepitoso giro. Todo cambió y a partir de las vacaciones, el dinero y claro, la reunión BDSM que se entusiasmó para ir. Se preguntó si esa emoción había sido producto del destino porque su general apatía la hubiera convencido de no ir. Menos mal que cambió de idea.

Le provocaba risa y también desconcierto lo atractivo que era. Entonces, antes de seguir fantaseando, se levantó para encender la computadora y buscar información sobre él. Introdujo su nombre y algunos datos que recordó de la conversación que tuvieron en ese café-bar.

Esperó unos cuantos segundos y luego se topó con algo que la golpeó de frente. Se trataba de Daniel Lewis, el cardiocirujano más reconocido de la ciudad y uno de los solteros inalcanzables. Atractivo, poderoso y claro, multimillonario, Daniel era el tipo de hombre que se había hecho un nombre a través del esfuerzo y el trabajo duro. Incluso, apareció en la lista Forbes y en la portada del Times. Nada más, nada menos.

Mar se quedó aún más impresionada, así que volvió a echarse en el sofá con esa impresión en mente y preguntándose si realmente se merecía todo aquello.

Estaba tan cansada que se quedó dormida allí y casi no escuchó el reloj despertador. Bajó de un brinco y fue al baño a tomar una ducha rápidamente porque de lo contrario llegaría tarde al trabajo. Estaba apurada y por unos momentos había olvidado que ese día, más tarde, se encontraría con él.

Salió prácticamente corriendo del edificio y tomó a duras penas el autobús que la llevaría hacia el café. En una situación un poco menos estresante, estaba Daniel. Desde hacía un par de horas atrás, ya estaba atendiendo a la gente en su consultorio, por lo que ya tenía un buen ritmo.

Entre consulta y consulta, había quedado en hacer un par de operaciones y en alternar la guardia del hospital con la tentativa de no hacerla porque prefería prepararse física y mentalmente para las operaciones.

En un momento del día, miró el reloj y se dio cuenta que no faltaba demasiado para la hora de almuerzo. Tuvo la tentación de ir a un sitio y comprarse algo rápido y práctico para comer. Estuvo pensativo y recordó el

café que le había mencionado Mar.

Ciertamente le quedaba lejos, pero de hacerlo rápido, tendría tiempo suficiente para regresar y volver a su trabajo. Quizás estaba yendo demasiado rápido pero Daniel era un hombre que cuando le gustaba algo, iba a por ello sin importar lo demás.

-Enfermera, me ausentaré por un rato. Llevo conmigo el móvil por si surge alguna emergencia.

-Está bien, doctor. Nos vemos más tarde.

Salió con un poco de prisa y se subió al Camaro. Pisó el acelerador y se enrumbó hacia ese lugar porque la ansiedad ya no podía dejarlo tranquilo.

Mar estaba recibiendo las órdenes como siempre. El mediodía suele ser una de las partes del día más complicadas, por lo que debía haber mayor apoyo del personal con el fin de que las órdenes no se acumularan.

Ella iba de un lado para el otro, sin prestar demasiada atención en la gente. Lo únicamente importante, era salir airosos lo mejor posible.

Seguía allí, preparando las órdenes cuando sonó la campanilla de la puerta. Era Daniel que acababa de entrar y quien había visto a Mar desde lo lejos. Tenía las mejillas rojas y la cara de estrés. Sonrió para sí mismo puesto que había descubierto que el verla le había producido una especie de alivio, como un bálsamo.

Se colocó en la fila de la caja y avanzó poco a poco hasta que estuvo cerca de que le tomaran el pedido. Alzó la cabeza ligeramente y leyó el menú. Optó por un sándwich de pollo, una gaseosa y unas papas Lays. Nada exorbitante, una comida ligera puesto que tenía trabajo por hacer.

-Buenas tardes, bienvenido...

La chica de la caja se quedó mirando a Daniel como si fuera un dios griego. Esa presencia tan impresionante e imponente le hizo sentir conmovida por su figura. Ella hizo el intento de terminar las palabras pero no pudo. Le fue imposible, así que él se encargó de hacer el pedido con una voz suave y amable.

Lo cierto es que él comenzó a buscar a Mar con la mirada hasta que se dio cuenta que ella era la persona que estaba allí para entregar algunos pedidos.

-Todo me lo das para llevar, por favor.

-Sí, sí. Seguro.

La chica no le dejó de sonreír hasta el momento en que le entregó el pequeño recibo de papel. Entonces dio unos pasos lentos hacia la otra dirección y notó a una Mar bastante agitada. Se colocó cerca pero ella estaba

tan concentrada que no se dio cuenta que estaba allí.

Ella hacía las entregas y de repente tomó una bolsa de papel y una Coca-Cola fría. No revisó el nombre sino que sintió la presencia de él que la miró de frente.

-Creo que este es mi pedido. Sándwich de pollo, papas y bueno, la gaseosa. ¿Cierto?

Mar se quedó en el sitio y él se acercó a ella para darle un beso suave y lento en la mejilla. Sintió que la sangre le subió a la cabeza y que le resultó inútil no poner la cara de embobada por él.

-¿Có-cómo estás?

-Bien, ahora mucho mejor que te veo. Vine porque se me apetecía algo rápido para comer y también porque tenía ganas de verte. Nos veremos en la noche, ¿verdad?

-Sí, salgo a las 7, de hecho.

-Excelente. Entonces pasaré por ti.

-Vale.

Se quedaron uno frente al otro en medio del caos. El gerente del café tuvo que llamar a Mar para que espabilara porque había trabajo pendiente.

-Lo siento, yo...

-No, no. Tranquila. Te paso buscando.

Volvió a acercarse y de nuevo ese beso que la llevó hacia la estratósfera. Fue increíblemente feliz.

Gracias a esa visita, Mar quedó atontada, como si fuera una niña, una colegiala que descubre el calor del amor y que siente curiosidad de ir más allá. Quería entregarse a esa sensación y a no pensar más. Si él había ido a su trabajo para verla, quería decir que no estaba tan mal después de todo.

Como era de esperarse, sus compañeras de trabajo no tardaron tiempo en manifestar su curiosidad sobre el tío.

-¿Sabes que es uno de los solteros más guapos de la ciudad?

-No sólo eso, el tío tiene pasta y muy buena pasta. Se dice que apareció en la lista Forbes.

-Vaya pero se ve que es humilde, eh. No es tan pretencioso como mucha gente que se la pasa por aquí. Se ve que es simpaticón de verdad y hasta agradable.

Todas parecían conocerlo y no pudo creer que ella tuvo que buscarlo en Internet porque la cara le resultó familiar y porque quería saber realmente quién era. Pero bien, el día transcurrió rápidamente hasta que se hizo de



noche.

Con el paso de las horas, Mar comenzó a sentirse cada vez más nerviosa. Como no tenía que ya estar frente al público, estaba en las cocinas o en la oficina de Administración para revisar algunas cosas y prestar ayuda en otras.

-Bueno, Mar, creo que puedes cambiarte si quieres. Ya llegaron los chicos nuevos. Si surge algo antes de tu hora, te aviso, pero no creo. De repente las cosas se calmaron.

-Vale, gracias.

Ella sonrió y fue corriendo hacia los cambiadores de mujeres. Se colocó frente a su casillero y fue a asearse con un poco más tranquilidad. Aprovechó que estaba sola para acicalarse con paciencia y luego salió de allí como si no hubiera pasado nada. Se colocó un par de jeans ajustados, una franela de AC/DC, un cárdigan rojo, una bomber y sus zapatillas negras de New Balance.

Al estar casi lista, se acercó a uno de los espejos que tenía cerca y se acomodó mejor el cabello. Estaba emocionada porque iba a salir con él y no lo podía creer. Salió de allí con su morral y luego se dispuso hacer unas cuantas cosas en la oficina mientras hacía tiempo.

De repente, escuchó su móvil y leyó un mensaje de él que le decía que ya estaba por llegar. Así que ella se emocionó aún más cuando notó que su hora había terminado y que ya le tocaba salir.

Como no quería estar más en la cafetería, salió y en cuanto lo hizo se encontró con él de frente. Tenía unos jeans oscuros, un cárdigan de color azul, una camiseta blanca debajo un abrigo gris. También tenía zapatillas del mismo tono.

-Vaya, pensé que había llegado tarde.

-Oh, no. Justo acabo de salir...

Apenas terminó la frase y él la tomó entre sus brazos para besarla como quiso. Esos labios suaves y deliciosos se entrelazaron con los de ella de manera que volvió a perder la noción de las cosas como ya le había pasado antes.

-¿Nos vamos?

-Eh... Sí, vámonos.

Le tomó la mano y caminaron hacia una calle porque él tuvo dificultades en encontrar un lugar para aparcar. Se subieron entonces al Camaro y el ronroneo de ese coche clásico hizo eco en las calles de Nueva York.

-Pensé en invitarte a comer a un lugar pero lo cierto es que se me antojó mejor la idea de cocinar para ti.

-¿En serio? Vaya, nadie lo había hecho para mí.

-Pues, genial que esta será tu primera vez.

-Bueno, también es mi primera vez con alguien que resulta ser toda una celebridad. No tenía idea de que fueras tan reconocido.

-Ah, eso. Sucede que no me gusta hablar mucho del tema porque no quiero sonar pretencioso. Sé que eso de por sí suena así pero no es mi intención. La verdad es que me pone un poco incómodo porque no sé cómo abordarlo. La medicina es algo que amo profundamente y supongo que tengo lo que tengo porque esa pasión me ha llevado hasta aquí.

-Mi papá es cardiólogo. Créeme que la coincidencia hasta me causó un poco de risa.

-No es para menos. Además, eso quiere decir también que tú y yo tenemos una especie de conexión. ¿No?

-Sí... Creo que tenemos algunas cosas en común.

-Eso me parece.

Poco a poco se enrumbaron a una de las partes más elegantes de la ciudad, Manhattan. Para Mar todo eso tenía sentido puesto que una figura como él debía vivir en la zona más exclusiva.

Lo cierto es que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había ido para ese lugar. No recordaba demasiado sus calles ni el aspecto de estas, pero se alegró en darse cuenta que aún tenía esa magia que caracterizaba la ciudad.

Las casas y residencias elegantes, incluso reconoció algunas por las películas que veía. Se sintió contenta al toparse con un ambiente tan diferente al suyo. Era como si estuviera inmersa en una especie de aventura.

Él la dejó que mirara hacia todas partes hasta que fueron acercándose a una de las zonas más elegantes del lugar. Un conjunto de edificios altos, de arquitectura limpia aparecieron y Mar asumió que debían estar próximos.

Tomaron un camino y él se colocó frente a un gran portón de madera oscura. Mientras estaba allí, se volteó con fuerza y la tomó del cuello con una mano para atraer su cara hacia la de él. Comenzaron a besarse, mientras ese portón se abría lentamente.

Al darles el paso por completo, Daniel avanzó mientras que una Mar atontada y algo excitada, se quedó en ese estado de trance que le estaba gustando más de lo que esperaba.

Descendieron entonces por una rampa y se encontraron en un estacionamiento. Sólo había allí coches de lujo y de todo tipo, de nuevo, era

como estar en otra dimensión, una que ella sabía que existía pero que no le había prestado demasiada atención.

Aparcaron en uno de los puestos y salieron. Daniel aprovechó para tomarla de la mano y caminaron juntos hacia las puertas de los elevadores. Allí dentro, reanudaron el encuentro pasional que habían comenzado dentro del coche. Seguían besándose, acariciándose con una locura impresionante. Fue como si por fin dieran rienda suelta a todo aquello que tenían por dentro y que ya no podían reprimir más.

Lo cierto es que continuaron así apenas las puertas se abrieron en ese enorme loft. Era un lugar espléndido, elegante y con una decoración impecable. Estaba rodeado de ventanales por lo que era fácil sentirse rodeado por la luz en cualquier dirección.

Como era de noche, la sensación era sumamente agradable. Mar continuó con su exploración y notó que él tenía obras de arte en las paredes blancas, muebles de lujo y una enorme biblioteca con libros de todo tipo. Desde medicina hasta mecánica. Sin duda, un hombre con gustos variados.

Se detuvo en uno de arte, una biografía de Renoir, uno de sus pintores favoritos. Acarició el lomo y se quedó mirando el libro hasta que sintió el frío de la copa que le extendió Daniel.

-¿Te gusta el arte?

-Sí, mucho. De hecho, a veces pinto. Pero eso es algo que mis padres ven como algo inútil así que trato de que ellos no sepan mucho al respecto.

-Nunca he entendido ese comportamiento. Me alegra que puedas dar rienda suelta a lo que te gusta hacer realmente. No dejes de hacerlo.

-Lo intentaré, gracias.

Ambos se miraron e hicieron un brindis. Luego de chocar las copas, tomaron un poco del vino blanco.

-Tienes un lugar precioso. De verdad. Esto más bien parece una galería de arte.

-Pues, creo que es un ambiente que también irá contigo... Todo lo que he visto va contigo.

Él dejó la copa a un lado y tomó la de ella para hacer lo mismo. Se miraron de nuevo y sus bocas se volvieron a fundir en un largo e intenso beso. Por fin estaban en un lugar en donde podían hacerlo libremente.

Poco a poco, las manos de Daniel comenzaron a aventurarse sobre el cuerpo de Mar y procedieron a quitarle la ropa lentamente. La cena tendría que esperar.

La bomber y el cárdigan cayeron al suelo, lo mismo que la camiseta los jeans junto a los zapatos. Mar había quedado en ropa interior y Daniel, al verla de esa manera, se excitó aún mucho más. Se veía tan bella. La piel parecía brillar ante la luz de la luna y el cabello también, ese mismo que se colocaba a los lados de ella como si fuera una diosa. La encontró un poco temerosa pero después volvió a besarla.

-No tienes por qué temer... No sabes las ganas que he tenido de tenerte así. No tienes idea.

Ella gimió cuando escuchó aquello puesto que le parecía increíblemente atractivo esa muestra de deseo, sobre todo esa que provenía de un hombre como ese. Uno que podría tener a la mujer que le diera la gana.

Entre los besos, las caricias y los jadeos, Daniel también procedió a quitarse la ropa. Estaba ansioso porque ella también sintiera su piel, así que se quitó cada prenda como si estas le quemara el cuerpo.

Poco a poco, Mar se topó con esa figura increíble. Ese torso, esa textura tan deliciosa, tan adictiva... Lo tomaba entre sus manos y no podía creer, tan firme, tan escultural, ¿de verdad estaba pasándole todo aquello? ¿De verdad todo era real?

Daniel no pudo más y la tomó de la mano para llevársela a otro lugar, a su habitación. Estaba ansioso, que momentáneamente no se dio cuenta de la ansiedad que ella estaba experimentando, sin embargo, cada cierto tiempo la llenaba de besos y de caricias. Con eso, buscaba hacerla sentir cómoda y convencida de que realmente le gustaba.

Subieron los escalones lentamente hasta que se toparon con un espacio igual de grande. Una habitación impresionante y lujosa. De hecho, Mar abrió la boca de la impresión. Como si fuera incapaz de creer lo que estaba viendo.

No pudo ver más porque él le tomó la cintura y le hizo olvidar de todo lo demás. Esa sensación de perder la noción del tiempo, de desconocerse a sí misma. Extendió sus brazos y con ellos rodeó los hombros fuertes de él. Daniel sintió que por fin ella se había entregado.

La atajó con fuerza y luego la llevó hacia la cama con destreza. Se echó un poco hacia atrás para tomar un momento para admirarla. Estaba tan excitado que no lo podía creer. Al notar que tenía algunas prendas encima, procedió a quitárselas, casi arrancárselas. Estaba desesperado. Por fin haría realidad ese sueño de tenerla en sus brazos, algo que pensó que sería imposible.

Ella, por otro lado, no paraba de gemir. Parecía de hecho una pequeña gatita en celo, tan bella, tan hermosa sobre las sábanas. La adoraba verla así

por él, por las caricias que le provocaba, por ese deseo que parecía no tener fin.

Él también procedió a quitarse lo último que tenía, dejó el bóxer a un lado y la gran verga venosa y gruesa salió para sorprender a Mar. Aunque le intimidó un poco el tamaño, no pudo evitar relamerse los labios. Así que luego de observarlo bien, de inmediato se le accionó su parte sumisa y en seguida se acomodó para darle sexo oral... Estaba ansiosa por lamerlo, por sentirlo en la boca como debía.

Se arrodilló y Daniel comprendió que por fin estaba con alguien que hablaba en el mismo lenguaje que él, así que dejó que ella se colocara para luego tomarle el cabello con una mano y mirarle a los ojos. Mar sabía muy bien qué hacer.

Sacó su lengua y lamió el glande con suavidad. Le encantó esa textura y también lo caliente que estaba. Era tan rico, tan delicioso. Poco a poco también procuró hacer lo propio con el resto del pene.

Besos largos, lamidas y chupadas largas. Cada vez que lo hacía, sentía que esa parte de sí misma, esa que le hacía sentir como una verdadera sumisa, salía a flote sin ningún problema. Le encantaba porque era su esencia y no había nada mejor que eso.

Luego de un rato, se lo metió todo, completo. Se quedó un rato allí y movió su cabeza hacia adelante y hacia atrás con el fin de hacer ese vaivén hipnótico. Daniel, mientras le tomaba el cabello, también hacía un esfuerzo por no desvanecerse tan rápido.

Había extrañado sentir una lengua así, había extrañado que le dieran ese placer que tanto necesitaba. Podía quedarse allí, por todo el tiempo del mundo, sin desprenderse ningún momento de eso. Era increíble, exquisito.

Si bien ambos compartían en mismo gusto por ese mundo tan pervertido y libre, no hacían demasiada falta las explicaciones al respecto. De repente le tomó del cuello con el fin de dejarla sobre la cama, en ese punto ya estaba hecho todo el Dominante que era.

De hecho, había cambiado su expresión y su forma de actuar, estaba más intenso y más contundente. Ella, sobre la cama, le daba placer que por fin iba a ser tomada como correspondía.

Él comenzó a atarle las muñecas con rapidez. La firmeza de las cuerdas sobre su piel le produjo una enorme excitación, era la preparación hacia algo más fuerte y más intenso. Por fin estaba en la situación que quería. No se sentía incómoda ni fuera de lugar. Estaba en el momento que siempre se

imaginó estar.

Con los brazos extendidos sobre la cama, lo mismo que con los tobillos, el cuerpo de Mar estaba extendido y dispuesto para él. Daniel lo dijo una vez que estaban hablando, era un hombre que no le gustaban los rodeos, así que se trajo consigo un látigo que había sacado de un cajón.

Era pequeño pero esas lenguas de cuero danzaban por los aires como si estuvieran preparándose para la piel de ella. Mar lo miró y él también a ella, se volvieron a perder en esos ojos y por fin, en un instante, la situación completamente.

Experimentó ese ardor exquisito sobre su piel, ese dolor que la hizo vibrar por entero, esa sensación que le recorrió por el resto del cuerpo. Todo eso, además, también se manifestó en forma de un largo y profundo gemido. Tan delicioso, tan sensual.

Daniel era un hombre que podría disfrutar de ese tipo de estímulos sin importar nada. Amaba escuchar los gemidos y jadeos de su acompañante porque fungían como un importante estímulo para continuar. Así que lo hizo, una y otra vez.

La piel de los brazos, el torso y las piernas comenzaron a teñirse de un rojo cada vez más intenso. Eso contrastaba con su piel trigueña, tan bella y suave. Él, mientras sostenía el látigo, se sentía como el hombre más poderoso del mundo, esa hambre de tío conquistador lo revitalizaba, le hacía sentir que podía con eso y con cualquier otra cosa.

Descansó la mano y momento y luego se fijó en el cuerpo que tenía frente a sus ojos. Ella respiraba violentamente, el rostro estaba empapado de sudor y rojo, así como el resto de su piel. Sin embargo, sonrió lentamente y lo miró con esa complicidad de alguien que sabe lo que está a punto de pasar.

Daniel dejó el látigo en el suelo y se subió en la cama con el afán de tomarla de una vez por todas. Ahora estaba más que listo para ella. Colocó una mano sobre su cuello y apretó un poco, lo suficiente como para que sintiera la presión adecuada y mantuviera el nivel ideal de excitación.

Poco después, Mar sintió cómo él se estaba acomodando sobre ella, al colocar su verga muy cerca de su coño el cual estaba ya bastante húmedo y empapado.

-Eres mía desde que te vi... Sólo mía.

Ella gimió de la excitación y de repente sintió toda esa verga adentrándose en sus carnes calientes. Abrió la boca para exclamar unas cuantas blasfemias y también para rogar por piedad. Pero esta vez, no había cosa como esa, sólo le

quedaba resignarse a los deseos de él, fueran tan retorcidos y perversos como fueran.

Primero lo dejó dentro de ella por un rato, pero luego comenzó a moverse lentamente para quedar envuelto en ese movimiento delicioso que tanto le gustaba, ese mismo que quería sentir para que ella también se perdiera en él. Mar se sostuvo de las cuerdas de cáñamo mientras él entraba y salía de ella como le daba la gana.

Ella no paraba de gemir e incluso, llegó el punto en que ella se quedó callada porque estaba privada por el placer que sentía. Era como si su cuerpo no pudiera procesar completamente todo aquello, por lo que sólo podía quedarse allí, entregada a ello en su totalidad.

Se sentía más viva que nunca, sentía que podía desprenderse de su cuerpo e irse muy lejos de allí, sin que nada le importara. Entonces cerró los ojos y la fuerza y la intensidad se adueñaron de su cuerpo, él apretó aún más y sus dedos también se juntaron para masturbarla con más fuerza. Estaba decidido a hacerla desfallecer.

Persistió por una cantidad de tiempo que ella no supo calcular exactamente pero no importó porque dejó libre todo eso que sentía dentro de su cuerpo. Lo dejó libre y su orgasmo explotó a modo de fluidos que terminaron de empapar los dedos de él y también en un intenso grito que rompió en ecos el resto de la habitación.

Daniel chupó los dedos y luego procedió a masturbarse para correrse en el abdomen de ella. Se frotó tan fuerte que incluso llegó a temblar con violencia, después echó su cabeza hacia atrás y por fin dejó salir ese chorro potente de semen que terminó por aterrizar en esa piel ya marcada por él.

Las gotas y los delicados hilos de semen dibujaban patrones irregulares sobre ella. Tan bellos, tan dulces que él se quedó mirándola de nuevo como si estuviera embobado... Y así era.

Con las pocas fuerzas que tenía en su cuerpo, Mar se incorporó lentamente para hacerle entender que quería un beso de su parte. Daniel le desató las muñecas y luego se encontró con ella en un beso y un abrazo tan cálidos e intensos que volvieron a perder la noción del tiempo y del espacio.

Después de limpiarse, los dos cayeron de nuevo sobre esa inmensa cama y se echaron a reír. Fue una especie de sesión flexible ya que tenía matices de todo tipo. Se dieron la oportunidad de abrirse y dejarse ser sin problemas, aunque sabían muy bien que todavía faltaba y que el camino apenas comenzaba.

## V

La luz de la luna entraba y parecía acariciar la superficie de la madera de una manera agradable y sutil. Mar estaba embelesada con esa imagen, miraba los reflejos del vidrio y del metal del resto de los muebles del loft de Daniel.

Le gustaba que todo estuviera en completo silencio y oscuridad, puesto que le daba una ligera sensación de bienestar. Sonrió para sí misma mientras que él estaba en la cocina preparándole un sándwich. Era necesario recuperar las energías.

-Este sitio es tan tranquilo y agradable. Creo que no conocía un lugar así.

-Lo es. Por eso me mudé aquí. La ciudad me encanta pero a veces no está mal escapar del caos y regalarse un momento de paz. Me alegra que te guste.

Le sonrió y le entregó un pequeño plato con un sándwich de roast beef. Ella lo tomó con una amplia sonrisa y mordió sintiendo un intenso placer. Él la miró complacido y luego le extendió un vaso con té helado.

-Me parece que tenías un poco de hambre.

-Ja, ja, ja, lo siento, sí. Estaba famélica.

-No te preocupes. Me gusta verte un poco más tranquila.

-¿Cómo diste con esto, con este grupo?

-Uhhh, siempre he pensado que había sido un acto de casualidad. Pero lo cierto es que siempre sentí que tenía algo poco común y muy diferente del resto de la gente. Estaba volviéndome loco hasta que averigüé más al respecto. Para el momento en que lo hice, era apenas un crío. Pero, ¿sabes? Me sentí mucho mejor conmigo mismo y con el tiempo fue mejor porque comprendí que no estaba solo en esto. Que somos muchos más.

-A mí también. Pero en mi caso pensé que no tendría opción y que más bien debía resignarme porque no encontraría eso que tanto había buscado. También me pasaba que a veces estaba con tíos y sentía que sólo estaban porque les daba lástima o algo así. Soy terriblemente insegura.

-Me di cuenta de eso y creo que es algo que debes intentar cambiar. La persona que esté contigo debe estarlo porque le gustas entera... Como tú me gustas a mí. Por cierto, ¿sabías que ya antes te había visto? Ja, ja, ja, creo que estabas cruzando para ir a tu trabajo, me quedé mirándote como un tonto hasta que el ruido de las cornetas me quitó la concentración.

Mar se sonrojó de repente y se encontró a sí misma sin posibilidad de pronunciar palabra alguna.

-Ahora sí me gustaría hablar de algo un poco más concentrado y muy



diferente. ¿Tienes alguna fantasía o situación que te gustaría recrear? Uhm, en mi caso creo que he hecho muchas cosas, pero supongo que es interesante tener la mente abierta para cualquier situación.

Él tomó el banco del desayunador y se sentó frente a ella, mirándola con toda la concentración que tenía. Ella se sintió un poco intimidada porque ciertamente tenía algo en mente, de hecho, estuvo a punto de responder pero temió ser juzgada. Trató de cambiar la respuesta pero ya Daniel se había dado cuenta de lo que estaba pasando por su mente.

-Tranquila, eh, no te voy a juzgar. Estamos hablando en el mismo idioma, si sabes a lo que me refiero. Tienes que sentir que tienes la libertad de manifestar todo lo que quieres y sientes. Así que, hazlo.

-Es que me parece un poco turbio... No lo sé.

-Anda, vamos.

-Bien... Bueno, es que me gustaría que me colocaran en una mazmorra o un lugar un poco oscuro y siniestro. Un sitio en donde pueda ser incapaz de saber lo que pasará pero que tenga la sensación de que ocurrirá algo. Cadenas, cuerdas, látigos y claro, mi servicio entero a mi Amo. Porque servirle es lo que más quiero en la vida. Es el propósito de mi vida.

Daniel se quedó impresionado y pensó que esa confesión le había caído a la perfección.

-Ven conmigo. –Le dijo con toda la seriedad del mundo.

Mar se bajó de la silla y lo siguió hacia otra estancia del loft, un lugar que estaba cerca de la cocina. Ambos se detuvieron en frente a lo que parecía una sólida pared de ladrillos rojos. Sin embargo, ella se dio cuenta de cómo esta se abría lentamente hasta descubrir un pasillo oscuro y corto.

-Sígueme.

Ella lo hizo como si estuviera bajo alguna especie de encantamiento. Sintió el suelo frío debajo de sus pies pero aun así lo siguió. Quería descubrir eso mismo que no sabía qué era.

De repente escuchó el sonido de un interruptor y se iluminó la habitación. Cuando la vio, abrió los ojos como platos. Era una habitación oscura, con una cama pequeña y unos cuantos grilletes en la pared, de estos, salían un par de pesadas cadenas de metal. En ese lugar no había iluminación salvo la que colgaba del techo.

Mar se adentró a ella dando pasos pequeños. Estaba maravillada, no podía creer en el lugar en donde se encontraba, era como si estuviera en un sueño. Segundos después, las manos de Daniel le tomaron el torso y el cuello.

Apretándolos con fuerza, mientras ella tenía la mirada concentrada en el espacio que tenía en frente.

-Qué bueno que ya encontré a mi esclava. ¿Lista para jugar?

-Siempre.

## EPÍLOGO

Después de sujetarle las manos con los grilletes, de colocarle las frías cadenas sobre sus muñecas, de aprovechar su espalda como el lienzo perfecto para los azotes y el castigo que debía recibir ella como la buena sumisa que era. Esa noche inesperada, Mar se convirtió en la sumisa de un Daniel sediento de ella, de un Daniel que no podía cansarse de ella.

Él se convirtió en su maestro, en su Señor, en su Amo, en todo. Le enseñó cosas que había desconocido pero que él sí porque tenía experiencia. Daniel, después de pensar que quizás su vida debía pasar por relaciones aburridas, ahora pareció entender que la conexión lo era todo. Y lo es todo.

Estaba feliz y se notaba en las veces en que se veían, en las conversaciones que tenían y en los tiempos que compartían juntos. El entusiasmo de Daniel era más que evidente, sin embargo, Mar comenzó a experimentar una terrible inseguridad en sí misma y en las cosas que le estaban pasando.

La primera vez le costó entender cómo un hombre como ese podría estar realmente interesado en ella. Aunque trató de espantar esos demonios, estos fueron mucho más fuertes a tal punto que comenzaron a hacer mella en la seguridad que sintió por un momento en la relación.

Eso se vio afectado mayormente por los comentarios de las mujeres sobre él. Incluso, se topó con un artículo sobre las novias del médico más sensual de Nueva York. Ella no podía estar con él, era algo que no tenía sentido.

Entonces comenzó a pedir más horas de trabajo y hacer cursos extra en la universidad, con la excusa de tener tiempo para sí misma. Necesitaba pensar, poner las cosas en orden.

Daniel no comprendió nada de lo que estaba pasando. Las cosas iban más que bien pero dieron un giro de 180°. Trató de confrontarla pero sabía que eso provocaría que ella no hablara bien.

Un día decidieron encontrarse después de almorzar. El Central Park fue el escenario que tomó Mar para decirle a Daniel que necesitaba un tiempo para pensar. La confusión y la incredulidad eran demasiados para ella y tenía que poner en orden sus emociones.

Él tuvo el impulso de decirle que no, pero sabía que aquello tampoco sería muy maduro de su parte. A pesar de sus sentimientos, la dejó ir.

Durante el tiempo que estuvieron alejados, Mar aprovechó para procesar mejor las cosas. Estaba consciente que todo había sido demasiado rápido y

que aquello la había abrumado.

Pero también tenía que darse cuenta que debía aceptar el hecho de que él quería estar con ella y que eso no significaba la presencia de una agenda oculta. Sino todo lo contrario, él había sido muy sincero con ella desde el principio y le permitió ser como quería desde siempre. Ella debía retribuirle todo aquello.

Daniel, en cambio, estaba triste y poco descolocado, así que como era de esperarse, se refugió en horas y horas interminables de trabajo, incluso participó en investigaciones realizadas por institutos de renombre. No obstante, extrañaba a Mar y deseaba que en algún momento ella regresara. Su ausencia le estaba afectando más de lo que había creído.

Después de un largo día de trabajo, cerró la puerta tras sí y fue hacia la cocina para prepararse un trago. Poco después, escuchó la puerta y cuando fue abrir, la encontró. Con esa expresión de miedo. Ella no le di oportunidad siquiera de decir palabra alguna.

-Lo siento. Sé que tuve que llamar. Lo que pasa es que me confundí, tuve medio de que todo esto fuera mentira y necesité un poco de tiempo para entender todo. Lo siento, sé que fue un poco egoísta.

Él la abrazó con tanta fuerza que Mar sintió que le habían quitado un peso de encima.

-Lo necesitabas. Necesitabas creértelo por tu cuenta.

Se quedaron allí por un rato hasta que entraron al loft. Él le sostuvo la mano y la llevó hacia ese lugar oscuro, hacia su mazmorra. Mar tampoco podía esperar, había ansiado demasiado el estar con él y estaba más que feliz de poder hacerlo.

-¿Estás lista?

-Siempre.

# Esclava en las Sombras

## *Delincuente Juvenil Sometida por el Alfa*

### I

Se encontró de frente con tres tíos muchos más altos que ella y con la mirada encendida. Estaban allí para vengarse. Lo cierto es que esa mujer les había robado sus pertenencias. Pero las cuentas estaban a punto de ser saldadas, ella no se libraría tan rápido de ellos. Claro que no.

Ella estaba muy cerca de esa pared de ladrillos húmeda. Incluso, los huesos de los omoplatos rozaban de vez en cuando con la áspera superficie. Sin embargo, no estaba asustada, aquella formaba parte de una de esas situaciones en las que ya se había acostumbrado. Al vivir en la miseria y en la lucha constante por sobrevivir, sabía muy bien cómo salir de allí, o al menos dar la suficiente pelea.

-A ver, puta, regrésanos lo que nos robaste. Venga.

-No colmes nuestra paciencia, mira que podemos hacerte picadillo si nos antojamos, eh.

El tercero no hablaba, sólo se limitaba a mirarla con desprecio, con ganas de romperla en mil pedazos. Aun así, ella estaba allí, estoica a pesar de estar acorralada.

Empuñaba una pequeña navaja en una de sus manos, mientras que la otra estaba cerrada en un puño. Analizó cuidadosamente a quienes estaban frente a ella y pensó que tenía una ligera ventaja, un pequeño espacio oscuro que le daría tiempo para moverse y atacar a uno de los tres.

Se quedó callada y justo en ese momento, cuando pensó que tenía que hacer su ataque, hubo una falla eléctrica. Una de esas que ya eran tan habituales en la periferia. Entonces, se movió rápidamente para poder escabullirse entre esos hombres que habían quedado desconcertados.

-Pobres Betas.

Dijo ella después de herir a uno de ellos en el brazo. Salió de ese callejón airosa y con esa amplia sonrisa de victoria. Había burlado una vez más una de esas situaciones que parecían difíciles.

Corrió por unas cuantas calles más hasta que se encontró con uno de sus

amigos habituales que la miró agitada.

-¿Cómo ha salido todo?

-¡Estupendo! Esos tíos tenían muy buena pasta. ¡Mira!

Le enseñó una paca de dinero, móviles y unas cuantas joyas. Tendría suficiente dinero como para no preocuparse por ese asunto por un tiempo.

-Has tenido buena racha. A todos los demás no nos ha ido muy bien.

-Eso se debe, querido amigo, a que sé perfectamente en dónde está el dinero. Esos pobres diablos Alfas vienen para este lado de la ciudad creyendo que tendrán todo lo que quieren porque tienen buena posición. Pobres. Alguno de nosotros se encargará de recibirlos como se debe.

Sonrió mientras se llevó el botín escondido entre sus ropas. Unos negocios más y ya se iría a su minúsculo piso, a tomar cerveza y celebrar la extraordinaria habilidad que había desarrollado desde la niñez.

Lo cierto es que Skye Runner era sólo una chica de 18 años que se había hecho espacio entre el sórdido mundo de los Omegas, la clase social más maltratada, el último piso de una pirámide injusta y cruel.

Todo aquel que naciera con ese título, estaba destinado a tener una vida verdaderamente miserable y era aún peor si se nacía mujer. En ese caso, terminaba siendo esclava doméstica o sexual... O las dos cosas.

El mundo se había organizado de esa manera desde la Tercera Guerra Mundial. Los aliados de siempre y la extrema derecha aniquilaron a más de la mitad de la humanidad. Lo que también provocó el nuevo orden social que se impondría alrededor del mundo. Los hombres y mujeres libres serían una historia del pasado.

Ya no había países, sino ciudades-estado, las cuales estaban organizadas estrictamente: los dueños del poder político y gran parte del económico, eran los Alfas. Herederos de aquellos que impusieron el sistema. Era una élite cerrada, exclusiva y sectaria. Los pocos disfrutaban realmente de lo que era la buena vida.

Por debajo de ellos, los Betas, ubicados como los segundones necesarios en la historia. Fueron aquellos que pudieron aportar algo de dinero en todo el reacomodo mundial y quienes se apresuraron en tener un lugar privilegiado. En ciertos casos pertenecían a las cortes o ministerios. Los mejores posicionados eran banqueros o pertenecían a círculos de poder económico. De por sí, ya actuaban como aliados naturales de los Alfas.

Finalmente, los Omegas eran considerados como la escoria, lo peor de lo peor. Para mayor catástrofe, en esa clase se acumularon todos aquellos

mortales que nunca tuvieron una mínima importancia en el proceso. Allí terminó el ciudadano común, esa persona que sólo aspiraba a tener una mejor vida. Ahora, debía vivir condenada a no tener nada, a pelear por comida y por un techo en donde dormir.

Todo eso, además, también hizo posible el surgimiento de un grupo de personas hambrientas de lujuria, control y poder. Los Omegas también se organizaron a sí mismos con jerarquías para mantener una especie de orden. De resto, lo que había alrededor, era más de lo mismo ya que eran vistos como lo peor.

Allí, en ese entorno de pobreza y desesperación, de caos y muerte, de sexo, sudor y lágrimas, nació Skye Runner. Una chiquilla que fue vendida por sus padres por un trozo de pan, pero que se escapó de sus compradores cuando se dio cuenta que la única forma de sobrevivir era valiéndose a sí misma.

La calle fue su madre y padre, su familia, conoció los bajos mundos a la perfección y se hizo aliada de personas crueles pero que veían en ella algo diferente. Aprendió a robar y a estafar con una maestría impresionante. ¿La razón? Estaba decidida a hacer de su vida lo que le diera la gana, nadie le diría que hacer.

En varias oportunidades casi fue raptada para convertirla en esclava, gracias a ese aspecto exótico y llamativo: su piel morena oscura, su cabeza rapada por decisión propia, los ojos grandes y negros, labios gruesos, cuerpo duro y macizo, y una increíble agilidad mental. Todo eso la hacía una chica aguda, escurridiza y muy inteligente.

Gracias a sus operaciones, logró comprar un piso para ella. Mínimo, pequeño, pero suyo al fin. Para una persona como ella, eso significaba algo de gran importancia porque, por lo general, eso representaba un sueño que pocos podían alcanzar.

Claro, eso no significó que dejaría esa vida que tenía. Se dio cuenta que le resultaba rentable robar y aprovecharse de los demás porque así obtenía el dinero rápidamente.

De hecho, logró formar un grupo de aliados con quienes trabajaban. Tan malhechores como ella, se encargaban de realizar acciones más grandes con el fin de repartir mayores cantidades de dinero. Los planes salían bien y cada quien se llevaba su tajada para su casa. Nada mal.

Todo lo que sabía lo aprendió observando a otros, detallando sus planes y comprendiendo que ella podía hacerlo mucho mejor. Así que perfeccionó esas técnicas y ganó terreno en un ambiente altamente competitivo. Por lo que, a

pesar de su edad, era una persona que tenía muy claro qué hacer con su vida.

Con el paso de los años, se dio cuenta que los Betas y Alfas iban a la periferia para divertirse. Aprovechaban la brecha que habían entre la gente y disfrutaban de bacanales puesto que no había ley para los Omegas mientras que ellos, en cambio, podían hacer tanto como quisieran.

Cuando Skye comenzó a notar ese comportamiento, primero pensó que eran ideas suyas. Pero luego notó que era una constante. La gente iba allá a divertirse a costa la gente como ella, a aprovecharse de la falta de leyes y normas, a gozar de los cuerpos que buscaban sobrevivir día a día con lo que pudieran, con la esperanza de que se manifestara algún milagro. Se mantuvo en las sombras, estudiando detenidamente a la gente, con el fin de armar planes que pudieran trabajar a su favor.

La primera vez que lo hizo estaba tremendamente asustada. Si bien conocía los gajes del oficio, sabía que una de las cosas que tenía que tomar en cuenta era el hecho de que podía resultar herida o presentada en la corte de los Alfas para una sentencia. Pero claro, este último escenario no era lo que quería para ella. Estaba dispuesta a morir que ser encarcelada por alguno de esos imbéciles.

El hecho es que se había preparado lo suficiente, conoció las calles con más cuidado y habló con sus compañeros para conocer vías de escape más fáciles y prácticas. Analizó todos los escenarios posibles y se encontró con el hecho de que tenía una amplia gama de posibilidades con qué jugar.

El día había llegado: un grupo de necios chicos Alfas había llegado a la periferia para celebrar, lo que parecía ser, un cumpleaños. Era un grupo de seis personas, todos muy bien vestidos y luciendo coches de última generación por las calles, de esos flotantes y con combustible renovable.

Apenas los vio, Skye sintió un dolor punzante en la sien. La indignación le recorrió todo el cuerpo y se le reflejó en ese rostro. El cejo fruncido, la vena de la frente brotada, el color rojo de las mejillas. Se quedó en silencio, mirándolos divertirse entre la basura y desastre que le tocaba mirar todos los días. Estaba decidida.

Comenzó a seguirlos de a poco, lentamente, escondida entre las sombras, la gente y la basura. Por suerte, estaban tan entretenidos que no se dieron cuenta que una tía de un metro 60, de piel oscura y expresión de pocos amigos, los seguía como un depredador a su presa.

Skye se percató que la noche sería larga puesto que estaban bebiendo y comiendo a lo grande. En una de esas rondas, habían entrado a un restaurante



chino muy popular. Estaba repleto y la cantidad de personas que había para ese momento era bastante importante. Ella pensó que era la ocasión perfecta para hacer lo que tenía que hacer.

Estaban todos sentados en una mesa redonda y un poco metida en el lugar. Cada tanto, podía ver los platos humeantes y las botellas de cerveza heladas. Mientras se acercaba, se percató que hablaban animadamente de lo barato que era todo y de lo divertida de la gente.

-Deberíamos venir aquí con más frecuencia. Es muy divertido.

-Sí, sí. Nada que ver con la ciudadela. Se siente hasta acogedor.

Skye tuvo que hacer de oídos sordos para poder concentrarse como debía. Las estupideces eran demasiadas y necesitaba sus sentidos al máximo para no perder el hilo de situaciones que tenía que hacer.

Por suerte, el lugar en donde se encontraban era lo suficientemente oscuro para darle toda la libertad de moverse libremente. No tenía que preocuparse por las miradas de los demás, en realidad, nadie le prestaba atención porque cada quien estaba en su mundo, ocupados en lo suyo. Además, estaba en la periferia, el territorio de lo posible, así que ver a una chica escondida entre las sillas, parecía ser algo completamente normal.

Ella contó lentamente dentro de su cabeza y esperó lo que siempre sucedía a esa hora del día: el corte de luz religiosamente programado.

De repente, las risas y los comentarios condescendientes cesaron hasta la ausencia de electricidad. Los chicos Alfas, tan seguros, tan altivos, se quedaron callados y trataron de explicarse lo que había sucedido.

-Es lo que suele pasar, pronto llegará. No se preocupen.

Acostumbrados a vivir en un lugar siempre ordenado y limpio, los chicos se miraron entre sí para darse cuenta que el estilo de vida Omega estaba allí para demostrarles que era un juego completamente diferente.

Mientras seguían mirándose, Skye se movió como una serpiente y se dispuso a revisar bolsos y sacos con una increíble velocidad. Iba y venía, rápidamente para toparse con objetos y dinero a granel. Se le hizo imposible esconder la sonrisa de satisfacción.

Iba introduciendo las cosas en un pequeño bolso negro y, luego de terminar, quiso dejarles un recuerdo para que no se olvidaran de decir a sus amigos que su ciudad, era perfecta para vacacionar.

Salió por la puerta trasera y se quedó allí unos minutos más hasta que escuchó un grito. Habían descubierto del robo. Salió corriendo con todas sus fuerzas y se escabulló entre la multitud, los aerocoches y el caos general.

Se decantó por meterse en un callejón oscuro y se colocó debajo de una intensa luz la cual la ayudó a contar el dinero que tenía entre sus manos. Se quedó impresionada con el botín acumulado y sonrió para sí misma.

Desde ese día, se dedicó a investigar más sobre los viajes y excursiones que hacían los Alfas a la periferia. Si bien no soportaba la idea de que usaran su entorno, su hogar como un medio de diversión, al menos había encontrado un modo de tomar venganza... Al menos un poco.

Se dio cuenta que los Alfas eran constantes y rutinarios, así que se armó un plan en donde podía aprovecharse de esa situación. Incluso, cuando se trataba de grupos más grandes, pedía el apoyo de sus compañeros de barrio. Además, también era una forma de apoyarlos dentro de lo posible.

Acumuló dinero suficiente para comprar sus cosas, e incluso hacerse un nombre entre la gente. La filosa, la aguda, la rápida... Todo el mundo sabía quién era ella, aunque no ella no buscó necesariamente eso.

Aunque había encontrado esa especie de “trabajo seguro”, en la vida de ella pasaban muchas otras cosas más. Su aspecto fuerte le hizo llamativa y atractiva para otras personas.

Por un tiempo, procuró cuidarse lo más que pudo pero no pudo esconder el hecho de querer sentir el estar con otra persona, el juntarse con otro y el significado de tomar la mano de alguien que te gusta.

Comenzó a recrearse de películas, series y libros sobre el tema. La vergüenza que sentía, le impedía preguntar abiertamente sobre eso, por lo que procuró que su curiosidad fuera sólo de ella.

Notaba los besos, las caricias y esas miradas que parecían hablar mucho más. Escuchaba las letras y se daba cuenta de la forma en cómo se describían los sentimientos. Desde lo más románticos hasta los más pasionales.

Se hizo íntima amiga de los foros y blogs que hablaban al respecto. Una chica como esa, acostumbrada a sobrevivir, por fin estaba experimentando una situación diferente y no sabía muy bien cómo reaccionar con eso.

Sintió miedo y también curiosidad. Sin embargo, era muy joven y quería esperar un poco más, al menos hasta sentirse un poco más segura al respecto.

Después de un tiempo, había llegado a su cumpleaños 18 de manera sorprendente. Aquello resultaba un acontecimiento, especialmente porque sabía que gente como ella moría en la niñez o un poco después. En su caso, era claro que era la excepción a la regla.

Aunque en cualquier otro contexto, 18 años hubiera representado un gran momento para celebrar el inicio de una vida increíble y maravillosa, para los

Omegas era una especie de triunfo contra la muerte y el fracaso.

Skye tenía pensado celebrar esa suerte de la mejor manera posible. Así que sintió que su cuerpo y su alma estaban preparados para dar el próximo paso y así convertirse plenamente en mujer.

A pesar de su ansiedad de estar con alguien era apremiante, hay un detalle importante. Se dio cuenta que no era muy diestra en eso de tener acercamientos con otras personas. Así que tras varios intentos, pesó que lo mejor que podía hacer por sí misma era darse por vencida.

Sin embargo, hay situaciones en donde se confirma que la vida da muchas vueltas y que nuestro destino puede cambiar drásticamente en cuestión de minutos... No, segundos. Y ese fue el caso.

Entre toda la gente que trataba, llegó a conocer a un tío como ella, mayor y con un claro aspecto peligroso pero sumamente atrayente. El cabello negro ondeado, los ojos del mismo color, la piel bronceada y sumamente alto y fuerte. Siempre vestido impecablemente de negro, perfecto y bien cuidado.

Desde que lo vio, Skye sintió que se había quitado sin aire, incapaz de respirar como una persona normal, por el simple hecho de hacerse quedado embelesada ante un hombre que le había movido todo por dentro. Por supuesto, hizo el intento de quedarse segura y sin mayor perturbación, mirándolo como siempre miraba a los demás, con indiferencia... Pero lo cierto era que las cosas no eran así, estaba que moría por él, que deseaba quedarse con él, saber más de él.

Sus fantasías comenzaron a recorrer su mente poco a poco, mientras seguía pensando en él, mientras se imaginaba con él. Pero no sabía cómo hacer para estar más cerca, de nuevo, se sentía impedida de tener alguna oportunidad.

Sin embargo, la atracción era mutua. Él también la miraba, sobre todo porque le recordaba a esas mujeres fuertes, determinadas y claro, muy sensuales. Le llamaba la atención esa actitud rebelde, la cabeza rapada, la piel oscura y brillante, esos labios y piernas gruesas. Le gustaba la forma en cómo se movía y cómo hablaba con firmeza.

La química estaba allí y coincidió cuando, en una de esas veces, se sentaron a hablar. De repente, el tiempo y el contexto desaparecieron de repente, como si no hubiera nada más que él y su voz. Estaba maravillada, adicta y quería hundirse en esas palabras que salían de él como si fueran caricias para su piel.

Después de esa vez, hablaban con cada vez más frecuencia. En ese mismo tiempo, ella descubrió que él era un ladró muy famoso, así que pensó que

podría enseñarle unos cuantos trucos. No estaba demás.

-Tienes que moverte rápido, hacer la estocada sin dudar demasiado. Porque de lo contrario, te atraparán. Ah, para que no se te olvide, si tienes la sensación de que las cosas irán mal, hazle caso a tu instinto. Es el mejor aliado que tenemos.

Trabajaban juntos, comían juntos, planificaban grandes proyectos juntos. Eran las mentes brillantes de las calles oscuras de la periferia. La gente les tenía respeto y de vez en cuando eran vistos como los salvadores de los Omegas, los representantes de una clase social marginada y odiada.

Con el paso del tiempo, y de aventura en aventura, ambos desarrollaron una conexión muy fuerte. Incluso, cuando se miraban, ella podía sentir que su cuerpo pedía toda la capacidad de prudencia o aguante. Deseaba tanto estar con él que a veces le daba miedo.

En una ocasión, después de despojar las pertenencias a una pareja de Alfas, ambos decidieron ir a un mirador lejos del caos de la periferia. Allí, extrañamente, no se respiraba ese aire de desdén ni de caos, todo lo contrario. Era un sitio tranquilo, pacífico y que muy poca gente conocía.

En el pasado, ese lugar había sido un maravilloso parque, por lo que hasta en ese momento, habían bancos de cemento y madera desperdigados por ahí, como un recuerdo de un momento hermoso que ya no existía.

Se colocaron allí en silencio, mientras la noche terminaba de desplegar el brillo de las estrellas. Por ese instante, Skye deseó con todas sus fuerzas el tener la posibilidad de ser una persona, el tener otras posibilidades, el contar con una historia diferente.

Pero esa fue la realidad que le tocó vivir. Por lo tanto, hacía el esfuerzo de pensar que las cosas, quizás con el tiempo, mejorarían. Al menos se aferraba a esa esperanza.

Él, mientras tanto, estaba concentrado en su perfil, en la mirada distante que tenía ella, en la contemplación que hacía hacia ese vacío y oscuridad. Quiso decirle algo pero no pudo. No quiso interrumpir un momento como ese. Así que se acercó a ella, lentamente y la miró fijamente. Le hizo entender que no se movería a ninguna parte.

El corazón de ella comenzó a latir con increíble fuerza. Estaba nerviosa pero trató que no se le notara. Por supuesto, no funcionó. Sus mejillas estaban encendidas por la emoción. Él sonrió y estiró su mano para acariciarla suavemente. Le encantó saber que era capaz de producir esas sensaciones en ella.

Se quedó allí un rato hasta que ella volteó a verlo. Se encontraron en una mirada y fue allí cuando se hicieron cómplices de lo que estaba pasando. Se acercaron lentamente y esos nervios y ansiedad pasaron a ser un profundo beso.

La ruda Skye, la capaz, la ladrona fuerte, la chica de temer se convirtió en una adolescente pequeña y mínima ante el calor que estaba experimentando su cuerpo gracias a él. Estaba en éxtasis y estaba complacida por ello.

Poco a poco se soltaba, dejaba que él se encargara de ella por completo, así que en ese punto, cuando pensó que no podía sentirse mejor, él le propuso para ir a un lugar en donde pudieran estar más cómodos. Ella accedió inmediatamente y regresaron a la periferia, esta vez, con una sensación muy diferente.

Por alguna razón, el brillo de las luces, el esplendor, el ruido de los aerocoches, los gritos, el humo y los vendedores ambulantes, las faldas cortas de las prostitutas, la música electrónica que irrumpía para hacerse eco entre la gente, todo eso también iba quedando atrás porque ella estaba con él.

Se alejaron del centro y fueron hacia una zona que ella desconocía. Por lo general, era un sitio abandonado.

-Esta era la zona industrial de alguna ciudad importante. Ahora es hogar de gente como nosotros. Seguimos siendo Omegas pero estamos más tranquilos aquí que en el centro.

En ese momento, comprendió que esa era la razón por la cual ella no lo había visto antes. Vivía en una zona poco conocida y un poco difícil de llegar. Siguieron por las calles de asfalto desiertas, pasando entre los postes de luz, entre el silencio que se hacía cada vez más agradable.

El coche de él iba a toda velocidad y ella deseó fundirse con ese ritmo y así desaparecer. ¿Por qué no? Sería divertido, único, delicioso. En medio de ese trance, poco a poco, comenzaron a desacelerar y en cambio estaban acercándose hasta que ingresaron en el aparcamiento de un antiguo edificio. Él mostró una pequeña tarjeta y se escuchó un ligero sonido, unas grandes puertas de metal se abrieron ante ellos y pudieron entrar.

La estructura de nuevo tenía ese aire a melancolía que siempre tenían los espacios en donde vivían los Omegas. Era como si también debían ser condenados a recordar lo que habían sido en alguna oportunidad, sin tener la posibilidad de poder regresar a esos días en donde había la ligera posibilidad de ser, al menos, un poco libres.

Ella se quedó maravillada por lo que veía. Era un lugar muy diferente a su

casa y hasta pensó en lo agradable que sería, quizás, quedarse en un lugar así para su retiro.

Sin embargo, él se encargó de interrumpirle sus pensamientos al tomarla por la cintura y mirarla con ese mismo fuego que tenía en sus grandes ojos negros. De nuevo, el mundo quedó completamente olvidado, dejado en una esquina. Le encantó saber eso de sí misma, en la existencia de esa posibilidad.

Él juntó la frente contra la suya y se quedaron en silencio por un largo rato, hasta que se acercaron a la vez, casi al mismo tiempo, y comenzaron a besarse. Esta vez, ya no fue dulce o despacio, ahora había una muestra más contundente de deseo y descontrol.

Él le sostuvo con más fuerza, le hizo saber que la deseaba intensamente y que quería todo de ella. Skye, por otro lado, sentía que no tenía fuerzas en las piernas, por lo que sus brazos se sostuvieron de los hombros de él, también lo hizo a manera de recordarse a sí misma que nada de lo que estaba pasando era producto de una fantasía, todo era real.

Lo cierto es que él era un hombre experimentado que sabía muy bien cómo dar placer a una mujer, así que sus manos se pasearon sobre su espalda y hasta nalgas. Cuando lo hacía, se percataba de los sobresaltos que ella hacía pero le resultó natural porque sabía que ella era nueva en estos asuntos. Se sintió más bien conmovido.

La trató con cuidado y delicadeza, estudiaba sus expresiones y escuchaba atentamente sus ruidos. Quería sentirse seguro de lo que estaba haciendo para no cometer una estupidez... Y por lo que percibía, no iba por mal camino.

Pero ella sí estaba dispuesta a él, cada vez gemía más, deseaba fundirse en su cuerpo, perderse en él. En este punto, ya no hubo palabras porque no hubo necesidad de las mismas.

Sólo miradas como aquellas que veía en las películas o en las series para informarse sobre esa interacción que tanto desconocía. Se dio cuenta que su propio cuerpo era lo suficientemente sabio como para decirle que debía dejarse llevar por el momento porque el deseo la conduciría al lugar exacto en donde debía estar.

De esta manera, poco a poco quedó desnuda por completo, así que su figura quedó desplegada en frente de él. Esas piernas anchas y duras, la cintura pequeña, los pechos redondos y firmes, y claro, esa piel suave, perfecta, lustrosa. Con ese brillo que la hacía ver casi como si fuera una diosa. Por supuesto, en su rostro esa expresión de miedo propia de la inexperiencia, pero él se encargaría de hacerla sentir plena, libre y sensual.

La abordó de nuevo y la contuvo en sus brazos por un largo rato, mientras se seguían besando. La lengua de él buscaba la suya y la envolvía, la seducía mientras que de vez en cuando expresaba unos cuantos gemidos porque sentía que ya no podía más.

En ese momento, comenzó a llover y los pequeños ventanales del piso quedaron cubiertos por cortinas de hilos suaves de agua que acariciaban la superficie. Eso y la oscuridad del lugar, la hicieron sentir que casi estaba en una realidad completamente diferente.

Él le tomó la mano y la condujo hacia uno de los lados del piso. Caminaron lento, suave, como si quisieran preservar el momento lo más posible. Finalmente, entraron a un lugar que seguía a oscuras, él la guió hasta la cama para que se acostara y ella se quedó allí, un poco quieta por el temor de la situación.

Sintió la suavidad de las sábanas, el calor de su coño desesperado y el temor propio de una situación nueva. Deseaba internamente que las cosas salieran bien y que ambos pudieran disfrutar plenamente.

Por otro lado, el hombre que tenía en frente, con ese cabello largo y salvaje que servía para enmarcarle la cara, tenía los ojos más vivos que nunca. Sus manos ahora estaban sobre él, encargándose de quitarse la ropa lentamente, como para que ella mirara lo que estaba a punto de poseerla.

Su cuerpo blanco estaba tallado como si fuera una escultura. Sus abdominales marcados, los músculos de sus brazos y piernas detallados gracias al ejercicio. Era un hombre bello y muy sexy. Skye estaba que no podía creer. Estaba tan ansioso por tenerla que pensaba que iba a volverse loco.

Al final, él se quitó la última prenda con lentitud hasta revelar su miembro. Era largo y ancho, blanco y con el glande rosado. Este, a su vez, estaba húmedo por la excitación. Ella se asustó un poco pero también se dio cuenta que estaba tan mojada que sólo pensaba en tenerlo adentro lo más pronto posible.

Antes de hacerla suya, la tomó por los muslos al mismo tiempo que se arrodillaba en el suelo. Le causó gracia la cara de desconcierto de ella, por lo que esperó a que se acomodara mejor. Skye estaba dudosa pero también a la expectativa, así que permaneció atenta ante todo lo que estaba pasando.

Él se sujetó bien de esas piernas y agachó la cabeza para llevar la cabeza entre las piernas. Skye no supo lo que estaba pasando hasta que sintió la humedad de la lengua jugando con su clítoris. De inmediato perdió toda noción

de tiempo y espacio, sólo existía el contraste de texturas y temperaturas.

Los labios de él se encargaron de apretar los suyos, de succionar su clítoris y de beber cada parte de sus fluidos con un ímpetu increíble. Estaba en las nubes, estaba en un punto en que no podía creer lo que estaba pasando.

Colocó sus manos sobre su cabello y lo buscó con la mirada. Se quedaron allí, prendados por un rato hasta que él volvió a hacerla suya con la lengua. Un fuerte y largo gemido estremeció toda la habitación. Estaba tan excitada, tan complacida que ni siquiera podía albergar la cantidad de emociones que estaba experimentando.

Siguió chupándola hasta que sintió un dolor en el cuello, era momento de dejar de hacerlo para concentrarse en otra cosa, así que pensó que lo mejor que podía hacer era por sin penetrar sus deliciosas carnes.

La bella de Skye estaba aún sobre la cama con el rostro enrojecido y con la boca entreabierta. Estaba tan excitada que parecía no tener demasiada noción sobre sí misma. Lo cual esto fue bastante positivo para él porque ella lo recibiría mucho más fácilmente.

Se colocó sobre la cama y se arrastró lentamente por la superficie, se acercó cada vez más hacia ella mientras que sentía como esa mujer le acariciaba los brazos y la espalda a medida que se juntaban sus pieles. Empalmaron a la perfección y en ese momento, él le acarició el rostro con suavidad para hacerle entender que estaba con ella y que se encargaría de hacerla sentir bien.

Skye entendió la situación y asintió levemente. Luego, él se acomodó mejor para direccionar su verga en su coño. De inmediato sintió el calor y la humedad que estaban por recibirlo. Esperó un momento y luego la penetró poco a poco, entre tanto, Skye no paraba de gemir y de gritar.

La paciencia y la constancia fueron suficientes para luego adentrarse por completo en ella. Metió todo su pene mientras sentía los temblores de esa mujer, esos espasmos gracias al placer de tener ese miembro en su coño.

Se sostuvo más de la cama y luego lo miró a los ojos. Estaba encendido, ambos los estaban. Así que se quedaron quietos por un momento, pero él deseó manifestar ese roce glorioso que daba el contacto de sus partes. Se sentía increíble, delicioso. Quería más y lo quería intensamente.

Comenzó a moverse con cierta contundencia pero sin dejar de besarla o acariciarla. Luego, sí fue más rápido porque se le hacía difícil contenerse más de lo que ya estaba. Se movió un poco más, por lo que su pelvis hizo ese movimiento que le permitió introducir con mayor profundidad esa verga.



Skye se rompía cada vez más, se quebraba por completo. Se olvidó por completo de sí misma, hasta el punto en que sentía que estaba envuelta en una especie de niebla de placer y dolor. Las dos sensaciones se conjugaban dentro de ella como si pudiera convivir tranquilamente.

Su mente estaba inmersa en dudas y en situaciones extraordinarias. No estaba muy clara de que existiera alguna razón lógica para lo que estaba pasando, pero, ¿lo había? La pasión es un sentimiento animal e instintivo, no había nada qué explicar, sólo experimentar.

Siguió embistiéndola con cada vez más fuerza hasta que los dos se ahogaron en gemidos y gritos intensos. Skye se decidió sostenerse de los brazos de él, y su amante, en cambio, optó por tomarle del cuello para ahorcarle un poco. Estaba tan excitado que pensó que estaba a punto de volverse loco.

Estuvieron unidos entre sí hasta que ella sintió como pequeñas corrientes eléctricas en su cuerpo. Las mismas comenzaron a extenderse alrededor de su cuerpo, por las piernas y brazos pero estaban concentradas con mayor fuerza en su vientre. Él notó las reacciones hasta que experimentó la necesidad de que se corriera aún con él adentro.

Así que estiró una de sus manos y la acercó al coño de ella. Un par de dedos fueron suficientes como para estimularle el clítoris con fuerza. Fue como si pisara el acelerador: Skye de inmediato sintió una oleada caliente que casi la hace perder la razón.

-Sé que quieres... Sé que es así... Hazlo. Sólo tienes que dejarte llevar.

Skye abrió los ojos por un momento y pensó que estaba en el paraíso. Antes de soltarse a eso que no sabía exactamente qué era, lo miró por última vez y le sonrió con toda la sensualidad que tenía por dentro. Luego, cerró sus párpados y dejó que el torrente de calor la terminara por abrazar.

Su cuerpo comenzó a temblar, su boca entreabierta expulsaba gemidos y gritos, sus manos estaban sobre la cama, tomando con fuerza las sábanas y su mente estaba sumida en una especie de abismo que iba más y más hacia un punto que antes no había sido capaz de explorar, pero estaba bien porque estaba ansiosa por ir allí. Era lo único que deseaba.

Siguió embistiéndola y estimulándola al mismo tiempo hasta que se dio cuenta que hubo un momento en que pareció que había perdido el control de sí misma. Estaba conmovido y también ansioso por sentir el calor de sus jugos sobre su pene.

Un poco más, sólo un poco más fue suficiente como para que ella explotara

por fin. Sus fluidos fueron a parar sobre el pene de él. Pero ella sintió que algo se había apagado, se hundió por completo en una oscuridad que terminó por absorberla. Él, mientras, se quedó allí y acariciándola y sacando su pene para beberse lo último que había quedado de un sexo increíble.

Tras unas horas después, ambos terminaron por acostarse sobre la cama y con la mirada absorta. Él tomó un pitillo y lo encendió, dejando escapar un poco de humo de su boca, ella estaba sobre la cama, acariciando un poco el brazo de él y con la sensación de que aún estaba en trance. Fue una de las sensaciones más increíbles que había tenido en su vida.

Cerró de nuevos los ojos con la esperanza de sentir que nada de lo que había pasado había sido una fantasía. Estaba contenta y quería preservar esa sensación lo más posible, no quería que nada le fastidiara todo aquello.

Aunque hubiera querido que el tiempo se detuviera, eso no fue posible. Eventualmente se tuvo que ir de allí y regresar de nuevo a esa realidad que le golpeaba como nunca.

El caos, el desastre, ese olor asfixiante a miseria que le provocaba náuseas. Sin embargo, el recuerdo de él y de esa noche, actuaban como una especie de oasis para ella, era el refugio perfecto para no pensar en todo lo malo que había alrededor.

Así que se quedó allí durante los días que le tocó, pensando en él, recordándolo, añorando tener su cuerpo sobre el suyo.

Lo cierto fue que pasó el tiempo velozmente sin noticias de él. Ese tío misterioso que se había aparecido en su vida, también pareció salir de ella como si fuera un acto de magia. Ni siquiera valía la pena preguntar por él, nadie sabía nada y Skye tuvo que conformarse con la incertidumbre de saber de su paradero. No había información suficiente para calmar la ansiedad que sentía al respecto.

El tiempo pasó y su esperanza de volverlo a ver se agotó por completo. Quizás él había entrado a su vida con el objetivo de recordarle de que dentro de todas las desgracias y calamidades, había una pequeña posibilidad de que pudiera ser feliz, o al menos contar con un espacio en donde pudiera estar en paz por un tiempo.

Albergó su recuerdo profundamente en su corazón y en su mente, procuró hacer lo posible por avivarlo las veces que sentía que tenía demasiado sobre los hombros. Deseó al menos tenerlo con ella una vez, recordar que era una mujer y que también merecía el amor de la gente... Pero eso se quedó allí, en deseos y tuvo que seguir adelante con su empresa personal: contar con cierta

estabilidad para luego irse lejos, muy lejos de ese caos tan desesperante.

... Estaba decidida a hacerlo, aunque sabía que el riesgo era muy grande.

## II

Ed estaba sentado en el escritorio, escuchando atentamente las palabras de la persona que estaba hablando. Las reuniones no era lo más divertido de su día, pero era algo necesario para la posición de un hombre como él, el rey, el líder máximo de los Alfas.

Hablaban de inversión, de estadísticas y de proyectos de esparcimiento. La ciudadela estaba en crecimiento y el florecimiento de los Alfas se proyectaba favorablemente. Por dentro, Ed, estaba contento. Cada día quedaba como un líder importante y, de paso, popular.

Lo cierto es que recibió una educación estricta desde su infancia para prepararlo para el rol que estaba desempeñando en la adultez. Así que estaba acostumbrado a la presión, a la responsabilidad y a las situaciones complejas. Se sentía capaz de lograrlo todo porque había nacido para ello.

Desde la instauración del nuevo orden social y político, sus abuelos fueron artífices de la consolidación de los Alfas en la ciudad-estado en donde nació. Su padre ayudó a fortalecer la posición de los mismos y en dejar en claro que los Betas y Omegas debían quedarse a las órdenes de ellos porque así correspondía. No hubo discusión al respecto.

Era el mayor de dos hermanos, así que su padre y madre celebraron el hecho de que su primogénito era un niño. Eso, para la cultura Alfa, era más que una buena noticia, principalmente porque el legado de la familia podía descansar en los hombros del nuevo heredero.

Desde los primeros años, demostró un increíble ingenio y sensibilidad por el conocimiento. Era curioso y le gustaba investigar por su cuenta. Por supuesto, esto significó que su educación sería simplemente la mejor para seguir cultivando esa actitud natural.

Cuando aprendió a leer, comenzó a hacerlo casi con fanatismo. Podía devorar libros de todo tipo, aunque sus favoritos eran de ciencias. De hecho, era un fanático empedernido de los dinosaurios y de los fósiles de plantas. Podía pasar horas y hora leyendo al respecto y ser completamente feliz.

No sólo era brillante, sino también era notable sus dotes para el deporte. Adoraba correr y nadar, así que también recibió educación al respecto. Sus padres, cada vez que lo miraban poner el máximo de su desempeño, sentían que su corazón se inflaba de orgullo, Ed Michaels era la representación perfecta de lo que debía ser un Alfa. Sin duda.

Inteligente y buen deportista, Ed también se hizo nombre por su belleza

física. De por sí era alto, pero se hizo aún más durante la adolescencia. Blanco, de ojos azules como un par de zafiros y el cabello tan rubio que parecía blanco con el reflejo del sol. Al contar con 15 años, aparentaba de más edad gracias a la su voz gruesa y a ese aspecto intimidante que había adquirido gracias a su característica aura de misterio.

Aunque era silencioso y observador, Ed gozaba de extrema popularidad. No lo tenía muy claro pero tuvo la sensación de que aquello tenía que ver con el hecho de su influencia familiar. Por lo que también desarrolló ese rasgo cínico y sarcástico que formaría parte esencial de su personalidad.

Sin duda, era diferente al resto de los chicos Alfas y de las mujeres también. Su hermana menor, por ejemplo, si bien era tan bella como él, difería por su dulzura y amabilidad, cuestiones que contrastaban seriamente con las de él. Parecían agua y aceite, aunque la verdad los dos se la llevaban muy bien.

La familia Michaels era la más admirada de todos los Alfas. Eran el símbolo inequívoco del éxito y de la prosperidad. Una ascendencia gloriosa y una descendencia que parecía ser lo mismo. Eran el sueño a imitar.

Ed disfrutaba de la admiración de la gente, le gustaba que lo miraran como si fuera casi como un ser mítico. Le resultaba divertido y también curioso. Le llamaba la atención la capacidad de la gente de idolatrar a desconocidos. Pero así era la vida de los Alfas, cargada de pretensión y de esnobismo.

Si bien él resultaba una especie de ejemplo para sus pares, estaba consciente de que era algo que debía tener cuidado de mantener. Le agradaba esa atención especial así que se ajustó a las normas tanto como pudo. Sin embargo, desde hacía tiempo, tenía la sensación de que él era una persona diferente a su familia, que tenía algo especial que no podía ignorar por demasiado tiempo.

Esa sensación de hizo más notable cuando estaba en la secundaria, sobre todo, a punto de graduarse. Sabía que era atractivo al sexo opuesto pero las chicas Alfas y Betas tenían ese comportamiento que le resultaba un tanto aburrido. Siempre bien portadas, bien arregladas, con el comportamiento medido y con el estereotipo perfecto para cazar a hombres parecidos a ellas.

Trató de emparejarse con una, la hija de un importante gerente de una compañía Alfa, quizás la más importante de la ciudadela y la periferia. En términos generales, ella era la persona ideal: esbelta, rubia y dulce. Todo parecía encajar a la perfección con ella, no hubo inconveniente, y menos con sus padres que la veían como la pareja ideal de él.

Lo cierto es que la escogió por tratarse de la elección más obvia y porque

la chica lo trataba bien, era atenta con él y le masajeara el ego tanto como le gustaba. Ella, en cambio, lo admiraba como si fuera un dios. Podía presumir con sus amigas que estaba con el chico más apuesto, así que tampoco salía perdiendo. Ambos estaban destinados a pretenderse tanto como quisieran.

El noviazgo fue aprobado tanto por los padres como por la comunidad Alfa y Beta. Era la pareja de ensueño a pesar que sólo eran un par de jovencitos.

De vez en cuando, cuando estaba a solas con ella, Ed experimentaba esa sensación extraña dentro de su cuerpo. Como esa imperante necesidad de hacerse notar por el control y el dominio.

Al principio le pareció una completa locura, algo sin lógica ni sentido, pero estaba allí, como una especie de sombra sobre él, recordándole todo el tiempo que eso era lo que realmente era y que no podía obviarlo por más que quisiera.

Después del baile de graduación, evento vital para la socialización Alfa y Beta, ellos fueron invitados a una de esas típicas fiestas en donde se reunían los chicos para beber y follar sin la supervisión de sus estirados padres.

La celebración se hizo en una cabaña a las orillas de un lago artificial, muy popular entre los Alfas. Era un lugar casi exclusivo y tradicional para situaciones como esa, así que la fiesta seguía a pesar que los ánimos de Ed eran completamente neutrales. Lo cierto, es que estaba más bien concentrado en el deseo de estar con ella, de saber finalmente cómo era la intimidad entre un hombre y una mujer.

Bebieron, hablaron y bailaron un poco, aunque esos rituales sociales eran una tontería para Ed. Sólo lo hizo para complacerla a ella, la chica que llenaba por completo ese estereotipo, ese mismo que a veces le resultaba tan aburrido.

-¿Quieres que vayamos a otro lugar?

Ella, con los ojos muy abiertos y con la emoción a flor de piel, accedió tímidamente.

Ed la tomó de la mano y ambos se dirigieron al coche de él, un modelo que recordaba al Camaro del 79. Una de las pocas que realmente adoraba en el mundo.

Anduvieron en el camino escuchando música y hablando poco. Lo cierto era que ambos estaban sumamente nerviosos y más cuando sabían a qué irían.

Él tomó una vía y anduvo en un camino repleto de hojas secas. El invierno se sentía cada vez más. Ese pensamiento aleatorio fue interrumpido por la

caricia de su novia, quien parecía mirarlo como si no pudiera creer lo que estaba por suceder.

-Estoy un poco nerviosa.

-No lo estés. Todo saldrá bien... A menos que quieras que te lleve a casa.

-No, no. No he dicho eso. Me gusta estar contigo, quiero estar contigo. Sólo te digo que me siento un poco nerviosa.

La miró por el rabillo del ojo y notó que se había sonrojado mucho. Lo mismo sucedió cuando se besaron por primera vez. Para él fue más un experimento para saber lo que sentía, mientras que ella tuvo la sensación de que el mundo se le había movido debajo de sus pies.

Siguieron con las caricias y con las miradas en los ojos. Poco a poco, Ed experimentó el deseo y el descontrol, además de ese algo que parecía ganar más presencia dentro de su cuerpo, esa noción desconocida que no sabía cómo describir pero que pronto saldría de dudas. Sabría de qué se trataba.

Pero él no llevaría a esos vulgares lugares como el resto de sus compañeros, lo haría diferente por el momento y también por él mismo. Así que alquiló una cabaña para que pudieran sentirse lo más cómodos posible.

Al llegar, ella se bajó con cierta timidez y él le tomó la mano seguro y ligeramente sonriente. Dentro de todo, también era un ser humano, así que su pecho comenzó a agitarse con furia.

Luego de introducir una clave compleja, los dos entraron al lugar. La chimenea estaba encendida y en la mesa de café, estaba un par de copas de vino y unas cosas para picar. Nada demasiado pesado.

-Adelante.

Ella se sintió maravillada por el ambiente acogedor y por la sensación deliciosa de calor. Entonces, dejó su abrigo sobre una silla y se sentó en el sofá que tenía más cerca. Seguidamente, lo esperó para que pudieran brindar.

-Esta será una gran noche. –Dijo ella y luego se tomó casi todo el contenido de un sorbo.

-Oye, oye, un poco más lento. No tienes por qué...

En seguida, él sintió el sabor seco del vino en los labios de ella. Cerró los ojos y comprendió que lo mejor que podía hacer era dejarse llevar por completo, dejarse llevar por la situación.

Sus bocas y lenguas procedieron a unirse entre sí, a intercalarse. Las manos de él fueron hacia la cintura de ella, buscándola desesperadamente para así unirse de una vez por todas. Incluso, se dio cuenta que de vez en cuando se dejaba dominar por una sensación potente, tanto que casi parecía tomar el

control de la situación.

Estaba extrañado y más porque no conocía esa parte de sí mismo. Pero ahí estaba, manifestándose como nunca. En ese punto pensó que podía ir un poco más lejos para confirmar lo que sentía, si había un problema, luego se disculparía.

La tomó con fuerza entre los jadeos de ella y la llevó hacia la habitación principal, la cual estaba decorada con pétalos de rosas y velas. Sabía que era todo un cliché pero se dio cuenta que había funcionado el plan porque ella quedó completamente conmovida.

-Bien, ya la tengo. –Se dijo internamente.

Se acostaron en la cama mientras seguían besándose. Ed comenzó con la segunda parte del plan, desnudarla para después hacerlo él. Tras varios espasmos y miradas tímidas, lo pudo hacer. Así que al cabo de unos minutos, los dos quedaron sobre la cama suave, mirándose y sintiéndose más excitados que nunca.

-Tómame. Por favor.

Aquellas palabras dichas de una manera tan dulce y sensual, fueron suficientes como para llevarlo a un nivel de locura. Ed la miró como nunca había hecho antes y comprendió que se había convertido en otra cosa.

La acomodó y él se colocó sobre ella. Trató de no sentirse inexperto y recordó que podía estimular a su acompañante al acariciarle lentamente el clítoris. Sus dedos, apenas rozaron aquella zona, valió para que ella casi se volviera loca.

Gimió con más fuerza y con potencia. Él sonrió, estaba haciéndolo bien. Después de todo, las revistas sobre sexo no eran tan malas después de todo.

Siguió masturbándola un poco hasta que llevó ambas manos al rostro de ella. Tan rubia y delicada como un ángel, Ed la besó con pasión para luego hacer que abriera más sus piernas y así follarla como había fantaseado durante tanto tiempo.

Al principio pudo escuchar los quejidos de dolor, los cuales también se manifestaron en agarrones intensos y clavadas de uñas en los brazos y espalda. Sin embargo, él siguió con la empresa de seguir adentrándose en ella, tanto como pudiera.

En ese momento, no tomó consciencia de que su verga realmente era gruesa y larga, por lo que tenía que tener paciencia y más cuando los dos eran vírgenes y bastante inexpertos.

Tras minutos y quizás horas, por fin pudo sentir toda la carne de ella, al



mismo tiempo que sus gemidos se hicieron más fuertes y placenteros. Ella estaba sobre la cama como una ninfa, con la frente perlada y con la expresión de placer extremo.

Así pues, él comenzó a realizar un movimiento más constante y firme de su pelvis para hacer sonar el contacto de ambas pieles. Ese sonido, tan glorioso y sensual, lo tenía tan excitado que por fin pudo dar rienda suelta a un comportamiento que no pensó que sería capaz de liberar.

Estiró su mano para llevarla al cuello de ella y cerrar los dedos, apretando un poco. La miró sorprendida pero aun así se quedó allí, esclava de las sensaciones y de esa actitud tan dominante y deliciosa.

Se reclinó más sobre la cama y cerró los ojos como dando a entender que se entregaba a él por completo. Ed, en medio de su éxtasis, continuó ahorcándola. Incluso, llegó al punto en que la soltó de nuevo y la tomó de la cintura con dureza, tanta que pareció que estaba a punto de atravesarle la piel.

Se quedó allí por un rato hasta que le hizo cambiar de posición. La chica, inmersa en ese trance de placer, se dejó tomar por él como le dio la gana. De nuevo, esa docilidad fue suficiente para que le diera un extra de impulso a eso que estaba experimentando internamente. Por un momento se sintió más vivo que nunca.

Entonces ella se quedó sobre la cama, en cuatro y con las nalgas lo suficientemente expuestas sólo para que él la follara como quisiera. La boca se le hizo agua, así que no pudo resistir arrodillarse para chuparla.

La chica comenzó a gemir con más intensidad, al mismo tiempo que él le apretaba las nalgas con fuerza impresionante. Estaba tan perdido en esas sensaciones que se le olvidó por completo ese autocontrol que debía autoimponerse por disciplina.

Apartó su cabeza la cual estaba entre esas deliciosas nalgas tan ricas como un par de duraznos maduros, se levantó para colocarse de pie y poseerla desde esa posición. Su instinto dominante volvió a manifestarse, así que le propinó un par de nalgadas fuertes.

Luego, Ed puso sus manos sobre las caderas de ella y colocó su pene en la entrada de ese coño que estaba caliente y húmedo. Volvió a penetrarla pero esta vez con una locura que iba más allá de lo que había experimentado alguna vez.

El movimiento de su pelvis fue violento y a veces inconsistente. Eso se lo adjudicó a su falta de experiencia, así que se prometió a sí mismo que lo haría con mayor destreza la próxima vez... Porque era obvio que lo haría de nuevo,

sin importar las circunstancias.

Los gritos y jadeos de mezclaron en un solo. La mejor parte sin embargo, fue el darse cuenta que fue capaz de producirle un orgasmo. Uno tan fuerte que le hizo perder el equilibrio y la estabilidad en las piernas. Fue exquisito y más porque experimentó ese torrente de fluidos en su pene que estaba abrasado por ese calor tan adictivo.

Ella se dejó vencer sobre la cama y se quedó allí por un largo rato. En cambio, Ed se dio cuenta que había dejado salir algo de su interior que pareció una fuerza que siempre había tenido allí pero que le era necesario saber de qué se trataba. No podía quedarse con esa duda, por lo que tendría que investigar al respecto.

El sexo de esa noche fue increíble. Ella lo supo y lo manifestó con besos y caricias que él recibió con regular entusiasmo, principalmente porque estaba concentrado en descubrir en esa especie de monstruo que había dejado escapar. ¿De qué se trataba? ¿Siempre había sido así?

Las dudas invadieron su cabeza durante mucho tiempo. Después de esa noche, la intimidad entre los dos se hizo más frecuente y él la aprovechó para estudiarse a sí mismo. De vez en cuando era capaz de abstraerse lo suficiente como para darse cuenta que había algo que no podía entender con demasiada claridad. Era un hombre diferente y necesitaba probar si era ella o era más una cuestión de sí mismo.

Cuando llegó el momento de ir a la universidad, la situación se hizo un poco más interesante. Ambos irían a institutos diferentes, por lo que él aprovecharía su pseudo soltería para dar rienda suelta a esa personalidad intensa que acababa de descubrir.

Aunque seguían de novios, por cuestiones más de interés familiar que de amor, Ed no lo tomó como un impedimento para conocer a otras mujeres. Estaba ansioso por salir de esa relación al menos por un tiempo. El formalismo y ese compromiso que se había extendido demasiado tiempo lo tenían demasiado aburrido.

Como era de esperarse, se proyectó como el estudiante más brillante y como el deportista más completo de la universidad. Era presidente del Club de Negocios y del equipo de natación, así que no era de extrañarse que fuera increíblemente popular, sobre todo entre las mujeres.

Aunque sentía que podía escoger prácticamente de cualquier lugar, sólo hubo una que realmente le llamó la atención y era porque lucía completamente diferente a lo que había conocido con anterioridad.

Morena, cabello rizado largo color chocolate, ojos negros y sonrisa cautivadora, Muriel era el nombre más pronunciado en la universidad por tratarse de una de las Betas más hermosas del campus.

A pesar de tener una clase inferior a la de él, siendo algo que consideraba seriamente, no le importó en lo más mínimo porque había quedado como un tonto apenas la vio por primera vez.

Su tez parecía brillar fuera de día o de noche, su andar era sensual y casi hipnótico. Se vestía muy bien y tenía un carácter encantador. En conclusión, era todo lo opuesto a él y eso le parecía algo sumamente atractivo.

Ed la miraba en silencio, la seguía con los ojos y trataba de armar las palabras suficientes para resultarle, a menos, llamativo. Pero no pasó nada, esa mujer no le prestaba ni el más mínimo de atención y eso, para un hombre acostumbrado a la adoración, era algo que le resultaba chocante.

Por un tiempo trató de huir de esas sensaciones, pero más tarde se dio cuenta que no podía más, tenía que acercarse a ella y decirle cómo se sentía, así representara una gran humillación a su magnificado ego.

Aprovechó la ocasión de hacerlo una vez que se celebraba una convención de líderes de los diferentes grupos de la universidad. Ella, por supuesto, formaba parte del voluntariado de mujeres feministas y de ayudas a los Omegas.

Él se tomó el tiempo para observarla y decidir la ocasión para encontrarse con ella, entonces esperó a que estuviera sola.

-Hola, ¿tienes mucho tiempo siendo presidenta de estas organizaciones?

-Hola, sí. Un poco.

Ella lo trató con sequedad y eso casi le hizo perder los estribos. Sin embargo, respiró profundo y trató de sonar amable aunque le pareciera prácticamente imposible.

-¿Por qué ayudas a los Omegas? Esa gente está debajo de ti y de mí. ¿No crees que resulte una pérdida de tiempo lidiar con esas personas?

Muriel lo miró tratando de armarse de valentía, no quería resultar grosera pero debía escoger las palabras suficientes para hacerle entender que sus ideas estaban equivocadas.

-Todos necesitamos ayudas y nadie está por debajo de nadie. Esta cuestión de clases es absurda... Pero no creo que te interese puesto que vives en un pedestal. Todo el mundo te ama, así que es difícil para ti entender de estas cosas. Tranquilo, es mejor que te concentres en la natación. De seguro te va muy bien con eso.

Luego de decirle eso, lo dejó allí, plantado y con la expresión de incógnita. No comprendió lo que estaba sucediendo por que trató de procesar todo de la mejor manera posible. Lo cierto es que nadie lo había tratado de esa manera, nadie se había atrevido decirle algo de esa manera.

En primera lugar sintió enojo pero esa sensación fue reemplazada por la necesidad de saber más de ella. Muriel había sido la primera persona que le había cantado sus verdades sin tener temor alguno, así que quedó enganchado en ella desde ese momento.

Ed era un hombre tenaz, así que no se rendiría demasiado rápido hasta lograr hablar con ella y tener un intercambio interesante. Cada día estaba empeñado en ello y no daría su brazo a torcer.

Así que la buscó cuando podía y le sacaba conversación sobre cualquier cosa. Fue tanto por tanto tiempo que ella no pudo negarse más. Así que accedió a tener una cita con él con la esperanza de desencantarse por completo y dejar las cosas lo más tranquilas posibles.

Sin embargo, después de unas cuantas hamburguesas y cervezas, los dos pasaron el resto de la noche hablando de lo más agradable. Ella no se esperó una cita como esa y él tampoco. Así que prometieron que se encontrarían después para hablar sobre otros asuntos.

Comenzaron a salir, hecho que no pasó desapercibido en el resto del campus. La chica más deseada con el chico más exitoso de la universidad, era como la dupla perfecta.

Aunque Ed no tomaba en cuenta a esas cosas bajo ningún concepto, no podía negar el hecho de que se sentía complacido de estar con ella. Era un mujer que retaba su inteligencia y le hacía sentir cómodo consigo mismo. Pero, estaba un detalle importante, tenía la necesidad de intimar con ella, quería fundirse en esa piel deliciosa y bronceada.

No pasó demasiado tiempo para que los dos se involucraran en una relación carnal bastante intensa. Si bien tenían discusiones fuertes desde lo ideológico, parecía que podían limar asperezas con el sexo, algo que parecía la mezcla perfecta.

Luego de un par de encuentros, Ed se dio cuenta de un hecho importante, Muriel tenía un comportamiento que le llamaba la atención. Era una mujer que le gustaba ser dominada, controlada. Así que sonrió al darse cuenta que el destino le había hecho un enorme favor al juntarle con una mujer como esa. Era como si su buena estrella le sonriera.

-Hay algo que debo decirte.

-Dime.

-Hay algo dentro de mí, algo que no sé qué es y que no sé qué nombre tiene, pero es algo que me hace querer dominar, controlar. Es algo que me hace desear tener posesión de todo sin que me importe nada más. Comencé a experimentarlo desde muy joven y me da miedo porque siento que no lo puedo dominar. Es como si tuviera una bestia dentro de mí.

Ella le sonrió con amabilidad y dulzura.

-Sé muy bien lo que eres y déjame decirte que es más normal de lo que crees. ¿Sabes qué es el BDSM?

-No, no tengo idea.

-Luego te explicaré muy bien de qué se trata, pero en pocas palabras se trata de algo muy importante. Quiere decir que eres Dominante; es decir, te gusta tener todo el control de la situación, quieres que se haga lo que deseas y te gusta el juego que eso produce. ¿Me equivoco?

Pareció como si ella le hubiera escaneado todo. Se echó para atrás analizando todas esas palabras y se quedó pensativo.

-Sí... Así.

-No tienes que tener miedo de eso. Es la manifestación de un deseo, de una parte importante de ti y que no debes esconder más. Créeme, somos muchos, muchos más de lo que te imaginas.

Él se sintió tranquilo y comprendió que no estaba solo. Se alegró por dentro el poder contar con una persona como ella. Sin embargo, eso lo dejó pensativo. Ella dijo “somos muchos más”, ¿a qué se refería con eso exactamente? Tenía que averiguarlo.

El sexo seguía increíble pero él tuvo la sensación de que quería experimentar algo más, por suerte, Muriel le dio una noticia que lo entusiasmó como nunca pensó. Ambos irían a una reunión de BDSM.

-¿Crees que estás listo?

-Sí. Creo que sí.

-Tienes que estar seguro. Probablemente te encuentres con muchas cosas interesantes y quizás, algo alocadas.

-Estarás conmigo para guiarme.

-Es así.

Los dos se prepararon para una noche fuera de serie. Para Ed, toda aquel protocolo le parecía divertido puesto que era algo que naturalmente detestaba. Sin embargo, tenía que mantener esa postura de persona de mente abierta, si quería realmente saber cómo pasarían las cosas.

Se fueron en el aerocoche de ella y se enrumbaron hacia las afueras de la ciudadela. Recorrieron grandes distancias, al punto de llegar al borde de la periferia. La expresión de extrañeza de él fue suficiente para hacerla reír un poco. Le gustó saber que el niño engreído por fin estaba saliendo de su círculo de seguridad.

-No pongas esa cara. Cuando llegemos ya lo entenderás.

Fue la primera vez para él encontrarse con ese mundo tan diferente al suyo. Los Omegas estaban rodeados de calles estrechas, oscuras, de humedad, de ruido y de caos en general. Se preguntó cómo alguien podía soportar un ambiente así hasta el día de su muerte. Por un instante, incluso, recordó la comodidad de casa, la tranquilidad de las calles de la ciudadela, la limpieza, el orden y la pulcritud que se reflejaba hasta en las ropas de la gente. Ahora se encontraba en un sitio tan oscuro, tan lúgubre.

De repente, ella aparcó frente un edificio aparentemente abandonado. Lo extraño era que ese lugar parecía abandonado pero él tuvo el presentimiento de que no era así.

Bajaron del coche, Muriel le tomó la mano y le sonrió. Ed se sintió un poco más tranquilo y procedieron a acercarse a una puerta de color rojo bastante vieja y oxidada. Ella se paró en frente y estiró la mano en forma de puño. Tocó unas cuantas veces, hasta que escuchó que alguien se movía detrás.

Una pequeña rejilla, casi imperceptible, se abrió para mostrar un par de ojos negros y pequeños. Luego de una rápida inspección, se volvió a cerrar la rejilla y se escuchó de una cerradura que cedió por completo. La puerta se abrió una mujer vestida de negro y con el cabello corto los recibió con una mirada distante y fría.

Muriel asintió levemente y se adentró a ese espacio para encontrarse con una luz roja que bañaba todo el lugar. Mientras caminaban, se escuchaba el bajo de la música. Las paredes parecían vibrar y Ed estaba descolocado porque había salido de todo aquello que le resultó familiar.

Finalmente entraron en lo que pareció ser una gran sala repleta de gente. La luz roja daba esa sensación sexy y lujuriosa. Muriel se detuvo un momento para ver a su acompañante y asegurarse de que todo estuviera bien.

Ed estaba ensimismado, admirando las parejas y la gente que estaba allí. Algunos estaban vestidos con mínimas prendas de cuero o látex, otros estaban atados y colocados en las paredes como si fueran objetos de exhibición, el resto, como él y como ella, vestidos de negro y admirando todo alrededor.

Por dentro, él estaba emocionado. Cada cosa que veía, le resultaba

increíblemente sensual y atractivo. No podía desprenderse de esas fuertes imágenes que tenía cerca de él. Por un momento se desprendió de las manos de Muriel y comenzó a andar solo por el lugar. Comenzó a notar ciertas cosas que le llamaron la atención.

Más allá de las ropas, había gente que servía de mesas de café o para apoyar brazos y piernas. Iba avanzando y conociendo más sobre ese ambiente tan exótico y pervertido. Por un momento, se detuvo en una venta de esclavas. Vio mujeres de todo tipo, altas, bajas, voluptuosas, de piernas largas, con grandes pechos o con traseros pronunciados. Todas se veían hermosas y muy sensuales, estaba allí, hecho un tonto de verlas.

Continuó caminando y se topó con alguien que daba instrucciones claras sobre cómo hacer amarres efectivos. Se quedó allí porque pensó que sería útil de usar esa información con Muriel. Siguió andando hasta que se adentró en una parte más oscura y alejada de la parte central de esa gran sala. Se sintió atraído por un sonido que se hacía cada vez más fuerte a medida que avanzaba. Se quedó un momento parado porque no sabía cómo actuar. Volteó y miró el rostro de Muriel a lo lejos, ella le hizo una seña para que entrara y así hizo él.

Ed se encontró con una habitación oscura salvo por una luz central que enfocaba el gran culo de una mujer. Junto a ella, un tío vestido de negro y con una máscara. En una de sus manos tenía un látigo de varias cintas de cuero.

Los espectadores estaban detrás de los bordes de luz, como si quisieran quedarse en las sombras para admirar lo que estaba pasando en ese momento. Ed hizo lo propio por respeto al ambiente que se estaba desarrollando en ese momento. Así pues, optó por quedarse de pie, recostado en una de las paredes para ver bien lo que estaba pasando. Quedó impresionado al poco tiempo.

No tardó demasiado tiempo en darse cuenta que la mujer estaba recibiendo una cantidad importante de nalgadas y latigazos. El hombre, intercalaba el ritmo y las sensaciones que le producía, puesto que era de esperarse escuchar una serie de ruidos de todo tipo.

Debido a que él era un hombre detallista, se percató que varios hilos de fluido recorrían la entrepierna de ella, acariciando su piel lentamente. Sí, estaba empapada por lo que Ed comprendió que el dolor era un gran estimulante para esa desconocida.

Siguió en silencio para concentrarse bien en lo que tenía en frente. Ella le daba la espalda al público y, además, era incapaz de moverse porque se encontraba amarrada sobre lo que parecía ser una estructura de madera.

El tío paseaba las lenguas de cuero sobre la espalda, culo y piernas de la

mujer. Ella desconocía cuándo se haría el golpe, pero eso formaba parte de la emoción, porque de eso se trataba, de ser incapaz de predecir la conducta del otro.

En el momento menos esperado, su piel blanca ahora ya rosada y bastante rojiza, comenzó a recibir una gran cantidad de impactos. El brazo de ese hombre se agitaba de un lado para el otro, de manera violenta, fuerte, constante. Más allá de los azotes, se escuchaban los gemidos y gritos de esa mujer, incluso, ese roce de las uñas que se clavaban en la madera con gran fuerza.

De vez en cuando, los sonidos también eran interrumpidos por algún suspiro de los asistentes. Lo cierto, es que estos también hacían un gran esfuerzo por mantener la concentración y no perderse en la excitación producto de esa imagen tan fuerte y contundente.

Por otro lado, el ver todo aquello, ayudó a Ed a darse cuenta que esa sensación extraña que parecía vivir en su cuerpo desde que recordaba, no era producto de la locura, era algo intrínseco en él y que le daba forma a su personalidad.

Sus ojos azules atravesaron la piel de esa mujer y se imaginó a sí mismo haciendo lo mismo, tomando el control, teniendo el dominio total de la situación. Sudado, agitado, jadeante pero feliz, eso era algo que necesitaba en su vida, era algo que requería para mantener un poco el equilibrio de las cosas y que estas tuvieran cierto sentido.

Permaneció un rato más en la habitación hasta que el aire denso le hizo sentir que era momento de irse de allí. Volvió a seguir los sonidos y la iluminación tenue hasta que encontró la silueta de Muriel sentada en una especie de barra.

Sostenía una botella de cerveza helada hasta que sintió la presencia de él. Ed se le sentó al lado y ella giró a verlo, tenía esa expresión como de agradable sorpresa, como si lo que acaba de descubrir hubiera sido una de las cosas más geniales del mundo.

-¿Y bien?

-Quiero saber todo, todo sobre esto.

-¿Por qué?

-Porque siento que después de todo, después de todos estos años, creo que encontré algo que me hace sentir que pertenezco. Sé que suena muy estúpido y más cuando ni siquiera tengo dos horas aquí. Pero es lo que siento dentro de mí, es como si hubiera encontrado el lugar ideal para mí.



-Créeme que lo entiendo y es completamente normal. Todos nos hemos sentido así y es algo que a veces nos hace sentir como si fuera algo irreal. Pero bien, es más tangible de lo que crees y la cuestión es sentirse bien al respecto.

Después de esas palabras, Ed sintió que todo comenzó a encajar por completo. Luego de un trago, Muriel se encargó de explicarle las dinámicas existentes entre Dominantes y sumisas/os. Las relaciones de poder, sobre el dolor y el placer, los juegos, el fetichismo, el sadismo y el masoquismo. Incluso le hizo una breve introducción sobre los accesorios y sobre otros submundos BDSM sujetos sólo a la dinámica y no expuestos necesariamente al sexo.

-Hay quienes están satisfechos con una sesión que incluya dolor o humillación. No necesariamente estas terminan con sexo y eso es algo que se llega a un acuerdo para evitar problemas. Por cierto, me quiero detener en esto último, es vital que la gente se comunique correctamente, que exprese lo que siente y diga cuáles son sus límites. Qué es lo que quieren y qué esperan del otro. Sin esto, es imposible mantener una relación equilibrada, sana, porque es más probable que haya discusiones y roces, incluso, maltratos.

Ella se acercó a él y lo miró con atención.

-... Sé que dentro de ti hay un Dominante vigoroso y poderoso, por ello tienes que aprender a apoyarte en conductas que te permitan conocer a la persona con la que estás. Tienes que escuchar y observar con cuidado, a no dejarte llevar por tu propio impulso porque, al final de todo, todo se resume al juego que hay con el poder. Cada quien quiere un poco de eso pero como Dominante, tendrás la mayor responsabilidad porque se te cederán las cosas plenamente y debes tener cuidado con eso.

Ed se quedó pensativo, reflexionó sobre al respecto y supo que tenía que investigar más para ubicarse sin problemas. No obstante, también hubo algo que le daba vueltas en la cabeza.

-Hay otra cosa que me llama la atención. ¿Por qué vinimos aquí?

-Ah, sabía que me preguntarías eso. Pues, muy sencillo. Aunque no lo creas, la periferia abrazó por completo esta práctica hasta hacerla algo muy común. Claro, hay espacios reservados para ello pero lo interesante es que se puede hacer sin que alguien te juzgue. Dentro de todo, los Omegas se hicieron expertos en admitir que la naturaleza humana tiene matices de todo tipo y que no siempre las cosas son en blanco y negro.

>>Al principio había pequeños grupos pero después se hicieron más

grandes a lo largo de la periferia. Con el paso del tiempo, también permitieron el ingreso de Alfas y Betas, con la condición de que los asuntos de clase y política quedaran detrás de la puerta. De resto, todos podemos ser como queremos, expresarnos como deseamos sin que nadie nos diga qué es correcto y qué no.

-Ya veo... ¿Cómo tú te enteraste de esto?

-Como en tu caso, alguien me presentó este mundo porque también vio algo en mí que parecía encajar con todo esto. Me tomó un poco de tiempo por la crianza que tuve y porque no me sentía enteramente preparada, sin embargo, no me arrepiento de haber tomado esta decisión. Es lo mejor que me pasó y quiero que también lo sea para ti. Que sepas que este mundo no te juzgará y que siempre podrás ser como deseas.

-¿Podría venir?

-Claro, créeme cuando te digo que la gente respeta este tipo de cosas. No importa del lugar de donde provengas, si respetas las reglas y las normas de comportamiento, serás capaz de conocer placeres como nunca has imaginado.

Esa última frase fue lo suficientemente tentadora como para hacerle pensar que era un tío con bastante suerte. Estaba con una mujer que tenía confianza en su sexualidad y en sus gustos. Así que esa conexión la sintió más fuerte y la aprovecharía para conocer aún más sobre ese mundo que parecía abrirsele mágicamente.

Después de esa noche, la cabeza de Ed anduvo mil por hora. Llegó finalmente a la casa que alquilaba cerca de la universidad y se acostó en la cama, pensando en todo lo que había visto en esa noche. Cerró los ojos y de inmediato fue como sentir que había regresado allí, a ese nido de perversiones y lujuria. En definitiva ese mundo era el suyo, allí pertenecía.

Comenzó a experimentar el control y el dominio con Muriel de todas las formas posibles: aprendió a atarla, a usarla con cadenas, a azotarla y a medir el dolor para que también fuera sumamente excitante para ella. Supo cuándo debía tener cuidado y se apoyó de la observación para comprender las expresiones y los ritmos de cómo iban las cosas. Cada situación con ella le brindaba la posibilidad de estar más cómodo consigo mismo.

Sin embargo, a pesar de vivir en esa especie de panacea, estaba claro que su vida estaba aún atada a esa relación fofa de la secundaria y en las exigencias familiares. En ese momento, se sintió un poco harto de todo y pensó que lo mejor que podía hacer era tomar distancia y dedicarse al pequeño mundo que era la universidad.

Todo resultó bien durante un tiempo, pero no por mucho. Sus padres le advirtieron que si bien él podía aprovechar su juventud para pasarla bien, no debía olvidar que era heredero de una clase social poderosa e importante, que su comportamiento debía ser ejemplo para los demás porque no se trataba de un simple muchacho. De nuevo, sus deseos y placeres quedaban dirigidos por extraños y no por él mismo.

Muriel comprendió todo aquello, así que se apartó de él por voluntad propia.

-Entiendo por lo que estás pasando. Los Alfas y Betas nos imponen condiciones y estilos de vida que debemos seguir para mantener el estatus quo. Pero tengo la sensación de que eso terminará pronto, espero que sí.

Ella se alejó de todo su mundo, no sin antes compartir una de las sesiones más intensas hasta el momento. Hubo amarres, sangre, sudor y lágrimas. Ambos amantes se despidieron de la mejor forma posible.

Entonces, Ed se graduó con honores como era de esperarse, pero también con la sensación amarga de que debía cortar con sus deseos por la presión ajena. Se volvió más silencioso y más receloso por su vida. No quería que la gente supiera qué hacía y qué no. Decidió también que haría lo que le diera la gana, aun cuando eso significaba esconderse de los demás.

Continuó con ese noviazgo falso por un tiempo más hasta que él rompió la unión definitivamente.

-No sirvo para esto, la verdad. No eres tú, soy yo, soy un gilipollas y no te mereces a un tipo que es un disperso de mierda. Lo siento.

Trató de aliviar la situación echándose la culpa lo más posible, pero eso no fue suficiente. Como era de esperarse, sus padres y los de ella le reprocharon lo que había hecho, ya que se había llegado el acuerdo de que ese hubiera sido el matrimonio perfecto para los Alfas, sería la unión ideal. Pero Ed rió a lo último, haría lo que le diera la gana, dentro de todo.

Siguió su formación como líder junto a su padre quien le enseñó todo lo concerniente al poder.

-Debes tener cuidado, hay gente que siempre estará sobre nosotros, midiendo los errores y espiándonos. Por eso debes mirar bien y no dejarte llevar por el calor de las emociones. Sé que es difícil, pero no es algo imposible de lograr.

Esas palabras quedaron marcadas en su mente y aprendió a ser una persona atenta y también ágil con las decisiones. Poco a poco, se convertía en una figura importante entre las personas más influyentes de los Alfas. Era

digno hijo de su padre.

No obstante, si bien adoraba el sentido de casi veneración que tenían hacia él, sentía la necesidad de estar con alguien, de sentir el calor de unas buenas piernas o el someter a alguien a sus deseos más oscuros. Así que retomó esa práctica de regresar a la periferia para encontrarse de nuevo con la vida oscura del BDSM. Necesitaba algo que le ayudara a encontrar el balance perfecto de lo que era en sociedad y de lo que era internamente. No podía seguir ignorándolo.

Esa decisión le ayudó a sentirse mucho mejor consigo mismo, en la periferia, entre esas calles oscuras y húmedas, fue capaz de encontrar mujeres que se doblegaron fácilmente a su voluntad, encontró deseos intensos de féminas que ansiaban que un dominante las tomara como quisiera.

Gracias a ello, su instinto sexual y de hombre controlador se halló tranquilo. De día, se encargaba de preservar la imagen de hombre correcto, guapo y tranquilo, mientras que en ciertas noches, se quitaba ese traje de pretensión y se entregaba a la piel, al sudor y a ese animal que vivía dentro de su ser.

Para que no lo fastidiaran al respecto, hizo un gran esfuerzo por separar bien ambos aspectos. Por suerte, el mundo BDSM era conocido por respetar la privacidad de la gente, pero a veces no le molestaba demasiado dejar ese detalle bien en claro... Y más tratándose de una persona como él.

Después de tantos años de entrenamiento, de presión social y preparación desde la niñez, Edward Michaels III fue nombrado como el nuevo líder Alfa en manos de su padre. Todo ello fue celebrado en un ritual magnánimo y un tanto exagerado, pero así era la costumbre Alfa.

Luego de vestirlo con una banda dorada y reluciente, el padre de Ed le dio un largo abrazo y trató de ocultar las lágrimas en los ojos. Estaba orgulloso de su hijo y estaba seguro que sería un líder querido y respetado. Ya lo era, incluso antes de asumir el poder.

-Estoy tan contento de que haya llegado este día. No tienes idea.

-Gracias, papá. Gracias, de verdad.

Ed no era particularmente efusivo pero tampoco pudo evitar experimentar una sensación agradable dentro de su corazón. Luego de ese gesto dulce, miró hacia la gente, su madre y su hermana estaban en lágrimas y el resto de la gente aplaudía sin parar. Ciertamente había nacido para ello, así que estaba decidido a asumir el liderazgo de la mejor forma posible.

Desde ese momento, se vio en la obligación de dejar los juegos porque no

tenía ni siquiera el tiempo para pensar en ello. Su vida estaba dedicada casi por entero en brindar todas las soluciones posibles hacia una clase social que parecía urgida en mantener las comodidades que tenía.

Eso, además, también le hizo pensar en las veces que fue en la periferia y en el desastre que siempre se encontraba allí. Ansiaba hacer algo para mejorar la situación pero no sabía cómo abordar ese tema sin que alterara la susceptibilidad de los Alfas más ortodoxos. Lo haría, sin duda, dentro de todo, lograba salirse con la suya.

Fuera de los asuntos políticos, su madre y hermana estaban empeñadas en que él saliera con alguna chica Alfa, incluso Beta. Cada día sugerían alguna para despertar el interés del ya soltero más cotizado de entre los Alfas.

Para variar, Ed no tenía ningún tipo de interés al respecto. Estaba fastidiado de por sí en que la gente creyera que tuviera algún tipo de influencia en él. Sin embargo, la presión fue tanta que se vio en la necesidad de acceder a esas citas tan cancinas. Al final, quedaba en una mesa en algún restaurante de lujo, rodeado de agentes de seguridad frente a alguna mujer hermosa pero incapaz de despertarle el interés en lo más mínimo. Estaba fastidiado que insistieran en un asunto que ya daba por perdido.

Toleró lo suficiente como para más tarde decir que ya estaba harto de todo el asunto.

-Esto es simplemente ridículo. Están empeñadas en encontrarme pareja cuando saben que hay asuntos mucho más importantes que ese.

-Hijo, ten en cuenta que la gente te vería con mejores ojos si logras formalizar tu relación con una linda mujer, una perfecta para ti. Adecuada a tu clase y a tu educación. ¿Acaso no sería estupendo eso? Nos harías muy felices a todos, y más a nosotros.

Lo cierto es que estaba cansado de tener que complacer a todo el mundo y más en ese aspecto.

-No es necesario, mamá. Basta, por favor.

Ese hombre rubio, alto y de ojos azules tan frío como las profundidades del mar, cerró el tema sin dejar oportunidad de cambiar de opinión. No tenía ganas de seguir lidiando con eso.

Continuó entonces con sus intentos de saber cómo podía mejorar las condiciones de los Omegas y tratar de balancear las cosas lo mejor posible. Pasaba noches enteras en la oficina, tratando de pensar en cómo serían las cosas con una sociedad más justa y equilibrada. Por alguna razón, en esos instantes, recordaba la figura de Muriel, recordaba el altruismo y las causas

que apoyaba. Esperaba poder hacer algo remotamente loable, por él y por quienes hacía un esfuerzo por cambiar las cosas.

Dejó el temor sobre el tema cuando se prometió que haría expediciones para conocer la periferia lo mejor posible. Si bien los recorridos que había hecho le ayudaron a conocer algo de la realidad Omega, necesitaba toda la información posible.

Después de salir de esa reunión que parecía prometer el crecimiento de los Alfas, estaba casi seguro que era capaz de armar el plan para la siguiente fase. Conocer los problemas concernientes a los Omegas. Sabía que la única manera de lograrlo era asegurando el éxito y la comodidad de los de su clase.

Aunque estaba cobrando una actitud un poco más abierta al respecto, por dentro seguía siendo el chico que quería tener siempre la razón y el que adoraba la admiración de la gente. Pasar tantos años sumido en un ambiente como ese, le resultaba difícil despedirse de esos hábitos que le resultaban tan placenteros.

Ed era un tío popular por su agudeza mental, por la capacidad de enfrentar situaciones difíciles, por tener templanza y seriedad, y por contar con un extraordinario atractivo físico que resultaba casi aplastante. Con la adultez, se volvió más alto, más fuerte y con un halo de misterio que parecía ser irresistible para las mujeres. Era increíble.

Cualquier hombre pudiera envidiar una situación así, pero él no tanto, estaba más bien concentrado en otras cosas y cuando eso sucedía, era casi imposible sacarlo de ese modo.

En esas noches en donde se quedaba solo en la oficina, después de que todo el mundo se iba, permanecía en la silla, balanceándose lentamente y pensando en que añoraba sus años de juventud y libertad, o al menos una parte de ella.

Incluso, a veces se preguntaba cómo sería estar con alguien que le diera cierta sensación de tranquilidad y placer, un cuerpo caliente que fuera capaz de proporcionarle un poco de paz entre tantos espacios estresantes. Pero esa era la vida que había escogido y no podía hacer demasiado al respecto.

Una vez, se levantó de la silla y caminó por su amplia oficina, con las luces apagadas y con un vaso de whiskey en una mano. Miró los cubos de hielo y alzó la mirada para ver toda esa tierra que se desplegaba frente a él. Era dueño de eso y más. Tenía que concentrarse en eso.

### III

-Comenzaremos las expediciones la próxima semana. Me gustaría hacer esto porque me parece que es un problema que debemos atender y se ha descuidado desde hace bastante tiempo.

La mesa de consejeros se quedó en completo silencio ante las palabras de Ed.

-Insisto, es necesario. Por un lado, se vaticina el crecimiento importante de nuestro círculo, pero no podemos seguir ignorando que los Omegas representan la mayoría de la población, así que tenemos que hacer un plan que nos permita aprovechar esa situación.

-Mi señor –dijo uno de ellos con cierto tono condescendiente-, esa gente es de lo peor. Se ha confirmado demasiadas veces y es un hecho que no podemos obviar.

-Lo sé, pero no quita que sea necesario estudiar más al respecto. Esto es un estudio, una expedición que haré por mi cuenta, con el apoyo de la seguridad y unos cuantos de ustedes. Nada más.

-Puede ser el principio de situaciones complicadas, mi señor. Esa gente no es de fiar, reúne todo lo nefasto del mundo. Sus abuelos lo sabían muy bien.

El uso de ese argumento fue tan fastidioso que sólo se limitó a quedarse callado. Sabía que el tema de sus abuelos era delicado, así que el simple hecho de que los nombraran, le parecía un acto muy bajo.

-Apartando eso, cosa que ya todos conocemos bien, es importante. Se desperdicia el potencial relevante para convertirnos en una potencia frente a otras ciudades estados. Es un modelo obsoleto que podemos mejorar si nos lo proponemos. E, insisto, para su tranquilidad, sólo consiste en un estudio previo. De ello tomaremos las decisiones necesarias.

Se levantó de la silla y se despidió sin darle la oportunidad de los demás de siquiera debatir al respecto.

Salió del lugar como si sus pasos estuvieran expulsando fuego. Se adentró en su oficina y llevó sus manos a la sien, permaneció en silencio por un largo rato y trató de tranquilizarse. Era obvio que tendría que hacer frente a un muro muy grande, pero aun así, no le importaba. Ejercería la presión que fuera necesaria.

La tenacidad de Ed le valió el visto bueno –a duras penas- del consejo, así que los preparativos no se hicieron esperar. La noticia, sin embargo, no fue tan bien recibida por la comunidad Alfa en general. La gente se sintió

escandalizada al darse cuenta de que su líder, su representante más importante, parecía desafiar las normas más estrictas impuestas.

-Señor, tenemos todo preparado para salir en cuanto antes.

-Perfecto, partimos en cinco minutos.

Ed miró echó un vistazo a la ventana que tenía en su oficina y se quedó allí por un rato. Miró de nuevo ese paisaje que mostraba la grandeza y lujo de los Alfas, las calles acomodadas y bien organizadas de los Betas y, más allá, cerca del horizonte, la oscuridad de los Omegas. Respiró profundo y salió de allí preparado para asumir una misión importante.

Un grupo de 10 hombres distribuidos en un anillo de seguridad, lo resguardaban. Abandonaron el gran edificio y se fueron con paso veloz. Dejando a gran parte de la gente, con la duda a flor de piel y con la incertidumbre de lo que podría pasar.

En el coche, Ed se dedicó a escuchar las instrucciones del líder de equipo de seguridad quien le decía qué hacer en caso de emergencia. Mientras el hombre le hablaba, él sólo parecía notar un ruido incomprensible que salía de su boca. Estaba nervioso y ansioso, no sabía exactamente por qué.

Era un día como cualquier otro, Skye estaba en las calles tratando de encontrar algo interesante, lo suficiente para distraerla del sentimiento de aburrimiento que sentía en ese momento.

Se introdujo en varios restaurantes para ver si encontraba algo interesante, quizás tendría suerte de hallar un grupo gracioso de Alfas para robarles algo. No por necesidad, sino por diversión.

Siguió caminando y notó que un grupo de personas estaba mirando fijamente a ese cielo gris y frío. Se preguntó lo que pasaba y notó que unos aerocoches negros y relucientes, irrumpieron el espacio aéreo. Pensó por un momento, esos mismos le resultó familiar pero no sabía la razón. Siguió pensando y recordó de un golpe, se trataba de alguien importante procedente de los Alfas y Betas. Seguramente era un Alfa por el lujo del coche y por ese modelo, era demasiado nuevo.

Los demás dejaron de mirar porque ya estaban acostumbrados a que los trataran como si fueran animales de zoológico, pero ella se quedó pensando. Si se trataba de una personalidad influyente, quizás podría obtener una buena tajada de eso. Así que comenzó a hacer su plan con cuidado porque estaba decidida a llevarse algo de eso. Era su día de suerte.

Aparcaron los aerocoches en una zona alejada de la periferia para que estos no llamaran la atención innecesariamente. Así que comenzaron a caminar



por entre las calles, mientras algunas personas los miraban con cierto recelo. El odio hacia los Alfas y Betas era palpable, así que era importante andarse con cuidado.

Ed estaba impresionado. Las calles que había recorrido cuando era un joven universitario se veían igual, o incluso peor. La miseria se agudizó en ciertos sectores, por lo que un par de su equipo se dedicó a tomar fotos del entorno. De cerca, sin ser percibida, estaba Skye que seguía el grupo.

-Este tío debe tener buena pasta. Tiene un grupo de personas con él. Qué divertido será todo esto, de verdad.

Agudizó la mirada y observó los artefactos que los hombres tenían en su poder. Equipos que nunca había visto pero que de seguro, al obtenerlos, podría venderlos y recibir una buena cantidad de dinero, quizás la cantidad suficiente para dejar esa vida e irse lejos. La sola idea le pareció increíblemente tentadora, por lo que continuó con la caminata con cuidado, no deseaba llamar la atención. No lo quería por ningún concepto.

Los hombres iban inspeccionando poco a poco, absortos en lo que les rodeaba. Ed estaba concentrado en las estadísticas y en el aspecto general de lo que estaba allí. Aunque tenía una expresión neutral, por dentro se sentía bastante angustiado porque las cosas resultaron ser mucho más terribles de lo que había pensado.

Internamente, Skye pensaba que quizás no era demasiada buena idea el estar allí, espiando ese hombre. Su instinto le gritaba que podría ser mucho más peligroso de lo que ya se veía. Pero no, era una mujer tenaz y debía seguir con su plan. Sólo podía imaginar el dinero que podría obtener... Podría hacer mucho, mucho y tanto.

Los siguió por un largo rato, incluso, pensó que lo mejor que podía hacer era dejar esa situación hasta ese tamaño. Pero no quiso y volvió a decirse a sí misma que debía intentarlo tantas veces fuera necesario.

Esperó un poco más hasta que se dio cuenta que el grupo llamó a un descanso y optaron por entrar a un restaurante cantonés que no estaba muy lejos. Mientras se dirigían en esa dirección, Skye quedó deslumbrada por lo que vio: un hombre alto, rubio y con los ojos azules tan brillantes como las estrellas.

No lo se dio cuenta de su presencia porque estaba resguardado por los tipos que andaban con él y, además, la oscuridad de las calles también le impedía detallarlo con cuidado. Sin embargo, justo en el momento en que entró, las luces de neón iluminaron su cuerpo y piel, haciéndolo ver como si

fuera el ser más hermoso del mundo.

Se apoyó en una de las paredes porque sintió como si algo le hubiera quitado el aliento, el corazón comenzó a latirle con fuerza y pensó que estaba al borde de unas emociones que no había conocido antes.

Trató de espabilarse en cuanto los vio entrar. No podía perder más tiempo ya que el dinero la llamaba sin parar. Era momento de actuar lo más rápido posible.

-Aún queda analizar el otro lado de la periferia. Hemos hecho unos cuantos estudios y encontramos que será un poco más sencillo de recorrer porque la mayoría de la población está concentrada aquí.

-Perfecto, sigamos así. De tener este buen ritmo, podremos regresar antes de tiempo y reunir todos los datos. Hay mucho que analizar.

-Sí, señor.

Ed se sintió extrañado de que nadie lo reconociera. Era un individuo más entre todo ese conglomerado que parecía luchar por su vida cada día. No pudo verse a sí mismo en esa situación porque le pareció terrible, asfixiante. Cerró los ojos y los volvió a abrir para recordarse a sí mismo que no estaba en esa situación y que debía quedarse tranquilo.

Unas mesas más atrás, estaba Skye sacó su pequeña navaja de su chupa de cuero desgastado y se detuvo en una silla en una esquina. Miró el reloj del mostrador y se percató que no faltaba demasiado para que se fuera la luz. Aprovecharía la brecha para robar lo necesario e irse de allí con rapidez. Era un plan que no podía fallar.

Se fue acercando con cuidado mientras los hombres no paraban de hablar sobre cosas que le resultaron incomprensibles. Entre tanto, mientras hacía cálculos mentales, ella volvió a quedarse impresionada por la presencia de ese hombre.

-Venga ya, tía. Ya basta.

Se concentró en lo que tenía en frente y permaneció allí hasta que escuchó el inequívoco sonido del bajón de luz. Era hora de actuar. Se escabulló de entre las sillas, aprovechando la incertidumbre del momento, los hombres se colocaron en modo de alerta, mientras ella se dedicó a inspeccionar rápidamente los bolsillos y bolsos de los asistentes.

Con su pequeña navaja, realizaba incisiones precisas para obtener los objetos preciosos que estaban allí. Uno a uno caía lentamente sobre su mano para luego guardárselo en una bolsa negra de tela, la misma que usaba en ese tipo de casos.

-¿Pero qué pasa aquí?

-Es lo que suele suceder, señor. Cada cierto tiempo se va la luz, parece que tiene que ver con una sobrecarga debido a la cantidad de gente que vive aquí. Es la única forma de que el sistema no colapse por completo.

-Joder.

Ed estaba obstinado y más cuando era algo que interrumpía su labor, sin embargo, trató de entender la situación y se dispuso a quedarse tranquilo. El lugar estaba completamente a oscuras lo que le resultaba un poco incómodo, era como hacerse familiar con un entorno hostil sin la mayor posibilidad de ventaja ante ello.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se sintió curioso por todo lo que estaba alrededor. Miraba a un lado y al otro sin mayor interés, hasta que agudizó el oído en un ruido que le pareció extraño, era algo como si estuviera rasgándose.

Al principio lo pensó como algo que debía ser propio del restaurante, o producto del roce de algo. Se quedó tranquilo pero ese ruido persistía y le hacía sentirse incómodo. Así que permaneció quieto para comenzar a descartar opciones.

Se echó para atrás y apoyó su espalda en la silla para relajarse lo suficiente. Llevó sus dedos al mentón, cruzó las piernas y volvió a esperar un rato más. Estaba decidido a descubrir lo que era.

Skye estaba a punto de terminar, cuando vio algo que le llamó la atención, era el brillo de un smartphone de última generación, quizás lo más costoso que había visto en su vida. Sus ojos se iluminaron y la ambición le hizo sentir las ganas de tomarlo antes de irse. Estaba segura de que era un absurdo, que no valía la pena y que era mejor salir de allí antes de que el tiempo se le terminara... Pero no, no quiso, tan terca e insistente, se acercó a ese resplandor a pesar que la zona era peligrosa para ella.

Aunque todo su ser le decía que no, Skye se acercó al espaldar que tenía al frente para hacer una pequeña raja, sacar el aparato y salir de allí como solía hacer. Por alguna razón, cuando se dispuso a hacerlo, el filo de la navaja no pudo con el material por más insistencia que hacía. Segundos después, pudo lograrlo pero la luz regresó.

Atajó el móvil y cuando quiso guardarlo en la bolsa, sintió una mano fuerte que le sostenía la muñeca con decisión. Se quedó paralizada y alzó la mirada para saber de qué se trataba. Era ese mismo hombre blanco y de ojos grandes azules que la miraba con un desprecio superlativo.

Trató de forcejear pero fue imposible, el tío estaba empecinado en ella y no importó los movimientos que hizo, era mucho más fuerte que ella. Ed se levantó de la silla y le alzó el brazo a esa chica con los ojos tan abiertos como platos. Le dirigió una mirada de desprecio tan cruel, que ella sintió que un frío le había recorrido el cuerpo.

-Me habían advertido de la gente como tú pero no le quise prestar demasiada atención porque soy un perfecto idiota. Pero apuesto que esta no es la primera vez que haces algo así. Tienes el descaro de querer robarme a mí y a la gente que está conmigo, pero bien, pues déjame decirte algo: soy un Alfa y no como cualquier otro, soy el líder.

Skye se quedó impresionada y tan impactada que no pudo pronunciar palabra alguna. Sintió ese frío en la espalda, ese miedo latente que le hizo sentir que no tenía escapatoria, quizás si rogaba un poco sería capaz de obtener un poco de misericordia, pero no sabía cómo hacerlo. Su brazo era agitado con una fuerza impresionante, como si no valiera nada.

-Las cosas que digo se cumplen, así que ten en claro esto que te diré: soy un tío que hace valer la justicia, no como aquí, que ustedes creen que no hay consecuencias para sus actos. Eso, al menos para ti, se acabó.

La soltó con fuerza y e hizo que prácticamente tambaleara. Le quitó el bolso negro y se lo entregó a uno de los guardias de seguridad. Luego la miró de abajo hacia arriba. Tenía la ropa gastada y un poco sucia, sin embargo, le resultó una mujer hermosa. Morena, de cabeza rapada, de ojos grandes y oscuros y de labios gruesos. Estaba asustada y no era para menos, estaba parada frente una importante autoridad.

-¿Qué hacemos con ella, señor?

-La llevamos con nosotros.

-Señor, eso podría causar problemas en la ciudadela, sin nombrar que puede agitar la situación con los Omegas.

-La única solución para esto es que esta gente aprenda que existen leyes y se harán respetar. Una cosa es que hayan escogido vivir como salvajes, pero nosotros no lo somos. Es lo que dije, la llevamos con nosotros, luego veré qué se me ocurre hacer.

Skye sintió que ya era momento de suplicar por su vida, se imaginó encerrada en una mazmorra siendo torturada de todas las formas posibles. La sola idea le produjo un miedo terrible, por lo que se arrodilló y comenzó a hacer súplicas.

-Señor, señor, por favor. Hago esto para ganarme la vida. Usted debe

saber muy bien que las cosas aquí son terribles, desesperantes. Es la única manera de obtener dinero...

Sus ojos se llenaron de lágrimas y su rostro hizo una mueca terrible de dolor. Pero lo cierto era que no había nada que hacer. Ed, dentro de todo, era un hombre implacable y eso era algo que había aprendido a lo largo de sus años de juventud.

No podía doblegarse con una decisión ya que era una muestra inequívoca de debilidad. No le tembló la voz en ningún momento, se quedó allí, de pie, mirándola con cierto desprecio, le daba asco ese comportamiento lastimero.

-Es mejor que dejes de hacer eso porque no valdrá la pena. Necesitas esto para que aprendas una poderosa lección, no puedes andar por la vida pensando que puedes hacer lo que te venga en gana. Estás equivocada... Eh, eh, no.

>>Ni te molestes en responder, la verdad es que me da pereza tener que seguir escuchando esos argumentos burdos que tienes. –Volteó para dirigirse a uno de los guardias- Creo que hemos pasado demasiado tiempo aquí, es hora de irnos.

Uno de ellos se acercó a Skye y le sujetó las muñecas con unas esposas fuertes y macizas. Ella se quedó como si estuviera en un estado de trance, no podía creer lo que estaba pasando.

Sin embargo, pasó de la pasividad a hacer movimientos bruscos y violentos como si pudiera librarse de esa situación. Se había acostumbrado tanto a salirse con la suya que no pudo creer que estaba en esa circunstancia, incapaz de ser libre. Su destino se le dibujo cruelmente incierto.

Todo el grupo fue hacia el lugar en donde se encontraban los aerocoches. Skye estaba junto a Ed, mirándolo con un profundo odio.

-Eso no te va a servir de mucho, niña. Debes aprender a entender que todo lo que haces tiene consecuencias. Sea aquí o en otro lado.

-Hablas demasiado para ser un Alfa. Ustedes y sus ínfulas de ser superiores.

Ed se acercó a ella para mirarla fijamente. Por un lado se sintió fascinando por su ímpetu pero también aquello le produjo una fuerte indignación.

-Nosotros tenemos el poder por alguna razón, ¿no crees? ¿Te imaginas al resto viviendo en el maldito caos en el que ustedes están acostumbrados a vivir? Sería un completo y absurdo desastre. La gente como yo somos los que ponemos cierto orden a todo y eso es lo que me corresponde hacer. Ya verás lo que te espera.

Ella sintió un hilo frío que le recorrió la espalda con violencia. Un par de guardias se acomodaron para manejar los coches. Skye se mantuvo de pie hasta que uno de ellos la tomó para que entrara. En ese momento, se puso a pensar en todo lo que podría pasarle, sintió mucho miedo y sólo le restó sentarse y ver cómo ascendía por los cielos.

## IV

El aerocoche se elevó lo suficiente como para alejarse de ese lugar de manera progresiva. Lo que había sido su hogar y su vida habían quedado atrás por querer de dársela de lista, pero qué más podía hacer. No tenía la más mínima idea de que se trataba de un Alfa tan poderoso como ese. Trató de pensar en una solución mientras miraba por la ventanilla.

Por otro lado, Ed estaba hecho un volcán. Tener esa mujer cerca le recordó el porqué de ese comportamiento suspicaz de los Alfas hacia los Omegas, recordó porqué debía tener cuidado con la gente y porqué era más sencillo mantenerse esa actitud fría que lo había ayudado a establecer un gobierno sólido y estable.

Recordó en ese instante que las mujeres Omegas solían tener un destino bastante cruel: eran destinadas a ser esclavas domésticas o sexuales, denigradas a cumplir los instintos más básicos de quien fuera el dueño de alguna. Pensó de inmediato que quizás era el destino que ella tendría que sufrir por su propia imprudencia.

Luego se detuvo un momento, ¿por qué no entrenarla primero? Encerrarla en una mazmorra, atada con cadenas y someterla a todos sus deseos, hacerla suplicar. La cabeza estaba llena de opciones y no podía concentrarse correctamente, tenía que analizar bien la situación en la que se encontraba.

Volaron hasta la ciudadela, por un momento, Skye miró toda la estructura que estaba frente a ella. Estaba impresionada por el lujo y la grandeza de los edificios y de la estructura, era increíble y también intimidante.

Ella miró hacia todas partes como si quisiera buscar una salida, lo cierto es que no había alguna, así que lo único que le quedaba era quedarse allí y esperar lo peor.

Los dos coches descendieron lentamente sobre una especie de pista de aterrizaje. Luego de acomodarse, Skye miró cómo la logística Alfa se desplegaba en frente a sus ojos. Todo le resultó una maravilla de la modernidad. No esperó encontrarse con algo remotamente similar.

De repente, se abrió la puerta y un guardia le tomó con firmeza el brazo. Ella procedió a salir con un poco de miedo y con la mirada suplicante. No había nada que hacer, en realidad. Ese era el destino que le tocaba.

-Llévenla a la oficina principal. Tomen la puerta trasera, no queremos que la gente se altere. –Dijo él refiriéndose a ella. Skye sintió una punzada fuerte en el estómago.

Ed caminó hacia la puerta principal de este gran edificio corporativo. Apenas empujó las puertas, recibió todo tipo de noticias. Tomó carpetas con informes y se dirigió hacia los elevadores, lo cierto es que estaba ansioso por ver de nuevo el rostro de esa chica aparentemente indefensa. Estaba maquinando cuál sería la mejor opción para tratar con ella.

Caminó por los largos y finos pasillos, no atendió los llamados de nadie porque había un asunto importante que atender. Abrió entonces la gran puerta de su oficina y la encontró allí, de pie, temblando.

Skye escuchó el sonido de sus zapatos y luego se encontró con esa mirada fría que la paralizaba por completo. Esperó a que él se sentara y cuando lo hizo sobre la superficie de su escritorio reluciente de madera, Skye pensó que era una oportunidad de oro para hacer el ruego.

-Señor... Señor, por favor. Sé que fue un error de mi parte, pero como le dije, muchos como yo lo hacemos para sobrevivir, es lo único que queremos, tratar de tener una vida más menos normal, no más que eso.

Ed se quedó sentado, mirándola sin la mayor atención y con aire indiferente.

-¿Terminaste?

Ella se quedó impávida.

-Bien, tengo entendido que las mujeres como tú reciben un duro castigo. Suelen ser tratadas como esclavas sexuales o domésticas... O las dos. Es algo triste, ¿sabes? Sobre todo porque provengo de un lugar en donde estas tienen la oportunidad de estudiar y formarse, de tener vidas interesantes...

>>Pero tú, pues, tuviste la desgracia de nacer como una Omega y la mala suerte de desarrollar una vida como la miserable ladrona que eres... Así que, después de tanto pensarlo, creo que se me ocurrió lo que deberás recibir... Te encerraré en una mazmorra y me encargaré personalmente de ti. Haré contigo lo que me venga en gana.

**-SEÑOR, SEÑOR, POR FAVOR, SE LO RUEGO. YO SOY SÓLO UNA CHICA, POR FAVOR, SEÑOR. NO ME HAGA ESTO.**

-No es necesario que hagas un escándalo, antes de venir para aquí ya tenía decidido qué hacer contigo. No pierdas el tiempo en hacer súplicas sin sentido, en cambio, deberías prepararte para lo que te viene.

Se levantó de repente y caminó hacia ella y la miró fijamente, con esa expresión de maldad pura, como si se hubiera transformado completamente.

-Tengo que darte una lección, una que te haga entender que tienes que pensártela muy bien antes de volver a hacer una estupidez como esa.



Volvió a su escritorio y activó el altavoz.

-Llévensela a la torre y déjenla en la mazmorra subterránea. Ella está acostumbrada a ese tipo de lugares.

Los ojos de Skye se llenaron de lágrimas y justo antes de gritar aún más, la puerta de la oficina de Ed se abrió rápidamente. Era un par de guardias vestidos de negro que se dispusieron a recogerla para sacarla de allí.

Ella lo miró suplicante, como queriendo apelar hasta lo último. Pero lo cierto era que no había nada más que pedir. Su suerte estaba echada y tenía que cargar con las consecuencias hasta que fuera necesario. Lo último que vio antes de desmayarse del miedo, fue esa figura alta y fuerte de él entre las sombras de su inconsciencia.

Luego de unas horas, Skye despertó sobresaltada. Cuando abrió los ojos, se encontró entre paredes de piedra y rejas negras gruesas. En una de sus piernas había un grillete con una pesada cadena y, junta a ella, un catre, un inodoro y un lavamanos, todos metálicos, lo que ayuda a acrecentar la sensación de frío terrible.

-ALGUIEN POR FAVOR, AYUDA. ¿HOLAA? ¿HOLAAA?

Los gritos se replicaron haciendo eco en todo ese lúgubre lugar. Lo intentó otras veces y al no recibir respuesta, ella se optó por sentarse en el catre y hundir la cabeza entre sus piernas. Comenzó a llorar desconsoladamente, lamentó demasiado la suerte que estaba experimentando. Era un completo acto de injusticia para ella.

Lloró tanto hasta quedarse dormida. Al despertar, se encontró con una bandeja de metal con un poco de comida y algo para beber. Se acercó con algo de temor pero dejó la precaución a un lado y se abalanzó porque había pasado gran parte del día sin comer bocado alguno.

Bebió y sintió experimentó cómo recibía las fuerzas en su cuerpo, sin embargo, eso también significó que tendría que estar más consciente de lo que tenía alrededor. Ese frío intenso de las piedras y la aparente soledad absoluta en la que se encontraba. Deseó más que nunca desaparecer, fundirse en algún rincón de su mente para no tener que pensar nunca más.

Permaneció un rato allí hasta que pareció escuchar pasos. No estaba segura si se trataba de alguna ilusión por lo que no le prestó demasiada atención hasta que se fijó en la persona que se colocó de frente. Era Ed.

-¿Qué te parece? Lo acomodamos especialmente para ti.

Skye experimentó una oleada de indignación y de ira pareció encender su cuerpo como si fuera un fósforo. Estaba tan molesta que incluso su piel cambió

de color. Sin embargo, trató de mantener la calma. Si bien deseaba sacar toda la indignación de su cuerpo, tenía claro que podría sufrir un efecto contraproducente, así que trató de hacer lo posible para jugar como debía.

-Creo que no era necesario esto. –Señaló el grillete.

-Ah, ya veo. Sí, quizás fue un poco exagerado. Vamos a quitártelo, ¿vale? Pero eso sí, quietecita.

Le molestó esa última palabra pero, aun así, permaneció calma. En seguida, unos hombres entraron a su celda. Skye permaneció en sentada en el catre y sintió cómo la pesada cadena dejó de estar unida a su cuerpo. Se sintió aliviada, a tal punto, que incluso exclamó un gemido de satisfacción.

Luego de los hombres en completo silencio salieron, Ed terminó de cerrar la reja y se quedó al otro lado como al principio, mirándola con cierto aire de condescendencia.

-Y bien, ¿mejor?

-Sí, muchas gracias.

-No hay de qué. Sé que fue un poco extremo pero en vista de que tienes vigor, pensé que sería lo más adecuado para evitar algún accidente.

El tono irónico de su voz iba haciéndole mella poco a poco. No entendía la razón de tratarla así. Pero era lo que hacían los Alfas, y ella, como Omega, sólo le restaba quedarse allí, soportando todo.

-¿Qué te pareció la comida?

-Buena. Tenía ya un tiempo sin comer.

-Sí, noté que te desmayaste, supuso que se debió a eso. De eso no tendrás que preocuparte.

Ella alzó la mirada para verlo y se dio cuenta que tenía un traje oscuro, zapatos lustrosos, el cabello perfectamente peinado hacia atrás y la mirada concentrada en ella.

-Por favor...

-No, no empieces. Créeme que eso no te servirá de mucho. Lo que sí te recomiendo es que te vayas familiarizando con lo que está pasando aquí, con esta realidad que te toca y que más te vale aceptar.

Skye llevó la mirada hacia el suelo. Pensó que no tenía más opción que rendirse ante esa situación. Estando allí, no se dio cuenta que él se acercó más hasta casi rozar su nariz a los barrotes.

-Quizás tenga preparada algunas cosas para ti. Veremos cómo van las cosas.

Esas palabras las dijo con suavidad y con un tono que no pudo identificar

enseguida, así que cobró una expresión un poco temerosa y se echó para atrás.

-Te darás cuenta de cómo funcionan las cosas aquí.

Ed se echó para atrás y se perdió entre las sombras de ese lugar. Skye, mientras, trató de analizar lo que acaba de pasar.

-Estoy en una jaula de puros locos. Joder.

La noche se hizo presente por el frío de las paredes. Skye sentía que estaba helándose y justo en ese momento, volvió a ver a ese hombre extraño rubio y mortalmente atractivo. Tenía varias frazadas en su mano, un par de mudas de ropa y detrás de él, un guardia con una bandeja de metal.

Abrieron la celda y comenzaron a preparar todo. Ella se quedó quieta, en absoluto silencio mirando los preparativos que se estaban llevando en ese microuniverso. De vez en cuando, sentía la mirada de él por lo que trató de no encontrársela para no volverse débil. Había notado que él tenía una especie de energía que parecía atraerla una y otra vez, sin saber muy bien la razón.

-Bien, eso es todo. Retírense.

Ed esperó a que lo dejaran solo con ella... Dentro de la celda.

-Bien, se vienen noches muy frías así que te traje frazadas de todos los grosores. Dos mudas de ropa para que te quites eso que ya debe estar molestándote y claro, la cena. Apuesto que tienes hambre.

-Sí, un poco. Gracias.

Le alcanzó la bandeja y se quedó allí mirándola comer. Skye estaba un poco incómoda pero el hambre era mucho más fuerte, así que con el paso de los minutos, olvidó que él estaba allí. Después, se sintió mucho más aliviada y con fuerzas.

-Gracias.

-Bien... Algo me da curiosidad sobre ti. –Procedió a cruzar las piernas y a adoptar una postura como reflexiva. -¿Por qué una chica tan joven como tú se la pasa robando a la gente? ¿Por qué?

Skye pensó que era la oportunidad perfecta para, tal vez, despertar un poco la lástima de ese hombre.

-Ese es nuestro destino. Los Omegas estamos sellados por algo que no somos capaces de cambiar. Era eso o terminar como una prostituta, de hecho mis padres me vendieron para deshacerse de mí y para tener algo que comer. Pero tuve la suerte que alguien evitó que fuera así, por lo que aprendí todo lo necesario para sobrevivir en las calles. Era eso o morir.

-¿Tus padres te vendieron por comida?

-Sí, es normal. Sucede más de lo que crees... Pero sé que es difícil verlo

sobre todo cuando provienes de un lugar como este, todo bonito, arreglado, perfecto. Donde no hay cosas sucias ni caos, donde todo es tranquilidad y paz. Donde la gente como nosotros no existe porque estamos muy alejados y eso les da la sensación de que todo está bien. Pero no es así.

Ed se quedó en silencio, ella tenía razón y no podía negarlo. Sin embargo, era un hombre orgulloso y no le gustaba que jugaran así con esa sensación de constante poder y razón que le gustaba tener.

-Ya veo...

Skye se echó para atrás y apoyó la espalda sobre la pared helada de piedra. Por un momento se quedó callada y luego procedió.

-Todo lo que he recibido hoy ha sido considerablemente mejor que las cosas que he tenido desde que nací. Incluso el catre. La verdad es que hasta me da un poco de risa. Tonto, ¿no?

Ella siguió mirando el vacío, un punto en ese lugar con la expresión triste y compungida.

-Es mejor que me vaya. Tengo muchas cosas que hacer después. Puedes cambiarte. Mañana vendrán por ti para que tomes un baño.

-Vale.

Él sintió la necesidad de decir algo pero no pudo. Por primera vez en su vida, en donde había aprendido la capacidad de decir las cosas correctas en el momento oportuno, se quedó mudo.

Salió allí tratando de entender lo que le estaba pasando internamente. No estaba seguro de lo que esa chica estaba haciendo con él. Siguió con esas sensaciones hasta que arribó a su lujosa casa, una mansión bastante alejada del mundo de los Alfas y que había decidido que fuera así para regalarse momentos de relajación y tranquilidad.

En uno de los espacios del lugar, había una gran piscina que nunca usaba, una que estaba en un espacio abierto y que gracias a su disposición, se fundía con el horizonte. Era como si tuviera el mar a pocos metros.

Arrastró una silla y se sentó en ella mirando hacia el firmamento. La noche estaba fría pero él no sintió la necesidad de cubrirse con algo. Más bien ni siquiera pensó en ello, sólo podía recordar en las palabras de esa chica y en la manera en cómo su mirada se había perdido entre los recuerdos.

Llevó los dedos hacia el mentón como cuando lo hacía al pensar en algo que era difícil dejar atrás. Miró el reflejo de la luna sobre el agua, el sonido apacible del viento sobre el césped, el brillo de las estrellas. No pudo evitar sentirse afortunado de la suerte que tenía.

Por otro lado, estaba experimentando algo que tampoco esperaba. Era ella que se había colado en sus neuronas. Ese color de piel, esos ojos, esos labios. Ese rostro de miedo y desafío, esa manera de enfrentársele aun teniéndolo todo de perder. Recordó el instante en cuando notó eso y sonrió un poco para sí mismo. Tenía que admitir que ella era más interesante de lo que había pensado, incluso mucho más que esas mujeres estiradas Alfas, esas tías que siempre eran más de lo mismo.

-Sí, veremos qué pasa.

## V

Ed hizo un aparado en sus actividades diarias para supervisar a la única prisionera Omega que había recibido cualquier gobierno Alfa. De hecho, aquello estaba bajo estricto secreto para no escandalizar a la gente.

Pero él no tenía demasiado claro por qué la tenía allí. Pensó que había cumplido el tiempo suficiente y que eso bastaba para soltarla y no verla jamás, pero esa idea no le resultaba demasiado agradable, había algo en su interior que le dijo que no estaba preparado para ello, así que se buscó todas las excusas posibles para seguir con eso, sin importar demasiado sin ponía en riesgo su propio bienestar.

Recordó de nuevo su cabeza rapada y lo diferente que se veía con respecto a los demás. Tenía algo dentro de ella que lo atraía aún más. Por otro lado, también deseaba darle una importante lección, quería que se diera cuenta que él tenía el poder y que lo usaría con ella. Quería producirle dolor, que suplicara ante él. Esa imagen le movía por dentro.

Después de esa reflexión, se levantó de la silla con una resolución importante. No daría marcha atrás con su primera intención, total, ella era una más del montón.

Al día siguiente fue a la celda en donde estaba Skye. En ese momento, ella estaba sentada en el catre, mirando hacia la pequeña ventana, de la cual, permitía la entrada de un poco de luz. No escuchó el ruido que hizo él, así que Ed se limitó a abrir las rejas y colocarse dentro. Ella pareció no reaccionar de inmediato, puesto que no estaba segura de lo que estaba pasando.

-Tengo entendido que una de las cosas que padece tu gente es que los convierten en esclavos. De alguna manera, los hacen sentir propiedades... Pensé en convertirte en eso.

El rostro de ella se descompuso completamente. No tendió la razón de esas palabras y más cuando pensó que ambos habían desarrollado una conexión. Pero no fue así, volvió a encontrarse con esa mirada decidida y fría.

-Serás mi esclava, Skye. Mía. Y haré contigo lo que me plazca.

Como un acto desesperado, se echó al suelo y comenzó a llorar profusamente.

-Por favor, se lo ruego, no me haga esto... Por favor.

-Es muy tarde. Ya está decidido. Esta noche serás trasladada a mi casa, allí tengo un lugar dispuesto para ti.

Se volteó dejándola con ese mar de sentimientos que ni siquiera podía

entender completamente. Tenía el corazón roto, el alma rota. Trató de rogar un poco más pero él ni siquiera le dio oportunidad de decir otra cosa. Se fue, dejándola allí, al borde de la locura.

Lo cierto era que Ed no era usualmente un hombre cambiante o que se dejara llevar por las emociones. Por un lado, sentía que estaba haciendo mal pero por otro, estaba también quiso lanzar todo a la borda, mandar todo al diablo y olvidarse de los protocolos y de las enseñanzas para ser políticamente correcto.

La noche anterior se sinceró consigo mismo. Le gustaba la chica, quería estar con ella y tenía ese morbo dormido de someterla a sus designios. La imaginó como esclava, cumpliendo sus órdenes y con el afán de complacerlo enteramente.

La visualizó de todas las maneras posibles y eso le despertó la desesperación de probar su piel, así que hizo las movilizaciones pertinentes para que pudieran trasladarla a su casa y disponer de ella las veces que quisiera.

Después de darle la noticia, se sentó en la silla en su gran escritorio y llevó sus manos al mentón, como tenía costumbre. Sonrió lentamente para celebrar sus planes.

El día pasó rápidamente para ambos. Ed estaba ansioso y Skye estaba sintiéndose cada vez más hundida en sus pensamientos y desesperación. Mientras caía el día, enterró la cabeza entre las piernas entre las lágrimas. Temía en serio su vida.

Sus pensamientos se hicieron cada vez más oscuros y tenebrosos. Se recriminó tanto de haber llevado la vida que había tenido, y se echó la culpa una vez más por haber insistido en robarle a ese tío cuando su instinto le pidió a gritos que no lo hiciera.

La sensación de final se agravaba a medida que pasaran las horas. Finalmente, alzó la mirada y miró hacia la ventana y se dio cuenta que el cielo estaba oscuro. No faltaba demasiado. Seguidamente, escuchó unos pasos que se hicieron eco con más resonancia. Se sobresaltó un poco y deseó con todas sus fuerzas estar equivocada, sin embargo, se percató que un par de guardias se habían parado frente a las rejas y con una actitud de temer. Uno de ellos comenzó a abrir con cierta brusquedad y ella se arrinconó como queriéndose proteger.

-Levántese.

La voz de mando la hizo estremecer y no le quedó más remedio que

hacerlo. La esposaron con firmeza y le tomaron por el brazo y la llevaron hacia el exterior. Fue la primera vez que notó las adyacencias del lugar. Era un lugar muy oscuro y realmente solo. Se percató que era la única persona que estaba allí, le cayó todo de repente.

La subieron en un coche y comenzaron a andar. Las calles de la ciudadela eran realmente hermosas. La tranquilidad y el orden le chocaban los ojos con agresividad. Le producía un conflicto tan grande que le daban ganas de llorar.

Se adentraron en unas calles más y más alejadas del centro. Ella se sintió un poco asustada porque todo ese entorno le parecía extraño y difícil de creer. Cientos y cientos de árboles estaban a las orillas del camino, sirviendo como un marco para las personas que pasaban por allí.

El miedo iba creciendo cada vez más y la sensación de querer acabar con su vida. Todo se volvió peor cuando el coche se detuvo frente a una impresionante mansión. Una estructura blanca, imponente y con algunas luces que ayudaban a iluminarla que la mostraba con gran importancia.

En ese momento, también se percató de los alrededores. Era un sitio bastante aislado, alejado del resto de los Alfas. Se preguntó momentáneamente las razones de eso pero luego se tuvo que espabilar porque miró cuando se abrió la puerta y resultó ser uno de los guardias. Sintió la mano firme sobre su brazo, con un gesto ayudándola para sacarla del coche.

Caminaron unos cuantos pasos hasta llegar a la puerta. No tocaron el timbre ni nada, se quedaron allí parados, Skye estuvo un poco preocupada por lo que estaba pasando hasta que escuchó un ruido que la estremeció. De entre las sombras, emergió ese rostro frío, blanco y perfecto. Apenas Ed la vio, esbozó una ligera sonrisa.

-Bien. Ya saben en dónde dejarla.

Los dejó pasar y se dirigieron hacia la parte posterior de la cocina, caminando un poco más hasta que la dejaron en una habitación. Uno de ellos cerraron la puerta tras sí y ella se quedó sola sobre una cama y con la mirada fija en una ventana que dejaba ver la oscuridad de la noche.

Pasaron varios minutos y se abrió la puerta. Era él tan bello y tan intimidante como siempre. Ed tomó una silla de metal y se sentó con aire ceremonioso. Skye sentía que el sudor le recorría la espalda.

-Me da la sensación de que esto te resulta mucho más cómodo. ¿Me equivoco?

-No. –Respondió ella secamente.

-Bien, me alegra. No deberás preocuparte ni por el frío ni por la comida o



la comodidad. Todo estará cubierto.

Skye pensó por un momento que lo ideal hubiera sido el no pronunciar palabra, pero la ira la tomó por completo y optó por recriminarle con fuerza.

-¿De qué sirve tener las comodidades del mundo si estoy encerrada? ¿De qué sirve todo esto si estoy aquí sin la posibilidad de tener una vida?

-¿Acaso consideras tener una vida lo que estabas llevando como Omega? ¿Acaso crees que esa esclavitud en donde te encontrabas era un sueño hecho realidad? No seas absurda, no seas ingenua. Lo que tendrás aquí es posible que jamás lo hubieras tenido.

-¿Se supone que debo darte las gracias por eso? No seas ridículo.

Él sonrió y se acercó a ella.

-Serás mi esclava. Lo apuesto. Lo presiento.

Se levantó de repente y tomó la silla para colocarla de nuevo en un lado de la pared. Se despidió de ella con ese brillo en esos hermosos ojos azules. Luego la dejó sola al cerrar la puerta, Skye escuchó que le había pasado la llave. Esperó un rato más y luego se echó sobre la cama. No estaba segura si era el cansancio o la tristeza, pero poco a poco sintió la pesadez en los párpados, se quedó dormida en cuestión de minutos.

## VI

La convivencia se volvió extraña para ella. Sin embargo, las cosas se volvieron un tanto particulares, por lo que Skye pensó en que lo mejor lo que podía hacer era adaptarse a su nueva realidad.

Era una especie de prisionera pero que también recibía ciertas comodidades. De hecho, sus viejas ropas habían sido desechadas y ahora usaba mejores prendas, más resistentes y más bonitas.

Más o menos resultaba lo mismo con la comida. No tenía que escarbar en la basura o comprar alimentos de dudosa procedencia. La vida como una Omega colada en el mundo Alfa, le había permitido tener un contacto más cercano con alimentos frescos, deliciosos y con una serie de diferentes opciones.

Cuando él llegaba a la casa, Ed la sacaba de la habitación y a veces tenía la oportunidad de ver el atardecer en los muebles dispuestos alrededor de la piscina. Eran días en donde podía desconectarse por completo y pretender que su vida había sido una triste pesadilla.

Gracias al tiempo que había pasado afuera, su cabello incluso comenzó a crecer. Poco a poco, emergieron pequeños rizos que se ensortijaban levemente. Ed la miraba como si fuera otra persona.

Lo cierto es que él estaba disfrutando también de la compañía. Le gustaba estar con ella y esa sensación crecía cada vez más. Sin embargo, estaba otro detalle, deseaba estar con ella, así que pensó qué métodos podía hacer para tener un acercamiento menos agresivo.

Skye dejó de ser una prisionera para pasar a ser a una especie de inquilina. Vivía allí, andaba por allí pero consciente que esa era su nueva realidad. Pensó que estaba cansada de ofrecer resistencia, que así había pasado gran parte de su vida y que ya no deseaba más eso.

Por otro lado, comenzó a experimentar la necesidad de estar con él, de saber más de él. Por más que quiso reprimir sus sentimientos. Trató de quitárselos de su corazón, esconderlo en un lugar muy oscuro de sí misma y olvidarlos por completo... Pero no hubo remedio, esa necesidad que sentía por él, esa urgencia que le provocaba su presencia era asfixiante y hasta dolorosa.

Estaba confundida y se daba cuenta de ello cuando los dos quedaban en silencio después de hablar largas horas. No sabía qué hacer al respecto.

-¿Quieres ver el atardecer conmigo?

-Sí, me encantaría.

Salió de la habitación y caminaron juntos hasta el patio central. Ed había dado la orden de plantar palmeras las cuales, además, se veían altísimas y fuertes. Como si fuera una pintura, el cielo se tiñó de rojo y naranja, mientras que el sol se ocultaba detrás del firmamento.

El agua se movía lentamente gracias a la ligera brisa de la tarde. Hacía frío pero el paisaje era lo más hermoso que había visto hasta el momento. Pensó que le hubiera sido imposible hacerlo entre las calles húmedas y sucias en donde había vivido.

Ed giró la cabeza y se detuvo a verla por un rato. Se quedó tonto, ensimismado en ella y después sintió la necesidad de levantarse. Cuando lo hizo, la tomó con ambas manos e hizo que se pusiera de pie junto a él.

Se miraron por un rato y Ed descubrió ese mismo fuego en los ojos negros de Skye. También notó que ella temblaba pero no sabía si era por el frío o por los nervios. Lo cierto es que le dio igual y se concentró en esos labios gruesos y sensuales que tenía.

El pecho de Skye comenzó a agitarse con un poco de fuerza hasta que se dio cuenta que se manifestaría aquello que sintió que pasaría eventualmente. Ambos acercaron sus rostros y se besaron con toda la suavidad posible.

De inmediato sus lenguas y labios comenzaron a jugar casi con euforia. Skye estaba entrando en una especie de trance, de tal manera, que llevó sus manos para rodear su cuello. Como se trataba de un hombre tan alto, tuvo que ponerse de puntillas para unirse más cómodamente con él.

Las manos de Ed terminaron por rodear su cintura con decisión. La apretaba, la buscaba, acariciaba la curva de su espalda y la hacía gemir. Sonreía por dentro, quería más de eso.

De un momento a otro, los besos y los roces se volvieron más intensos, por lo que ella sintió que estaba a punto de dejarse por completo... Y de alguna manera así fue.

Ed abrió los ojos y la miró, con la fuerza que lo caracterizaba, la alzó entre los brazos y la llevó hacia el interior de la mansión. Seguía apretándola tanto que hasta un momento pensó que deseaba que la atravesaría la piel.

Cuando ya no pudo más, dio unos cuantos pasos más y subió las largas escaleras que estaban allí, cerca de los dos. La oscuridad del lugar y ese silencio tan característico de la inmensa mansión, quedaban atrás gracias a los jadeos de esa mujer que se excitaba cada vez más.

Cada escalón que subían, ella se aferraba más y más en él, como si la vida

se le fuera en ello. Se apretó tanto como pudo, hasta que sintió que llegaron a la habitación principal. Estaba tímida, asustada pero también deseosa de estar con él.

Cuando la colocó sobre la superficie, los ojos de él se encontraron con los de ella para decirle lo siguiente.

-Serás mía. Cada instante serás mía.

-Sí. Eso es lo que realmente quiero. No sabes cuánto.

Ed sonrió con cierta malicia porque se sintió victorioso de que por fin sus fantasías se hicieran realidad. Tendría la piel, las piernas y el cuerpo de esa mujer por completo. Por fin, después de una espera desesperante.

Poco a poco las prendas cayeron al suelo con suma suavidad y sutileza. El cuerpo de Skye quedó desnudo sobre las sábanas y ella sintió cierta timidez al respecto. Trató de taparse un poco pero él le dijo que no lo hiciera, que no había nada que temer.

Se fue sobre ella para besarla y acariciarla tanto como pudiera. Cada vez que sus labios rozaban con los suyos, sentía ese delicioso calor de su cuerpo. El roce y ese contacto lo hacían sentir más vivo, mucho más vivo de lo que hubiera pensado.

Estaba excitándose cada vez más, por lo que él mismo comenzó a quitarse la ropa rápidamente. Skye, mientras tanto, lo miraba cuando la excitación la dejaba, cuando el trance que estaba experimentando la soltaba un poco. Así que, como pudo, detalló su cuerpo.

La tez divinamente blanca, con una apariencia suave, tersa, los músculos del abdomen marcado, las piernas fuertes y los brazos rodeados de venas. Alzó la mirada y se encontró con sus ojos azules y grandes, y ese cabello rubio, tan rubio que parecía blanco. En pocas palabras, parecía un dios, una especie de personaje extraído de algún cuento de ensueño.

Ella no podía creer lo que estaba a punto de pasar, comenzó a experimentar un poco de miedo pero él, como si le hubiera leído la mente, se encontró de nuevo con ella para darle besos en la boca y en todo el rostro.

Los brazos de Skye terminaron por rodear los hombros firmes y fuertes de ese hombre. Se encontraron de nuevo en una última mirada, antes de fundir sus carnes en una sola. El jadeo de ese primer jadeo de ella fue intenso al punto en que casi estremeció el lugar.

La verga de Ed era grande y gruesa, pero el coño de Skye estaba tan húmedo y caliente, así que lo recibió sin problemas. Sintió, además, la estrechez y tuvo que apoyar sus manos sobre la cama para no desfallecer por

completo.

Siguió embistiéndola, una y otra vez, hasta que experimentó esa necesidad de tener el control por completo, así que estiró la mano y se la colocó sobre el cuello, cerró sus dedos apretándolos poco a poco mientras la miraba. Ella, perdida en la excitación, alcanzó solo a sonreírle, como para darle a entender que estaba más que conforme con lo que estaba pasando.

Mientras se la follaba como le daba la gana, al mismo tiempo que le cortaba un poco la respiración, Skye le enterraba las uñas en su piel y esa cuota de dolor también sirvió para estimularlo un poco más.

La locura animal que estaba experimentando ese hombre pareció que lo iba a sobrepasar. Cada vez que sentía que no podía más, trataba de distraerse para no dejarse vencer ante esas sensaciones que le producía una ceguera sobre la capacidad que tenía para razonar las cosas... Pero es que era demasiado excitante verla así, con esas piernas anchas abiertas, con esa piel oscura y deliciosa, con esa humedad que empapaba su verga. La mezcla de sus cuerpos, la unión de los dos, los jadeos, los gemidos y ese trato agresivo. Simplemente quería más de ella.

Hubo un instante en el cual no supo exactamente qué hacer. Pero luego se decidió por tomarle la cintura y acomodarla sobre la cama. Ni siquiera supo cómo lo hizo, lo único verdaderamente relevante fue el verle en cuatro, con esas portentosas nalgas al frente y con esos deliciosos muslos que lo estaban llevando hacia la locura.

Estaba como un niño sin saber qué hacer. No sabía si morderla, lamerla o simplemente embestirla de una vez. Pero, al final, prevaleció un instinto superior, su personalidad dominante.

Primero apoyó sus manos sobre sus nalgas. Las sintió tan suaves y firmes que luego de unos segundos, se dedicó a darle fuertes nalgadas. No pudo más. Una tras otra, los impactos fueron lo suficientemente contundentes como para provocarle todo tipo de gemidos y gritos.

Las palmas de sus manos y también sus dedos se enrojecieron rápidamente, pero eso no le importó porque estaba demasiado excitado como para detenerse en el dolor que estaba sintiendo, lo que realmente le importaba era producir eso mismo que estaba pasando en ese momento, esos ruidos que estaban enloqueciéndolo.

Se detuvo cuando sintió que su verga estuvo a punto de explotar, así que colocó sus manos rojas sobre las caderas de esa deliciosa mujer y apuntó su verga hacia su coño. Primero asomó el glande y de inmediato experimentó el

calor y la humedad de ella.

-Se moja demasiado. Qué delicia es esto. –Pensó a medida que la penetraba lentamente.

Al final, lo dejó todo adentro y permaneció quieto por un rato. Siguió con un par de nalgadas y después llevó una de sus manos hacia el cuello de ella, lo sujetó con fuerza y comenzó a moverse con impresionante fuerza. El vaivén fue tal que Skye no tardó demasiado tiempo en gemir con locura. Ed la poseía de una manera que ni siquiera pudo explicar, esas sensaciones la arrastraban hacia un estado desconocido pero increíble.

Lo hicieron así por un rato, sin embargo, Ed tenía la sensación de que podía hacer algo más para demostrar que el destino de ella era ese, servirlo y darle todo lo que quiera. Así que la tomó de nuevo por la cintura y la colocó sobre la pared. Skye sentía demasiado placer cuando él tomaba el control de esa manera, quizás la razón era que le gustaba complacer sus más bajos instintos.

Apoyó sus manos sobre la pared y enseguida sintió las manos de él que comenzaron acariciarla como si estuviera desesperado de ella. De alguna manera, así era, no lo podía ocultar y tampoco lo quería.

Se echó para atrás un momento para ver la curva de esa espalda, las nalgas, las piernas y el perfil de su rostro que insistía en mirarlo. Volvió a entonces a darle nalgadas y a marcarle la piel con las uñas. Pequeños hilos de sangre se marcaron en ella, pero Skye se percató que el dolor era una sensación que podía ir de la mano fácilmente con el placer. También quiso más de eso.

Ed disfrutó de hacerla suya de esa manera, así que retomó la faena de follarla como una animal. Estuvo allí, dentro de ella hasta que notó que no paraba de temblar. Así que pensó que sería una buena idea chuparle el clítoris hasta hacerla explotar.

Sacó su verga y se arrodilló. Abrió las nalgas de ella y enterró su cabeza que fue a parar directamente a su coño. Apenas su lengua probó ese delicioso manjar, no pudo parar bajo ningún concepto. Estaba enloquecido, como poseído por alguna fuerza que no pudo explicar.

Continuó comiéndola mientras ella hacía un esfuerzo por sostenerse. Su instinto le dijo que permaneciera allí, que se quedara quiera porque su deber era satisfacer a su hombre. Sin embargo, también tuvo la sensación de que iba a perderse pronto, por lo que se afincó más y de repente, todo se volvió oscuridad.

La lengua de Ed era simplemente increíble y también sus reflejos, por lo que la sostuvo justo antes de que se desplomara en el suelo. Sin embargo, él estaba muy excitado y deseaba hacer un último movimiento que le ayudara a confirmar su dominio sobre el de ella.

La dejó sobre la cama aún con unas pocas fuerzas, ella le sonrió y esperó lo que haría después. Ed se colocó de rodillas sobre la cama, tomó la mano y comenzó a masturbarse. La veía roja, rendida y excitada que eso le disparó aún más el deseo, así que siguió tocándose hasta que explotó sobre el abdomen y los pechos.

Cuando extrajo hasta la última gota de semen, se quedó un poco atontado por el esfuerzo. No obstante, tomó un poco con los dedos e hizo que ella también lo probara. Después de sentir su lengua y sus labios, acercó su rostro lentamente hasta una de las orejas. Skye, de inmediato, sintió el calor de su aliento rozándole como si fuera algo suave y agradable:

-Te dije que serías mía... Y esto apenas comienza.

## VII

Después de esa noche, después de abrirla por completo, Skye supo de inmediato que sería para él. Su mente y su cuerpo parecían seguir esa necesidad de pertenecerle todo el tiempo que fuera posible.

Lo mismo pasaba con Ed. Mientras estaba en el trabajo, concentrado en planes y proyectos en quejas y demás, pensaba en sus manos sobre el cuerpo de esa mujer. Ansiaba tenerla con él, el abrirla las piernas y comerle el coño una y otra vez hasta que se deshiciera en su lengua.

Podía saborear sus labios, sus ganas y las de ella. Podía verla en el suelo, de rodillas, clamando por él porque ya había comprendido que era suya y que lo mejor que podía hacer era entregarsele por completo.

Después de esas reuniones tediosas para el día, Ed se sentó en su suya a pensar sobre lo que estaba sintiendo por esa chica, ella que era tan diferente a él, tan ajena a su mundo pero que lo hacía sentir más cómodo que nadie más.

Pensó en los convencionalismos de la sociedad Alfa, de las presiones y de las normas que debían cumplir, incluso siendo el rey, el máximo líder. Se vio a sí mismo en esas horas eternas en donde escuchaba las palabras de su padre recordándole que tenía que prepararse para la labor más importante de su vida. Pero, ¿acaso todo esto tenía sentido? Su instinto le gritaba que no.

Se quedó tranquilo porque ya estaba a punto de salir de allí. Tenía en mente unas cuantas cosas que quería hacer con ella, así que era de esperarse que estuviera más ansioso que nunca por probarla.

Salió de allí después de un rato y se subió en su coche para ir hacia a Skye a toda velocidad. En ese momento tuvo que reconocer que ella era su parte favorita del día. Llegó a la mansión y entró con prisa, en cuanto cerró la puerta tras sí, la encontró de rodillas, desnuda y con la mirada hacia el suelo. Tuvo una especie de sensación que le recorrió todo el cuerpo. Ella ya había aceptado el hecho de que le pertenecía enteramente.

Él se acercó lentamente hacia Skye. Estiró la mano y sus dedos rozaron la suave piel del rostro. Ella cerró los ojos y se dejó tocar por él. Hizo lo mismo al otro lado y luego se agachó un poco para tomarle firmemente el cuello. Skye sintió la presión de los dedos sobre la piel, así que no pudo evitar jadear.

-Mía... Mi esclava.

Ella sonrió levemente y luego alzó la cabeza hasta que se encontró con él, con esos ojos azules, penetrantes y perfectos. Ambos permanecieron allí, mirándose sin cansancio hasta que él hizo que se levantara del suelo. Al final,



quedaron de frente y procedieron a besarse como un par desesperados.

Los brazos de Skye rodeaban los hombros de él, y Ed la sostenía firmemente en la cintura. Le encantaba ese lugar, le encantaba quedarse allí, anclado en ella puesto que era algo que le hacía perder la razón.

Luego de un rato, su instinto dominante tomó el control de la situación y la cargó para llevársela consigo y esta vez, sería hacia la habitación en donde estaban dispuestas unas cuantas cosas para jugar.

Skye notó que iban hacia otra dirección pero a diferencia de la primera vez, sintió que no debía tener miedo porque estaba con él, estaba con ese hombre que le gustaba tanto, así que cualquier cosa que harían, sería más que perfecto.

Fueron hacia la parte de la cocina, cerca del lugar en donde él la recluyó los primeros días, pero pasaron de largo hacia otra estancia, un sitio también oscuro. Ed, al empujar levemente la puerta, dejó al descubierto una especie de mundo completamente diferente. Un universo dispuesto para que un Dominante y una sumisa pudieran ser como quisieran ser sin mayores contratiempos.

Así pues que en el lugar, sólo había una cama, una silla de madera y unos muebles cuyo contenido variaba: cuerdas, látigos, consoladores y hasta cadenas. Él se había encargado de acondicionar todo para follar a su mujer como le diera la gana.

Entonces, la dejó sobre la cama toda roja y excitada, lista para él. Ed se ocupó de desvestirse y de prepararse para lo siguiente. Luego de quedarse desnudo, se ocultó en las sombras de la habitación para buscar unas cuantas cosas que le permitirían jugar como quería.

Buscó unas cuantas cadenas en uno de los muebles de madera y se dirigió a la pared más cercana, en donde se encontraban adheridas unas especies de grilletes para unir las cadenas que ya tenía en la mano.

-Ven... -Exclamó con tono sereno pero grave.

Skye entonces se puso de pie y comenzó a caminar hacia esa dirección, pensando en lo que tenía que hacer, en complacerlo por entero.

Ed la ayudó a encontrarlo y a colocarse de espaldas para amarrarla poco a poco. Se valió de la paciencia y de los muebles que tenía cerca para colocar todo con cierto orden. De inmediato, ella sintió la pesadez del metal y la firmeza en la que su cuerpo quedaba atado. Al terminar, tanto muñecas como tobillos estaban estirados sobre esa superficie un poco fría.

Él se echó para atrás para verla mejor. Esas nalgas, esa espalda y esa piel que lo volvían loco. Estaba hecho un animal, pero bien tenía que encontrar un

poco de calma para no dejar que el ímpetu tomara control completo sobre él.

Respiró profundo y se disolvió de nuevo entre las sombras para buscar un látigo de varias lenguas de cuero. Recordó esa vez en donde miró a esa mujer completamente expuesta y dispuesta a recibir el castigo de ese dominante. Quería lo mismo para ella, quería demostrarle que su piel y su cuerpo le pertenecían.

Antes de los latigazos, él se dedicó a acariciar su espalda, culo y piernas. Ella gemía, se derretía, se perdía en esas sensaciones y él, desde esa posición que le daba la superioridad de su rol, no pudo evitar sonreír ante la satisfacción que sentía.

Luego se detuvo de un rato para acomodarse debidamente detrás de ella. Ese momento de tensión y suspenso hizo que ella se pusiera un poco nerviosa, pero bien, eso era parte de la cuestión, de la aventura que había emprendido con él.

Permaneció quieta hasta que sintió el primer impacto. Ese dolor que le penetró la piel, la hizo gritar un poco. Sus manos se apoyaron en la fría y dura textura de la cadena para poder resistir todo lo que estaba experimentando.

Él, en cambio, no paró. Se quedó allí mirando cómo poco a poco la piel de su amante, de su esclava, de su mujer, se iba marcando lentamente gracias a los impactos que le hacía. Esa piel oscura siendo dominada por la ansiedad y la desesperación de ese hombre que la quería enteramente suya.

Los azotes se intercalaron y se sintieron de todas las maneras posibles. Skye no paraba de gemir ni de gritar, mientras que la verga de Ed parecía que estaba a punto de explotar. Estaba tan excitado que el glande no paraba de moverse y de mojarse, ansiaba romperla, abrirse paso entre esa carne tan deliciosa.

... Pero no, había algo que quería hacer primero, así que unos cuantos azotes leves más y soltó el azote el cual cayó al suelo como si fuera algo que realmente le estorbara. Una jadeante Skye recibió las caricias de su hombre. Sintió esas manos pasearse sobre su cintura, sus deliciosas caderas y esos muslos anchos. También experimentó cómo él manoseaba sus nalgas con una desesperación que casi la hizo reír.

Los labios de él le rozaron el cuello y su lengua acarició la piel y los bordes de las orejas. Skye volvió a perderse a sí misma, volvió a olvidar que su cuerpo era suyo porque ahora era de él. Enteramente de él.

Así pues, al cabo de un rato, Ed descendió por ese cuerpo que lo tenía loco hasta llegar arrodillarse por completo. Con ambas manos, abrió las

nalgas y se dio cuenta que el coño de ella estaba sumamente húmedo y caliente. Sonrió para sí, estaba a punto de llevarse el bocado más exquisito del mundo.

Enterró su cabeza entonces para saborearla como quería. Su lengua se convirtió en la perfecta exploradora y en la causante de todas las sensaciones que ella expresaba a través de los gemidos y los ruidos. Incluso, se dio cuenta que ella trató de decirle algo pero las palabras estaban apelmazadas en el paladas, fue imposible para ella siquiera pronunciar algo coherente.

Siguió comiéndosela, devorándola como un desesperado. Lamía sin parar su coño y su culo con unas ganas impresionantes. Cada vez que sentía la lengua de su hombre, Skye pensaba que estaba más y más cerca de perder el control. Gracias a ello, también olvidó el ardor que le había quedado después de los azotes. Aun así, la mezcla entre el dolor y el placer que él le producía, era indescriptible.

Él pudo haberla comido por mucho más tiempo pero quiso unirse a ella por completo, así que se levantó con cuidado, procurando continuar con los besos y caricias, hasta que siguió detrás de ella. Sostuvo sus manos en la cintura, como siempre solía hacer.

Antes de penetrarla, llevó sus labios hacia su cuello y lo besó dulcemente.

-Mía...

Luego, acomodó su pene y lo llevó hacia su coño. Se sintió tan bien que no pudo evitar soltar un ligero gemido. Lo metió poco a poco, lentamente, hasta que lo dejó todo completo dentro de ella. Skye sintió el grosor y el calor de esa verga y empinó más el culo para que él lo empujara un poco más.

Ed se dio cuenta de sus intenciones, así que de inmediato le colocó la mano sobre el cuello, apretándolo con fuerza. Se quedó allí, entrelazado con ella, mientras que ese delicioso vaivén hacía que ese roce los llevaría al borde de la locura.

Siguió penetrándola, haciéndola suya porque él se sentía de ella, porque Skye también le producía esa sensación indescriptible y que deseaba por conocer mucho más.

Aunque el futuro le parecía incierto, aunque la relación había sido un tanto peculiar, Ed no pensó más en eso, decidió que sólo viviría el momento sin preocuparse por lo demás.

# Eres Sólo una Esclava, Reina

## *Romance Oscuro Sometida por el Alfa*

### I

-Ya vienen. Ya vienen.

-No podemos tenerla aquí. La matarán.

-Tenemos que hacer algo urgente. No podemos quedarnos aquí.

El ruido de los pasos que avanzaban, sonaban como la marcha de la muerte. De fondo, los gritos de desesperación que se ahogaban en las detonaciones de las armas.

En la oscuridad, la discusión era llevada en susurros. A pesar del miedo que sentían, ese hermoso bebé dormía plácidamente en los brazos de su madre. La mujer la envolvió aún más porque, a pesar del terror, la noche estaba más fría que nunca.

La contempló por un rato. La expresión de serenidad y de completo amor le hizo pensar que por un momento nada malo podría suceder. Pero no era así, el sonido del peligro se hacía cada vez más intenso y sabía que no había escapatoria.

-Vete.

-¿Pero de qué hablas?

-Vete, vete con la niña. Váyanse.

-No te puedo dejar aquí.

-Vete, te he dicho.

Él le tomó el rostro y una lágrima recorrió la mejilla. Ella supo que el final era inminente por más que lo negara en su alma.

-Vete... Hazlo ya.

La voz fue mucho más suave pero igual se sintió como una sentencia cruel. El dolor estaba en el aire pero eso era lo que se podía hacer. No había otra solución.

Entonces, la mujer divisó una puerta en el medio de la oscuridad y antes de irse, giró para ver por última vez al hombre que siempre había amado.

Se encontró en la calle, en ese lugar que había sido su hogar por tanto tiempo y que ahora era sólo un escenario de destrucción y dolor. Los gritos

aumentaban, por lo que tomó a su bebé entre los brazos para protegerla de todo lo que había alrededor. Se convertiría en su escudo sin importar nada más.

Sorteó lugares con cuerpos y sangre, reconoció los rostros de vecinos y de las mascotas que también se habían convertido en parte de su familia. Casas destruidas y ese ambiente de desolación. Ese era el futuro que le esperaba a su hija.

Corrió con todas las fuerzas de su cuerpo, al mismo tiempo que sus brazos actuaban como la barrera de protección contra todo lo demás.

Poco a poco, la mujer dejó atrás aquello que tanto amaba. Recorrió caminos que no había conocido jamás, con la sensación de que la pesadilla aún no había terminado... Y tenía razón.

Justo cuando pensó que por fin estaba lejos de todo, fue interceptada por un grupo de hombres altos y muy amenazantes. Se quedó muda y comprendió que su destino ya no era el de estar con ella, pero al menos haría el intento de salvarla.

-Por favor, mírenla. Es sólo una bebé. No tiene culpa de nada.

Tenía los ojos cargados de lágrimas y la voz quebrada por la desesperación. Si alguien tenía que vivir, sin duda, era la pequeña.

-Hagan conmigo lo que quieran, no me importa. Pero por Dios, se lo ruego, no le hagan daño. Es un ser puro e inocente. Se lo ruego, por lo que usted más quiera.

Tuvo la sensación de que todo estaba perdido hasta que un hombre emergió entre el grupo. Ella no lo pudo detallar porque todo estaba oscuro y la angustia era demasiado grande.

Entonces, él estiró los brazos para recibirla. La madre, le sonrió agradecida y antes de despedirse de ella, le dio un beso en la frente.

-Estés en donde estés, siempre estaremos contigo.

La dejó sobre los brazos del desconocido con la esperanza de que ella tuviera un futuro. Luego, se quedó allí de pie, mirando cómo su hija se separaba de ella, mientras aún dormida en la tranquilidad.

Ese ligero cambio fue suficiente como para que la bebé pudiera despertar. Abrió esos grandes ojos azules y miró fijamente a esa persona que la sostenía. No lloró, no se puso inquieta, más bien estaba tranquila y curiosa.

-No te preocupes. Todo saldrá bien.



## II

El hombre subió a un coche de color negro mate mientras aún cargaba a la niña en brazos. Se quedaba mirándola, como ensimismado y se dio cuenta que quería cuidarla como si fuera el más preciado de los tesoros. No estaba seguro de lo que había pasado pero sintió que la amaba más que nunca.

Lo cierto es que todo el caos que habían dejado atrás fue producto de un cambio que movió los cimientos de una sociedad fracturada. El mundo quedó ahogado en la oscuridad y en la incertidumbre, no había una alternativa y sólo quedó la necesidad de hacer una lucha de clases encarnecida y violenta.

Era una especie de guerra civil, la cual sirvió para dividir aún más a la gente. Los pobres contra los poderosos y, en el medio, la gente que apenas pudo salvarse al escoger de bando. Por supuesto, esto también representó que el futuro cambiaría por completo y para siempre.

Eso, sin embargo, era sólo la punta del iceberg. El conflicto social se vio bordeado por el político y económico. La llamada burbuja explotó y acarreo un conflicto sin precedentes. No hubo oportunidad de recuperar nada, sólo mirar el caos desde lejos.

La crisis de los hidrocarburos también hizo mella, sin dejar de lado los conflictos sobre migrantes y refugiados. Poco a poco, las naciones comenzaron a aliarse entre sí, con la finalidad de erigir muros para protegerse. La multiculturalidad se convertía en una especie de sombra del pasado.

Gracias a ello, se hicieron movimientos civiles para purgar a esas clases “incompetentes”. Ejércitos financiados por hombres de poder, se encargaron de eliminar a todo aquello que representara una potencial amenaza. La intención era clara, se trataba de acaparar todo el control posible a través del miedo. Los resultados se veían claramente.

De esta manera, la sociedad mundial se organizó en ciudades estados y con una división social muy marcada: en el tope, los Alfas, individuos con todo el poder posible y únicos capaces de disfrutarlos privilegios de ello. Los Beta tendrían una postura menor pero hasta cierto grado influyente.

Surgieron por medio de alianzas como método para salvarse el pellejo. Al final, tendría la ventaja de poder participar en ciertas decisiones relevantes, pero aun preservando una posición inferior. En el fondo de la pirámide, estaban los Omegas, considerados como la clase más detestable que podría existir.

Generalmente, estaba conformada por ladrones, prostitutas, drogadictos y

todo aquel que no se le considerada medianamente decente o siquiera importante. Eran de lo peor y tenían que lidiar con ese destino hasta el día de su muerte.

Así pues, luego de las purgas y de la caída de lo que se conocía en la humanidad, la sociedad volvió a resurgir de las cenizas pero de una manera radical. Ya nada sería como antes.

Por ejemplo, en estas grandes ciudades-estados también se amurallaron entre sí, con el fin de separar aún más las clases. Los Alfas optaron por quedarse en el mejor lugar, seguidamente los Betas, ubicados en los alrededores.

Los Omegas, por otro lado, fueron enviados a la periferia como si fueran desechos de la peor clase. Por ende, se resignaron a vivir en un ambiente hostil y difícil, sin la posibilidad de que pudieran mejorar sus condiciones de vida.

En vista de todo aquello, el hombre negro no quería que su hija viviera entre extraños y maleantes, la quería lejos de todo aquello que pudiera corromperla.

Por cuestiones de la vida, ni él ni su esposa podían concebir, así que la llegada de esa criatura cambió todo. Por completo.

-¿Te parece bien?

Los ojos de la mujer reflejaban una inmensa necesidad de amar. El sólo verla la convenció de que era lo mejor que podía hacer por ella misma. Así que la tomó en brazos y se quedó prendada de esos ojos grandes y azules. Tan brillantes, tan vivos.

-Sí... Que se quede con nosotros siempre, siempre.

Siguió mirándola ensimismada por su belleza y terminó por decir.

-Louise... Ese será tu nombre, Louise.

La bebé sonrió como si estuviera de acuerdo con el nombre. Y desde ese momento, Louise Walker se convertiría en una de las Alfas más importantes de ese lugar.

Sus padres adoptivos hicieron lo posible por ocultar su verdadera identidad. Entonces, modificaron documentos y se inventaron una historia para hacerles entender a los demás que ciertamente se trataba de su hija.

Sin embargo, estaba la constante pregunta que rondaba en el aire: “¿Cómo lograron concebir?”, esa misma que parecía ensombrecer su felicidad pero que era algo que lograban evadir de manera exitosa.

Así pues, Louise Walker creció poco a poco rodeada de los lujos y de la



tranquilidad de una sociedad Alfa que la apreciaba cada vez más. Su carácter dulce y justo, su inteligencia y su fuerza resultaban admirables. Todo aquello vivía dentro de ella y resultaba ser conmovedor.

Aunque era indudablemente encantadora, su padre se encargó de señalarle que el mundo era un lugar peligroso, por lo que tenía que aprender a defenderse de aquellas personas que estaban dispuestas a hacerle daño.

-Aprenderás a pelear para que no dependas de nadie, salvo de ti misma.

-¿Por qué? ¿Acaso no tenemos personas que nos cuidan, papá?

El viejo Walker recordó el momento en que su madre rogó por su vida en medio del fuego y de la muerte. Esa imagen punzó las neuronas de una manera que pensó que perdía las fuerzas en las piernas. Entonces, tuvo que recordarse a sí mismo que estaba allí, frente a su hija, con el fin de hacerle entender que tenía que hacerle caso.

-Lo sé y tienes razón, pero no está mal que sepas cuidarte por ti misma. Entiéndelo.

Louise no lo comprendió pero sólo le quedó la opción de aceptar lo que su padre le había dicho.

-Vale. Empecemos en cuanto antes.

A pesar de encontrarse en un futuro casi post-apocalíptico, eran comunes los ataques de grupos armados los cuales, además, podían ser sumamente peligrosos. Él se escudó en esa excusa y no en el sentimiento de culpa, todo con el fin de hacer que Louise se encaminara a eso que él deseaba para ella.

Los entrenamientos no se hicieron esperar. Para aquel momento, Louise era una pre adolescente pero lucía mayor por su expresión siempre seria y distante. Su padre le encargó la tarea a uno de los máximos generales de la guardia de los Alfas. Se trataba de un hombre peligroso y habilidoso.

-Lo primero que tienes que aprender es comprender tu cuerpo. Debes verlo como tu mejor arma contra tu oponente. Para llegar allí, también es vital que nutras tu mente. Con las dos cosas, te convertirás en una guerrera fuerte.

Esas palabras no tenían demasiado sentido para Louise, sobre todo porque no poseía la suficiente madurez para comprenderlo, a menos no de inmediato. Sin embargo, se sentía entusiasmada porque estaba haciendo algo que iba en contra de lo que se esperaba de una Alfa cualquiera. No tendría que cumplir con ese aspecto dulce y delicado, con esas maneras de chicas de sociedad. Adoraba experimentar esa sensación de poder cambiar las cosas.

Los entrenamientos y sesiones se volvieron cada vez más rudos e intensos. La piel morena y delicada de Louise, comenzó a ser el lienzo de moretones y

raspaduras. Pero ahí estaba ella, insistiendo porque deseaba cumplir con el deseo de su padre.

Después de una serie de tropiezos, la evolución de Louise en el combate fue simplemente sorprendente. Se volvió aguda, rápida y letal. Atestaba golpes certeros y atacaba sin chistar. Seguía el flujo de su cuerpo y de su energía, componentes que usaba a su favor. No se inmutaba fácilmente y lograba salir de aprietos con ingenio. Sus maestros de armas, su mentor y padre, estaban orgullosos de ella.

No sólo se hizo fuerte físicamente, sino también mentalmente. Era una mujer brillante y creativa. Sabía de negocios y cómo sacar el máximo provecho. Aunque, a pesar de todo, casi siempre sentía que estaba en un lugar ajeno a ella. Era un sentimiento que la acompañaba siempre, a pesar de las sonrisas y de la complicidad de los demás. Simplemente algo no estaba bien.

Pero ignoró ese hecho por esfuerzo de sus padres. Mirarlos orgullosos de ella era más que suficiente para convencerla de que debía seguir a pesar del ruido que tenía en su interior.

Aunque pudiera tener todas las inseguridades del mundo, había algo que ejercía mayor presión sobre ella, el hecho de formar parte de un grupo exclusivo de Alfas que también competían por el máximo liderazgo.

Su familia era una de las más influyentes, por lo que estaban entre las opciones más atractivas para asumir el puesto más importante. La disputa estaba entre ellos y unas cuantas familias de importancia política y social.

El viejo Walker era uno de los favoritos por haber sido uno de los llamados “restauradores”, personas que ayudaron a consolidar el poder definitivo de los Alfas. Así que era de esperarse que se tratara de alguien poderoso e influyente.

Internamente, la idea de ser el máximo Alfa le daba un poco de temor. Eso significaba que podría quedar más expuesto de lo que quisiera pero también le daría la estabilidad definitiva a Louise. Nadie cuestionaría su origen y todos asentarían sin chistar. Sólo por eso la situación era lo suficientemente atractiva.

Aunque no estaba demasiado a la expectativa, las conversaciones sobre su ascenso al poder eran cada vez más habituales. El consejo estaba de acuerdo en que era una de las figuras más importantes y que, por ende, resultaba ser el actor ideal para conciliar a una de las ciudades-estados más poderosas del mundo.

Al cabo de unos días, su nombre fue anunciado: Walker sería el nuevo jefe

máximo de gobierno y todos debían mostrar su incondicional respeto.

Por dentro se encontraba temeroso pero también confiado. Su hija lucía cada vez más bella y decidida. Sería la persona ideal para sucederlo cuando le llegase el momento.

Si bien tenía que atender a una serie de problemas puntuales, el viejo Walker se encargó de preparar aún más a su hija, no sólo desde el entrenamiento físico, sino también mental. Así que la envió a estudiar a una de las universidades más prestigiosas y exclusivas.

Era la primera vez que ella dejaba su casa, por lo que en sí resultaba una aventura completamente nueva e inesperada. Ahora estaba en una liga muy diferente: sin guardias, ni vigilancia.

A pesar de su rostro inexpresivo y neutral, por dentro tenía miedo por todo lo que se le vino encima. No sólo tenía que lidiar con los estudios sino también con la necesidad de experimentar situaciones que en su vida se había imaginado.

Prefirió quedarse en una residencia estudiantil a pesar de las protestas de su madre. ¿La razón? Deseaba con todas sus fuerzas vivir la verdadera experiencia sin perderse en los detalles ni en formalidades.

Pero todo bien, dentro de todo, seguía moviéndose en el círculo Alfa y Beta, no correría demasiado peligro, a menos que sucumbiera a los placeres desconocidos de la carne.

Ese tema en particular había sido una especie de asunto aparte para ella, principalmente porque pasó gran parte de su vida siendo sobreprotegida por su padre. Cualquier hombre que se le ocurriese siquiera la remota idea de acercarse a ella, tendría que sufrir las graves consecuencias de ese acto de máximo atrevimiento.

Sin embargo, ella estaba allí, sola y dispuesta a romper todas esas absurdas reglas que le impusieron. Nadie estaría detrás de ella para decirle qué hacer y qué no, así que tuvo la sensación de que la aventura estaba a punto de comenzar.

Mientras clases de Economía, también dividía el tiempo en fiestas y reuniones. De esa forma, conoció a todo tipo de personas, tanto hombres como mujeres. Quedó inmersa en la cultura y en las expresiones artísticas, le encantó saber que de alguna manera había un mundo diverso. Aun así, sentía constantemente esa misma sensación de incomodidad, como que por más que lo intentara, jamás terminaría por pertenecer.

Trató de obviar ese sentimiento lo más que pudo. Se dedicó a explorar

grupos hasta que se topó con una persona que le cambió el concepto de la atracción. Más de lo que tenía pensado.

Era un hombre alto, moreno, de cabello largo y lacio y con una actitud descarada. Tenía un andar seductor y la mirada peligrosa, gracias a esos pómulos pronunciados y esos ojos oscuros que eran todo un misterio.

Ella sintió que él le hablaba aunque fuera pronunciara palabra alguna. Era casi como si leyera sus pensamientos y sucumbiera ante la necesidad de saber más de él, de quedar embelesada por sus palabras y acciones.

Se habían encontrado en múltiples ocasiones pero sin la posibilidad de intercambiar más de algunas palabras. Finalmente, coincidieron en una de las tantas fiestas de la facultad. Aunque el salón estaba repleto de gente, los dos se miraron en la distancia, con esas ganas intensas de hablar y de terminar con esa tensión que se hacía cada vez más insoportable.

-Hola.

-Hola. Creo que he esperado demasiado tiempo para esto.

-Yo también.

Tenía la voz grave y aterciopelada. Por ello, Louise, sentía que la acariciaba sin haberle puesto un dedo encima. Después de ese primer encuentro, se sentaron en un par de sillas en una terraza. Mientras los demás hablaban y se embriagaban, ellos hablaban tan ensimismados en uno con el otro, que el resto del mundo desapareció por completo. Para Louise, esa sensación fue más que increíble.

Lo cierto es que, a pesar de tener un exterior fuerte y un tanto intimidante, internamente era una chica que deseaba fervientemente probar el placer y la lujuria. Quería sentir el calor de una persona, los besos, el deseo, el descontrol. Había pasado gran parte de su vida bajo la constante supervisión, que de a ratos sentía que no era capaz de expresarse libremente.

... Pero él era un asunto muy diferente, él le despertaba ese animal que tenía por dentro, ese mismo que parecía desesperado por salir. Lo ansiaba demasiado.

La noche terminó de una manera sorprendente. Antes de despedirse, él se acercó para darle un beso. Uno muy intenso.

El toque de esos labios contra los de ella le hizo perder el sentido del tiempo y el espacio. Las manos de él fueron a parar a su rostro y ese calor casi la hizo estallar. Conforme pasaba el tiempo, Louise sentía que su cuerpo le estaba enviando un mensaje poderoso. Comenzó a experimentar un intenso palpito entre sus piernas y una especie de humedad que comenzó a correr, al

punto de preocuparle que aquello se marcara en su pantalón.

Intentó separarse, pensar detenidamente que lo mejor que podía hacer era tomarse un momento para procesar todo aquello que acababa de suceder.

-Cuando quieras, retomaremos esto...

Después de un par de besos más, ella se echó sobre la cama con la cabeza hecha un revoltijo. No sabía qué hacer ni qué pensar. Todo era tan nuevo que temía cometer una tontería.

En ese momento, cerró los ojos y se imaginó todo lo que pudiera pasar con él. Volvió a concentrarse en las sensaciones, en los toqueteos y en el calor de su aliento que se mezcló con el de ella. Además, el aroma de ese hombre, esa forma de moverse tan sensual, esa mirada. Él tenía todo para convertirse en un coctel peligroso, explosivo.

Experimentó de nuevo ese calor en su cuerpo, la humedad y la necesidad de experimentar sus dedos paseándose sobre su cuerpo. Se sentía indefensa ante esas emociones. Los entrenamientos de su padre no la prepararon para una situación como esa, no la prepararon para enfrentar la atracción que sentía por él.

Quiso hacer algo más pero no tenía demasiado claro de qué se trataba. Entonces, dejó que su cuerpo hablara su propio lenguaje, por lo que separó sus piernas abriéndolas de par en par, y llevó sus manos hacia su coño que ya estaba hecho un volcán.

Enseguida sintió ese calor y humedad intensos que terminaron irradiar el resto de su cuerpo. Cerró los ojos y sintió que estaba en un mundo completamente diferente, uno en donde los placeres eran tan fuertes que se habían convertido en el lenguaje perfecto del momento.

De inmediato, su mente comenzó a recordar la esencia de ese hombre tan varonil, tan masculino. Ese andar, ese cabello, esa mirada que parecía quemar todo aquello que divisara. Era increíble, él sin duda lo era.

Dejó su boca entreabierta y comenzó a hacer gemidos suaves y luego intensos. Mordía los labios y trata de reprimirse a sí misma porque estaba en una situación especial. No podía ser demasiado expresiva porque podía irrumpir la paz de otras chicas que estaban allí.

Sin embargo, internamente le daba igual. Así pues, su mente y su cuerpo comenzaron una batalla interna cruel en donde había una clara disputa entre la razón y la emoción.

Siguió tocándose por mero instinto, de manera suave y también fuerte. Experimentó los diferentes tipos de caricias que no solamente se concentraron

en su coño, también habían ido a parar a sus pechos y muslos.

Su piel parecía erizarse en cada momento que se rozaba así misma porque descubría poco a poco esa sexualidad que había permanecido tanto tiempo dormida. Era un mundo nuevo que ansiaba explorar.

Continuó hasta que sintió una especie de corriente eléctrica que le nació en la espalda y que siguió hasta recorrerle toda la espina. Ese fulgor no se detuvo hasta que se materializó en algo que ni ella misma pudo explicar con exactitud. Lo cierto, es que terminó agotada, cansada pero con un torrente de endorfinas que la hicieron sentir increíblemente feliz.

Dejó caer los brazos sobre la cama y se quedó un rato allí, mojada y aún con el recuerdo intenso del placer que acababa de experimentar. Luego se acurrucó y se quedó pensando en las múltiples sensaciones que se había privado por miedo o control. Se prometió a sí misma que no volvería a ese punto y que se regalaría una serie de sensaciones increíbles. Sí, eso haría.

No pasó demasiado tiempo para que ambos pudieran volver a encontrarse. Para variar, el tío lucía más hermoso e imponente que nunca, como si supiera exactamente cómo seducirla y llevarla hacia un punto de no retorno.

Pero Louise también estaba preparada. No sólo había comenzado a internalizar su potencial sexual, sino que además estaba dispuesta a dejar que su naturaleza la llevara a lugares insospechados.

Entonces, se acercó a él y lo miró fijamente. El hombre supo de inmediato que algo había sucedido en ella, por lo que no hubo necesidad de decir palabra alguna. Todo estaba allí, dicho.

Ambos se encontraban en una de esas tantas fiestas que organizaba la universidad. El ruido y las risas quedaron opacadas poco a poco, porque los dos quedaron inmersos en un nivel de concentración tal que lo demás quedó en un segundo plano.

Él se dio cuenta que ella no daría marcha atrás, por lo que extendió su mano y se la tomó con fuerza. Miró hacia otra dirección y comenzó a caminar hacia adelante para salir de ese lugar. La gente y el ruido, el ambiente y la fiesta sobraban de plano. Sólo era necesario ellos dos.

La noche estaba particularmente clara y despejada. Louise sentía que el corazón le iba a saltar del pecho pero sabía que algo así llegaría a experimentar. Sin embargo, él la seguía sujetando con fuerza, con seguridad, para hacerle saber que no estaba sola y que seguiría con ella en todo momento.

El calor de sus dedos se sintió tan bien porque fue como experimentar una especie de confort, de cuidado. Siguieron caminando hasta que se acercaron al

coche de él. Un coche clásico de esos que ya no se veían por ser unas completas rarezas.

La abrió la puerta y antes de subirse, la tomó por la cintura con esa actitud de hombre que acababa de capturar su presa. Lo hizo con firmeza y la miró a los ojos.

-He querido hacer esto desde el momento en que te vi.

Seguidamente, le estampó un fuerte beso que casi le hizo sentir que sus piernas le fallarían en cualquier momento. Louise estaba en un estado mental y físico que era digno de otro mundo.

Cuando se separaron, ambos se miraron como si fueran cómplices de algo muy fuerte y muy intenso. Además, los nervios que experimentó Louise comenzaron a recorrer su cuerpo como una señal inequívoca de que lo que estaba a punto de enfrentarse.

Luego de acomodarse, los neumáticos comenzaron a andar sobre ese camino de asfalto y hojas secas. Ella no paraba de pensar y en preguntarse cómo serían las cosas, pero algo le dijo que tenía que relajarse, sobre todo porque anticiparse no tenía sentido en ese caso.

Él, mientras, manejaba con ese aire de suficiencia y de seguridad. Exudaba una sensualidad que aplastaba a todo a su paso. Luego de un rato, colocó una mano sobre el muslo de ella y la miró por completo. Louise se asustó porque había desviado sus ojos de la vía, pero así era él, peligroso, mortal.

Quiso decirle algo pero no pudo, ese contacto le hizo perder casi el sentido de la realidad así que quedó envuelta en una especie de vórtice placentero.

De repente, como si no hubiera pasado nada, él giró la cabeza y siguió con el camino. Era un alma rebelde y prohibida, era todo lo que estaba mal y aun así era algo que ella deseaba tener desesperadamente.

Siguieron su recorrido y poco a poco iban adentrándose a una zona residencial que no quedaba muy lejos del campus. Según el aspecto del lugar, Louise dedujo que se trataba de alguien de dinero puesto que todo lucía increíblemente moderno y lujoso.

Aparcaron entonces frente un edificio de ladrillos de ese estilo vintage del que tanto hablan los decoradores. Se quedó impresionada por ese aire nostálgico que tenía. Pero claro, no tuvo demasiado tiempo para admirar lo que tenía en frente porque estaba concentrada en él.

Él le tomó la mano y la llevó hacia adentro. El lobby lucía brillante y sobrio, como si se tratase de una galería de un museo. Siguió guiándola hasta

el interior de uno de los elevadores y en cuanto se cerraron las puertas, volvió a tomarla de la cintura e hizo que lo mirara fijamente a los ojos.

La mirada intensa, las cejas espesas, las pestañas largas, los labios que dibujaban una amplia sonrisa y ese cuerpo que la rodeaba de una manera que la hacía sentir más segura y también más excitada.

Llegaron finalmente a ese largo pasillo y se colocaron en frente de una puerta de madera. Él marcó un código con una tarjeta y ambos entraron. La oscuridad se interrumpió por esos rayos de luz que entraban de los surcos de las ventanas. El suelo de madera cobraba vida gracias a ello.

Louise no quiso distraerse más porque la ansiedad la estaba matando. No sabía qué esperar, así que se dedicó a respirar varias veces para tratar de relajarse lo más posible. Él detectó ese nerviosismo, así que se adelantó y le ofreció una copa de vino tinto.

-Creo que esto te gustará.

Chocaron ambas copas y ambos tomaron un sorbo de la bebida con lentitud, como si estuvieran midiendo el proceso con mucho cuidado. Por suerte, ese grado de alcohol fue suficiente como para que ella olvidara todo lo demás y fuera hacia él.

No fue planificado, al menos no de su parte, pero sí fue un impulso que lo tomó por sorpresa... Una muy agradable por cierto.

Su amante entonces la tomó entre sus brazos y esta vez no tuvo reparos en besarla como le correspondía. Estaba ansioso por tomarla y por hacerla suya. De hecho, la había pensado y había fantaseado con ella tantas veces que ya había perdido la cuenta. La ansiaba tanto que no podía imaginar que por fin había llegado ese momento después de todo.

Sus manos inquietas comenzaron a quitarle la ropa de a poco. Cada tanto, percibió algunos espasmos de su parte pero sabía que era producto de su propio nerviosismo. Pero no tuvo problemas con eso porque él era un hombre experimentando y con mucha paciencia, así que fue lento, suave para no asustarla ni ahuyentarla.

Ella, en cambio, comenzó a perder el miedo y dejó que la unión de su excitación y el alcohol actuaran en ella. Al mismo tiempo, comenzó a gemir pero muy sutilmente, su respiración comenzó a agitarse y los latidos de su corazón se volvieron más agresivos.

Incluso sintió cómo su sangre corría entre sus venas con una velocidad impresionante, como si su cuerpo se hubiera convertido en una especie de fuerza natural... Pero ciertamente así era.



Sin darse cuenta quedó completamente desnuda ante él. Sintió un poco de miedo puesto que era la primera vez que alguien la veía de esa manera. Se sentía indefensa pero también increíblemente excitada. En ese momento su coño era una especie de torrente el cual emanaba chorros deliciosos y calientes.

Él estaba listo para ella, tanto que dudó por un momento por dónde podía comenzar. Quedó ensimismado por sus piernas estilizadas, por su cintura pequeña, por esa piel tan blanca como un lienzo, por esa boca delgada pero atrevida y claro, esas mejillas encendidas y marcadas por el rubor de la emoción del momento. Estaba excitado y también conmovido por esa ligera fragilidad que no ella no podía ocultar.

Se acercó para darle un beso y lo hizo con cuidado. Después, poco a poco se volvió más intenso. Sus lenguas comenzaron a jugar. Todo se volvió agresividad porque la misma desesperación de tenerse se hacía sentir en grado superlativo.

De repente, cuando ya no pudo más, la tomó entre sus brazos y la llevó a la habitación principal, la cual se encontraba en el piso superior. Subió las escaleras lentamente con la intención de no dañar a ese precioso tesoro que tenía. Al llegar, avanzó con el mismo cuidado hasta depositarla finalmente sobre la cama.

Se quedó maravillado al verla, se preguntó realmente si esa mujer era real. Tan dulce, tan delicada, sin duda contrarrestaba con esa imagen de chica dura que siempre tenía. Ahora la había encontrado en una situación completamente diferente y eso, además, le alimentaba el morbo increíblemente.

Se alejó lentamente de ella para comenzar a quitarse la ropa. Primero la camiseta, los zapatos y luego el vaquero. Poco a poco se iba despojando la imagen de chico malo que a ella le gustaba tanto.

Si bien ella se encontraba en una especie de trance debido a la excitación que tenía, eso no le quitó la oportunidad de verlo debidamente. Ese torso tallado, el cabello suelto que le caía sobre los hombros, esa espalda ancha, las piernas y, claro, el tamaño de su miembro.

Por un momento ella sintió que no podría con él pero luego se dio cuenta que él se acercó hacia ella para darle más besos. De nuevo, el mundo quedó atrás por completo. No había nada que temer.

Ella lo bordeó con sus brazos y para así fundirse en un abrazo. Se volvieron a besar y esta vez no hubo nada que los detuviera, no hubo permisos ni gestos de autocontrol. Ya no hacía falta algo de aquello.

La boca de él comenzó a descender poco a poco. Pasó por su cuello y por un momento se detuvo en esos pequeños pechos redondos y firmes. Los lamó y mordió los pezones hasta que continuó con su recorrido de placer.

Finalmente, descendió por su vientre para encontrarse de frente con la maravilla de ese coño virgen. Apoyó sus manos sobre sus muslos y luego echó una mirada hacia ella.

-¿Estás bien?

Louise estaba tan excitada que sólo alcanzó para afirmar levemente con la cabeza. En ese instante él supo que ella ya era suya.

Dedicó unos cuantos besos delicados entre sus piernas. Louise gemía cada vez con más fuerza y antes de siquiera sentir la lengua de él, se aferró todo lo que pudo en las sábanas para asegurarse que estaba más viva que nunca. Luego, pocos segundos después, la boca de él atestó de tal manera que le dio un beso intenso justo en el clítoris.

El grito retumbó por toda la habitación. Y no fue uno solo, fueron varios, gracias a la intensidad que él imprimió en cada momento.

No hubo forma de explicar todo lo que estaba pasando. No hubo manera de encontrar los calificativos correctos para una situación como aquella. Esa lengua se movía de una manera que la hacía sentir más viva que nunca, ese ardor, ese calor que parecía emanar desde el centro de su cuerpo para irrigarse por el resto de sus extremidades, era magia pura, sin duda.

Mantuvo la boca abierta porque estaba consciente que no podía cerrarla más. Era imposible y más cuando se había hecho esclava de esa boca tan audaz y experimentada. Sólo le quedaba sentir cómo su coño se iba mojado cada vez más.

Luego de un rato, él se incorporó lentamente porque tampoco pudo soportar demasiado tiempo. El sabor de ella era exquisito pero también se encontraba ansioso por probarla por completo. Así que masajeó un poco su coño para mantener la excitación y también para mirar las reacciones que tenía. Ella se movía lentamente, sensualmente, como una diosa, como su diosa.

Finalmente, volvió a subirse sobre la cama lentamente para incorporarse con ella y también para mirarla fijamente. Tenía el rostro encendido y la frente perlada. Tan bella.

Louise instintivamente abrió las piernas y sintió enseguida el calor de su penen en la entrada de su coño. Estaba hecha fuego y ansiaba por consumirlo entre sus llamas. Él supo por su lenguaje corporal que no debía tardar demasiado, así que comenzó a moverse poco a poco para introducir la verga

dentro de ella, mientras que al mismo tiempo no dejaba de besarla.

Louise sintió de a poco la presión y el ardor de ese sexo que se iba materializando. Él siguió empujando, lento y paciente, con el fin de no hacerle daño pero aquello también le resultaba sumamente excitante porque podía sentir la estrechez de ese coño que lo absorbía por completo.

Al cabo de un rato, él lo pudo meter todo, entero. Louise sintió que en cualquier momento iba a desfallecer pero de inmediato sintió los besos y las caricias de ese hombre que la hicieron volver a la vida.

Luego, comenzó a moverse hacia atrás para generar esa fricción gloriosa. Como era de esperarse, escuchó algunos quejidos de ella, por lo que se concentró en las expresiones y en los sonidos que hacía para estar atento ante todo lo que estaba pasando.

Lo cierto es que el dolor terminó de ceder por completo para dar paso a esa sensación tan agradable y placentera. El calor de sus carnes combinadas y juntas, la hicieron sentir como nunca. De nuevo, se encontró en esa especie de disyuntiva que la hacía preguntarse una y otra vez, si existía algo remotamente similar a eso. Estaba casi segura que no.

La perfecta unión de sus cuerpos continuó para materializarse en un movimiento sensual dado a la pelvis de él. Ese mismo que la hacía sentir que la verga de su amante iría cada vez más hacia dentro para volverla loca. Ansiaba tanto aquello.

La habitación oscura y algo fría, cambió de repente gracias a los jadeos y gemidos de ella, así como la respiración agitada de él.

Pero no todo se quedó allí, él también aprovechó para poseer otras partes de su cuerpo: su cuello, sus pechos, su torso, las piernas, todo aquello por medio de agarrones, mordidas y lamidas salvajes. Él ansiaba desesperadamente que ella fuera capaz de recordar cada cosa, que no pudiera vivir sin el placer que le daba.

Siguieron así hasta el Louise supo por entero que quería más. Como el experimentado que era, él la tomó por la cintura e hizo que ella cambiara de posición, esta vez, el juego se haría en cuatro.

Hubo unas dudas al respecto, pero él también tenía que confiar en los deseos de su acompañante, así que se cercioró que todo estaba bien y cuando se dio cuenta de que así era, se acomodó como correspondía y la miró en toda su humanidad.

Esas nalgas expuestas, esas piernas, ese coño que desde ese ángulo se veía tan húmedo, tan delicioso. No pudo evitar extender un par de dedos para

introducirlos en esa parte tan exquisita y llena de placer.

Después de tocarla un rato y de hacerla casi rogar por él, se colocó detrás casi sintiéndose como un semental. La tomó entonces por la cintura con fuerza con el fin de sostenerse lo suficiente de ese cuerpo delicioso y perfecto.

Ella exhaló con lentitud, como haciendo el intento de relajarse lo más que pudiera porque estaba consciente de lo que estaba a punto de recibir. Sintió de nuevo la potencia de la verga de él dentro de ella. Sintió el calor y la presión de ese sexo que parecía mantenerla al borde de la desesperación. No paraba de gemir, de sentir, estaba hecha una sumisa por lo que estaba experimentando. Era lo más genial del mundo.

Él seguía embistiéndola una y otra vez, con fuerza y determinación. Louise, mientras sujetaba un poco de las sábanas entre sus manos, sentía que iba a explotar de placer en cualquier momento.

Siguieron así por un rato, hasta que él se detuvo para que ella lo sintiera todo por dentro. Estando así, sólo lo empujaba cada vez más para que pudiera llegar tan profundo como fuera posible.

En ese punto, ella no paraba de gemir. Era tan poderoso lo que estaba experimentando que pensó que no sería lo suficientemente fuerte como para aguantarlo. En ese momento, sintió las manos de él que la tomaban con más fuerza. Esos dedos largos y gruesos parecían afincarse cada vez más sobre su piel, marcándola, haciéndola sentir que le pertenecía más que nunca.

Cerró los ojos ante todo el placer que estaba experimentado y se dijo a sí misma que ya no aguantaría más, que ya no haría más resistencia y que se entregaría a lo que estaba sintiendo sin más. Entonces, sus piernas comenzaron a temblar, lo mismo que sus brazos.

Luego de eso, los espasmos se hicieron cada vez más intensos hasta que sintió que perdería la fuerza de su cuerpo en cualquier momento. En ese fragmento, en ese momento, él empujó su verga cada vez más hacia adentro y fue allí cuando exclamó un alarido tan potente que le sirvió a él de advertencia para hacerle saber que su orgasmo había tomado el control de la situación.

Su voz quedó entrecortada por lo que no pudo expresar plenamente sus sensaciones. Pero estaba bien, era perfecto porque no había necesidad de decir algo más.

Por último, se mordió la boca y después se dejó consumir por completo por aquella oscuridad que terminó de nublarle los ojos. Supo de sí misma hasta que se dejó caer sobre la cama. De ahí en adelante, todo le pareció un sueño.

Su amante se corrió poco después sobre el torso de ella. Aprovechó la ausencia de la consciencia para levantarse, ir al baño y comenzar a lavarse un poco. Se miró en el espejo y luego la miró a ella, ensimismado y sumamente plácido por haber compartido el tiempo con ella.

Volvió a la cama y se acostó junto a ella. La miró dormir tranquila, observó la belleza de ese pecho que se inflaba y desinflaba con sutileza, como si fuera la cosa más hermosa del mundo. Aunque, para él, de cierta manera era así.

Ambos descansaron por un rato y luego volvieron a comerse. No querían perder el tiempo, así que aprovecharon cada instante y cada rincón de aquella habitación para hacerlo bien, fuerte, duro, despacio, suave, doloroso y sublime.

Las horas pasaron velozmente y luego de retomar la normalidad para volver a ella a regañadientes, Louise volvió a la cama de su habitación, echándose sobre ella y pensando en todo lo que había pasado. No lo podía creer.

Cerró los ojos como para que los recuerdos no se les escaparan, no quería. Se mordió de nuevo los labios y el hacerlo le hizo sentir que aún saboreaba la piel de él en su boca. Sonrió y se sintió más mujer... Más que nunca.

Ese fue el inicio de una relación idílica. No sólo los unía el hambre de conocimiento y la curiosidad del saber, sino también ese voraz apetito sexual que parecía no dar tregua. Follaban como un par de animales salvajes, casi que a toda hora y en todos los lugares posibles.

Louise estaba adquiriendo experiencia en cómo moverse y en cómo comer correctamente la verga de su amante. Por dentro, lo único que buscaba era darle el máximo placer posible porque, de alguna manera, así sentía verdadero placer.

Las cosas fueron aumentando de intensidad conforme el paso del tiempo. Ambos sentían esa necesidad de experimentar más cosas, ir más lejos y así probar un mundo de nuevas posibilidades. Estaban en la sintonía perfecta.

Él se dio cuenta que ella tenía una especie de tendencia sumisa, así que hizo lo posible para saber cómo podía aprovechar todo aquello a su favor... Y el de ella, claro.

Comenzó a experimentar el deseo de control y dominación que parecía crecer en su interior y a hacerse más fuerte que nunca. Se daba cuenta de ello cuando Louise se arrodillaba para él y así a proceder darle sexo oral. Miraba sus ojos grandes y azules, brillantes como las estrellas y con ese lenguaje

propio de la lujuria y el deseo. Miraba la exquisita disposición de hacerle sentir el hombre más poderoso del mundo. Era casi como estar en la cima del cielo. No tenía precio.

Le tomaba del cabello o del cuello, restregaba su verga sobre su rostro y cuando estaba a punto de perderse a sí mismo, le daba bofetadas. Louise, por su parte, estaba viviendo en una fantasía que había construido por y para él. Era la sumisa perfecta, la pareja perfecta de un hombre que la hacía sentir increíblemente bien.

Su relación se dio a conocer en el resto del campus. La gente realmente estaba fascinada por esa pareja que parecía la más envidiable de todas. Ella, hija del nuevo cabeza de los Alfas, segura, inteligente y fuerte, y él, un hombre bohemio, brillante, con dinero y poder. Era la mezcla perfecta.

Pero claro, ella tenía esa sensación extraña en el estómago, ese algo que no podía describir bien por completo porque no se encontraba demasiado segura al respecto. Tenía esa ligera sensación de que las cosas terminarían en algún momento... Y no se equivocaba.

Aunque el sexo era explosivo e increíble, aunque ambos pudieran hablar de cualquier tema sin cansarse, la relación comenzó a desgastarse poco a poco. Louise se dio cuenta que a pesar de haberse sentido tan deslumbrada en un principio, era una persona capaz de sentirse aburrida relativamente rápido.

Así que se encargó de marcar distancia, de dejar las cosas al olvido y de no complicarse demasiado porque era una mujer joven en una etapa muy interesante de su vida.

Lo cierto es que esa relación le dejó algo muy importante: la confianza en sí misma y la necesidad de experimentar más sobre ese tema que había sido un tabú para ella.

Los años de universidad fueron, sin duda, los mejores. Aprendió tanto de sí misma fuera de sus padres, que había regresado a ese mundo prácticamente convertida en una persona diferente.

Ahora tenía cuestiones muy importantes en su haber. Disfrutaba el sexo y disfrutaba explorarse a sí misma para conocer sus más íntimos placeres. Disfrutaba el expresarse al máximo sobre la cama porque era un espacio en donde se sentía libre y lejos de las regulaciones de los Alfas... Esas mismas que le parecían increíblemente absurdas.

Al contar con la preparación necesaria y así ayudar a su padre, Louise fue introducida al mundo de los de los negocios y del poder de los Alfas. Fue la primera vez donde se dio cuenta de lo brutal y feroz que era todo. No

importaba si pasaban sobre ti, lo verdaderamente relevante era hacer todo lo posible por demostrar dominio en cualquier momento.

Lo que la gente no se esperaba es que gracias a sus entrenamientos, amores y desencantos, Louise era una mujer prácticamente implacable. Sería, fría y con un don natural para comandar, ella fue la mano derecha de su padre durante el tiempo que permaneció desempeñándose como el jefe de los Alfas.

Durante el tiempo que estuvo con él, aprendió todo lo concerniente a liderazgo y a lo necesario para actuar en situaciones complicadas y extremadamente difíciles. Cada vez que estaba con ella, se daba cuenta de que estaba formando una líder nata y capaz, aunque por dentro sentía el miedo latente de que si llegara a faltar, no podría protegerla como quería.

Así que, mientras pudo, hizo lo posible por formular medidas que fueran lo suficientemente importantes como para cuidarla lo más posible. Entonces los años pasaron y la madurez emocional y mental de Louise fueron suficientes como para asignarle el cargo más importante en ese momento: sería la líder de los Alfas y lo sería por mérito propio. Sin embargo, habría que esperar la respuesta del consejo. La última palabra la tendrían ellos.

-¿Por qué yo? Hay muchas personas que son más capaces y preparadas.

-Nadie podrá hacerlo mejor que tú, hija. No me cabe la menor duda.

Ella hizo un largo suspiro y experimentó un cúmulo de sensaciones que no pudo describir en un primer momento. Estaba confundida porque de nuevo sintió que ese no era su lugar y, además, estaba el hecho de que tenía la sensación de que su padre no estaba bien de salud y que aquella insistencia de lucir fuerte era sólo una imagen que debía mantener por las apariencias.

-Esto no me importa. Me importas tú. Lo sabes muy bien.

-Lo sé, pero también sé que debo proveerte de lo mejor que tengo para que no sufras daño alguno.

Louise no comprendió lo que quiso decir. Entonces, cuando estuvo a punto de preguntarle a qué se refería, justo en ese momento recibieron la notificación que ambos estaban esperando: Louise se convertiría en la próxima líder de los Alfas gracias a una votación unánime.

-El mandato de tu padre fue uno de los más brillantes que hemos tenido y sabemos que nos esperará una era de oro contigo.

Esas palabras se sintieron como un enorme peso sobre sus hombros, pero aun así estaba derecha y firme escuchando todo, con esa expresión neutral que siempre tenía.

Luego de unos días, se hizo una ceremonia de paso de poder. El viejo

Walker estaba orgulloso de su hija quien parecía revestida de luz. Aunque parecía seria y tranquila, se dio cuenta que en su mirada había rastros de pavor, por lo que de vez en cuando la tomaba del brazo y la acariciaba para hacerle entender que no estaba sola. De alguna manera, él estaría apoyándola en todo momento.

Finalmente, Louise Walker se convirtió en la nueva líder de los Alfas con la mirada dura y desafiante con algunos rastros de miedo e inseguridad.

Lo que no sabía ella que en esa misma sala, alguien la veía con escepticismo. Alguien que estaba pensando que esa mujer era una usurpadora y que haría lo posible por demostrar que se trataba de un fiasco. Haría todo lo posible para hacerlo.





### III

Aquellos ojos verdes brillaban en el medio del salón, inspeccionando y mirando cuidadosamente esa figura que estaba frente a él, frente a ese grupo de personas que se encontraban con aire festivo. Pero él no. Él estaba hecho fuego internamente porque no podía soportar la indignación que sentía. Le carcomía y no podía más con aquello.

Se mantuvo allí por un rato hasta que no lo soportó. Sin embargo, cuando hizo el gesto de hacerlo, sintió la presión de la mano de un hombre que tenía a su lado.

-No. Hay que quedarse hasta el final.

El hombre mayor le sostuvo el brazo hasta terminar la ceremonia. Él, en cambio, sentía una mezcla de ira y frustración. Ella no debería estar allí y menos siendo la persona que era.

-Debes felicitarla.

-¿Pero qué cojones, padre?

-Debes hacerlo. Somos una de las familias más importantes, la gente tiene que pensar que estamos de acuerdo aunque por dentro la situación sea completamente diferente.

La voz denotaba tranquilidad pero no suficiente como para calmar los bríos de ese hombre joven que ansiaba destruir ese castillo de naipes. Entonces respiró profundo y se acomodó el traje. Colocó su mejor cara y mantuvo la mejor disposición posible. Haría lo que fuera por guardar las apariencias, a pesar que eso representaba un conflicto en su interior.

Esperó a que la gente terminara de saludar y de mostrar respeto a la nueva líder. La gente estaba con rostros de felicidad y conformidad. Esa alegría que no compartía él, ese hombre alto, blanco, fuerte y pelirrojo, de ojos verdes grandes y brillantes. Era una especie de Goliath, de un tamaño imponente y con una voz tan poderosa que era capaz de retumbar todo lo que había alrededor.

Estaba allí, en una esquina, alejado del tumulto porque tampoco era muy amante de la gente, quizás por eso no fue electo o quizás por el hecho de la fama que tenía por tener un carácter de los mil demonios.

Finalmente, al llegar a la línea, se detuvo a admirar a la mujer que tenía en frente. Pequeña, de cuerpo frágil pero de mirada dura, sus ojos azules se habían posado en los de él para desafiarlo con la misma actitud que tenía él.

-Felicitaciones a la nueva reina.

-Gracias. Muy amable de su parte, señor.

Había cierto dejo de sarcasmo en la voz lo cual él tomó como una especie de desafío. Sin embargo, y aunque hubiera querido responder sólo por el mero hecho de no soportaba desperdiciar una oportunidad como esa, prefirió esgrimir una sonrisa amplia y sincera.

Se acercó a ella entonces y tomó su mano para besarla. Sus labios rozaron levemente la piel de ella. Por un instante, sintió como si ella se estremeciera pero después se quedó concentrado en el aroma que expedía su piel, uno suave, dulce.

Luego se incorporó de a poco para luego mirarla de nuevo y hacerle una reverencia. Se iría de allí para pensar mejor lo que podría hacer después.

Sus pasos pesados hicieron resonar el suelo y las paredes de piedra. En su mente, se preguntaba por qué los Alfas debían ser tan ritualistas pero lo cierto era que eso era lo de menos, lo importante era otra cosa.

Salió del lugar solo porque necesitaba pensar sobre lo que acababa de ver. El encontrarse con el exterior, sintió los rayos de sol sobre la piel, el calor del día le pareció agobiar un poco, quizás por el hecho de que no estaba de muy buen humor.

Optó por sentarse en un banco de cemento que estaba cerca y miró hacia el cielo, dejó de nuevo que el calor lo embargara y le hiciera sentir cómodo. Aquello era un fenómeno especial por tratarse de un día de invierno.

Luego comenzó a recordar la ira que nació desde la boca de su estómago, ese mismo producto de haberse enterado de que aquella mujer no tenía ese pasado glorioso que sus padres habían pintado con tanto esfuerzo. No. Ella era otra cosa, era una maldita impostora.

Goliath fijó la mirada en un punto sobre el espacio, uno indiferente para él pero que le permitió pensar sobre el asunto que tenía frente a los ojos. Seguía mirándola en su mente, esa zorra, esa mentirosa. Ella y su familia tendrían que pagar por la traición que cometieron.

La ambición de Goliath la alimentaron desde que era un niño. Su familia era considerada como el grupo de Alfas más puros que existían, por ende natural que gozaran el reconocimiento de otros.

Eso mismo ayudó a hacerle pensar que todos debían estar a sus pies, obediéndole y sirviéndole porque una persona tan poderosa debía recibir el mejor trato posible.

Aunque una de las tendencias en los Alfas era educar a los hijos para hacerlos inteligentes y agudos mentalmente, para Goliath eso era lo de menos.

Si bien naturalmente era un chico inteligente, prefería las cuestiones más de índole física, de ese tipo en donde tendría que demostrar su fuerza total sobre los otros.

Así que practicó todo tipo de actividades: caza, pesca, taxidermia, lucha, expedición, escalada. Todo aquello que pudiera representar una especie de reto físico para él, lo tomaría de inmediato, sin chistar.

Pero a pesar de sus intenciones un tanto animales, su padre y madre insistieron para que también nutriera su mente. Era necesario.

-Debes ser brillante y también fuerte. Debes probar que puedes ser una persona capaz de albergar una mente aguda, así como agilidad y potencia. Debes comprenderlo.

Esas palabras para un adolescente no sonaban demasiado fáciles para digerir por su propia terquedad, sin embargo, le daría la razón con el paso del tiempo.

Si bien su mente y cuerpo estaban concentrados en mantener el máximo de concentración para heredar el puesto de importancia que implicaba ser el líder de los alfas, Goliath eso no quiso decir que no tuviera consciencia de otras cosas... Como las mujeres, por ejemplo.

Su atractivo se acentuó cada vez más y era particularmente notable. Ese cabello rojo fuego, la piel blanca que parecía brillar y los ojos grandes y verdes que atravesaban a cualquiera. Pero esos rasgos eran sólo una parte, también estaba su altura, la fortaleza de su cuerpo y esa aura de seriedad que parecía envolverlo a pesar que sólo era un chico.

Se volvió agudo y observador, tenaz hasta rayar en la terquedad pero eso sí, leal, tan leal a su padre y a sus causas como nadie. Por eso ambos habían formado una poderosa alianza que no pasaba desapercibida: el padre era la mente y Goliath el cuerpo. La unión perfecta.

Cuando el viejo Walker ascendió al poder, ambos arrugaron la cara, pero luego comprendieron que tenía sentido. Ese viejo había sido uno de los restauradores de los Alfas y había ayudado a consolidar el poder de los mismos.

Pero la mira se había mantenido, no se quiso perder porque había intenciones de ascender, quien fuera de los dos. Sin embargo, los planes se vieron momentáneamente opacados por la aparición de un tercer actor: Louise.

Goliath no le prestó demasiada atención, porque tenía la mente concentrada en su fase de exploración sexual. Se dedicó entonces a estar con toda clase de mujeres, tías aventureras, tímidas, dulces. De todo tipo, su

apetito era prácticamente voraz.

Primero, perdió su virginidad con una mujer importante dentro del círculo Alfa. Una mujer poderosa, elegante y con un andar muy sensual. Él la había visto durante muchos años, observándola desde lo lejos pero deseando quitarle cada prenda de ropa para devorarla y hacerla suya.

Trató de buscar la oportunidad adecuada hasta que en una de esas celebraciones que solían hacer. La miró pidiendo un trago en la barra, con un vestido largo, con escote en la espalda y con brillos. Parecía una estrella.

Tenía el cabello suelto, largo, rubio, y esa expresión en la cara de mujer suficiente y fuerte. Le gustaban así, que irradiaran poder y control... Porque él haría lo mismo.

Bebió el resto del vino que tenía en la copa como gesto para tomar un poco de fuerzas. Se levantó de la silla y caminó hacia su dirección, con los nervios brotándole en la piel pero estaba decidido. Pensó que podría aplicar lo que había aprendido de la caza y la pesca en su favor: la táctica para atrapar a su presa de la mejor manera posible.

Se colocó junto a ella y la mujer no le prestó atención hasta que giró la cabeza y se percató que junto a ella estaba un joven con la mirada insistente. Estuvo a punto de responderle de manera chocante pero no pudo, quedó embelesada por esa mirada tan intensa.

-¿Te puedo ayudar en algo?

-No.

Ella se quedó sin qué decir, así que permaneció un rato en silencio. La verdad, es que se había quedado intimidada ante la presencia de ese joven que parecía moverle hasta la última fibra de su cuerpo.

-¿Qué te parece la fiesta? Hasta hace poco estaba muy aburrida.

-¿En serio? Cuéntame, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

-Tú.

De nuevo esa sensación extraña, muy parecida al calor y a los nervios. No quería decir que era la primera vez que escuchaba algo así, todo lo contrario, era una mujer experimentada y que sabía muy bien cómo eran las cosas, sin embargo, él tenía ese algo que le parecía extraordinario, diferente. Le agradó su descaro y soltura.

-Hay que tener cojones para hablarle a una persona mayor, muchacho.

-¿Debería sentirme intimidado al respecto? No lo creo... Y algo me dice que tú crees lo mismo.

Él tenía esa manera interesante de jugar y era indudable que a ella le

gustaba eso. Pero, por lo pronto, sólo se limitó a sonreír.

-Bien, si te la das de ingenioso, ofréceme un trago. Veremos qué tan bueno eres con la conversación.

Ambos se sedujeron con la mirada y comenzaron a beber de una manera cómoda y agradable. Ella, quien se veía tan seria y distante, comenzó a reírse con él y comunicarle cierta cercanía por medio de su lenguaje corporal. Le agradaba tenerlo cerca, muy cerca.

Por otro lado, Goliath sólo pensaba en las ganas que tenía de poner sus manos debajo de su vestido, en tocar su piel, el sentir esos labios carnosos y en perderse en esa mirada que parecía decirle mucho más que su boca.

Esperó lo suficiente como para proponerle algo más atrevido:

-¿Qué tal si nos vamos a otro lugar? –Le dijo mirándola fijamente, ansioso por lo que ella iba a responder.

Por supuesto, eso para él representaba una apuesta muy importante. Muy fácilmente podría decirle que no y listo, la noche acabaría con él sobre su cama, con la mano en la verga y haciéndose un pajazo épico por aquello que pudo haber sido. Sin embargo, tampoco podía descartar la maravillosa oportunidad que podría representar el estar con ella.

Hubo una especie de silencio largo entre los dos. Goliath estaba a punto de volverse loco, por lo que esperó un poco más hasta que ella se acercó hasta su oído y movió sus labios suavemente.

-Llévame lejos de aquí.

Sintió que una corriente de emoción le corrió por todo el cuerpo. Incluso, casi sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Pero bien, todo lo que tenía que guardar en esa apariencia de hombre controlado, porque tenía que hacerla sentir que estaba con la persona indicada. Y así era.

Como otro acto aventurero, le colocó la mano sobre esa espalda torneada y perfecta. Sintió los músculos y el hueso fino de la espina. Posó sus dedos y acarició un poco. Sabía que estaba tentando su suerte pero tenía que arriesgarse, tenía que dar el todo por el todo. Luego pediría disculpa por ello.

Lo cierto es que a ella le encantó sentir todo aquello, esa manera de él de controlar la situación y también de hacerla sentir segura. No pudo evitar estremecerse un poco y le hizo a entender que así se sentía gracias a él.

-¿A dónde quieres ir?

-Vamos a mi casa. Está sola desde unas semanas y seguirá así por otras más. Tendremos espacio suficiente para, bueno, divertirnos un rato. ¿Qué te parece?

-Estupendo. Vamos, entonces.

Para ese momento, él ya tenía coche, así que se dirigieron a ese modelo clásico hermoso y brillante, uno de último modelo, propio del heredero de una dinastía importante.

Él le abrió la puerta y ella antes de entrar, se acercó tanto a él que rozó su boca con la suya, muy sutilmente. Sabía muy bien cómo seducir.

Prácticamente de inmediato, la verga de Goliath se puso tan dura como una roca. Quiso incluso tomarla entre sus brazos y abarcar su fino y escultural cuerpo. Rodearla, dejarla sin escapatoria y hacerle entender que él era el tipo de hombre con quien debía estar. Pero prefirió aguantar los bríos un poco, prefirió esperar la oportunidad debida para hacerlo. Y cuando sucediera, aprovecharía todo al máximo.

Anduvieron en el coche de él, dando vueltas por ahí, paseando y dejándose llevar por la brisa nocturna y el brillo de la luna. Ella había abierto su bolso de marca y extrajo un fino pitillo. Lo encendió y echó una profunda calada. La estela de humo se perdió con el viento y con la sonrisa que tenía en los labios, se veía realmente feliz.

Él experimentó una sensación de bienestar, como de conformidad en ese momento. Lo hizo sentir, incluso, más optimista sobre la situación. No quería que le fuera mal, por lo que el desenfado de ella le hizo sentir que todo saldría a pedir de boca.

Recorrieron unas cuantas calles hasta que ella se incorporó de repente para ver el camino completo.

-Sí, después de aquí, dobla hacia derecha. Luego te diré en dónde detenerte.

Él sólo asintió y tomó el volante para llevarlo hacia la dirección que ella le había indicado. A ese punto, el corazón parecía latirle con una fuerza impresionante. Estaba nervioso y más porque estaba acercándose a ese punto de encuentro para desatar por fin sus placeres.

-Aparca aquí, está perfecto.

Se detuvieron finalmente en una casa tan grande que parecía una mansión. De hecho, la residencia en donde se encontraban, era sumamente lujosa y ya eso era decir bastante. Así que él dejó de sentirse impresionado por el lugar para luego concentrarse en ella, debía hacerlo.

Salió rápidamente y fue hacia la puerta donde se encontraba ella, la abrió y la ayudó salir al extenderle la mano. En ese punto, no se había fijado que estaba bien nervioso, aunque ella sí.

-¿Estás bien?

-¿Eh?, eh, sí, sí. Todo bien.

Luego se acercó a él lentamente hasta que bordeó su cuello con sus brazos, al punto de que su cara estaba muy junto a la de ella. Goliath experimentó el olor delicado de su perfume, la suavidad de sus dedos que rozaban la nuca y el brillo de su mirada. Esa sensualidad tan perfecta y sublime.

-Tranquilo, mi amor. No tienes por qué preocuparte. Todo saldrá bien, ¿vale?

Sus dedos se enredaron en ese cabello espeso y rojizo, lo acarició un poco y lo miró fijamente a los ojos, como si quisiera perderse en ellos. Se quedó un rato así hasta que se acercó y le besó en los labios.

Goliath sintió que algo dentro de sí pareció estremecerse por completo. Ese contacto tan intenso y perfecto, terminó por convencerlo de que había tomado la decisión correcta en atreverse a acercarse a ella e invitarla a tener privacidad.

Luego de ese beso, ella le tomó la mano y lo miró con picardía. De esta manera, lo guió hasta la imponente entrada de la casa la cual, además, estaba iluminada como si fuera un palacio. Las columnas, los jardines y la pequeña fuente que estaba en toda la entrada. El sonido del agua le pareció tan relajante y perfecto que era casi como la armonía perfecta para un momento como ese.

Caminaron con cuidado, subieron unos peldaños de cemento que conducían a una enorme puerta de madera. Ella le soltó la mano por unos momentos para extraer la tarjeta para abrir y poder entrar. Esos instantes fueron suficientes para que él pudiera examinar la espalda curva y suave. La tela suave que caía sobre su piel y que parecía acariciarla tan delicadamente.

Estaba encantado, ensimismado, babeando como un tonto y ella lo sabía. De hecho, era una sensación que disfrutaba porque desde hacía tiempo no se sentía de esa manera. Su esposo, uno de los hombres más venerados por la cultura Alfa, no le prestaba atención porque estaba más concentrado en abrazar más poder que en la relación que tenía con su mujer.

Sin embargo no tenía tiempo para pensar en ello, no le importaba, la verdad. Estaba emocionada con la idea de encuerarse con un chico más joven que ella. Le despertaba el morbo de una manera indescriptible y era algo que sencillamente le encantaba.

Por fin se escuchó un pequeño clic que anunció que por fin la puerta se había abierto. Ella giró la cabeza lentamente y le hizo una mirada de reojo, de complicidad.

Entraron y a diferencia del exterior, el interior estaba completamente a oscuras. Ese ambiente también le hizo sentir a Goliath que era una especie de cazador que estaba a punto de saborear la carne de su presa.

Sintió que la boca se le había vuelto agua, que sus manos estaban listas para tomarla y que conquistaría su cuerpo con esa verga venosa que tenía. Sin embargo, hubo un cambio en los planes, tratándose de la mujer que era, las cosas dieron un giro inesperado. Ella le hizo un gesto con las manos para que se quedara allí, esperándola.

Ella avanzó unos cuantos pasos hasta que se detuvo en un punto de la habitación. Se veía tan bella y tan gloriosa porque justamente uno de los rayos de luna le daba en toda esa figura espigada y curva. Ella se echó parte del cabello suelto hasta atrás, como una manera de despejar sus hombros y de lo que estaba a punto de pasar.

Llevó sus manos hacia atrás y él notó que había comenzado a quitarse el vestido. Se bajó los tiros de este y luego de unos cuantos movimientos, ella quedó completamente desnuda ante él.

Goliath no pudo creer lo que tenía en frente, esos pechos, esa cintura, esas caderas y ni hablar de las piernas: largas, torneadas. Lo que más le dio morbo, además, fue ese rostro de mujer segura. No dejaba de pensar que haría lo necesario por hacerla suya infinidad de veces hasta volverla adicta a él.

Ella se quedó allí, espléndida y con la expresión descarada. Goliath supo bien que era una especie de juego así que no se adelantó demasiado para no quedar como un inexperto. Eso, además, también alimentó el aura de un ambiente que se volvió intenso, muy intenso.

Era claro algo muy importante, Goliath ya había estado con mujeres anteriormente, así que tenía experiencia en el tema. No obstante, quería ir un poco más allá, sobre todo con ella.

Cuando no pudo más, se acercó como una especie de pantera. La tomó entre sus brazos y fue directamente hacia sus pechos, esos mismos que desprendían un olor glorioso. Sus manos apretaban su cintura como queriéndose aferrar en ella o en su piel.

Siguió comiéndola de esa manera hasta que por el propio impulso de su cuerpo, la tomó entre sus brazos y la llevó hacia donde le pareció estaban las habitaciones. En ese punto, él no podía pensar ni reflexionar demasiado. No le importaba, estaba siendo llevado por el mero impulso del deseo.

Subió unas largas escaleras pero no le importó, estaba como un animal y ella lo sabía. Así que de vez en cuando le acariciaba el cabello y la nuca, lo



miraba de reojo y veía esos ojos encendidos. Llenos de fuego.

Finalmente llegaron al piso superior y él comenzó a moverse ágilmente porque no podía más. Si hubiera sido por él, de seguro la dejaba en el suelo para follarla allí hasta el cansancio. Quizás sería un buen plan para después pero no para esa noche. Las cosas con ella debían ser diferentes, al menos la primera vez.

-Aquí...

Le dijo ella muy suavemente, mientras le indicó una de las habitaciones que estaban allí. Goliath empujó la puerta y se encontró con un lugar amplio e igual de oscuro. Entonces, se apresuró en dejar ese cuerpo tan perfecto sobre la cama para luego irse por un momento y encender la luz. Estaba desesperado por verla.

La iluminación tenue se manifestó en toda la habitación. Esa mujer estaba esperándolo con esa sonrisa malvada y casi cruel. Estaba consciente que él era suyo y así lo sería.

Por otro lado, Goliath no era ningún tonto, de hecho él también tenía lo suyo y se lo haría saber de alguna manera. Así que se colocó en frente de la cama y la miró fijamente, aún vestido.

Ella solo se retorció un poco porque la situación le divertía, estaba a punto de jugar con ese chico a quien estaba dispuesta a enseñarle unas cuantas cosas pero, de nuevo, Goliath demostraría que, a pesar de su juventud, era alguien experimentado y bien capaz de demostrar habilidad.

Comenzó a desvestirse, a quitarse la ropa con paciencia y también con cierta crueldad. Si bien él estaba seducido por el cuerpo de ella, también podía hacerlo mismo con el suyo. Por ende, poco a poco dejó las prendas caer al suelo

Cada vez que lo hacía, dejaba en evidencia esa estampa tallada, definida, perfecta. Pero eso no era todo, también había algo más. Sin duda, ella se deleitó con el físico que tenía en frente de sus ojos pero también se percató del tamaño de la verga de ese chico.

Grande y gruesa, imponente y venosa. Por un pequeño instante sintió un poco de temor pero eso no hizo que se echara para atrás, lo contrario, lo sintió como si fuera un reto.

Luego de quedar desnudo, Goliath se quedó mirándola listo para algo más. Estaba algo indeciso pero luego se decantó por lo siguiente, ansiaba sentir los labios de esa mujer sobre su verga lo más pronto posible.

Se acercó hacia donde estaba ella y la miró haciéndole entender lo que

tenía que hacer. Ella comprendió que era un chico que no se andaba con juegos, así que se colocó sobre la cama, boca arriba, hasta posicionarse en el borde de la cama. Al estar lista, abrió la boca, deseaba ser follada así por él.

Goliath hizo una sonrisa amplia producto de la satisfacción que sentía. Era como estar en la cúspide. Así era.

Le colocó la verga entre los labios y se quedó allí, acariciándolos poco a poco. Luego, cuando sintió que no podía más, hizo que ella abriera la boca para metérselo lentamente y con paciencia.

Le pareció increíblemente sexy las arcadas que ella hizo y la forma en cómo se retorció sobre la cama porque resultó ser un tamaño más pronunciado de lo que había calculado.

Goliath disfrutó de esa primera vista pero también tenía otras cosas frente a sí. Esos pechos, esa cintura definida, esa figura curvilínea, perfecta. Así que se estiró para tocarlos, para manosearla y para hacerle saber que era de él cada parte. Que no habría manera en que ella lo olvidaría pero eso no existía, sería imposible.

Cuando sintió que ella se había acostumbrado a su tamaño, comenzó a moverse con más intensidad. Así que su pelvis comenzó a dibujar una especie de movimiento sensual y constante. Iba cada vez más y más hasta que las ganas fueron más grandes que él. En ese punto, no aguantó y se dedicó a tomarla por el cuello. La acomodó de tal manera que la dejó en cuatro sobre la cama.

Por supuesto, no se esperó que esa vista fuera tan impactante. Esos labios calientes, húmedos, esas piernas y esas nalgas tan bellas y redondas. No pudo evitarlo y le dio unas buenas nalgadas, tan fuertes y contundentes que sus manos quedaron marcadas en esa piel blanca y delicada.

-Vas a acordarte de mí... Te lo juro.

Ella apenas tuvo tiempo para responderle con un gemido porque poco después sintió cómo él le embistió con fuerza y contundencia. Goliath apoyó sus manos sobre su cintura y se agarró de allí como si no hubiera un mañana.

De inmediato, los gritos de ella no se hicieron esperar. De hecho, casi parecieron retumbar la habitación. Esos ruidos eran la señal perfecta de que estaba quebrándose cada vez más y eso a él le encantaba.

Se sostuvo a aquellas curvas como nunca lo había hecho en su vida. Por dentro, sin embargo, a pesar del grado de excitación que tenía, hubo algo en él que le hizo entender algo importante. Algo comenzó a crecer en su interior, una cuestión que no supo explicar de inmediato y que, además, no se había manifestado hasta ese momento.

El nivel de concentración era tal que se olvidó de sí mismo por un largo tiempo, no supo qué hacer ni cómo reaccionar, salvo dejarse llevar por ese instinto que parecía hablarle con una claridad perfecta, precisa.

Así pues, permitió que la naturaleza hablara por sí misma, manifestándose de múltiples maneras. Entre todas que se presentaron en su imaginario, se decantó por una en especial.

Dejó una de sus manos y la llevó hacia el cuello de ella mientras su cabeza iba de un lado a otro gracias al vaivén del sexo que tenían. Cerró sus manos en esa fracción de su cuerpo y apretó levemente.

Esperó por un momento, quedándose quieto, esperando el rechazo. Pero por suerte, no fue así. Sonrió para sí mismo hasta que de nuevo un impulso se manifestó en él: el deseo de apretarle con más fuerza fue suficiente como para hacerlo.

Ella, seguidamente, hizo una exclamación intensa de excitación por lo que Goliath se percató que a esa mujer, tan fría y serena en el exterior, realmente era una amante de la sumisión y él estaba completamente seguro de que era persona ideal para llevarla hacia esos límites que pocos mortales hubieran deseado tener.

El sexo, después de ese gesto, se volvió más intenso y más increíble. Agarrones de cuello, apretones en las nalgas y mordidas en lugares pocos escondidos los cuales resultaron como un desafío a esa norma tácita de no dejar nada que resultase demasiado evidente. Pero así era él, un rebelde de espíritu quien disfrutaba hacer lo que le daba la gana.

Al cabo de un rato, ella terminó en el suelo, arrodillada y con la cara puesta en dirección a la de él. ¿La intención? El mirarlo fijamente mientras se tragaba su pene, mientras lo tenía en la garganta.

Goliath plantó ambos pies con la intención de no perder el equilibrio durante el proceso. Si bien ya había experimentado tal cuestión por otras mujeres, ella tenía algo que no sabía explicar. Lo dejó a la experiencia y a esos años que le otorgaron la suficiente sabiduría al respecto.

Poco a poco se sintió que estaba acariciando ese borde de la desesperación, los labios de ella, afincados en el glande, lo llevaban hacia un compendio de sensaciones que era incapaz de describir.

Las arcadas que hacía, los hilos de saliva que despedía luego de tenerlo todo en la boca, esos mismos que aterrizaban en su mentón y en sus pechos deliciosos. La humedad también le permitía masturbarlo con fuerza, así que era lógico que perdiera la noción de las cosas cada tanto.

Sin embargo, cuando lograba recomponerse, le tomaba por el cuello, sujetándolo con fuerza para también obligarla a mirarlo a los ojos. Se veía tan dulce, tierna, sumisa. Esa mezcla que también se juntaba con la desesperación y con el placer de tener toda esa verga en la boca.

En algún momento de esa sesión, ella le esbozó una sonrisa. Sabía plenamente que estaba listo para correrse dentro de su boca, así que se acomodó mejor y se preparó para aquello. No podía esconder el placer que sentía al respecto.

Afincó más sus pies sobre el suelo e hizo lo propio con la cabeza de ella. Al tener la mano sobre el cabello, le permitió tener cierto control de la situación como si tuviera una rienda, así que podía tener el dominio del ritmo y de la intensidad de la que estaba experimentando.

De vez en cuando soltaba algún jadeo y uno que otro gemido. Le demostraba a ella que era una mujer bien experimentada y que sabía muy bien cómo darle placer a un hombre.

Pero no tuvo tiempo pero algo más, estaba ya en un nivel que no había alcanzado jamás. Estaba tan ido, tan fuera de sí que no hubo manera de asegurar el autocontrol, por lo que solo le bastó cerrar los ojos y expulsar el chorro de semen caliente directo a la garganta de esa mujer, la amante que recibió plácida ese regalo y quien se dedicó a comer enteramente cada parte de él.

Al cabo de unos segundos, después de unos cuantos temblores y sacudidas, después de unos cuantos besos intensos, los dos terminaron por quedarse en un solo abrazo y echarse sobre la cama.

La luz tenue se percibió como una especie de tela suave sobre el ambiente, así que fue interesante esa sensación de comodidad. Ella descansaba sobre su pecho, mientras que él tenía la mirada fija hacia el techo. Se sintió mucho más hombre, más completo.

Goliath tuvo serias dudas sobre si ambos volverían a verse después de esa noche. Aunque no fuera así, al menos podría decir con cierto orgullo que había estado con la mujer que había sido protagonista de muchas de sus fantasías. Pero, si era muy sincero consigo mismo, tenía la sensación de tristeza puesto que no quería dejar demasiado rápido las sensaciones que tanto lo habían exaltado.

Para su buena suerte, ella lo volvió a contactar, no sólo una, sino varias veces. Así que ambos parecían tener una relación carnal muy intensa, como si fueran un par de adolescentes.

Follaban prácticamente en todas partes y en momentos del día insólitos. Para ella era revitalizante tener a alguien con un intenso vigor sexual y que, además, también le brindaba un confort emocional. Se sentía atendida y consentida, deseada por un hombre atractivo y muy viril.

El proceso de Goliath no fue menos interesante. También le gustaba estar con ella pero había algo más, algo más interesante: descubrió que le gustaba controlar, dominar y tener posesión de las cosas más de lo que hubiera imaginado.

Experimentó todo tipo de situaciones con su amante por el afán de probarse a sí mismo cada vez más y cada situación, le abrió los ojos. Era un potencial dominante.

Todo en su cabeza comenzó a encajar: la necesidad de gastar una energía impresionante de su cuerpo, el tener que poseer todo el control sin importar la circunstancia, el sentir que sus órdenes serían obedecidas... Todo aquello era como la melodía perfecta de su vida, era lo que ansiaba y por fin podría decirse que tenía un propósito, aunque tuviera que tener cierto cuidado.

La relación había superado sus expectativas. Estar con ella no sólo lo hacía sentir completo sexualmente sino también a nivel emocional. No pensó que fuera capaz experimentar tal grado de sincronización pero estaba conforme... Independientemente de cómo terminaran las cosas.

Un día, ella lo llamó para hablar con él. Le dijo que debía mudarse con su marido y era muy probable que no lo vería, al menos, por un buen tiempo. Goliath cobró una expresión severa y muy neutra, por lo que decidió no reflejar emoción alguna. Asintió levemente y dejó que las cosas no lo afectaran demasiado, al menos no frente a ella.

Acordaron tener un último encuentro para celebrar el tiempo que permanecieron juntos y se despidieron con amargura. Goliath se sintió abandonado porque se dio cuenta que a pesar de todo el tiempo invertido, no fue suficiente quedarse con ella.

Sin embargo, no todas la experiencia fue negativa: aquello le sirvió para entender que era un buen amante, que adoraba el sexo y el control, que le gustaba empujar y empujarse a sí mismo a límites. Lo único que tenía que hacer era encontrar a una mujer que también comulgara con ese tipo de situaciones.

Pero aquello no era demasiado fácil para un Alfa como él, las mujeres de su clan era cerradas y delicadas como flores. Y si bien aquello era agradable hasta cierto punto, el hecho era que le resultaba a veces increíblemente

aburrido, así que se mantuvo bajo perfil, manteniendo relaciones esporádicas con sumisas Omegas mientras mostraba la fachada de niño bueno con alguna noviecilla Alfa.

La situación le distrajo por un tiempo pero estaba el gusanillo del poder. Su padre no logró ascender como líder de los Alfas pero estaba la posibilidad de que él, al menos, lo fuera. Incluso, a veces se imaginaba a sí mismo, sentado en esa imponente silla con esa mirada desafiante ante los demás.

Pero no había completa claridad en el panorama, estaba la figura de los Walker como los favoritos de los demás. No obstante, por alguna razón, tenía la sensación de que algo no encajaba bien, como si existiera una especie de incoherencia en toda esa imagen de familia perfecta... Había algo más allá que no podía descifrar.

No conocía a Louise Walker pero sí estaba consciente del poder que estaba alrededor de ella. Se sabía que era una mujer fuerte, independiente y digna hija del viejo Walker. La gente la admiraba porque era brillante y físicamente hábil, dos cualidades que juntas, no eran demasiado comunes entre las mujeres Alfas.

Al menos tenía que reconocer cierta admiración por ello, pero en las pocas ocasiones que logró verla, su instinto le decía constantemente, casi a gritos, que debía investigar sobre ella. Así que se dispuso a hacerlo.

Se sabía que el matrimonio de los Walker era poderoso pero también infértil, entonces, ¿cómo apareció esa niña? ¿Por qué ocultar la dicha de la espera de un hijo? Nada tenía sentido.

Siguió indagando y descubrió que el desconocimiento del origen de esa niña era casi un hecho universal, lo que sucede es que todo se dejó de lado porque eran tan encantadora que no fue necesario prestar demasiada atención.

Goliath revisó registros de todo tipo y se encontró siempre con callejones sin salida. La idea de esa mujer era una extranjera le estaba comiendo las neuronas al punto de la obsesión.

Al cabo de un tiempo, un poco antes de la decisión del consejo, se enteró que Louise nació como una Omega y que justo antes de que mataran a su madre biológica, fue adoptada por el viejo Walker por petición de esta. El destino de la niña estaba incierto hasta que el tío cayó rendido ante esos grandes ojos azules.

-Maldita sea. Esto es.

Le dijo a su padre y ambos se mantuvieron callados.

-Ya llegará el momento de contar eso, pero por lo pronto mantengámonos

cautelosos. Walker es un hombre importante.

-Más aún debemos hacer la estocada final. Tú podrías asumir el poder o yo... Es lo que siempre quisimos.

-Espera, hombre. Tienes que pensar con inteligencia. El ímpetu es bueno en ciertas ocasiones pero no todo el tiempo. Puede estropear los planes.

Él se quedó callado pensando en que la estrategia de su padre era una pérdida de tiempo... Y así fue. Cuando el consejo dio la respuesta, Goliath estuvo a punto de explotar de la rabia. No sabía hacer ni qué decir, parecía una especie de fiera enjaulada.

-¿Ahora te parece que es buen momento para decirlo? Podemos hacerlo, padre, podemos reclamar lo que es nuestro.

-Podríamos provocar un desastre descomunal y sin sentido. La han escogido porque piensan que es la mejor opción para nosotros. Debemos servirla ahora.

El estado de negación era demasiado para Goliath. No soportaba la idea de tener que sublevarse ante una impostora. No podía, era imposible para un hombre como él.

Así pues, que estando allí, en las afueras de ese patio verde y claro a pesar de ser un día claro, se prometió a sí mismo que haría lo que fuera necesario para hacerle pagar. Si bien no podría decir algo para desenmascararla, algo se le ocurriría para hacerle sufrir por las mentiras que construyeron alrededor de ella y de los demás.

Cerró los ojos y su mente fue tan rápido que casi pensó que no podría más.

-Sí... La van a pagar... La vas a pagar.



#### IV

Louise estaba ya despierta cuando escuchó el canto de los pájaros temprano en la mañana. Se quedó mirando por la ventana, admirando el exterior, ensimismada. Luego, llevó la mirada hacia el suelo y experimentó una vez más aquella incomodidad, aquella falta de sentido de pertenencia que parecía molestarla cada vez más.

-Estas son tonterías.

Fue hacia otra estancia de la habitación para tratar de distraer su mente. La verdad es que tenía muchas cosas que pensar, sobre todo por las obligaciones que tenía por delante. A pesar de confiar en sí misma, sus deberes estaban siempre allí, esperándola.

Sin embargo, se quedó sentada en un mueble con mirada aún fija en la ventana. Por un momento deseó alejarse de todo y salir corriendo. Inventar una excusa para que nadie fuese capaz de alcanzarla. Suspiró y luego miró el reloj. Dentro de poco le avisarían la agenda del día, ya no tendría más tiempo para escapar.

Louise enfrentó la situación de la mejor manera posible. Su padre hizo lo posible por enseñarle cómo debía actuar, cómo debía comportarse en los momentos críticos y cómo llegar a las soluciones cuando más lo necesitara. Pero, a pesar de ello, se sentía cada vez más incómoda con su posición.

Se escondía detrás del rostro frío y distante, dispuso su mente a imaginar que todo aquello era producto de una especie de juego pero uno bastante serio. Así que asumió la mayor seriedad posible, aunque eso implicara un gran agotamiento emocional y sentimental.

Después de un arduo día, regresaba a su residencia plagada de guardias de seguridad y cámaras, ella era una especie de objeto valioso que debía ser preservado de la mejor manera posible. La rutina era lo mismo, una y otra vez.

-Mi señora, hay fuertes rumores de un posible levantamiento de los Omegas. Le hemos traído informes específicos de los movimientos y las posibles consecuencias de lo que puede suceder.

Louise tomó el informe en sus manos y comenzó a leer rápidamente. Cada palabra, cada párrafo, contenía información importante y a la vez sensible. Estaba preocupada por lo que podría pasar, sobre todo porque era posible la ruptura de la tranquilidad y paz de una sociedad que apoyaba su confianza en ella.

Se sentó en la silla de su amplio escritorio para pensar con mayor claridad



la situación. Por otro lado, comenzó a experimentar una extraña sensación.

-¿Desde cuándo se está produciendo eso?

-Según las estimaciones, unas cuantas semanas, pero tenemos la sensación de que es posible que el movimiento tenga mucho más tiempo gestándose.

Siguió repasando las hojas hasta darse cuenta que todo aquello representaba una bomba de tiempo. Había que hacer algo.

Entre los consejeros estaba Goliath. Por alguna extraña razón, pensó que esa situación era simplemente perfecta, principalmente porque la colocaría en aprietos por dos situaciones: el descontrol que podría desatarse producto de una sublevación, y también la espera de la confirmación de la sospecha de que ella fuera una Omega. Cualquier reacción mínima sería suficiente para confirmar o no sus sospechas.

Estudió cada rasgo y por un momento se encontró satisfecho, aunque reflexionó después. Quizás se trataba de un teatro.

Por otro lado, estaba ansioso por desenmascararla pero no tenía muy claro cómo lo haría. ¿Lo gritaría en frente de todo el mundo? ¿La acusaría de ineptitud? En su cabeza estaban surgiendo planes de todo tipo, sus neuronas iban a mil por hora.

Después de un pausa silenciosa, en donde todos trataban de analizar la situación, Goliath acabó de tramar su plan.

-Mi señora, permítame que le aconseje lo siguiente. Según el informe que hemos leído todos, parece que el epicentro de la acción es uno de los barrios más peligrosos de los Omegas, muy cerca de la periferia del lado oeste. ¿Por qué no indagar más al respecto? Con esto me refiero hacerlo directamente, no hay nada mejor que ver la situación con los propios ojos.

Hubo un murmullo símbolo de escepticismo. Era obvio que la propuesta había caído mal sobre todo porque podría poner en peligro la vida de esa mujer. No obstante, Goliath tenía algo claro, aquello sería tentación suficiente como para que la mujer se le despertara el gusanillo de la curiosidad y sabiendo que era alguien que aceptaba una batalla por más compleja que fuera, era muy seguro que no se negaría. Al menos no inmediatamente.

Ella se quedó pensativa, mirándolo fijamente. Ciertamente se trataba de un tío alto, robusto y con la mirada encendida. Siempre le llamó la atención el ímpetu que emanaba su cuerpo, actitud que muy probablemente le había producido problemas en alguna oportunidad.

Si bien tomaba con ciertas reservas las opiniones de sus consejeros, especialmente la de él, pensó que quizás no era mala idea. No estaba mal que

como mujer Alfa se bajara de su perfecto pedestal para ver la cruda realidad de una clase social que estaba a punto de estallar.

A lo mejor eso sería suficiente como para calmar las aguas si hacía un acto de presencia allí. El presentarse podría dar la señal de que buscaba la conciliación y quizás así podría comenzar a sanar esas profundas heridas de un grupo de personas que estaban heridas y terriblemente desplazadas.

-Creo que tienes razón. Un grupo de nosotros debería ir para conocer más la zona y conversar un poco con los locales. Además, creo que será una oportunidad interesante de que sepamos en primera mano cuán tan grave es la situación.

-Pero, mi señora. Ese lugar es potencialmente peligroso, incluso para usted. Sólo asomar su cabeza podría representar una seria amenaza a su vida.

-Es lo que es. No puedo ocultar las cosas con sólo desearlo. Esta problemática está ya arrastrándose desde hace mucho tiempo y no se puede seguir así. Es demasiado. Hay que encontrarle un punto final y quizás sea de esta manera. Entonces, Goliath, reúne un equipo de cinco más nosotros dos. Te encargarás de hacer los preparativos correspondientes.

-Sin duda, mi señora.

Él por dentro no paraba de reír. El haber apelado al sentimiento altruista de ella resultó ser mucho más provechoso de lo que había pensado. No pasó demasiado tiempo para que comenzara a realizar los preparativos para ese día tan importante.

El aura en general era bastante tensa. Algunos consejeros no estaban de acuerdo ni con la propuesta ni con la decisión, pero ya todo estaba puesto en marcha. Louise estaba recibiendo una gran cantidad de informes y de estatus para el conocimiento de la situación y así poderla manejar lo mejor posible.

Por otro lado, Goliath estaba tramando la red alrededor de ella. La locura de su ambición fue suficiente como para convencerlo de no decir palabra alguna y menos a su padre. Él terminaría de asumir la decisión que había tomado desde hacía mucho tiempo.

Desde el primer día supo lo que quería hacer: Louise Walker sería su esclava y lo sería porque él le demostraría el poderío que tendría sobre ella. Le haría entender que él era el verdadero Alfa y no ella, una simple impostora que había tomado una posición que no le correspondía.

Tenía el lugar y sabía cómo la tomaría para convertirla en su rehén. Sin embargo, aún no tenía demasiado claro qué hacer después, pero eso no representaba un problema para él. A contrario, no se la llevaba mal con la

improvisación, era algo que lo hacía disfrutar inmensamente.

Mientras la veía andar por las oficinas, mientras la escuchaba hablar, sólo podía imaginarse el momento de decirle la verdad, de decirle que no tenía por qué tener un poder que no era el suyo y que, por ende debía renunciar a él si al menos tenía una cuota de dignidad.

Los días transcurrían lentamente y la espera lo mantenía al borde de la angustia. Tenía todo listo para hacer lo que tenía que hacer.

-Mi señora, estamos listos para la misión. Quedamos atentos ante la orden.

-Bien. Prepárense.

En ese momento, Louise tuvo una extraña sensación, como si algo estuviera a punto de suceder... Algo que no lo tenía demasiado claro. Sin embargo, la misión era esa y tenía que hacerle frente lo mejor posible.

Justo en ese momento, se le apareció Goliath por detrás. Él estaba vestido de negro cerrado y tenía un pequeño moño que recogía los largos cabellos rojos. Tenía la mirada despejada y parecía extrañamente relajado. Al verlo, Louise no pudo evitar sentirse tranquila, como si las cosas estarían bien a pesar del miedo que sentía.

-Mi señora, la veo un poco ansiosa. ¿Está bien?

Fue la primera vez que alguien le preguntaba algo remotamente parecido desde que había asumido el poder.

-¿Puedo ser sincera? –Después de un ligero asentimiento por parte de él, ella respondió- Nerviosa, me siento muy nerviosa. Lo raro es que tengo la sensación de que algo pasará pero no tengo certeza de qué es. Es una locura.

-Es normal, mi señora. Sobre todo cuando se trata de explorar hacia esos lugares que representan lo desconocido para nosotros. Pero no se preocupe. Usted cuenta con una fuerza importante que la apoyará en todo momento. En eso puede estar segura.

Lo último lo dijo con cierto tono sarcástico. Intentó no hacerlo pero le fue imposible. La sola idea de las cosas que tenía en mente, el imaginarse que no faltaba demasiado por hacerle entender que sería de él por el tiempo que quisiera, le resultaba increíblemente estimulante.

-Sí... Supongo que tienes razón. Es mejor que no retrasemos esto más de lo necesario.

Ella le dio la espalda para comenzar a dar las órdenes de movilización. Goliath se quedó allí, mirándola y esperando el momento en que la haría su esclava. Lo que ella era realmente.

Dos camionetas negras cruzaron toda la ciudadela de los Alfas en

completo silencio. Aunque era de día, todo se sintió extrañamente tranquilo. Louise tuvo la sensación de que aquello podría representar una señal inequívoca de algo que se aproximaba, algo amenazante.

Pero espantó todo temor. No tenía demasiado tiempo para pensar en ello, no quería ahogarse en sus propios miedos porque estaba rodeada de hombres que confiaban plenamente en su criterio. Así que se volvió a refugiarse en su rostro frío y sereno.

Goliath estaba en frente y con la mirada fija en la ruta que había demarcado para la exploración de la periferia. Poco a poco, veían la transformación y el drástico cambio de la vida plena y serena de los Alfas y Betas, en contraste con la miseria y el caos de los Omegas.

Gente de todas las formas y estilos, cúmulos de personas se trasladaban de un lugar a otro sin parar, como cardúmenes, como masas amorfas. Louise miraba por la ventana con un sentimiento de maravilla que parecía embargarle el cuerpo. Por alguna razón, todo le resultaba familiar, a pesar que nunca había puesto un pie en esas calles.

-Faltan unos cuantos metros, mi señora. Pronto llegaremos a destino.

-Vale.

El frío de la emoción irradiaba todo su cuerpo. Goliath sabía que no faltaba demasiado tiempo para que sucediera aquello que estaba ansioso. Un poco más, sólo un poco más y todo saldría según el plan.

Se detuvieron finalmente a las afueras de la ciudad principal Omega, puntualmente en un puerto abandonado. La vista era gris y bastante árida. El asfalto estaba todo roto y en algunas secciones había huecos pronunciados. Tenían las huellas de un pasado un poco menos tétrico que ese presente.

Louise salió del coche a pesar de las protestas de su equipo de seguridad. Dio unos cuantos pasos y estudió rápidamente la zona con la mirada panorámica. No hubo nada salvo por un silencio absoluto. Uno que le recordó que quizás estaba en peligro.

Avanzó y detrás de ella se formó el anillo de seguridad. Todos se miraban cuestionándose la tontería de estar allí.

-Mi señora, no parece un buen lugar. Si sucede algo, será muy difícil el poder protegerla adecuadamente.

-La cita era aquí y aquí debemos estar. Tranquilos, todo se ve bien...

A lo lejos se escuchó un poderoso ruido. Luego otro... Luego otro. Lo más extraño fue que cada vez más se sentía más cercano pero, aun así, era difícil distinguir el verdadero origen.

Segundos después, sintieron que la tierra se movía debajo de sus pies para luego percibir un olor dulce, casi almizclado. A pesar de todas sus habilidades y de su experiencia, Louise no pudo reaccionar rápidamente. Más bien se quedó allí de pie, mirando que quienes estaban con ella comenzaban a caer sin razón aparente.

Miró uno de los coches e hizo el esfuerzo de ir hacia él.

-Mierda, una emboscada...

Se dijo a sí misma, quizás con la esperanza de albergarse y de pedir ayuda. Pero justamente cuando estaba a pocos metros de la única salida, se interpuso el gran cuerpo de Goliath. Plantado con ambos pies y con las piernas un poco separadas, él tenía esa mirada victoriosa a pesar de la máscara antigua que tenía.

Ella quiso decir algo, deseó golpearlo con todas sus fuerzas pero no pudo. Se quedó allí, con la indignación marcada en una mueca indescriptible hasta que sintió que sus piernas ya no pudieron más. Se desplomó y cayó en el suelo, aunque hizo un tremendo esfuerzo por sujetarse de los brazos.

La última imagen que tuvo fue de él, quien la miró desde lo alto. Después todo se volvió oscuridad.



## V

Goliath miró el cuerpo frágil de ella sobre el suelo, ese mismo que parecía estar envuelto en el espeso humo blancuzco que había alrededor. Todos los demás estaban como ella, inmóviles, así que Goliath se tomó el tiempo para apartarse por un momento para buscar un coche para llevársela de allí.

Luego de dejarlo preparado, la tomó entre sus brazos y la cargó como si se tratara de un objeto valioso y precioso. La quería con bien para que no sufriera demasiado daño... Al menos no de esa manera. Ella debía estar bien para que pudiese soportar todo lo que estaba por sucederle.

Así pues que la dejó en el asiento de atrás para que pudiera descansar el cuerpo por completo. La aseguró con unas cuantas cuerdas y luego fue hacia el asiento correspondiente para ir hacia el lugar que había destinado para ambos.

De vez en cuando miraba el reloj con la intención de calcular cuánto tiempo le quedaba antes de que se despertara. Sí, aún no debía preocuparse por ese tema en particular. Iba bien.

La aridez del puerto Omega comenzó a quedar atrás poco a poco. De hecho, tomó un camino completamente diferente. De hecho, lo conoció en una de esas veces que estaba preguntándose si había posibilidad de encontrar un lugar para fraguar el plan.

Logró encontrar un sitio perfecto, una especie de cabaña en unos bosques muy alejados de todo lo humano. La primera vez que lo vio pensó que quizás tendría un aspecto muy diferente en otros tiempos, quizás hasta un aspecto más amigable y acogedor.

Después de ese día, guardó las coordenadas y se aseguró de tener todo lo necesario para que pudiera servir de celda para Louise. Todo lo que podía hacerle se le presentaba en la cabeza como un gran desfile de posibilidades.

Las sombras de los árboles hacían que el día se sintiera más frío de lo que ya estaba. Pero eso no representó demasiado problema para él. Aquello era solo una nimiedad, un pequeño detalle sin importancia, algo sin valor.

Luego de unos cuantos minutos, por fin llegaron al punto en donde la cabaña emergió del horizonte. Tenía un aspecto menos sombrío que la primera vez pero aun así no resultaba ser demasiado llamativa para los curiosos.

Aparcó el coche en un lugar estratégico y luego se dispuso a sacar el frágil cuerpo de ella del asiento de atrás. Abrió la puerta lentamente y la tomó entre sus brazos con firmeza, luego se encaminó hacia las escaleras de madera, subiéndolas poco a poco, hasta que colocó su dedo índice en uno de los

marcos de la puerta. Esperó unos minutos y escuchó el sonido de esta abriéndose. Había instalado ese sistema con él fin de asegurarse de que nadie, por más que lo intentara, pudiera entrar.

La cerró tras sí y notó que el día comenzó a caer. Poco a poco notó las sombras de las ramas y hojas dibujándose en el suelo. También esto le ayudó a saber que pronto los efectos del gas pasarían, así que tendría que apresurarse.

La dejó entonces en una silla de madera oscura y no tardó demasiado en atarle los brazos, las muñecas y los tobillos. Lo hizo con una paciencia increíble y con una destreza propia de una persona que sabe muy bien cómo hacerlo.

Lo hizo de manera que quedaron firmes pero lo suficiente como para no hacerle daño a la piel. Se echó para atrás y la miró como si fuera una obra de arte. La cabeza estaba ladeada, los ojos cerrados y la boca entreabierta ligeramente.

Estaba desesperado por encontrarla despierta, por decirle todo lo que sabía de ella y dejar de fingir de una vez por todas. Así que trajo una silla consigo y se dispuso a acomodarla justo en donde estaba ella, en frente. Quería que se encontrara con la imagen de él y que eso mismo le produjera la descarga de emoción que tuvo cuando se desplomó en el suelo.

La pesadez de los párpados de Louise le impidió saber con rapidez en lugar en donde estaba. De hecho, sólo veía oscuridad, como si fuera incapaz de reconocer la situación en la que se encontraba. Sin embargo, después de tener un poco de paciencia consigo misma, comenzó a percibir fragmentos de imágenes que se iban formando de a poco.

A pesar que comenzó a reconocer algunas cosas, todo le pareció un poco descabellado. Nunca había estado en un lugar así y no sabía muy bien cómo tomar todo aquello. Lo peor, sin embargo, se le presentó al final. Las piernas cruzadas y la mirada encendida de los ojos verdes de él, se le presentó como un rayo que pareció partirla en dos.

Trató de decir algo pero no pudo, hubo algo que le cubrió la boca. También no podía moverse con facilidad. En ese momento, su mente entró en un fuerte conflicto, no tenía idea de lo que estaba pasando pero tampoco podía decir algo que le permitiera buscar respuestas. Estaba impedida y sólo le quedaba quedarse allí, hasta que su captor se decidiera darle las respuestas que necesitaba.

-Por fin has despertado. Vaya que eres una tía dura. De todos, fuiste la última en caer por lo del gas, pero ya veo que no fue mala idea después de

todo. Pero bueno, sé que de mi parte me corresponde informarte un poco más sobre lo que está pasando. Creo que es lo justo en este caso.

La mirada de Louise estaba encendida, parecía una fiera domada contra su voluntad. Trató de moverse producto de la desesperación pero volvía a confirmar que no se podía. Entonces, Goliath se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación con cierta ironía y orgullo. Estaba plácido por darse cuenta que había hecho una victoria sobre su mayor amenaza.

-Te preguntarás la razón por la que estás aquí y eso tiene que ver con el hecho de que eres una mentirosa. Tus padres y tú. Todos ustedes por igual. Le mintieron a la gente al hacernos creer que eras una Alfa pero no, Louise, no eres eso. Eres una Omega de nacimiento, eres una más que nació para ser esclava y no para estar en el poder.

Ella se quedó tranquila tras escuchar esas palabras. No podía creer lo que estaba escuchando, así que sólo le restaba asimilar todo aquello en el completo silencio. Incapaz de siquiera protestar. Entonces Goliath prosiguió con su diálogo:

-Lo sé porque era bien sabido que tus padres eran incapaces de concebir. Era algo que el resto lamentaba. Tu padre y madre se ganaron la lástima de los demás gracias a ello. Sin embargo, un día, los dos se presentaron en sociedad con una niña en brazos. Así, sin más, de la noche a la mañana.

>>Eso causó que mucha gente cuestionara tu origen pero bien, las cosas quedaron así porque el viejo Walker era un hombre respetado y muy querido por la comunidad... Pero para mí siempre fue obvio. Muy obvio. El pues que ocupó tu padre, el mismo que tienes tú ahora, nunca debieron hacerlo. ¿Entiendes lo que te digo?

Una lágrima gruesa cayó por la mejilla de ella, lentamente. Era señal inequívoca de la tristeza y del dolor que estaba experimentando en ese momento. La desolación producto de saber una realidad que supuso no era la suya y que ahora era más vívida que nunca. Su vida era una mentira y no podía hacer nada al respecto.

-El día en que te nombraron así, tuve muchas ganas de decirle a la gente el tipo de persona que eras. Esa cara de altanera y de orgullo burdo que me resulta tan falso. Pero fíjate, estamos en una situación completamente diferente. Ahora soy yo quien impondrá el ritmo de las cosas como se deben.

>>Te quedarás aquí hasta que decida hasta cuándo. Ni yo mismo lo sé, eso es lo mejor de todo... -Se acercó hacia ella lentamente y la miró fijamente hacia los ojos- Espero que disfrutes todo lo que tengo para ti porque no es



poco.

Se levantó y se echó para atrás. Dio unos cuantos pasos y luego se dirigió hacia la puerta con aire indiferente, la cerró y la dejó allí con ese caos de pensamientos que no parecían abandonarla.

Tras unos minutos, Louise se quedó allí mirando la nada, un punto fijo en la habitación porque no tenía muy claro lo que estaba pasando. Imaginó a sus padres, a las palabras de su padre, las advertencias y las ganas de que ella se defendiera sola de las amenazas.

Las ansias de poder y todo lo que hizo por resguardarla para que no tuviera que preocuparle su futuro. Todo encajó dentro de su cabeza como si fuera un gran rompecabezas. El panorama se hizo más claro que nunca.

Ahora estaba en esa silla incapaz de moverse libremente e incapaz de procesar lo que estaba pasando. Era una locura que estaba atravesando y sólo podía desear con todas sus fuerzas que todo aquello terminara pronto.

Pasaron las horas y la realidad la comenzó a golpear una y otra vez. No hubo forma en que no sintiera la desolación en su corazón pero tampoco podría dejar de lado el hecho de que estaba allí sin saber exactamente cómo escapar.

No podía ahogarse por completo en sus desgracias pero tampoco podía ponerse a pensar que todo estaba perdido. Debía haber alguna forma en que ella pudiera salir bien librada de esa situación.

Imaginó una serie de situaciones pero lo más seguro que se le presentó fue el hacerse “amiga” de él. Pensó que lo más adecuado sería hacerle pensar que comprendía completamente el odio hacia esa mentira, total, a ella también le habían mentido. Así que Goliath no estaba completamente solo en ello.

Sabía que debía andar con cuidado porque se trataba de un hombre de cuidado, un tío de carácter explosivo y volátil. Debía escoger las acciones y las palabras correctamente si no quería equivocarse. Ya de por sí era una especie de volcán en erupción.

Respiró profundo, lloró un poco más y mantuvo los ojos cerrados por un rato más.

-Esto es lo que tienes que hacer. Esto es lo que tienes que hacer si quieres sobrevivir, Louise. Tienes que hacerlo. Ya después... Bueno, después...

Se mantuvo allí, con el miedo en la piel y con la preocupación haciéndola sentir un poco temerosa. Pero estaba segura que no sería la última vez en la que se encontraría en una situación como esa. El futuro pintaba difícil y tendría que reunir todas las fuerzas posibles para enfrentar a ese gigante que estaba

dispuesto a aplastar su voluntad.



## VI

En esa cabaña estaban debatiéndose dos voluntades: Goliath estaba dispuesto a doblegarla hasta quebrarla por completo. Por otro lado, estaba Louise quien no iba a ceder tan rápidamente. Estaba dispuesta a dar lo mejor de sí misma y de pelear hasta el final. Así, eso quisiera decir que estaba poniéndose de su lado.

Ella dejó de ser impetuosa así que eso le sirvió a él para hacerle entender que podía quitarle la mordaza de la boca y que no tenía por qué preocuparse por los gritos o por los intentos de escape de ella.

De hecho, eso era un detalle mínimo porque la cabaña contaba con todo lo necesario para convertirla en la perfecta cárcel. Pero sí, tenía que reconocer que esa mujer quizás no era tan problemática como había pensado en alguna oportunidad.

Callada, sumisa, tranquila. Gracias a su docilidad, ya no fue necesario atarla ni tratarla con distancia, salvo en algunas ocasiones para hacerle recordar que al final era una esclava.

Cuando él no estaba allí, Louise se encontraba absorta en sus pensamientos. Trataba de recordar sus momentos en su infancia, el trato de sus padres y las sospechas de la gente cada vez que la veían. Todo tenía sentido.

En ciertas noches lloraba y en otras hacía un gran esfuerzo por no quebrarse más. Fueron horas angustiosas y dolorosas las cuales trató de entender sobre su propia identidad. De resto, cuando despuntaba el alba, trataba de acomodarse y de armarse de nuevo para una lucha que parecía no tener fin.

Goliath, por otro lado, parecía hecho de roble. Su exterior era duro, tosco, aunque de vez en cuando se le hacía imposible no sacar a relucir ciertas debilidades que comenzaba a sentir por ella.

Esa combinación de fragilidad y de fortaleza de ese cuerpo pequeño. De vez en cuando, la miraba de reojo y se sorprendía de lo verdaderamente bella que era. Estaba encantado de sus ojos azules y grandes, de su figura fina y de sus modos que daban a entender que, dentro de todo, era una mujer entrenada para pelear y sobrevivir.

Incluso, se colaba en la habitación en donde se encontraba para verla dormir. Le llamaba la atención cómo hacía para desprenderse de su cuerpo para dormir tan plácidamente. Ni el mismo podía hacerlo.

Si bien en sus planes estaba el torturarla de todas las maneras posibles,

había algo que le impedía hacerlo, como si fuera una fuerza que la frenara en cada intento. Ahora se encontraba a sí mismo como un tonto que la observaba en cada espacio en que podía.

Después de unos días, Louise pensó que tendría que tomar un paso al frente para consolidar la extraña dinámica que tenían. Antes de eso, sólo se limitaba a hablar poco o lo suficiente para no tensar la cuerda demasiado. Sin embargo, tuvo la sensación de que estaba llegando al punto en que debían hablar sobre temas más profundos.

Goliath estaba terminando de recoger los platos después de una cena austera, ella estaba sentada en una silla observando su espalda ancha y sus modos tranquilos, a pesar de tener esa sensación de que en cualquier momento iba a explotar.

Tomando en cuenta todo aquello, respiró profundo para tomar fuerzas y se colocó de pie con suavidad. Lo hizo de esa manera para no espantarlo, para no provocarle un disgusto sin razón, ya había aprendido que los hombres como él, debían ser tratados con sumo cuidado para evitar algún hecho lamentable.

-Tengo la necesidad de preguntarte algo porque de lo contrario, me sentiré incapaz de ponerle orden a mi cabeza.

-Dime.

-¿Cómo supiste que no era Alfa?

Goliath sospechó por un momento de las intenciones de ella. Imaginó que se trataba de una trampa, de un hecho con una doble intención. Por eso se quedó callado, observándola con la intención de descifrarlo que quería decir sus ojos, pero no encontró nada importante.

Si yo del pasado le hubiera dado igual lo que sintiera en ese momento, pero no pasó así en un momento como ese, por ello decidió hablarle con la voz más baja posible.

-Revisé tus antecedentes y los de tus padres. No había posibilidad alguna que fuera hija de ellos por los rasgos genéticos. Son datos que son registrados en una oficina central para el control de la población. Es de sumo cuidado.

-Entiendo... ¿Así que es posible que ellos hubieran alterado...?

-Sí, estoy seguro de que fue así. Muy pocas personas tienen acceso y, entre ellos, tu padre. Me pareció lo suficientemente lógico.

-Ya veo.

Louise sabía que estaba arriesgándose con esa pregunta, sobre todo porque significaba remover sentimientos delicados en su interior. Tenía miedo pero era una apuesta que podría darle buenos frutos, sólo era cuestión de saber

encaminar la situación.

Por otro lado, ahí estaba él, mirándola, midiéndola. Era su presa y por dentro crecía la necesidad de hacerla suya.

En un principio le pareció absurdo, pero cada vez que la miraba le resultaba completamente lógico. Era una mujer hermosa e inteligente, diestra y hábil. Se sentía como un adolescente cuando lo miraba fijamente, esa valentía, ese descaro que emanaba su cuerpo. Soñaba con sentir su piel con completa plenitud.

-¿Por qué me preguntas esto?

-Quizás es la necesidad de escucharlo en voz alta y así tratar de entender lo que está pasando. Quizás es una forma de abofetearme a mí misma de tal manera para obligarme a despertar. Aunque, si te soy sincera, siempre he sentido que no he pertenecido nunca, que siempre he estado fuera de lugar por más que intenté pensar que no era así.

Goliath comenzó a comprender un poco el conflicto personal que ella podría tener. La coraza de hombre imposible, de hombre fuerte y tosco, vengativo y cruel, parecía caerse a pedazos a medida que estaba más tiempo con ella.

Aguantó los bríos tanto como pudo, pero llegó un punto en que no pudo más, fue imposible. Se acercó a ella lentamente, hasta que se colocó frente a su rostro.

-Esto es demasiado extraño... Tan extraño.

Ella quiso decir alguna palabra pero no pudo, pareció quedar inmersa en un aura poderosa y magnética, una que la arrastró hacia los labios de él... Una que le hizo perder la razón.

Cerró los ojos y de inmediato sintió la suavidad de los labios de él. Primero el contacto le pareció descabellado, pero poco a poco comenzó a perder la razón porque él la llevaba hacia un punto que no había explorado jamás.

Sí, había estado con otros hombres y sabía lo que significaba el placer. Sin embargo, él le brindaba una sensación diferente, como si se estuviera encontrando con ella por primera vez.

Trató de echarse para atrás pero fue imposible, él ya la había rodeado con sus manos y brazos casi por completo. Así que prefirió entonces quedarse en ellos, quedar sumida en esas emociones que él le brindaba cada vez más.

Su lengua no esperó demasiado tiempo para buscar la suya. De hecho, la punta se encontró con la otra y comenzaron a jugar casi frenéticamente. Entre

tanto, los gemidos de ella se hicieron más intensos, más notables. Ese hombre sabía exactamente cómo hacerlo.

Louise rodeó el cuello de él para tomarlo con fuerza, ¿la razón? pensó que en cualquier momento podría perder la fuerza de sus piernas, por lo que hizo un enorme esfuerzo en sostenerse en él, en demostrarle que le gustaba todo aquello que estaba pasando por más descabellado que fuera.

Por momentos, Goliath sentía que esa escena era algo que ni él mismo se pudo imaginar. Pero no quiso pensar más, estaba acelerado y jadeante, quería esa mujer de una vez por todas.

Los besos delicados y dulces terminaron por volverse más intensos en cuestión de tiempo, a tal punto en que él no pudo más y la alzó con una impresionante destreza. Ella misma incluso se quedó impresionada, y como él era un hombre que le gustaba presumir de su fuerza, se sintió más orgullo de sí mismo.

Louise abrazó su torso con sus piernas, mientras él la llevaba cargada hasta la habitación principal. Cuando pasaron por el lugar que había sido una especie de celda para ella, sintió de repente una especie de punzada en el estómago. Las cosas habían cambiado drásticamente.

No tuvo tiempo de pensar más al respecto por la simple razón de los besos y las caricias de él. Ese tacto suave pero firme y varonil era demasiado increíble, delicioso y perfecto.

Finalmente llegaron al lugar que se encontraba a oscuras. Por lo general, siempre estaba encendida una pequeña lámpara en una de las mesas de noche, pero él prefirió que las cosas se mantuvieran así porque también alimentaban su morbo. Ese mismo que parecía crecer en su interior a pasos agigantados.

La dejó sobre la cama y la miró con un morbo indescriptible. Ella estaba allí, con ese cuerpo frágil pero sensual, moviéndose al ritmo de la excitación que estaba sintiendo en ese momento. Estaba lista para él.

Por un momento, Goliath no supo qué hacer. Estaba entre desnudarla y desnudarse él para luego ir hacia ella y romperla como lo merecía. Pero de nuevo, hizo un ejercicio de autocontrol, se permitió relajarse un poco, lo suficiente como para no ser impetuoso y así disfrutar como se debía de esa carne que estaba esperando por él.

Así que fue hacia ella, con esa delicadeza y suavidad de un tacto que no conocía de sí mismo. Apoyó sus manos y brazos sobre la cama, mientras su boca buscaba desesperadamente la de ella. Ansiaba besarla de nuevo, ansiaba probar su lengua otra vez.

Volvieron a besarse y Louise experimentó esa sensación de perderse a sí misma. El calor de su aliento, el roce de su cuerpo contra el suyo, la forma en cómo la miraba, ese gesto de placer infinito que la hacía sentir como si fuera la única mujer en el mundo. Ese sentimiento tan increíble y poderoso que la colocaba en una posición que no había conocido antes.

Goliath siguió besándola hasta que procuró pasear sus labios por todo su cuerpo. Se detuvo en su cuello, en los pechos y siguió bajando por el ese abdomen firme. En cada parte del proceso, se dispuso a quitarle la ropa con destreza, tanta, que ni ella misma parecía darse cuenta de ello. Lo cierto era que su cuerpo desnudo iba quedando al descubierto sobre las sábanas blancas. Al final, esa figura delicada estaba allí, como si estuviera esperando por él.

Se echó para atrás un momento y se relamió los labios. Se dio cuenta que estaba más excitado que nunca y que estaba ansioso por tomarla en serio. Siguió con unos cuantos besos porque deseaba que su boca fuera capaz de recordar el sabor de esa piel tersa y firme.

Sus manos se sostuvieron de las caderas y su cabeza fue directamente hacia su coño. Se dio cuenta de la humedad y del calor que desprendía, por lo que antes de dedicarse a saborear ese manjar que estaba a poca distancia de él, alzó la mirada para decirle algo:

-Serás mía, completamente mía. Tanto que te haré mi esclava.

La dejó de nuevo sin la posibilidad de responder porque su boca se encontró con los labios de ella. Cerró los ojos para concentrarse en el sabor de su cuerpo y en los gemidos que comenzó a producir en ella. Estaba tan excitada, tan suelta, que se dio cuenta de los movimientos y de la variedad de sonidos que exclamaba esa boca perfecta.

Chupó y lamió como si no hubiera un mañana. Estaba hecho un animal, descontrolado y con ganas de ir más y más. Al cabo de un momento, alzó su cuerpo y apoyó las manos en los muslos de ella.

Le sonrió con cierta picardía y acomodó su pelvis para que se encontrase con la de ella, entonces, en esa deliciosa pausa, acarició un poco el clítoris para hacerla vibrar un poco más. Ella, sólo gimió un poco más porque apenas su cuerpo fue capaz de hacerlo.

Él se masturbó un poco para tenerlo aún más duro y cuando estuvo perfecto se preparó para follarle ese coño tan delicioso. Apenas colocó el glande y experimentó la intensidad del calor y la humedad de esa mujer. No pudo más, lo empujó sin esperar demasiado.

Louise sintió toda la potencia de esa verga gruesa y venosa. Llevó sus

manos hacia las sábanas para sostenerse lo más que pudiera, mientras él la embestía una y otra vez. Era increíble, era delicioso. Esa fuerza animal tomaba posesión de ella más y más, como si él quisiera atravesarle la piel.

Más allá de las embestidas de ese hombre, esas mismas que le estaban provocando la pérdida de la razón, abrió los ojos por un momento para verlo con mayor detalle. Se dio cuenta de ese cabello suelto, rojo y salvaje.

Se percató de su piel blanca y de sus ojos grandes y verdes que estaban concentrados en ella. En cuestión de segundos, sus miradas se cruzaron y fue como si el tiempo se hubiera detenido. Lo único realmente presente y palpable era ese instante que estaban compartiendo los dos, nada más.

Él, en seguida, le tomó por el cuello y se lo sostuvo con firmeza.

-Eres mía... Eres toda mía.

Ella logró asentir apenas porque sólo podía limitarse a sentir todo lo que estaba experimentando en ese momento.

Goliath le gustaba esa posición que le demostraba casi un control total, pero sintió la necesidad de cambiar, así que la tomó por la cintura e hizo que se colocara en cuatro. Esto también le sirvió para darse un momento para tomar un poco de aire porque sabía que estaba cerca de perder el control.

Respiró un poco y llevó su cabello hacia atrás para que no le molestara en la faena que tenía por delante. Cuando se preparó para follarla de nuevo, se dio cuenta de la belleza de ese coño humeante por él. De hecho, notó que unas cuantas pequeñas gotas se escurrían de sus gruesos labios, así que antes de penetrarla, no pudo soportarlo más y se agachó para lamerla desde esa posición.

Colocó sus manos en ambas nalgas y comenzó a comer como un hombre hambriento de su mujer. Louise sólo le restaba ser esclava de la boca de su amante, de uno que sabía muy bien cómo complacerla.

Goliath devoró cada parte de su carne, succionó sus fluidos y mojó su cara por completo, se hundió en ese maravilloso placer que sentía por ella. Le encantó escucharla gemir, por lo que la provocó más con unas cuantas nalgadas. Gracias a la blancura de su tez, las marcas de sus manos comenzaron a verse en su piel. Sin duda, era su lienzo favorito.

Entonces, cuando ya no pudo más, volvió a incorporarse para tomarla de las caderas y embestirla de nuevo. Plantó bien sus pies para tener el máximo de apoyo posible y luego de unos segundos de suspenso, volvió a encontrarse con ella en un placer exquisito.

La verga de Goliath regresó a las carnes calientes del coño de Louise.



Estrechadas y empapadas, esa combinación era la mezcla perfecta para el placer. Aunque él podía escucharla casi al borde la locura, lo cierto es que él también estaba en esa misma situación.

No podía soportarlo más, no podía aguantar más, tenía que hacer un esfuerzo extra para no perderse, para no volverse loco y correrse a la primera. Fue una situación nueva para él puesto que, generalmente, se caracterizaba por tener mayor resistencia... Pero con esa mujer todo comenzó a sentirse muy diferente.

Siguió empujándosela hasta que sintió la necesidad de sentir sus labios sobre su verga, así que la volvió a mover de sitio con el fin de que se arrodillara en seguida. En realidad, no estaba jugando al decirle que en serio la convertiría en su esclava. Haría todo lo posible por lograrlo.

Louise le costó por un momento entender las intenciones de él, sin embargo, se relajó lo suficiente como para dejarse llevar por la situación. Así que se arrodilló con cuidado para que él la viera en todo su esplendor, decidida y ansiosa por complacerlo con su boca.

A pesar de la oscuridad de la habitación, unos débiles rayos de luz entraban por la ventana, los cuales, además, incidían en algunas partes del cuerpo y del rostro de esa mujer.

Un instante antes de lamerle el glande, Louise se detuvo por un momento para mirarlo fijamente a los ojos. En ese momento, pareció comprender que su objetivo en la vida era servir y complacer los deseos más oscuros de su acompañante, así que se le sonrió muy sensualmente y abrió un poco la boca para sacar esa lengua tan dispuesta a comerlo por entero.

Con esta, acarició lentamente el glande. Lo hizo con un cuidado y con una suavidad que casi hace estremecer a Goliath por entero. Él también se daría cuenta que ella no era ninguna niña y que sabía muy bien cómo podía complacer al otro.

Se quedó allí un rato hasta que comenzó a lamerlo de verdad, a chuparlo con todas las ganas del mundo, como si no hubiera un mañana. En esa posición, se dio cuenta de cómo se remarcaban sus venas, del grosor total de su verga y de lo húmeda que estaba la punta.

Así que ella, también envuelta en el hambre en el que estaba, no aguantó más y se lo metió todo en la boca... Se había convertido en toda una esclava, en la perra y zorra de él.

Debido al tamaño que tenía, le costó por un momento metérselo todo, sin embargo, era una mujer tenaz, así que no se detuvo en darle el placer que sabía

que él merecía. Entonces, siguió y siguió hasta que por fin lo había logrado, le llegó casi hasta la garganta.

Un gemido profundo salió de la boca de Goliath lo cual también hizo que la tomara del cabello con firmeza. Hizo que ella girara la cabeza para que mirara lo excitado que estaba. Mientras, Louise procuró lamerle por entero, a pesar de las arcadas y de los gruesos hilos de saliva. Estaba convirtiéndose en esa mujer que siempre había estado allí, dentro de ella.

Su cabeza iba en un intenso vaivén, mientras que sus ojos estaban concentrados en él, en esa intención de hacerle sentir que podía hacerlo vibrar sin parar.

No era la primera vez que le hacían eso, sin embargo, él estaba experimentando esa sensación de que ambos estaban en un punto en donde conjugaban sus deseos más oscuros. Entonces, cada vez que le follaba la boca, sentía que se estremecía por dentro, como si estuviera más cerca de volverse en un completo animal dominante.

Bajó del cabello hasta el cuello, lo sostuvo con firmeza y se quedó allí un rato con el fin de dificultarle la facilidad de la respiración. Claro que le resultaba divertido, el verla así, desesperada por él y en la disyuntiva de tener que darle o parar para respirar un poco.

... Pero siguió allí porque esa especie de instinto de sumisión se lo ordenó. Entendió que su placer no podía ir por encima de él, así que se concentró en hacerlo bien, tan bien.

Incluso, aumentó la dificultad al colocar sus manos detrás de su espalda. Él abrió más los ojos porque estaba a punto de explotar ante esa imagen deliciosa. Ella siguió chupándolo con tanto esfuerzo y constancia, que Goliath sintió que no podía más, así que, de un momento a otro sintió ese cosquilleo en los pies y el frío en el estómago que lo hizo sentir que estaba cerca del orgasmo.

De nuevo se topó con la disyuntiva de no saber en dónde correrse: hacerlo dentro de su boca para que se comiera todo, o desparramar sus fluidos sobre el rostro para verla transformada en la esclava y ramera que era. Después de pensarlo brevemente, se decantó por lo último, así que sacó su verga empapada y comenzó a masturbarse rápidamente mientras sostenía el rostro de esa mujer con su otra mano.

Ella no paraba de mirarlo fijamente, casi como si estuviera retándolo. Tan bella, tan puta, era la imagen que quería obtener desde el momento en que se sintió obsesionado con el hecho de querer tenerla para sí. A veces le costaba

entender de dónde provenían esos deseos, pero en esos asuntos no se racionan, sólo se sienten y él estaba ahí para experimentarlos a plenitud.

Se agudizó la sensación de que estaba cada vez más cerca de llegar, incluso tuvo se intensificaron los espasmos de sus piernas. Esto lo había captado Louise, así que se le dirigió una expresión casi de ruego, estaba ansiosa de sentirlo plenamente y no esperaba el momento para hacerlo.

En ese momento, justo en ese momento en donde ambos intercambiaron una rápida mirada, Goliath despidió un gran chorro de semen que fue a parar en el rostro de ella. Los hilos calientes de semen se desplegaron por sus mejillas, labios, la punta de su frente e, incluso, en su cuello. Ella sólo estaba allí, arrodillada, recibiendo la recompensa que le había dado su amante tras haber hecho un buen desempeño.

Goliath dejó salir todo ese deseo contenido. Mientras lo hacía, no paraba de gemir y de pensar que quería explorar más situaciones con ella. Estaba dispuesto a ir hacia sus límites y el de probar los de ella. Estaba listo para ir más allá.

Al cabo de unos segundos que se sintieron largos, Louise comenzó a lamerse los labios que habían quedado empapados por los fluidos de su amante. Sintió el calor y lo delicioso que era sentirse así de esclava.

Pero él no había olvidado que aún faltaba ella, así que la tomó por el cuello y colocó parte de su cuerpo en el borde de la cama, con el fin de separarle las piernas y así ver la belleza de ese coño que parecía esperarlo ansiosamente.

Juntó un par de dedos, mientras que apoyó su mano sobre la espalda de ella. Respiró profundo porque aún estaba aturdido por lo que acababa de pasar. Pero era un hombre experimentado, sabía muy bien lo que tenía que hacer. Así que se decidió sentir cada instante sin hacer demasiado ruido al respecto, despejando la mente y terminar de olvidar todo, incluso las circunstancias.

Ella, en cambio, estaba en su propio viaje. Le pareció increíble que una persona como él fuera capaz de despertarle esas sensaciones tan intensas. Su lengua, su verga, sus dedos, ese fuego de sus ojos y el calor de su cuerpo tan ancho y duro, las maneras en cómo la tocaba, esa sensación de quererse hundirse en él que no desaparecían en ningún momento. Estaba en otra dimensión, en otro lugar mágico e increíble.

No paraba de gemir ni de temblar. Por suerte estaba apoyada en la cama, porque de lo contrario perdería toda noción de la realidad. Él seguía atrás,

nalgueándola, masturbándola, marcándola... Haciéndola suya.

En un punto, sintió el calor de su aliento en su oreja, estaba segura que estaba preparándose para decirle algo importante. Entonces, le dijo algo que terminó de convencerla del tipo de relación que tendría con él:

-Sé que te quieres correr, entonces, hazlo para mí. Hazlo.

Ese tono de voz tan sensual, tan gruesa y rasposa que la hizo vibrar desde la profundidad de sus entrañas. Estaba excitada, a niveles que no pensó que lo estaría. Perdió la noción de todo lo demás y estaba dispuesta a no pensar más. Así que se acomodó mejor para dejar libre todo aquello que estaba contenido en su pequeño cuerpo.

No sabía si era fuego o electricidad, pero hubo una especie de fuerza natural que comenzó a recorrerle el cuerpo. Se sentía más viva que nunca y no paraba de morderse los labios al darse cuenta de ello. Él la arrastraba a algo que le intimidaba pero que deseaba con fervor.

Entonces, finalmente, experimentó un delicioso calor que invadió su coño y terminó por manifestársele en una poderosa expulsión de sus jugos. Al mismo tiempo, no podía dejar de temblar ni de gemir. Estaba poseída por algo más grande.

Cuando se corrió por completo, pudo sentir la lengua de él lamiéndola por completo y sus manos sosteniendo su cuerpo para que no se desplomara por completo sobre el suelo. Agradeció que él estuviera allí para ello porque estaba segura que no podría más.

Goliath la alzó entre sus brazos y la notó sudorosa pero también sonriente. Los dos estaban así. La colocó sobre la cama y ambos se quedaron allí, mirando hacia arriba.

Extrañamente, el silencio que reinó en la situación no fue incómodo, sino resultó ser algo muy diferente. Se sentían a gusto. Genuinamente.

Goliath giró un poco para verla y ahí mismo se dio cuenta que estaba quedándose dormida. En ese momento en que notó cómo sus párpados iban cerrándose, sonrió ligeramente aunque no se había dado cuenta de inmediato. Se dijo para sí mismo:

-Sí... Serás mía. Mi mujer, mi esclava. Todo.



## VII

Esa noche simplemente había sido increíble. Louise aún estaba en la cama sumida en el trance que él le había proporcionado y Goliath estaba en la cama, con los ojos abiertos y con la cabeza andado. Deseaba pensar en una alternativa para volver a estar con ella y para explayarse aún más.

Luego de un rato de pensar y pensar, se quedó dormido con aquello pendiente en la mente. Lo haría sin importar nada más.

Ella abrió los ojos poco a poco, se dio la oportunidad de desperezarse lo suficiente como para respetar aún esas sensaciones que tenía en su cuerpo. Estaba feliz porque tuvo una gran noche de sexo, una en la que se sintió más ella misma que nunca.

Se detuvo un momento a recordar los detalles de la situación. Estaba aún prisionera y debía salir de allí, pero, ¿realmente estaba segura de ello?, ¿continuaría con su plan de hacerse de fiar para aprovechar la mínima oportunidad para escapar? No lo tenía demasiado claro.

Luego de descubrir que estaba sola en la cama, se bajó suavemente de ella y fue hacia el lavabo para refrescarse un poco. Cuando miró su reflejo en el espejo, quedó sorprendida de las marcas que tenía a lo largo de su cuerpo. Sonrió con picardía y de repente tuvo la urgencia de querer mucho más que eso. Por primera vez en mucho tiempo se había visto a sí misma de manera muy diferente... Y eso le agradaba.

Tomó un par de las prendas que usó la noche anterior y se las colocó para buscar un poco de comida. Mientras lo hacía, comenzó a percibir un delicado olor a café. Se entusiasmó y fue al encuentro de ese delicioso estímulo.

Cada paso que dio lo hizo con extremo cuidado, incluso asomó la cabeza con delicadeza para no resultar inoportuna. Y ahí, como si brillara en la oscuridad, estaba él preparando algo de comer. Tenía la cara concentrada y esa sincronización perfecta de sus manos mientras manipulaba los alimentos. Algo austero, algo no demasiado extravagante.

Ella se sentó en la mesa y él, sin voltear, se dio cuenta de su presencia. Le sonrió de la distancia y compartieron ese gesto que hizo que el ambiente se volviera más agradable. Al terminar, le dejó un platito con frutas y pan, más una taza de café humeante. Louise le agradeció y Goliath volvió a responder con una sonrisa. Comenzaron a comer en silencio, pero uno agradable, dulce, tranquilo.

-¿Estás bien?

-Sí- Respondió ella con rapidez.

-Todo esto es extraño. Lo sé.

-Hay cosas que no necesitan explicación.

Volvieron a quedarse en silencio, sonriendo el uno para el otro. Por un momento Goliath quiso hablar sobre lo que había pasado la noche anterior. Pero prefirió mirarla comer para decidirse si hacerlo o no. Mientras, estaba embelesado. Había caído en una situación inesperada.

Al verla así, se dio cuenta que se encontraba incrédulo por lo que estaba sintiendo por ella. El fuego de la ira fue sustituido por el calor de querer abrazarla, poseerla, hacerla suya. La ambición de querer tener el poder, fue sustituido por la necesidad de estar con ella aunque eso representara la incongruencia de sus planes en un primer lugar. Estaba acostumbrado a mandar las cosas al diablo y esta no sería la última vez.

Esperó callado junto a ella. Pudo notar que Louise se encontraba como en la expectativa de lo que iba a suceder. Lo cierto es que se sentía nerviosa porque su presencia era avasallante, fuerte, pero también le gustaba eso.

Lo disfrutaba. Así como disfrutó estar entre sus brazos, el sentir su lengua en su coño... También se encontraba en la disyuntiva de seguir con el plan para burlar a su captor o entregarse a todo eso que tenía frente a ella. Esa locura que le encantaba, ese sentimiento de libertad que por fin experimentaba.

Luego de terminar, los dos se miraron aún en silencio. No habían dicho palabra desde que se encontraron y aun así era como si hubieran manifestado todo lo que tenían por dentro. Se encontraron en el brillo de sus ojos y decidieron que no le darían más larga al asunto, así que se levantaron como si estuvieran sincronizados y fueron a fundirse en un abrazo intenso que terminó en un beso apasionado y potente.

De inmediato, ella comenzó a gemir, era claro que estaba ansiosa por estar con él, por fundirse en su piel y perderse en ella. Goliath estaba sintiendo la necesidad de abrazarla aún más fuerte, era esa necesidad que no podía dejar de lado. Sus manos comenzaron a tantear la ropa con rapidez para despojársela. En un momento le tomó el rostro y la miró fijamente.

-Quiero que seas mía... Enteramente mía. Que seas mi esclava, sólo mía.

Ella le respondió con un gemido sensual, dulce...Divino. Tanto así, que sintió que algo se le había movido en su interior.

Ese hombre alto e imponente, acariciaba su cintura, caderas y la delicada línea de su espalda. También lo hacía con sus brazos, los pechos firmes y el cuello suave y delicado. Cada roce en cada parte de su ser la hacía

estremecer. Le encantaba esos sonidos en donde ella manifestaba esa urgencia de desprenderse de sí misma y perderse en él.

Él se echó un poco hacia atrás para tomarla en el cuello y así mirarla con esos ojos encendidos. Louise entendió lo que quiso decir, ¿la razón? su instinto sumiso estaba al punto y sabía muy bien qué hacer. Entonces, se arrodilló lentamente, con cuidado, con precaución, hasta que su rostro quedó frente a su entrepierna. Sonrió ampliamente porque estaba lista para que su boca lo recibiera por completo.

Estaba tan excitada, tan ansiosa por saborearlo como debía pero era obvio que si bien había aceptado su rol sumiso, estaba consciente que era necesario esperar lo que él tenía que hacer. Goliath la vio complacido, ella se había entregado a él por completo.

Estiró suavemente el brazo para acariciarle el rostro con suavidad, sintió la textura suave de la piel, la delicadeza de sus rasgos y ese ruego al borde de los ojos que le parecía tan sensual.

Llevó que uno de sus pulgares se dedicara a acariciar sus labios con movimientos circulares. En ese punto, sintió que su entrepierna estaba a punto de explotar... Aun así, no quiso anticiparse, no quería comportarse como un adolescente precoz.

El sentimiento de aventura la hizo tomar una importante decisión. Llevó sus pequeñas manos hacia el cinto de cuero de su pantalón para quitárselo lentamente. Lo hizo mientras lo miraba, mientras le hacía entender que estaba dispuesta a darle todo eso y más.

El accesorio le quedó en las manos y se detuvo un momento mientras lo miraba y lo tocaba suavemente. Luego, alzó la mirada y se lo ofreció a él. Fue como si todo lo que habían sentido en ese tiempo tan corto, se resumió en ese momento...Por fin.

Las grandes manos de él tomaron el cinto de cuero. Lo sostuvo por un momento hasta que por fin se dio cuenta de las cosas que podía hacer con este. No perdió el tiempo y se inclinó un poco para colocárselo en el cuello. Lo ajustó lo suficiente como para que sirviera como una rienda, así que al terminar, se encontró satisfecho por la imagen final. Se veía increíble.

Tomó el extremo y se colocó delante de ella. Se trasladaron por varias partes de la casa, paseándose como el Amo y la sumisa que eran. Louise andaba a gatas, siguiendo el deseo de complacer a su amante y él, pues, casi consumido por el descontrol que experimentaba al tenerla como la tenía.

Finalmente, fueron hacia la habitación principal para comenzar con la

parte en donde se comerían como era debido. Ella permaneció arrodillada y semi desnuda frente a él.

Goliath tomó el cinto e hizo que se levantara para que se quitara todo lo que tenía puesto. Terminó de despejar toda su piel para verla entera. Allí, recordó las marcas y los puntos en donde se había paseado la noche anterior. Quería hacerle más.

Siguió tomándola con el cinto y la llevó hasta una de las paredes de la habitación. Hizo que colocara sus manos sobre la superficie, para separarle las piernas y comenzar a comérsela poco a poco. Sus manos abrieron sus nalgas con fuerza e introdujo su lengua en ese coño tan húmedo y delicioso. Pero él no sólo se quedó allí, también chupó su ano y cada parte que deseó.

Louise estaba aferrada a la pared como si la vida se le fuera en ello. No podía creer lo increíblemente delicioso que se sentía. Era una de las mejores sensaciones que había experimentado y estaba muy cerca de perder la razón.

Cuando pensó que no podría más, sintió el calor del aliento de él en su oreja y un “vamos”, que la estremeció por completo. Jaló de nuevo el cinto e hizo que se colocara sobre la cama.

Todo lo que estaba pasando era producto del momento, Goliath no había realizado un plan demasiado elaborado, ya que estaba dejando que las cosas se dieran solas.

Aún con el cinto en el cuello, Louise esperó lo que él tenía para darle. Mientras, extendió su cuerpo sobre la cama porque tenía la sensación de que era noche sería finalmente para él.

En pocos minutos, Goliath se acercó con unas cuantas cuerdas y comenzó a amarrarla con cuidado. Primero las muñecas, después los tobillos. Todo con paciencia, con delicadeza. Al lograrlo, se encontró satisfecho y listo para todo lo demás. Ansiaba llevarla a las sensaciones más increíbles que pudiera.

Antes de eso, él procuró desvestirse también. Se quitó cada prenda de ropa como si le quemara la piel. Era esa misma ansiedad que sentía por estar con ella.

Aunque así lo era, aprendió rápidamente que lo mejor que podía hacer, era regalarse un poco de placer y de disfrute al pasar por los procesos de jugar como era debido. Juntó un par de dedos y comenzó a acariciar el clítoris de ella con suavidad y paciencia, quería que mojara su coño a tal punto que no pudiera ni siquiera saber si todo lo que estaba viviendo era real.

Primero lo hizo suave pero después aumentó la velocidad hasta que notó que sus manos y pies se retorcían cada vez más. No paraba de sonreír, sin



duda, amaba tener el control.

Eso solo fue el principio, por lo que no pudo soportarlo más y se agachó para chupar ese clítoris, deseaba tanto dejarlo rojo, hinchado que se inclinó con agresividad hasta su entrepierna.

Empezó a lamer como un hombre desesperado, ansioso por adueñarse por esa mujer que lo tenía loco. Su lengua se adentraba más y más sin dar tregua. Lo notó por los fuertes gemidos que ella exclamaba sin parar, por esas palabras impronunciables, por los fuertes jadeos y espasmos.

Su verga estaba poniéndose cada vez más dura, casi como si su piel estuviera a punto de partirse debido a la excitación que estaba experimentando. Se levantó, dejándola con la expresión de desconcierto y de placer extremo. Arrastró sus rodillas por la superficie suave hasta que dejó su pelvis al rostro de ella.

Su pene estaba ahí, frente a sus ojos y boca, hinchado, grueso y húmedo. Parecía latir y él desesperado por follarle la boca. Louise le hizo una última mirada antes de abrir la boca por completo y así recibirlo.

La primera vez le había costado tenerlo casi todo, pero ahora se sentía un poco más acostumbrada al respecto. Entró con facilidad y sin complicaciones gracias a la humedad de su boca y a su destreza. Era una mujer que también tenía crédito sobre lo que sabía.

Así que se dispuso a lamerlo tanto como pudo, moviéndose poco a poco, dándole el placer que merecía. Él, mientras, le sostenía el cabello, a veces el cuello, todo con fuerza, con rudeza porque estaba desesperado por hacerla suya, por penetrarle hasta lo último de su ser.

Su pelvis comenzó a moverse rápidamente hasta que se lo metió todo, entero. Él sintió que había entrado todo en la boca y justo en ese instante pensó que se volvería loco, como si no pudiera aguantar más.

De vez en cuando, lo dejaba todo adentro y miraba los ojos de ella, encendidos y con una gran muestra de placer y desesperación. Sabía que le costaba y eso era la mejor parte. Le encantaba saber que era así, por lo que procuraba que fuera más y más.

Esos hilos deliciosos de saliva, esas arcadas reprimidas, las lágrimas que le recorrían las mejillas producto del esfuerzo. Era una imagen hermosa y poderosa para él. Quería más y más.

Siguió penetrándole la boca hasta que por fin no pudo más, hasta que su propio ser le dijo que tenía que romperla, hacerla suya. Así que, antes de sacárselo, le dio unas cuantas bofetadas suaves mientras lo tenía adentro.

Se lo sacó por completo y volvió a su posición original. Louise estaba aún recuperando la respiración de aquella sesión tan intensa. Luego, se dio cuenta del cuerpo escultural de ese hombre que iba descendiendo sobre el cuerpo de ella.

Sus manos se encargaron de tocar cada parte de su piel con sumo cuidado y apreciación, hasta que él llegó hasta su entrepierna para acomodarse debidamente. Volvió a tocarla con el fin de masturbarla un poco y fue allí cuando colocó su verga para follarla como debía.

Lo metió completo, entero, hasta el fondo. El silencio de la cabaña, de ese lugar que había empezado como una prisión, y el cual había cobrado un significado completamente diferente. Ahora se escuchaban los deliciosos gemidos de ella y los jadeos interminables de él producto al esfuerzo que estaba haciendo.

Su verga iba hacia adentro una y otra vez con una fuerza impresionante. El propio Goliath estaba impresionado de la excitación que estaba experimentando en ese momento.

A pesar de haber estado con un importante número de mujeres, a pesar de todas las cosas que había hecho en la cama, por fin tuvo la oportunidad de entregarse a una persona que le despertaba un hambre como nunca había sentido.

La miraba sobre la cama, poseído por unas sensaciones intensas que tomaban el control de su cuerpo, él ya no tenía control de sí mismo. A ese punto se unió con ella en un abrazo y en un beso, le acarició el rostro y la miró a los ojos, tan brillantes y tan hermosos.

Dejó de sentir la necesidad de tenerla inmovilizada y procedió a quitarle los amarras que tenían en las muñecas hasta que las liberó para poder sentir sus caricias en su cabello rojo fuego e intenso. Sostuvieron la mirada por un largo rato, mientras se unían sus carnes más y más.

Estuvieron así por un rato, uniéndose entre sí, entre caricias y besos, entre los toques de sus lenguas y en esa respiración agitada y sensual.

Goliath estaba sintiéndose cada vez más unido a ella y en ese momento se entrelazaron hasta que percibieron los espasmos, el dolor y placer. Louise lo miró desesperada y él le respondió igual. Sonrieron y en pocos minutos, el coño de ella explotó de jugos. Su orgasmo, también en un gemido desde la entrañas.

En cambio, Goliath se quedó allí, sintiendo el calor de sus carnes hasta que sacó su verga de su coño húmedo y delicioso. Comenzó a masturbarse

sobre el cuerpo de ella y sintió esa electricidad que le invadió el cuerpo.

Se sostuvo del cuello de ella y la obligó a mirarla para quedarse atrapado en esos ojos y por fin las gotas de semen comenzaron a salir para aterrizar sobre diferentes partes de su piel. Sus muslos, abdomen y pechos, incluso partes de su cuello, bañada en él.

Se sostuvo como pudo entre sus piernas y luego se desplomó sobre la cama, junto a ella. Respiró violentamente y luego se fijó en ella. Louise, a pesar que aún seguía medio inmovilizada, trató de tomarlo entre sus brazos y de acariciarlo.

-Me siento bien aquí... Me siento bien contigo.

-Yo también.

-Todo ha sido tan extraño.

-Lo sé... Pero no pensemos en eso. Es mejor vivir en esto.

-Pienso igual.

Ella entrelazó los dedos en sus cabellos y se quedaron allí, en una situación en donde por fin se permitieron ser.



## Epílogo

Los días que pasaron los dos en ese lugar, los cambió para siempre. Sólo fue el principio de una relación intensa en donde se unieron de una manera extraordinaria.

Cada día, Goliath descubrió a sí mismo que era capaz de entregarse de una manera que no pensó que podría, mientras que Louise, se vio a sí misma como una mujer más completa al saber sobre sus orígenes y al estar con un hombre que le había cambiado por completo.

Por supuesto, el tema de mayor preocupación tenía que ver con el regreso. Ella seguía siendo la líder de los Alfas y estos aún estaban en su búsqueda. El día de aparecer se acercaba cada vez más.

Discutieron al respecto y pasaron por roces incómodos. Sin embargo, en medio de la confusión, él le hizo una propuesta importante:

-Quizás lo que debemos hacer para terminar con todo esto, es que los dos unamos fuerzas y gobernemos como se debe. Es momento de acabar con todo eso.

Louise no estaba muy segura pero lo cierto era que los argumentos de él estaban en lo cierto. El darse la oportunidad de hacerlo juntos, significaría el fin de una era déspota e injusta.

Tras pasar varios días planificando el regreso, por fin Louise y Goliath, la Omega y el Alfa, se unieron para llegar a la ciudad y comandar el cambio más importante de todos.

... La aventura apenas estaba por comenzar.



## **“Bonus Track”**

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

### **Capítulo 1**

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente

generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni

los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el



gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

*Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*— Comedia Erótica y Humor —*

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de esta colección?*

*Gracias.*

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

*Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email ([editorial.extasis@gmail.com](mailto:editorial.extasis@gmail.com)) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

### **[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)

[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

### ***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

#### **[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)**

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

#### **[Esclava Marcada – Alba Duro](#)**

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

#### **[Sumisión Total – Alba Duro](#)**

[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)

*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*